

Recordame
Seve no me olvides III

PILAR CHÁFER

Recuérdame
Serie «No me olvides» III

Pilar Cháfer

Recuérdame (No me olvides III)
Copyright © 2024, Pilar Cháfer

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Corrección y maquetación: Sandra Moya
Diseño de cubierta: Pilar Cháfer
Ilustraciones del interior: Sira Miralles

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, marzo de 2024

Para Joaquina, mi Juaqui.
Para Pepica, mi Palmereta.
Para Antonio, mi Uelo.

*Es difícil olvidar a alguien
que dio tanto para recordar.*

Contenido

<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Capítulo 22</u>	
<u>Capítulo 23</u>	
<u>Capítulo 24</u>	
<u>Capítulo 25</u>	
<u>Capítulo 26</u>	
<u>Capítulo 27</u>	
<u>Capítulo 28</u>	
<u>Capítulo 29</u>	
<u>Capítulo 30</u>	
<u>Capítulo 31</u>	
<u>Capítulo 32</u>	
<u>Capítulo 33</u>	
<u>Capítulo 34</u>	
<u>Capítulo 35</u>	
<u>Capítulo 36</u>	
<u>Capítulo 36</u>	
<u>Capítulo 38</u>	
<u>Capítulo 39</u>	
<u>Capítulo 40</u>	
<u>Agradecimientos</u>	

Biografía

Capítulo 1

El secuestro

DEREK

—Hey, tú, asesina... —Vicky se giró hacia mí con la sorpresa impregnada en los ojos y las manos situadas en el corazón—. ¿Pensabas que te librarías de mí con tanta facilidad? —pregunté mientras me acercaba a ella, a paso sosegado, provocador y una seguridad insegura que me acechaba en cada milímetro del cuerpo.

Retenida contra la pared, sin pensarlo, tomé su cara entre mis manos y la besé. Su boca sabía a café recién molido, amargo, pero dulce a la vez. Sabor que me hizo arder de pasión, de éxtasis. No me permitía sentir; sin embargo, ella rompía todas las barreras de esa norma. Era la única capaz de nublar los sentidos como la flor de loto a los semidioses. Besar sus labios era como acariciar la delicada seda, como...

—¡William! ¡William! —Los gritos interrumpieron el dulce baile, bajo las aguas del mar, en el que nos habíamos sumergido—. ¡William! —Volvió a gritar Edward, que bajaba enloquecido por la escalera.

Se quedó quieto en el rellano, abatido. Las lágrimas cubrían sus ojos, su cuerpo temblaba. Me giré para ver a William, quien apareció con Sophia cogida de la mano. Al ver el estado en el que su amigo se encontraba, aceleró el paso hasta situarse a mi lado, a la espera de que respondiera. Se había quedado mudo.

—Edward.

—Se han llevado a Hugo.

El mundo se desvaneció para todos, incluido para mí. Esa pequeña criatura no debía sufrir las consecuencias de nuestra guerra, aunque yo —en un principio— tuviera la misma intención. Sophia cayó de rodillas contra el suelo en un grito atroz, lleno de dolor. Su corazón murió. William se quedó blanco, sin voz, sin reacción. Su respiración comenzó a agitarse. Le temblaban las manos. Las contuvo cerrándolas en puños. Los apretó tanto que notaba la palidez en ellos. Puse mi mano sobre su hombro y me miró. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, su rostro cambió. Vi la ira encendida en llamas, el deseo de venganza y la frialdad de matar.

Otro grito aterrador nos atravesó el alma. Sophia se tumbó en posición fetal. Se acunaba mientras se abrazaba la barriga con padecimiento. Las lágrimas no dejaban de bañar su cara. William se agachó e intentó cogerla en brazos, pero su mano quedó bañada en sangre. El pantalón comenzó a empaparse de rojo. Mi hermano, a quien todavía me costaba llamar así, acunó su cara entre sus manos.

—¿Qué ha pasado? —Ladeó su cuerpo para comprobar que ninguna bala la había alcanzado—. ¿Sophia...? —Su voz se quebró y su esposa rompió en llanto otra vez.

—Estoy embarazada. —Miró la sangre en las manos de William—. O lo estaba.

La abrazó de un modo tan frágil que sentí que podía romperla. ¡Maldita sea! ¿Por qué tengo esa ansiedad clavada en el pecho? ¿Por qué lo siento parte de mí? ¿Por qué nadie me ha abrazado de esa manera para que el dolor sea menor?

—Te prometo que lo voy a salvar y también a ti. —Besó sus labios con una caricia antes de

gritar que llamaran a una ambulancia.

—Sálvalo a él primero. —El dolor impedía que las palabras de Sophia fueran más que un simple susurro.

—Ve con ella —ordené. Nadie me había apodado líder, pero ellos se necesitaban—. Buscaré a vuestro hijo, os prometo que lo traeré sano y salvo.

Escuchamos una risa burlona por parte de Edward, que seguía en el rellano, clavado en su sitio y con la vista en el techo. Negó con la cabeza varias veces hasta que acuchilló mi mirada.

—¡El Salvador! —gritó irónico—. ¡Es un Strong! Todo esto es una puta trampa para haceros creer que ha cambiado. —Rio y se acercó donde estábamos—. Nadie cambia tan rápido. Estoy seguro de que sabes dónde está Hugo y dónde lo esconden.

—Te estás equivocando conmigo. Si tan seguro estás de que traicionaría a William, ven conmigo —lo reté.

La carcajada que emanó de su garganta fue acompañada de un puñetazo que recibí sin tener culpa de nada. Se lo devolví. Nadie me tocaba. Quien me golpeaba, sufría la ira de Derek. Él no iba a ser menos. Vicky gritó asustada y se interpuso entre los dos. William hizo lo mismo. Los ojos de *jueves* penetraron en los míos de un modo abismal, con reproche. No era momento de peleas. Lo sabía, pero mi impulsividad no era controlable. Expulsé el aire de una bocanada y aparté a Vicky para largarme de allí.

Buscar a Hugo.

Esa era la prioridad.

—La ambulancia ya viene en camino. —Julissa se arrodilló al lado de Sophia, que todavía se retorció de dolor—. Yo me quedaré con Sophia.

Me volteé para ver a mi hermano. Estaba al lado de Edward. No supe qué le susurró, no obstante, subió escaleras arriba enfadado.

—Informadme de todo. —William acarició con ternura la cabeza de su esposa y se levantó. Vicky relevó la posición de mi hermano. Cogió la mano de Sophia y le sonrió. Ni siquiera la conocía, pero ahí estaba, a su lado—. Vamos.

Bajamos por las escaleras en silencio hasta que escuchamos a Mason, quien nos detuvo. Era la segunda vez que estábamos juntos frente a una batalla que no sabía si ganaríamos. Hugo estaba en peligro. Conocía a Ava, y no tenía consideración por nadie. No le importaría torturar a una pequeña persona inocente, y menos si se trataba de los Wright. Debíamos buscarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—Derek, tú has crecido con los Strong. —Su voz, aunque sonara segura de sí misma, no lo estaba. Tenía miedo. Miedo a perder a su nieto—. Sabes cómo actúan, cómo se mueven...

—Habla con tus aliados, ¿Hugo no llevaba una pulsera de localización? —pregunté.

—Sí, pero estoy seguro de que Ava habrá encontrado la manera de deshacerse de ella —contestó mi hermano.

Me quedé callado por un instante tras su respuesta. Pensé cuál sería su siguiente movimiento. ¿La historia se repetiría?

—Emma estará escondida en algún lugar secreto del que no tengo constancia. Tendrá su médico particular para que cure sus heridas. Dudo que muera por eso... —Deshice mi pelo frustrado. Ava me tenía perdido. Nada de lo que aprendí con ella era posible. Esa mujer era demasiado inteligente como para recrear alguna misión o algún plan que yo ya había superado.

—Derek, ¿mataste a todos los Brown? —Sonreí de medio lado, había olvidado ese detalle. Jeremy Brown, el hijastro que nunca aparecía en los intercambios, seguía vivo—. Voy a llamar a los Bolton para que lo rastreen.

—Si Ava se ha aliado con él, su propósito es de doble filo —comenté en voz alta sin darme cuenta. Los dos me miraron—. No hay que subestimar a Ava. Si lo ha hecho es para su beneficio. No le importa Emma, no le importa que Hugo tenga un año, no le importa nada que no sea su salvación y su bonificación.

—¿Qué quieres decirnos, Derek? —William, con el móvil en las manos, esperó una respuesta. Me dolía tan solo pensarla. Se dio cuenta. Lo leyó en mi rostro—. No. No. Me niego. Lo notaría en mi corazón. —Pegó las manos al pecho, angustiado. Era duro, pero debía enfrentarse a esa realidad—. Lo traemos de vuelta a casa, sano y salvo.

—Entonces no hay nada más que hablar, vamos a buscar a Jeremy Brown —concluí.

Llevaba toda la vida, desde que tenía uso de razón, sintiéndome vacío, lleno de odio. No sabía qué era perder una parte de ti. Debía de ser desgarrador ver cómo, de la yema de tus dedos, se escapa ese hilo tan fino, tan sensible, tan invisible a los ojos llamado amor. Amor por un hijo.

Él tenía la esperanza de encontrarlo con vida y, tal vez, lo encontraríamos. En cambio, yo no estaba tan seguro, pues había visto lo aterradora que Ava Strong llegaba a ser por hacer sufrir a sus contrincantes. Solo bastaba ver cómo se las ingenió para que los Wright creyeran que mataron a su hijo, después de torturarlos con pruebas inhumanas sobre la muerte inevitable de un recién nacido.

—Padre —William se paró enfrente de Mason—, creo que es el momento de que el hermano y la madre de Sophia reconsideren la oportunidad de acercarse a su hija.

—¿Estás seguro? Sophia...

—Sophia les sigue queriendo, aunque sea una testaruda como yo. —Sonrió por una milésima de segundo y desapareció de su cara—. Tengo el localizador encendido, podréis ver dónde estamos en cualquier momento.

—Os seguiré los pasos e iremos con vosotros. —Mason se fue escaleras arriba y nosotros salimos del hotel.

—¿Sabes dónde encontrarlo? —preguntó. Lo miré con superioridad e hice que me siguiera.

Todo aquel que quisiera encontrar a Jeremy Brown solo tenía que visitar *Nocturne Date*, un local que a simple vista parecía un club de poca monta; no obstante, su interior era impecable. Digno de un rey. Él siempre trabajó en la sombra y nunca quiso ensuciarse las manos de sangre. Ni siquiera para salvar a su familia de las demás bandas criminales. La lealtad por la familia estaba sobrevalorada para él.

—Yo conduzco. —Le tendí la mano y William lo pensó por un instante hasta que terminó por darme las llaves. Yo estaba más tranquilo que él, así que era lo más coherente en ese momento—. Tranquilo, no le haré nada.

La sonrisa de William fue como la explosión de una estrella a ojos del ser humano; fugaz. Apenas tenía fuerzas para nada y ahí estaba, con el cuerpo descompuesto y el alma hecha trizas; parada frente a dos caminos: uno hacia Sophia y, el otro, hacia su hijo. No sabía qué decir para apaciguarlo. No sabía qué era sentirse entre dos campos de batalla, donde las personas más importantes de tu vida estaban en peligro. ¿Qué camino era el correcto? Todo lo que quise en un principio se estaba haciendo realidad: William Wright sufría. Y eso, joder, me hacía sentir mal. ¿Por qué? Ni yo mismo lo sabía. Nunca me vi en esa tesitura. ¿Quién iba a prevenir todo eso? Cualquiera que me lo hubiera dicho, lo habría mandado al otro barrio sin pestañear. Siempre viví enfrascado en un jarro, donde los sentimientos no tenían cabida, pero el vidrio había explotado. Se esparció por un campo astral del que no tenía poder. Me obligaban a sentir y eso solo confirmaba lo que siempre había dicho: dolían.

—Derek...

—No tienes que darlas. Me salvaste, ¿no? —Levanté los hombros para restarle importancia.

—Lo sé —afirmó—, la familia está para eso.

Un silencio extraño se instaló dentro del vehículo. Ninguno de los dos dijo nada. Después de que me respondiera, no supe interpretar su rostro. Tal vez pensó que no era la frase más adecuada en mi caso y no lo era; aun así, entendí que en el suyo sí. Él le dio una oportunidad a su familia y acertó. Estaban más unidos que nunca; excepto Edward, quien seguía reacio a la idea de que los estuviera ayudando.

Cruzamos Miami. Los semáforos parecían que estaban a nuestro favor y el tránsito no era muy concurrido. La llamada a William distrajo todas las divagaciones que las voces de mi cabeza hacían retumbar en mi mente.

—Padre... ¿ella está bien? —preguntó con amargura. Me giré un instante y vi sus ojos inundados de dolor—. ¿Está despierta? —Un simple «aja» salió de su boca—. No. ¡No! —gritó enfadado—. Me da igual lo que diga ese médico, en su habitación debe haber vigilancia, si no... —Se mordió la lengua para no replicar ante lo que fuera que le dijeran—. Ponme con John, quiero hablar con él. —Tenía la voz del auricular tan baja que no escuchaba lo que decían en la otra línea del teléfono, pero nada auguraba que fuera bueno—. Quiero que hagas lo que un hermano haría por su hermana: protegerla. —La mirada de William se endureció, así como cada rasgo de su rostro—. ¡Cállate! —gritó enfurecido—. Te estoy dando la oportunidad de que enmiendes la mala decisión que tomaste años atrás. La dejaste sola y, si por Sophia fuera, no estarías tan cerca de ella. —Bufó irascible—. ¡Escúchame! La cagaste. Fuiste un egoísta y la perdiste. Compórtate como un hombre y haz lo que te digo. Quiero que mantengas vigilada la habitación de Sophia. No quiero que nadie entre, excepto que sea familiar. Nada de visitas. Ponte en contacto con quien quieras para su protección, pero hazlo. —William cerró por un momento los ojos mientras se masajeaba las sienes con frustración. De nuevo, fijé la vista en las calles de Miami hasta que me detuve en el primer semáforo en rojo. Estábamos a diez minutos del club de Brown y esperaba zanjar nuestros problemas del modo más rápido—. Esa es mi intención. —Mi atención volvió a tenerla mi hermano que, en esa ocasión, suspiró tranquilo—. John, tienes una nueva oportunidad. No falles.

Y colgó.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté. Miré el semáforo que se tornó verde y seguí nuestro camino hacia el club.

—Le han dado un tranquilizante. —Ladeó la cabeza para mirar por la ventanilla y tragar todas esas lágrimas que amenazaban por descubrir cuánto padecimiento albergaba su interior—. Está de doce semanas... —Volvió la vista al frente—. Ha sido mucha presión en muy poco tiempo, y lo de Hugo ha sido la gota que colmó el vaso.

Me quedé callado como un hijo de puta. Parte del dolor que experimentaban era culpa mía. Yo los perseguí hasta la saciedad y, aunque no me hubiera mencionado, sabía que esa *presión* tenía nombre y apellidos. Estaba bajo un oscuro engaño del que no me habría dado cuenta si William no hubiese sido mi rayo de luz. No les culpo si...

—Derek —me nombró mi hermano.

Ambos mirábamos en la misma dirección. Y sí, era él.

—¡William! —grité una vez paré el coche frente a Brown.

Bajé del coche e intercepté a mi hermano que corrió furioso hacia el cuerpo sin vida de Jeremy Brown, quien colgaba del balcón que daba a la calle. Algunas personas lo observaban desde la acera de enfrente y otros se marchaban aterrados. Todas las esperanzas por encontrar a Hugo se esfumaron.

Nadie sabía dónde se encontraba.
Nadie sabía su paradero.
Nadie sabía cuál sería su siguiente paso.

Capítulo 2

Escape room

DEREK

Convencí a William de esperar dentro del coche hasta que la policía hiciera su trabajo. Seríamos el punto de mira si nos vieran de traje y manchados de sangre. No pensamos en ello cuando salimos apresurados del hotel. William sostenía el móvil entre sus manos mientras sus piernas se movían como si cabalgaran en algún tipo de competición. Me estaba poniendo nervioso.

Con la intención de que me diera un poco el aire, bajé del coche y abrí el maletero. Él hizo lo mismo sin entender mi reacción. Necesitaba relajarme. Trabajar en equipo era nuevo para mí, ya que siempre lo hacía solo. ¿Por qué no llevaba ropa en el coche? Eso era esencial... Vimos que tres coches de la policía llegaban a gran velocidad y derrapaban delante de la gente. Dos de ellos pusieron una cinta de «prohibido el paso» para que las personas no cruzaran la zona del crimen. Varios entraron en el club para asegurarse de que no hubiera más muertos y, el resto, interrogó a los que estaban más cerca del escenario del homicidio.

—¿Nunca has tenido un compartimiento secreto? —Fruncí el ceño ante su pregunta. ¡Claro que los he tenido!, pero no en el coche. Apretó un botón y destapó la parte derecha del maletero a modo trampilla. Allí había más trajes y un par de camisas básicas—. Toma.

Me tendió una camisa y un pantalón vaquero, que era mucho más mi estilo. En cambio, él eligió otro traje. También sacó un par de toallas húmedas para limpiarnos las manos, que seguían sucias de la asquerosa sangre de Emma. Primero entró William en la parte trasera del vehículo y se cambió. Luego lo hice yo, siempre en alerta para no levantar sospechas. Mi hermano cogió toda la ropa y la guardó en el compartimiento secreto izquierdo, donde guardaba armas. Sonreí. Venía preparado.

Una vez cambiados y sin aspecto de ser los sospechosos, nos volvimos a acercar a la escena del crimen. Los policías nos advertían que no debíamos cruzar y lo respetamos, aunque si existía alguna pista estaría en el cuerpo de Brown o en el interior del local. Si los agentes lo descubrían, no habría un sendero que nos llevara hacia el paradero de Hugo. Un pinchazo en el pecho me hizo ver que tenía sentimientos por ese crío que me llamaba *mono*. Con el que pasé un tiempo divertido hablando de un modo irracional. Al que encontré y no abandoné cuando desapareció. No tuve dudas de que Emma o Ava tenían algo que ver con ello.

El teléfono de William sonó. Los Bolton. Se alejó de la zona y habló con ellos. Su cara se tornó más blanca que la del propio muerto hasta que respiró con alivio. Cerró los ojos y levantó la cabeza hacia el cielo. Los abrió para quedarse un instante en esa posición. Sus ojos volvían a brillar humedecidos, llenos de tristeza. Cuando terminó de hablar con ellos, vino hacia mí.

—¿Qué ha ocurrido? —Temí que fueran viles noticias.

—Los Bolton ya saben cómo desactivaron el rastreador que llevaba Hugo. Ava vuelve a recrear la historia. —Sus rasgos endurecidos detonaban la gran rabia e impotencia que su interior sentía—. Por suerte, la mano que enviaron no era la de mi hijo, sino la de otro niño que han hallado muerto cerca del río. —Un escalofrío me recorrió la columna. Sabía de lo que Ava era capaz y esa víbora esperaba el momento oportuno para deshacerse de Hugo delante de nosotros—. Intentaron también *hackear* el sistema, pero han conseguido retenerlo con éxito.

—Está jugando con nosotros. Su intención no es meterse en tu sistema ni matar a Hugo. No

todavía. —Observé cómo la policía bajaba el cuerpo sin vida de Brown con la ayuda de los bomberos, que hacía poco que habían llegado—. Quiere desequilibrarnos emocionalmente, pero no vamos a darle ese placer. —Golpeé, con la palma de la mano, el brazo de William para que estuviera atento a mis palabras—. Te quiero con la cabeza fría y el corazón caliente. Esta guerra no la podemos ganar si nos desestabiliza. —Solo una persona consiguió penetrar sus ojos en los míos de un modo abismal, y ese fue mi hermano cuando Emma disparó. Él y yo estuvimos frente a frente, como si de verdad sí hubiese recibido esa bala que me mató. Allí sentí que todo cambió—. Ava Strong es ruin, de las más peligrosas que conozco y me gustaría ver al auténtico William Wright enfrentarse a ella.

—No voy a descansar hasta que esa hija de puta esté muerta y también su hija. —No le tembló la voz y alzó el hacha de guerra contra ellas. La caballería comenzaba su curso hacia la búsqueda de una victoria—. Ya salen.

Me giré para que no se me escapase ningún detalle. La policía salió tres hombres esposados, quienes estaban consumidos por las drogas. En cuanto todos estuvieron en el coche, se los llevaron a comisaría. En ese momento, la cuestión para nosotros era cómo entrar en el local sin que nadie nos viera.

—El club debe de tener dos puertas de entrada y, para los socios más cercanos, algún lugar privilegiado... —reflexionó en voz alta. Recordé el *parking* del club celestial y donde solo los VIP accedíamos a él. Tal vez Brown hiciera lo mismo, pero de un modo más sutil, enmascarado—. ¿Qué estás pensando?

Solo eran divagaciones mías, ni siquiera sabía si era real o no. Las pocas veces que vine a *Nocturne Date* lo hice por la puerta principal. Las bandas criminales no eran de confianza, a no ser que fueran tus aliadas. Los Strong nunca lo fueron. Quedó claro cuando intentaron aniquilarme en el puerto. Si no hubiese sido por mis habilidades y por Erik, no estaría vivo. ¡Joder, Erik! ¿Dónde se habría metido? Necesitaba localizarle para que esa siniestra víbora no le hiciera daño. ¿En qué estaba pensando cuando se fue de aquella manera y no me di cuenta de que perdía a mi único amigo? No entendía por qué, pero todo me estaba explotando en la mismísima cara. Comenzaba a ahogarme.

—Derek, mírame. —Cuando los ojos de William volvieron a reflejarme los míos, un estallido emocional salió por los aires. Mi cuerpo comenzó a agitarse. La respiración se volvió más densa e intranquila. Mi mente seguía merodeando por recuerdos oscuros, por objetivos erróneos, por la rabia sumida a esa gran mentira que me creí durante años, por no darme cuenta de que fui una pieza más en el juego de Ava—. Derek.

—Pídeles a los Bolton que te envíen un plano de *Nocturne Date*. Si mi instinto no falla, tendremos que subir a las alturas. —Fue lo único que alcancé a decir mientras esperaba que sus aliados nos mandaran la información.

Observé con detenimiento los edificios de alrededor. La gente comenzó a dispersarse una vez se habían llevado el cuerpo sin vida de Brown. No podíamos quedarnos allí durante mucho más tiempo, pues ¿para qué estar si ya no hay nada que husmear? Le hice un gesto con la cabeza a mi hermano para que nos fuéramos y subió al coche sin rechistar. Conduje unos minutos por calles próximas a la zona del crimen hasta que me detuve enfrente de un parque. Había padres jugando con sus hijos y maldecí por no ser más empático. Sin embargo, no era el momento de ponerme *blandengue*. Era la zona menos sospechosa.

La mirada de William se perdió en aquellos abrazos, caricias y risas de los pequeños. Vi un rostro tan afligido que consiguió ablandar eso que llaman corazón. Agité la cabeza un segundo para deshacerme de aquellos sentimientos y olvidarme del pequeñajo que siempre estaba

revoloteando por mis piernas. No sabía qué decir, ni tampoco cómo actuar. ¿Qué se hacía en esos casos? ¿Le daba un abrazo? No me gustaban los abrazos. ¿Le mentía y le decía que lo encontraríamos? No podía hacerlo, no sabía si lo conseguiríamos.

—Yo... —titubeé con las palabras entremezcladas.

—¿Sabes? —me interrumpió con una sonrisa llena de melancolía—. El día que los encontré, después de romper con Sophia y de tomarme esas vacaciones, mi esposa nos llevó a un parque parecido a este. —Perdí la vista por el lugar y volví a mirarlo—. Ella me confesó que Hugo era hijo mío, y yo solo tenía ojos para él. Nunca imaginé ser padre, sin embargo, admito que te da la vida. Es lo mejor que le puede pasar a cualquier ser humano. Esa pequeña criatura alborota todos tus sentidos y... —Sentí un nudo en la garganta que me prohibía hablar. William se derrumbó y yo solo tuve valor para darle un apretón en el hombro para que supiera que estaba con él, aunque le hubiese hecho tanto daño. Recordé que nosotros también sufrimos cuando éramos pequeños, que ambos sufrimos a causa de la misma persona—. Hugo es fuerte y me da la fortaleza que necesito para enfrentarme a esa mujer sin escrúpulos. Lo siento aquí —se señaló el corazón— y...

—Y lo vamos a encontrar cueste lo que cueste. —Asintió cada vez más seguro. Se autoconfirmaba de que así iba a ser y, cuando a un Wright se le metía algo en la cabeza, no había modo de sacarlo. Esa peculiaridad también iba acorde con mi personalidad—. Hugo es inteligente, se nota que ha salido a su madre.

Me miró con una ceja alzada y dejé escapar una risa bastante tonta. Levanté las manos en son de paz. Sophia no era mi estilo.

—Se te subiría el ego y esa frase que siempre dices se haría cada vez más real: «Yo siempre gano». —Sonrió por un mísero segundo y la borro de nuevo para poner esa cara de póker que tanto nos definía.

El sonido del móvil captó nuestra atención. William abrió el mensaje de los Bolton y observamos el plano que adjuntaban.

—Ahí tenemos la entrada de los clientes VIP, dudo que la policía la localizara. —Comencé a masajear mis sienes al pensar que todo era demasiado fácil—. Algo no me encaja.

—¿Quieres decir que los Bolton nos están engañando? —preguntó con el ceño fruncido, como si le hubiese molestado.

—No hablo de los Bolton, sino de la entrada. —Miró el plano, que agrandó por momentos. Frotó sus dedos por su mentón y dejó el dedo índice sobre sus labios y su nariz. Levantó una ceja—. Habla.

—Tienes razón, es demasiado fácil. Cualquiera podría entrar desde esa localización... ¿y cuál es la manera de evitar que eso pase? —cuestionó con obviedad.

—Un código. —Sonreí—. Tenemos que volver al hotel, tengo un dispositivo que nos puede servir de ayuda.

Bajó del vehículo sin decir nada, abrió el maletero y entró de nuevo con un pequeño aparato entre las manos.

—¿Por casualidad no será este? —Negué, pero serviría—. Si nos quedamos aquí, sospecharán de dos hombres pedófilos que observan a los niños mientras juegan en el parque.

—¿Por qué no nos arriesgamos y vamos a *Nocturne Date*? —Yo mismo sabía que no era una buena idea y que él no estaba de acuerdo conmigo. Su mirada lo dijo todo.

—Porque puede que la policía todavía esté investigando por la zona, incluso que tengan los mismos planos que nosotros —contraatacó. Se tomaba los planes muy en serio, no dejaba margen para la impulsividad y la acción—. No quiero que me detengan. Desde allí no podré

ayudar a mi hijo.

—No es necesario entrar caminando, ¿por qué no hacerlo desde los aires? —Su negativa fue más expresiva. Sin embargo, las órdenes no las daba él. Yo no acataba normas.

—No podemos arriesgarlo todo, podrían vernos desde los edificios de enfrente —justificó con calma—. Tenemos que esperar a que anochezca.

—Ya si eso esperamos a que lo maten, ¿no? —Se volteó furioso e hice lo mismo—. ¡Joder! —Golpeé el volante y salí del coche con rabia.

Él también lo hizo.

—¿Qué crees que haces? —Sujetó mi brazo cuando vio que me marchaba—. Arriesgarse no es una opción.

—Para ti no, pero para mí siempre lo ha sido. —Me solté de su agarre, enfadado—. ¿Crees que hubiese estado tan cerca de ti si no me hubiera arriesgado? —Solté un bufido para calmar el fuego que se avivó sin pretenderlo—. Ava nos quiere a ti y a mí. Tiene a Hugo y, si nos quedamos de brazos cruzados hasta la noche, no quiero imaginarme la de niños que morirán para torturar a tu esposa y a ti.

Caminó de un lado a otro, nervioso y con las dudas avasallando su mente. Lo estaba poniendo entre la espada y la pared. Arriesgarse podía conllevar peligros que nos atrasarían en la búsqueda del pequeño Wright.

—Ven —ordenó mientras se enfundaba camino hacia *Nocturne Date*—. Los Bolton se encargarán de despistarlos mientras tú y yo entramos dentro del club e indagamos.

Sonreí victorioso, había conseguido que reaccionase. Llamó a los Bolton, quienes alejaron a la mayoría de los agentes hacia el otro lado de la ciudad con un falso aviso de homicidio. Vimos dos policías sentados en su coche frente al local, otros dos dando vueltas por los alrededores. William paró frente a un gran bloque de edificios y forzó la cerradura con disimulo para entrar. Mientras tanto, aparentábamos ser dos hermanos que volvían a su casa después de un largo día de trabajo.

Una vez la abrió, entramos para dirigirnos hacia la azotea. Había una mujer joven tendiendo la ropa en unas cuerdas improvisadas por la comunidad de vecinos. Sonreímos amables y ella nos hizo preguntas sobre quiénes éramos y qué hacíamos allí si no vivíamos en el bloque. No tuve más opción que disparar sin piedad en el centro de su frente. William sacó unos guantes de los bolsillos del pantalón, y agarró las sábanas que la mujer tendía para envolverlas en ella. La arrastró hacia una esquina, medio escondida entre unos bidones de agua, y seguimos con nuestro objetivo.

Por suerte para nosotros, las azoteas estaban bastante juntas para saltarlas. Aun así, debíamos tener cuidado para no resbalar ni caer entre el hueco de las paredes. Los Bolton nos seguían el rastro y, aunque estuviéramos comunicados con Mason, nos veían desde las cámaras que gobernaban en su poder. Nos faltaban dos azoteas para llegar a nuestro objetivo, pero tuvimos un problema. Uno de los huecos era demasiado amplio para saltar. Bufé enervado y golpeé unos botes de cerveza que habían tirados por allí. Rebusqué en busca de algún tablón de madera para pasar por encima. Sin embargo, esto no era ninguna película de acción en la que aparecían sin más. Todo se complicaba, y mi idea de saltar por las azoteas se iba a la mierda.

Volví sobre mis pies hacia mi hermano. Lo vi sin chaqueta, con las mangas arremangadas por encima de los codos y con la decisión de correr hacia el muro en el que apoyó el pie y saltó sin pensar. No llegó al otro lado, sino que se quedó a milímetros. Agarrado del otro muro, luchaba por subir y no caer al vacío. Su cuerpo colgaba y se zarandeaba con miedo. No pensé dos veces lo que iba a hacer.

—¡Aguanta, William! —grité acongojado.

Retrocedí mis pasos hacia casi la puerta de entrada de la azotea y emprendí una carrera angustiosa.

—No me falléis ahora —supliqué a mis piernas, que golpeé despacio. Y salté.

Salté sin pensar en las consecuencias.

Salté con los ojos bien abiertos.

Salté con el alma aferrada a un corazón frío.

Salté para salvarlo.

Y lo conseguí. Mis pies tocaron la graba de la otra azotea que estaban obrando y resbalé. Caí de bruces contra el suelo. No tenía tiempo de lamentarme del dolor en la espalda, así que me levanté. Limpié mis manos del polvo y, cuando me volteé para ayudar a mi hermano, William estaba agarrado a la barandilla del balcón del último piso. Una de sus manos empezaba a teñirse de rojo y un fino hilo de sangre resbalaba por su brazo.

Como si una maldita locura me arrebatara los sentidos, me situé a la altura del balcón y salté de nuevo sin pensar en las consecuencias. Caí en el centro de este. Sentí el dolor atroz de un calambre en la planta de los pies, pero no me importó. Doliese lo que doliera, mi prioridad era socorrer a mi hermano.

William gruñía en un intento desmesurado de balancearse para enredar las piernas a la barandilla, no obstante, la sangre hizo que una de sus manos resbalase en el impulso y, la otra, se soltase. Atrapé su brazo al vuelo y noté el vaivén pesado de su cuerpo, que se zarandeaba en el aire. Su rostro lleno de frustración, ira y dolor hicieron lo posible para volver a agarrarse a la barandilla. Y lo consiguió con su mano libre. Entre los dos, lo subimos hasta el balcón, donde se dejó caer a salvo.

—Las emociones fuertes no son lo tuyo, William. —Quise sonar gracioso para romper el momento angustioso. Este soltó un bufido en un intento de risa—. Respira e intenta recuperarte mientras examino el apartamento.

Abrí el ventanal y entré en su interior. Una vez en él, lo miré. Luchaba contra él mismo. Contra sus demonios, sus miedos. Contra la desesperación de encontrar a Hugo. Jamás hubiese pensado que esto llegaría a ocurrir. ¿Yo? ¿Ayudarlo? ¿Salvarlo? Todo era nuevo para mí y lanzarme al vacío, llenando un vaso de confianza hacia la persona que quise matar durante muchos años, era irreal. Pero así lo estaba viviendo. Una parte de mí se sentía en deuda con él. Una parte de mí quería seguir al lado de William y sentir que sí tenía una familia. Una que me protegía y que me había dado una segunda oportunidad.

Borré de mi mente los pensamientos abundantes que me atacaban y me centré en lo que teníamos que hacer. Examiné todo el apartamento para asegurarme de que los dueños no se habían escondido tras escuchar ruidos en su balcón. No había nadie.

Me tomé la libertad de coger un par de frutas de la nevera y dárselas a mi hermano para que recompusiera fuerzas; así como también suero, gasas y vendas para curar la herida de su mano. Cuando fui a buscarlo, estaba sentado en el sofá. Respiraba más tranquilo. Le tiré una de las frutas que cogió al vuelo.

Me senté a su lado y, mientras se comía la fruta, curé su herida. Seguramente se la hizo al caer del muro a la barandilla. No era muy profunda, pero sí podría ser molesta.

—¿Estás preparado para saltar una azotea más? —Su mirada profunda y altanera hizo que una carcajada saliera de mi boca. Él la acompañó—. Claro, no me acordaba de que un Wright siempre gana.

—Siempre —aseguró—, pero dame unos minutos. Me siguen temblando las piernas.

—Yo tampoco había saltado azoteas... —Llamé su atención con mi ¿confesión?—. Soy más de subirme a los árboles, de enzarzarme en peleas y matanzas por doquier.

—¿Por eso Hugo te llama *mono*? —Fue nostálgica su efímera sonrisa—. Creo que Hugo era el único que te veía cómo eras, por eso te buscaba y se alegraba tanto de verte. Tu máscara no estaba oculta para él.

—Es un chico listo. —Sonreí—. Vamos, debemos seguir.

Volvimos a emprender nuestra misión. Forzamos la puerta para salir del apartamento y subir a la azotea. La siguiente estaba mucho más cerca, así que no hubo ningún contratiempo al saltar. Por suerte, cuando la noche empezó a alcanzarnos, ya habíamos encontrado la puerta que nos daba acceso al club. Fue fácil cuando, gracias al dispositivo de las contraseñas, la puerta se abrió sin más. Las últimas plantas estaban vacías y comenzamos a investigar, de manera cuidadosa, de la tercera a la primera. En esta última fue donde se encontró el cuerpo sin vida del propietario, así que debíamos ir con mucho sigilo por si la policía se encaprichaba en volver. William propuso que cada uno indagara por dos plantas. Él se encargó de la zona del club y de la primera. En cambio, yo de la tercera y de la segunda. Y no descubrimos nada. No había pistas ni ningún indicio de que Ava hubiese estado aquí. Registramos todo, de arriba abajo, todas las pertenencias; incluso las cajas fuertes que abrimos con éxito. Nada.

—No lo entiendo. —Me acaricié la frente frustrado. Buscaba una explicación razonable a esa muerte sin sentido. William me miró con seriedad—. ¿Qué?

—Debemos evitar que le hagan la autopsia a Brown. —Sacó el móvil y llamó a Mason para que interviniera. Tenía una corazonada y, normalmente, no fallaban—. Nuestro padre conseguirá el cuerpo. Tú y yo debemos volver a registrar el edificio.

Me volteé para subir a los dos pisos cuando me detuve para observar el botellero de güisqui. Era una ocurrencia de niño, pero mis impulsos decían que la rompiera. Y así lo hice. Agarré el botellero y lo estampé en el suelo. William, sorprendido por mi arrebato, se acercó. El olor a licor enfundó nuestras fosas nasales. Nos embriagamos sin tomar una copa, pero fue mucho más placentero que sentir el alcohol quemar la garganta hasta desvanecerse en el estómago. Cogí la bolsa de plástico que bailaba por las aguas turbias del güisqui y lo rasgué con cuidado para sacar la nota que había en su interior.

La desdoblé con meticulosidad para no romperla. Cuando vi su escrito, mis recuerdos me invadieron de nuevo. Me llevaron a esa infancia, donde Ava nos obligaba a competir para encontrar el secreto oculto de la historia que se inventaba. El tesoro de los piratas perdidos.

William se puso a mi lado y miró el papel confuso. No entendía qué significaban esos garabatos. Por el contrario, yo sí; aunque algunos se me habían olvidado.

—¿Qué es esto, Derek? —La voz de mi hermano hizo que todos esos recuerdos se esfumaran y me centrara en la realidad.

—Es la maldita *escape room* de Ava Cooper.

Capítulo 3

Corazón herido

ƆV\$ Ɔ0ƆV\$ VΔƆVΦVĐ
HƆ AVΛEΛ ƆH ƆV\$
VƆ∞V\$ VĐΔƆVĐ|∞ΛEVS
ƆHƆ VĐ0ƆHΔƆHƆ

DEREK

«¡Maldita seas, Ava Cooper!».

William miraba incrédulo el papel, el juego de Ava. Tenía la voz perdida en susurros y reprochaba que unos acertijos fueran la llave para llegar hasta Hugo. Ava quería llevar la batuta de la orquesta sinfónica de esa historia, en cuyo final se escucharía la novena sinfonía de Beethoven. Con más intensidad. Con más fiereza en una lucha entre el bien y el mal.

—¿Hacia dónde quiere llevarnos? —Sus ojos, nublados por la frustración, me miraban en busca de respuestas que no podía darle—. ¡Joder! ¿A qué clase de juegos jugabais con ella?

—A sobrevivir —confesé con enfado. Al menos, gracias a ello, lo podríamos descifrar... siempre que me acordara del abecedario en incógnito que nos enseñó cuando éramos unos críos —. Tenía diez años cuando Ava me mostró esos símbolos por primera vez. Cada uno de ellos representa una letra de nuestro abecedario.

—¿Y cuál es cuál? ¿Puedes descifrarlo? —preguntó con desesperación.

—Recuerdo muy pocas letras —declaré apenado. Una parte de mí me gritaba que no era suficiente lo que hacía por ese crío, y otra que bailaba un agua que no me incumbía. Eran sensaciones contradictorias, después de tantos años queriendo arrebatar la vida de los Wright. No obstante, la oportunidad que me dio William hizo que todo estallara por los aires—. Haré todo lo posible por recordar ese maldito abecedario, William.

Suspiró resignado y emprendimos un nuevo viaje hacia la azotea para largarnos de allí, antes de que fuera demasiado tarde. No fue complicado. Solo tuvimos que saltar una y bajar por esa fila de apartamentos que residía al lado del club. La oscuridad de la noche, la débil luz de las farolas, impidió que la policía nos reconociera como los hermanos que volvieron de trabajar horas antes. Caminamos infundados en un silencio incómodo. No sabía cómo reconducir esa situación en la que nos encontrábamos. ¿Por qué, cuando empiezan a florecer sentimientos, todo es tan difícil? Nunca me equivoqué. Sentir invitaba al dolor.

Al llegar al coche, William llamó a Mason mientras yo encendía el vehículo en dirección al hospital donde Sophia se encontraba.

—Hemos encontrado una nota llena de jeroglíficos. —La respiración de William era tranquila, pero llena de pesadumbre. Su voz agotada lo afirmaba—. Sí, vamos de camino al hospital. —De reojo vi cómo negaba con la cabeza—. No, yo me quedaré con ella. —Comenzó a mover ligeramente la pierna. Se estaba enfadando. Fueron muchas horas observándolo, muchas horas siguiéndolo—. He dicho que yo me quedo. Fin de la discusión.

Y colgó.

—Me quedaré contigo en el hospital e intentaré descifrar el acertijo —comenté para calmar las aguas que empezaban un oleaje intranquilo.

—Deberías volver al hotel, descansar. Allí estarás más tranquilo —respondió. Se acomodó en el asiento y la mirada de William se quedó perdida por algún punto de la ventanilla mientras veía pasar los edificios y los coches—. A veces, yo también desearía volver a ser ese empresario frío que no tenía sentimientos por nadie. —Ladeé la cabeza para mirarlo, pero él seguía sumergido en sus pensamientos sin apartar la vista del reflejo de sus ojos en el cristal—. Sin embargo, no cambiaría nada de todo lo que he vivido porque descubrí que la felicidad te completa. Te llena de un modo indescriptible y, ahora que una parte de esa felicidad no está, se siente fría. Vacía. Es como si te arrancaran una parte de ti.

—Mentiría si te dijese que te entiendo. Sin embargo, cuando me buscaste para enseñarme el video que lo cambió todo, me sentí así. Desierto. —Era la primera vez que me abría ante él, que le contaba cómo me sentía o cómo viví cuando mi mundo cayó en pedazos. En los que te sientes solo, sin un sentido en la vida, con solo una norma: sobrevivir—. Los que yo creía que eran mi familia, me tomaron como la pieza de turco para ganar su juego. Me sentí engañado. Utilizado. Vacío. —Tragué con dureza. Las palabras se atascaban en mi garganta. Se acumulaban y no sabía muy bien cómo expresarme. Nunca lo había hecho. Tenía un corazón herido—. Aparté a las únicas personas que me soportaban. Perdí a Erik, que ni siquiera sé dónde está. Y también a Vicky...

—¿La chica con la que estabas esta mañana? —preguntó curioso. Sentí su mirada en mí, me avasallaba a preguntas y fue extraña la sensación de estar hablando con mi hermano de ¿amoríos?—. ¿Te gusta?

Todavía tenía una conversación pendiente con Vicky. Debía explicarle muchas cosas que no entendería, pero me veía en la obligación de hacerlo. Y, tal vez, fuera decisivo para añadir el punto final a esa atracción que nos atraía aun estando a metros de distancia. Cuando sus ojos miraban los míos. Cuando, sin decir palabra, se abrazaban. Cuando nuestra piel se reclamaba o nuestros labios se gritaban al viento que querían rozarse. Besarse.

¿Me gustaba? Mucho.

¿Lo confesaría? Jamás.

—Ya hemos llegado al hospital. —William alzó una ceja con una media sonrisa al esquivar su pregunta—. Vamos.

No volvió a preguntar ni tampoco insistió. Supuse que entendía mis razones de permanecer callado. Yo no era como él. No gritaba a los cuatro vientos que *jueves* era la primera en acariciar un corazón frío.

Mason consiguió que Sophia tuviera una zona privada, donde solo nosotros podíamos acceder. En la sala de espera —enfrente de la puerta de la habitación— se encontraban los amigos de William, el hermano de Sophia y Julissa. Cuando esta última nos vio, se levantó de inmediato para comprobar que estábamos bien. William acarició la mejilla de Julissa, le regaló una sonrisa vacía de dicha y entró en la habitación donde Sophia se encontraba. Todas las miradas recayeron en mí, y no todas eran de alegría por verme. Los ojos de Edward me acechaban como si yo fuese

el fuego que arrasaría con sus vidas.

—Me ha dicho Mason que habéis encontrado una nota llena de jeroglíficos, ¿cierto? —preguntó Julissa, a lo que asentí—. Debemos de descifrarla cuanto antes.

—Estoy de acuerdo.

La risa de Edward, incrédula a mis palabras, me avasalló. Su mirada inquisitoria me perseguía a cada lado que me movía, cuando me sentaba o cuando hablaba con Mason, quien apareció al poco de llegar. Dibujé en el móvil algunos de los símbolos que recordaba, pero eran pocos para descifrarlo.

—¿Cómo jugabais? —preguntó Julissa, que se sentó a mi lado. Observó los símbolos y la letra que le correspondía.

—Al principio, lo enseñó como un segundo idioma que podíamos utilizar para comunicarnos entre nosotros si queríamos ocultar información a los demás. Era divertido. —Mason escuchaba atento mi relato. En cambio, Edward no hacía más que soltar barridos por la boca. Era reprendido por su esposa, quien sostenía a su hija en brazos—. Tenía diez años, por lo que llamó mi atención. Emma, que era más pequeña que yo, también fue partícipe y empezó un duelo entre nosotros. Ava escondía objetos valiosos. Sumas de dinero nada desproporcionadas y nosotros, a través de acertijos y de adivinanzas, debíamos encontrarlo. El ganador se llevaba el premio. Nada inusual. Un simple juego de niños enmascarado. —Sus rostros cambiaron a gestos de curiosidad. Julissa fue la única que parecía entenderme—. Los acertijos nos conducían a lugares en los que debíamos pasar ciertas pruebas, desde hundirte en el mar hasta pelear con hombres armados. Sin miramientos. Sin pensar en que podían perder a sus hijos. —Reí burlón. Cómo si les hubiera importado perderme. Todo iba cobrando sentido a medida que lo rememoraba—. Quizás sí querían matarme de un modo indirecto, pero vencía cada una de las pruebas hasta que una bala me atravesó. Tuve suerte de que el disparo fue limpio. Tuve una segunda oportunidad. No volvimos a jugar hasta ahora.

—¿Jugabais en equipo? —preguntó Angy desde los asientos de enfrente—. ¿Emma sufría tanto como tú con las pruebas?

—Nunca. —Me miró sorprendida—. Cada uno debía de superar sus propias pruebas. Debíamos sobrevivir. Siempre la veía airosa, como si no le costara enfrentarse a cada una de ellas. Quizás eran más fáciles, quizás la ayudaban... —La lástima en los ojos de mis acompañantes me acribillaban. No quería que nadie sintiera eso por mí. Era fuerte y lo seguiría siendo—. No lo sé. Ahora solo me importa recordar cada una de las letras y símbolos para encontrar a Hugo.

—Cómo si te importara. —Por primera vez, Edward habló y su esposa le recriminó su actitud—. No, Angy. Estáis todos confiando en el hombre que intentó matarnos. Repito, MATARNOS —alzó un poco más la voz y ralentizó su pronunciación para que quedara grabado en nuestros oídos—. Parece que soy el único que se da cuenta de la situación. Él está fingiendo estar de nuestro lado. —Se levantó para dar su discurso—. Él sabe dónde está Hugo, así como también recuerda cada puto símbolo de esos jeroglíficos. No quiere ayudarnos. No quiere que lo encontremos. Quiere que suframos.

—Estás muy equivocado —lo rebatí enfadado. Yo ya no quería el sufrimiento de la familia Wright. De mi familia—. Y no voy a discutir con un irracional que está cegado por la ira.

—Hacerte la víctima es tu papel para hacerles creer que eres una buena persona, que has cambiado, que quieres lo mejor para nosotros. Pero no, yo sé que no. —Se acercó hacia donde estaba sentado y un impulso hizo que me levantara para encararlo. Angy se tensó, Julissa se levantó y Mason se puso a nuestro lado—. Demuestra quién eres de verdad, Strong. No eres más

que otro mafioso que intenta arrebatarnos todo.

—No voy a discutir contigo. —Aguanté las ganas de pegarle un puñetazo y dejarlo hecho trizas en el suelo. El miedo, a veces, se apodera de nosotros. No quería entrar en su juego, así que di un paso atrás con la intención de poner paz entre ambos—. Te darás cuenta de que no soy quien dices ser.

Me empujó y fui consciente de que lo hizo adrede para enfurecerme. Se lo devolví y lo encaré. Nuestras frentes se rozaban. Las respiraciones se entremezclaban. La rabia de ambos se adueñó de un ambiente tranquilo, donde la paz reinaba. Pero no. Él incitó que todo se volviera turbio. Lo agarré del cuello de la camisa y Edward hizo lo mismo con el mío.

—Si vuelves a tocarme, te arrepentirás de haberlo hecho. —Lo empujé para soltarlo, pero él lo impidió. Me pegó más a su cuerpo, ardiente de hastío. No me dejó otra opción. Golpeé su estómago con el codo y envolví su cuello con mi brazo—. Deja de meter mierda donde no la hay. Lo importante es Hugo y no tus pensamientos inverosímiles.

Lo solté y el grito de William paró el puño que Edward dejó sostenido en el aire. No le bastaba con mis advertencias, mi hermano tuvo que intervenir para zanjar esa estúpida pelea que no llevaba a ningún fin.

—Sophia quiere verte, Derek. —Me sorprendió la petición de su esposa. Ella y yo no teníamos nada que hablar, o eso pensaba. Dejé todas las miradas atrás, incluida la de William que se debatía en duelo con la de Edward.

Entré en la habitación. Era amplia, aunque apagada. Solo la tenue luz de la barra, que había sobre su cabeza, la alumbraba. Una pequeña mesa con ruedas estaba pegada a la pared junto a una silla. Al otro lado de la cama, un sofá cama para el acompañante. Enfrente de ella había un armario y, sobre este, una televisión. El baño también se encontraba dentro de la habitación, en la esquina opuesta a la puerta.

La mirada de Sophia estaba cansada; pero, sobre todo, llena de dolor. Me acerqué dudoso hasta que vi cómo extendía su mano para que yo la aceptara. No estaba acostumbrado a tantas muestras de cariño y todo empezaba a oprimirme de nuevo. Acepté su mano, y la apreté con toda la intención de darle fuerza.

—Quería darte las gracias por salvar a William por segunda vez. —Las lágrimas se le acumulaban en los ojos y se mantenía rehacia a aguantarlas con dureza—. Ayuda a William a encontrar a Hugo, por favor. —Se rompió en mil pedazos. Se desmoronó al pegar mi mano en su frente, con súplica, para que encontráramos a la alegría de sus vidas—. Me muero si no...

—Nadie va a morir. —Di un par de pasos hacia ella y acaricé sus mejillas. Borré las lágrimas que bañaban su cara. ¡Maldita sea! ¿Qué debía decir para tranquilizarla?—. Cuando no sabía la verdad y quería matar a mi hermano —qué difícil era pronunciar esa palabra, asimilarla—, conocí a Hugo mientras buscábamos a Sandy y algo cambió. No sé qué fue ni cómo hizo para dejar una huella imborrable en mí. Él consiguió que hablara su idioma, que me riera sin saber cómo hacerlo, que mi corazón sonara más fuerte cuando revoloteaba por mis piernas... cuando me sonreía.

—Él te quiere mucho. Siempre habla de *mono*, aunque es una de las únicas palabras que entendemos... —Nos sacó una pequeña sonrisa y me di cuenta de lo importante que fui para Hugo. Él, quien me vio en la oscuridad de mi pasado, quien me descubrió. ¡Joder! Tenía sentimientos por ese crío, aunque me quejara en muchas ocasiones—. Sé que no me puedes prometer traerlo sano y salvo, pero...

—No —impedí que lo dijera. Cada vez estaba más seguro de que Ava, si lo mataba, lo haría delante de nosotros—. Antes de que eso suceda, Ava Cooper morirá.

Asintió con una sonrisa llorosa que me congojó. La ayudé a acomodarse y, hasta que no se quedó dormida, no la dejé sola. William y Sophia ya habían sufrido suficiente, era hora de encontrar al pequeño.

Capítulo 4

Diferencias

WILLIAM

«Hugo, ¿dónde estás?».

Esa pregunta no dejaba de oprimir mis pensamientos y mis sentidos. La realidad era que me asfixiaba no saber dónde estaba mi hijo y qué le estaría haciendo esa psicópata.

Tenía entre mis dedos una nota llena de símbolos inentendibles y que solo Derek podría descifrar. Vi el miedo en sus ojos cuando desdobló el papel, cuando observó detenidamente cada línea trazada a pulso con toda la intención de desmoronar su búsqueda. Si quiso desestabilizarnos, por un momento, lo consiguió. La frustración se adueñó de nuestro ser, las dudas se recrearon y fueron más intensas. La tristeza congojó los sentimientos que comenzaban una lucha hacia la debilidad. Sin embargo, las caídas sirven para levantarse. No nos rendiríamos ante ella. Seguiríamos adelante. Por Hugo.

Mi pequeño de ojos azules.

Sé fuerte, mi campeón.

∞∞∞∞

De vuelta al hospital, me acomodé en el asiento del copiloto mientras Derek conducía a una velocidad tranquila por las calles de Miami. Me perdí en ellas después de llamar a nuestro padre. No veía la luz que irradiaban las farolas sobre las personas que paseaban por estas. Sentía que mi corazón, de un momento a otro, se detendría. El dolor se instaló en cada partícula nerviosa de mi cuerpo, aun así, lucharía hasta el final con y por mi familia. Me abrí a mi hermano cuando le confesé que no cambiaría nada de lo que he vivido, aunque a veces deseaba volver a ser aquel empresario frío que vivía sumido en una oscuridad sin retorno. Él, en cambio, se abrió en canal hasta que le mencioné a la chica por la que tenía sentimientos. No lo quería admitir, pero en sus ojos vi la atracción irreprimible al estar cerca el uno del otro. Sus manos se buscaban. Me recordaban a Sophia y a mí, porque las nuestras también se inquietan al hablar, al estar en silencio, al amarse.

Derek se mantuvo en silencio para no confesar lo que sentía por ella. Porque él venía de un mundo donde los sentimientos no existían, donde la frialdad los congelaba y nada les afectaba. Sin embargo, al abatir todo su mundo con la auténtica realidad, ese témpano de hielo quedó fragmentado por la mano hermana que le tendía. Entendí cómo se sentía y acepté que, para ganarme su confianza, debía darle espacio hasta que fuera él quien diera el paso para abrir por completo su coraza.

¿Confiaba en él?

¿Podía fiarme de él?

No tenía duda de que sí. Nadie saltaba una azotea ni saltaba a un balcón para salvar la vida de la otra persona. Había que tenerlo muy claro para arriesgarse de ese modo. Derek lo hizo sin

pensar en las consecuencias. Sin pensar que podría perder la suya.

Llegamos al hospital y a mi hermano le vino como anillo al dedo para no seguir hablando. Al llegar a la zona donde se encontraba mi esposa, vi cómo a Edward le cambió el semblante, cómo Angy apretó su mano para tranquilizarlo, cómo el hermano de Sophia se mantuvo sentado sin apenas movimiento y cómo mi madre se acercó con apresura. Nadie más que ella entendía por lo que estaba pasando. La historia se repetía, pero no pararíamos hasta encontrarlo. Hasta mi último aliento. Por Hugo, me desviviría.

Acaricié la mejilla de Julissa y entré a ver a Sophia, que descansaba sobre la cama con los ojos cerrados y las manos en el pecho. Entorné la puerta para que no le molestase el chismorreó de la sala de espera. Abrió los ojos al notar mi presencia y estiró su brazo para que agarrase su mano, tan necesitada de consolación. La tomé entre las mías y besé el dorso de la suya.

—¿Cómo te encuentras? —Una delicada sonrisa asomó por sus labios, que besé despacio.

—Mejor. —Fue ella quien besó mi mano al darse cuenta de la herida que la adornaba. Sus ojos estaban aguados. Tristes—. ¿Qué te ha pasado? —Me debatí si contarle la verdad o no. Estaba muy afectada y no quería preocuparla más—. Dime la verdad, William.

—Tuvimos que saltar azoteas para llegar al club donde mataron a Brown. —Agaché la mirada hasta nuestras manos unidas y observé cómo encajaban a la perfección. Como si fuéramos un puzle bien armado—. En una de ellas, no alcancé a llegar. Estuve colgando del muro intentando subir, pero fue difícil. Caí y me agarré a la barandilla del balcón del último piso. Tras el golpe, vi sangre en la mano... —Empezó a llorar y la abracé con cuidado—. Gracias a Derek estoy aquí. Por segunda vez, salvó mi vida.

—Por favor, no me abandones tú también. —Besé su sien. Me sentí tan herido que mi cuerpo se quedó inmóvil al lado del suyo.

—Nunca te abandonaré —susurré sobre sus labios antes de acariciarlos y besarlos con delicadeza. Limpié las lágrimas que bañaron su cara e hice que me escuchara—. Hemos encontrado una nota en el club. Ava quiere jugar y vamos a jugar su juego. —Deslicé mis dedos sobre su brazo hasta llegar a la nuca, donde se afianzaron y la tomaron con ternura—. Derek puede ayudarnos, solo tiene que descifrar los símbolos que hay en ella. —Tomé aire y negué con la cabeza después de que el nudo en mi garganta disminuyera—. Es una jodida locura, lo sé. Confío en él, aunque algunos desconfíen. Derek nos ha hecho mucho daño, sí. No obstante, en su situación, ¿quién no lo habría hecho si vives sumergido bajo una mentira desde la infancia? —Me aclaré la voz y Sophia tomó mi cara entre sus manos—. Él también se merece una segunda oportunidad. Es...

—Es de nuestra familia. —Sus ojos esmeralda les dieron valentía a los míos y volví a escuchar mi corazón con brío. ¿Podía haber más amor en aquellas palabras silenciosas que me transmitía su mirada?—. Confío en la persona que te ha salvado la vida y que no ha dejado que te pasase nada. Quiero ayudar, si puedo hacer algo...

—Puedes hacer lo que yo no puedo: cuidar a él o a ella. —Acaricié su barriga y sonreí con melancolía. Ella también lo hizo—. Ahora tienes que descansar e intentar recuperarte. Me quedaré contigo esta noche.

Aparté uno de los mechones que descansaba en su mejilla detrás de la oreja para luego acariciarla y acunarla entre mis manos, tal y como ella estaba haciendo con la mía. No sabía la lentitud con la que nos acercábamos; pero, cuando nuestros labios se besaron, las mariposas volvieron a revolotear. Aunque, esa vez, se bebieron lágrimas tristes por no estar completos.

Los gritos de la sala de espera aporreaban contra la pared de la habitación. Antes de salir, Sophia me pidió hablar con Derek.

—¡Ya basta! —grité.

La mirada fría de Edward se batió en duelo con la mía. Avisé a mi hermano que Sophia quería hablar con él y pasó por mi lado, serio y a la vez sorprendido. No entendía qué quería mi esposa, pero yo sí lo sabía. La conocía.

—Ven conmigo —le pedí a mi amigo, quien me siguió con pasos osados.

Fuimos fuera del hospital, a una zona habilitada para que los acompañantes descansaran, picotearan o fumaran. Por suerte, no había mucha gente. Me detuve en una de las esquinas, alejado de las pocas personas que hablaban entre ellos.

—Entiendo que desconfíes de Derek, que no entiendas por qué yo sí confío o por qué dejo que me ayude. Él es el único que nos puede ayudar a encontrarlo. Él ha vivido con ellos, él sabe cómo se mueven, cómo actúan... —Suspiré cansado y lo agarré de los hombros para profundizar mi mirada en la suya—. Edward, los Strong me han arrebatado lo más importante de mi vida. Tú, que eres padre, deberías de entenderme. Es desesperante cuando no tienes la solución en la palma de la mano. Es asfixiante no saber qué hacer. Todo auxilio es bienvenido y él me ha salvado la vida. Dos veces. ¿Crees que, si quisiera matarnos, no lo habría hecho ya?

—No, porque quiere verte sufrir, William. ¿Acaso no lo ves? —Negué con la cabeza. Mi amigo estaba ofuscado en que Derek seguía siendo un Strong y, en parte, lo entendía.

—Edward, Derek mató a su padre en el intercambio. Quiere vengarse de su familia tanto como yo. Quiere recuperar a Hugo. —Su negativa cada vez era más imponente. Se apartó de mí como si fuera un monstruo que no entendía su posición—. No te pido que lo acojas en tu círculo de amistad, que lo aceptes como parte de esta familia. Sin embargo, sí te imploro que dejes estas absurdas peleas y seas uno más en la búsqueda de Hugo. De tu sobrino. Te necesito a mi lado, Ed.

—¿Y qué pasa con Sandy? ¿Con Angy? —Rio sin ganas, como si me hubiera olvidado de ellas cuando no era así—. ¿No merecen estar protegidas?

—Ellas estarán protegidas por mis hombres, por mi padre. No dejaré que les pase nada, Edward. —Volvió a reír, incrédulo ante mis palabras.

—Claro. —Un breve silencio incómodo se adueñó del ambiente hasta que su mirada volvió a reprender la mía con enfado—. Tengo que crearme que las vas a proteger o que me vas a proteger. Mira la protección que han tenido tus estúpidos planes con esa escoria. Tienen a Hugo, William. Tienen a tu hijo y lo van a matar porque tanto él como su familia os quieren m-u-e-r-t-o-s —pronunció esa última palabra con una oscuridad y una lentitud que me rajó el alma. La esperanza de encontrar a mi hijo se mantenía porque algo, dentro de mí, me decía que seguía vivo—. Abre los ojos de una vez.

—La ira es un veneno que ciega las mentes, tal vez, el que debería abrir los ojos eres tú. —Lo dejé atrás, sin importarme si venía tras de mí o no. Pero antes de desaparecer de allí, me giré y lo llamé—. Todos nos equivocamos y vivimos con los recuerdos y las consecuencias de lo que hicimos en nuestro pasado. Nadie es quien para juzgar a un preso si no se conoce la historia en sí. Por mucho que te cueste aceptarlo, hay villanos conmemorados como héroes.

Y me fui de allí con el corazón encogido al ver que nada servía para convencer a mi amigo de que mi hermano fue víctima de una cruel mentira. Su ira, rabia, enfado lo cegaban y hasta que no cayera la venda de sus ojos, no se dejaría ayudar. Sabía que Ed, por mucho coraje que sintiera, no me dejaría solo. Porque las verdaderas amistades están en los momentos más difíciles, aunque la furia inunde los sentimientos. Y evidenciaba que no me equivocaba porque, cuando presencié a alguien a mi lado, supe que era él.

Capítulo 4

Bajo la lluvia

DEREK

Después de hablar con Sophia y romperme el corazón en mil pedazos, salí y me senté en la sala de espera. Puse todo mi empeño en recordar los símbolos que nos atormentaban, pero solo conseguí evocar unas pocas letras; las que componían nuestros nombres: Emma y Derek. Escasas para la frase que las componían.

La mujer de Collins se sentó a mi lado, con la pequeña en brazos, que dormía plácidamente en ellos. Sonreí al ver la tranquilidad con la que respiraba, aunque una amarga punzada rebatió contra mi estómago tras ver la mirada de Angy. Yo también echaba de menos a Hugo, aunque su marido no me creyera.

—Edward es un buen chico, pero le ha superado la situación —expresó una disculpa por su marido tras actuar de ese modo. No hacía falta que lo hiciera—. Él no meditó las consecuencias de lo que significaba estar dentro de... —Se quedó callada y estrechó a su hija contra su pecho.

—De una mafia. —Besó la cabeza de su niña y apoyó la cara en ella mientras me miraba con lágrimas en los ojos—. No lo juzgo, mi amigo hizo lo mismo.

—¿Y dónde está Erik? —Miré el suelo y levanté los hombros sin saber qué responder. Ni siquiera lo había llamado.

Angy desvió la mirada al pasillo y me giré para ver a William y a Edward acercarse a nosotros, ambos con cara agría. Las cosas entre ellos tampoco estaban bien, y todo por mi culpa. Pero las cosas sucedían así. Yo no tenía previsto verme en esa tesitura, ni darle una oportunidad a la familia Wright. Los quería muertos, pero me habían salvado la vida. ¿Qué debía hacer? ¿Seguir con una venganza que no tenía sentido? ¿Desaparecer y dejar a Hugo a su suerte? Era incapaz de hacerlo. Aunque me negara aceptarlo, le tenía aprecio al pequeño Wright.

—Id al hotel, descansad —ordenó William, agotado—. Yo me quedaré con Sophia esta noche.

—William...

—No, Derek —me interrumpió. Puso su mano en mi hombro y lo apretó con ligereza—. También necesitas descansar.

—Tiene razón. —Por primera vez, el hermano de Sophia, John, habló después de ser un mero espectador—. Todos necesitáis descansar. Nosotros llevamos todo el día en el hospital, vosotros habéis estado en busca de Hugo. Ambos estáis agotados y los recuerdos no van a aparecer si la mente no descansa.

—¿Eres médico ahora? —preguntó Edward con desagrado.

—No, pero una mente despejada siempre es más eficaz —respondió sin tapujos—. Y, en vez de pagar tu mal humor con los demás, podrías enfocarlos en ayudarlos a descubrir dónde tienen a mi sobrino.

William detuvo a Edward cuando vio las intenciones de abalanzarse sobre John y desahogar su ira contra él. Estaba muy alterado. Angy, enfadada por su actitud, también se interpuso para frenar a su esposo de aquel impulso impropio en él. La situación le había superado. Necesitaba tranquilizarse si no quería terminar mal con todos.

Fui el primero en dar inicio al trayecto hacia la salida. John me seguía y, finalmente, Edward y Angy, quienes hablaban en susurros a modo disputa. No me agradaba la idea de dejar solos a William y a Sophia, aunque sabía que los hombres de los Wright los protegerían. Ellos necesitaban espacio para estar los dos juntos. Solos.

Subí al coche y dejé caer el peso de mi cuerpo sobre el asiento. Apoyé la cabeza en el reposacabezas y debatí, conmigo mismo, si hacer una llamada. ¿Por qué dudaba tanto si yo nunca dudé? ¿Tanto podía cambiar la vida de alguien con tan solo un chasquido? Tomé aire con profundidad y saqué el móvil para llamarlo. Deslicé el dedo por la pantalla y, cuando vi su nombre, lo detuve. ¿No era tan difícil disculparse? ¿O sí?

Llamé.

Un pitido.

Dos pitidos.

Tres pitidos.

Colgó.

Que no atendiera a mi llamada entraba dentro de las posibilidades. Y lo entendía. Erik no era como yo. Él tenía buen corazón. No insistí. Antes de guardar el móvil, recibí una notificación de mensaje. William me había enviado una foto de la nota de Ava.

Estuve todo el trayecto forzando mi mente en busca de recuerdos que me llevaran a aquellos momentos, donde aprendía el abecedario de símbolos. No sabía cuántas veces lo había intentado. Y todas fueron un fracaso. Solo aparecían las letras de nuestros nombres. No me quedaba más remedio que averiguar el resto por lógica, aunque tuviera múltiples combinaciones.

Una vez en el hotel y antes de subir a la habitación, fui a la zona *chill out* y le pedí al camarero una copa de güisqui con doble hielo. Con movimientos circulares movía el vaso a ritmo pausado, sumergido en pensamientos abruptos y sentimientos confundidos. Había parejas sentadas en distintas mesas tomando un cóctel mientras hablaban de manera animada. Di un sorbo a mi bebida e intenté relajarme en el sillón, aunque fue una tarea imposible. Mente y cuerpo estaban en una alerta continua, frustrados por no obtener resultados óptimos.

Unos gritos llamaron mi atención cuando, un grupo de jóvenes, animaron a dos de sus amigos a bailar. Comenzaron a bailar al son de la música de *Forever my love*, según anunció una chica que estaba detrás de un micrófono y un portátil. Sus cuerpos encajaban. La compenetración en sus roces, caricias y besos electrizaba el lugar con una magia indescriptible. Algunas parejas se animaron a bailar junto a ellos. Felices.

Un escalofrío agradable me recorrió el cuerpo y todos mis pensamientos se dispersaron al notar su presencia. Ya no hacía falta que hablara ni tampoco que me tocara el brazo, como acostumbraba a hacer. Ladeé la cabeza y admiré la belleza de sus pómulos carmesí junto a la sonrisa que me dedicaba, así como sus ojos radiantes de júbilo. No entendía nada ni cómo hacía para que le respondiera el gesto al instante. Cuando era consciente de que lo hacía, lo reprimía y ella emitía una risita que me sacaba de quicio. Eso no había cambiado.

Bebí de nuevo y, antes de que lo dejara sobre la mesa, Vicky cogió el vaso y tomó de él con total libertad sin dejar de mirarme. Me retó con una rebeldía excitante al lamerse los labios con lentitud después de probar la exquisitez que sostenía todavía en su mano. Su lengua viajó a su comisura derecha en la que terminó por hacer un guiño gracioso. Evité el contacto visual, pero era como un imán al que le atraía la parte opuesta. Sus ojos caramelo conseguían adentrarse en mis pupilas.

—No es para mí. —Sin prever su intención, se acercó para estrecharse contra mi espalda y regalarme un abrazo. Apoyó la cabeza en mi hombro y sentí la calidez que su mejilla transmitía

casi rozando la mía. Cerré los ojos. Escuché cómo mi corazón se aceleraba. Cómo mi piel se erizaba. En ese jodido instante, giré mi cabeza. Ella giró la suya y nos besamos. Tan lento. Tan dulce—. Vaya, acabas de confirmar mi teoría.

—¿Qué teoría? —curioseé sin apartar la mirada de la suya que, cada vez, la sentía más dentro.

Su mano derecha se deslizó con sosiego hasta reposarla sobre mi pecho izquierdo. Una sonrisa sensible apareció en sus labios, que volvieron acariciar los míos de un modo sedoso. Los unió para luego susurrarme:

—Bajo todo el embrollo de tu oscuridad, hay un corazón que late anhelante de amor.

Besó mis labios y, con tardanza, alejó sus brazos de mi cuerpo afanes de ellos. Se sentó a mi lado y levantó el brazo cuando el camarero se giró hacia nosotros. Pidió un cóctel para luego perder la mirada por el resto de la zona. Observaba a los jóvenes y reía con añoranza. Comenzó un movimiento nervioso con su pierna izquierda que empezaba a ponerme nervioso. Fue acción reacción. Puse mi mano sobre ella y me miró con una ceja alzada, traviesa.

—No puedes vivir sin mí —soltó sin más. No pude evitar reírme ante su comentario—. Admítelo.

—Creo que es al revés. —Acerqué su silla a la mía—. No puedes eludir buscarme, tocarme... Soy algo así como tu peor adicción.

—Me gustan las aventuras fuertes —replicó casi de inmediato. Puso su mano sobre la mía y se acercó más—, aunque me debes una explicación.

Me aparté y alejé mi mano de ella. Se la debía, pero no era el momento. Ni siquiera tenía que estar allí. Ni merecía sentirme querido por unos instantes. ¡Joder! ¿Por qué todo se tenía que desmoronar?

—Sigues teniendo miedo a abrir tu corazón —afirmó sin dudar. Insistente, cogió mi mano y la puso sobre la pequeña mesa que estaba delante de nosotros—. Explícamelo cuando te sientas preparado.

—¿Y esperarás? —Sonrió. Se quedó mirando nuestras manos y, con una ligera caricia, poseyó mis dedos con los suyos para enredarlos con pasividad.

—El tiempo que sea necesario. —Alzó nuestras manos y se las puso en los labios. Me sentía entre cómodo e incómodo porque no estaba acostumbrado a estas muestras de afecto tan ¿reales? Tan ¿de verdad?

Me dedicó una sonrisa para luego dejar mi mano en libertad y sentir, de nuevo, la soledad después de la estima. ¿Cómo podía tener ese efecto si ni siquiera nos amábamos? ¿Amor? ¿En serio estaba pensando en eso? Hugo apareció en mi mente como un golpe de realidad. Debía esforzarme en recordar el significado de los símbolos. Debía marcharme de allí.

—Tengo que irme.

Antes de que pudiera levantarme, me detuvo. Su mirada reclamó a la mía unos minutos de nuestra compañía. Y se lo permití hasta que la lluvia se presentó de improviso. Me levanté como tantos otros lo hicieron y corrí hacia dentro del hotel.

Cuando me di la vuelta para encontrarme con Vicky, todavía estaba fuera. Estaba levantada, con los brazos abiertos y la cara mirando al cielo. Estaba loca, pero nadie más que ella disfrutó de ese regocijo al notar el impacto de las gotas en su piel. Se hundían en su ropa y gozó hasta girar su cuerpo al son del viento como una niña que recién descubre las tormentas.

Al abrir los ojos, me buscó entre la gente que entramos en el restaurante para cobijarnos de la lluvia y sonrió al encontrarme. Comenzó a reír sin ninguna explicación y, maldita sea nuestra conexión, que hizo que me acercara a ella hasta sentir las gotas mojar mi cabello y cada parte de mí.

—Estás loca, ¿lo sabes? —Le tendí la mano para entrar juntos y, cuando la tomó, se pegó a mi cuerpo.

—La vida está llena de locuras, y tú te estás convirtiendo en un medio loco por estar aquí conmigo. —Sus dientes atraparon su labio inferior, al que aprisionaron con lentitud hasta soltarlo. Sus manos danzaron por mis brazos hasta llegar a mis mejillas, a las que regalaron la más tierna calidez—. Nota cada gota de agua que surca por tus brazos, tu pelo... Escucha la melodía del viento que acompaña a la marea hasta aterrizar en la arena. Oye cómo danza tu corazón al son de mi voz.

Por un instante, cerré los ojos y todo se quedó sumido en un profundo silencio. Mi corazón seguía acelerado desde el momento que ella apareció. Mis sentidos se habían detenido. Notaba la lluvia caer sobre mí y escuchaba el agua intranquila a lo lejos. Golpes. Estruendos. Olas chocar.

—Olas chocar —repetí en voz alta, sin darme cuenta—. Las olas chocan contra las rocas.

Abrí los ojos y crucé la mirada con Vicky, que no entendía a qué me estaba refiriendo. Su locura fue la ayuda que necesitaba para seguir descifrando el acertijo. Mimé su cara entre mis manos, sin dejar de apartar mis ojos sobre los suyos, y dejé que mis labios le mostraran cuánto significaba para mí. La besé con ternura. Degusté el sabor de su boca y el dulzor de su lengua cuando se encontró bailando con la mía. Un beso custodiado bajo la lluvia, bajo la locura de una tormenta que amenazaba con no parar.

Nos separamos para tomar un poco de aire y Vicky sonrió sobre mis labios.

—Prométeme que haremos más locuras juntos, cuando todo haya pasado. —Asentí inseguro, temeroso de no poder cumplir lo que me pedía. Puso su mano en mi pecho y dibujó un corazón con una flecha dentro—. Solo el auténtico amor, con una flecha dorada, es capaz de penetrar un corazón de hierro forjado.

—¿Y crees que tus flechas doradas podrán traspasarlo? —Aparté el pelo mojado de su cara mientras meditaba su respuesta.

—Confío en mí y en el clamor de tu corazón.

Selló su respuesta con un beso y desapareció entre la gente que quedaba en el restaurante. Fui directo a mi habitación para darme una ducha de agua tibia. Mientras dejaba caer el agua sobre mis hombros, recordé la corazonada al dejarme llevar por Vicky. Estaba seguro de que esa noche lograría desenmascarar el acertijo que Ava escribió en la nota.

Y así fue.

Después de la rápida ducha y vestirme con ropa cómoda, rebusqué entre los cajones de la mesita de noche hasta encontrar papel y bolígrafo. Copié los símbolos de la foto que William me pasó, y escribí las letras que sabía con seguridad: E, M, A, D y R. Letras que componen nuestros nombres: Derek y Emma.

Por lógica, escribiría acertijos que tenían que ver sobre el agua del mar. Sobre la costa. Por lo que, al escuchar —en aquel estado donde solo estábamos los dos solos— las olas del mar chocar con ellas mismas y abalanzarse sobre la arena, un bateo inusual me advirtió de palabras clave que podría utilizar. Si bien no me equivocaba, había descifrado: «aguas intranquilas».

^A ^R ^A ^A ^R ^A
 Ɔ V S R O P V S V Δ K V Φ V D
^E ^A ^E ^Δ ^A
 H Ɔ A V U Ɔ H H Ɔ V S
^A ^Δ ^K ^Δ ^Δ
 V H ∞ V S U D Δ K V D I ∞ U Ɔ V S
^Δ ^E ^K
 H Ɔ V D O P H H K

Solo me faltaba jugar con las demás palabras para que tuvieran sentido. Pasé horas interpretando alguna de ellas, pues las más cortas eran fáciles de adivinar. Probé con diferentes combinaciones hasta que lo descifré.

^L ^A ^S ^R ^O ^C ^A ^S ^A ^T ^R ^A ^T ^A ^N
 Ɔ V S R O P V S V Δ K V Φ V D
^E ^L ^B ^A ^I ^L ^E ^Δ ^A ^S
 H Ɔ A V U Ɔ H H Ɔ V S
^A ^G ^U ^Δ ^S ^I ^N ^T ^K ^Δ ^N ^Q ^U ^I ^L ^A ^S
^Δ ^E ^L ^A ^N ^O ^C ^H ^E ^C ^E ^K
 H Ɔ V D O P H H K

«Las rocas atrapan el baile de las aguas intranquilas del anochecer».

Repetí el acertijo una y otra vez hasta que mi mente viajó semanas atrás. Me recordó que tuve que lanzarme al mar. Que tuve que nadar para librarme de la policía. Que tuve que trepar unas rocas para alejarme de donde casi me matan.

Llamé a William de inmediato. Si Hugo se encontraba allí, debíamos ir sin perder tiempo.

—Derek —susurró—, ¿qué ocurre?

—Está en el puerto.

Capítulo 6

Un Wright nunca pierde

WILLIAM

—Está en el puerto.

Cuando escuché esas palabras, un puñal se me clavó en el alma. Iba a encontrar a mi hijo costase lo que costara. Ni el diluvio que caía me pararía. De un salto, me levanté del sillón que había al lado de la cama de Sophia y me calcé. Antes de irme, acaricié la mejilla de mi esposa que dormía tranquila. Besé su frente despacio y me marché. Mientras salía del hospital, llamé a mi madre para que viniera a relevarme, después de informarles de que Derek había descifrado la nota de Ava.

Escuché a mi padre hablar a lo lejos. Tenía buenas noticias: Brown estaba en nuestro poder. Mason se encargaría de que la autopsia se la hiciera un forense de confianza que, por mera casualidad, trabajaba en *Mount Sinai Medical Center*. Es decir, en la misma ciudad en la que nos encontrábamos. Colgué después de que mi madre me dijera que tuviera cuidado con esa víbora sin escrúpulos y que no creyera en nada de lo que viera hasta que estuviera seguro de que las pruebas no dijeran lo contrario.

Esperé en la puerta principal del hospital hasta que Derek llegó. Nada más subir al coche, mi hermano aceleró para llevarnos hacia el puerto a alta velocidad. Se saltaba los semáforos en rojo, esquivaba a las pocas personas que andaban por las calles bajo la intensa lluvia, así como a los coches que nos hacían perder el ritmo. Cerca de la zona del puerto, la lluvia era mucho más densa e hizo que redujéramos la marcha, ya que ni siquiera veíamos lo que teníamos enfrente. Los limpiaparabrisas iban veloces, tanto que no daban de sí. Derek se esforzaba por ver más allá de la cortina de agua, pero era imposible. Nos cegaba. Mi hermano detuvo el coche y echó el asiento hacia atrás para coger unas cosas del asiento trasero.

—He traído refuerzos. —Me tendió una chaqueta impermeable negra y una funda de armas ajustable para la cintura. De ese modo, no se mojarían—. Toma. —Me entregó unos guantes y también me enseñó una cuerda—. Por si nos hiciera falta.

Nos pusimos la funda de las pistolas y las chaquetas sobre ellas. Guardé los guantes en los bolsillos y bajé del coche. Derek tardó unos segundos en hacerlo, pero cuando cerró la puerta del vehículo, corrimos hacia el puerto. Aun siendo impermeable, notaba cómo el agua corría por mi cuello hasta bañar mi camisa. Los pantalones estaban empapados, por no hablar de las zapatillas. Era una tormenta fuerte. Los relámpagos alumbraban un tenebroso mar, donde las olas alcanzaban más altitud que las rocas que lo encarcelaban. Llegamos a un parque que estaba inundado de agua. Derek señaló el camino hasta llegar al punto de acceso, donde comprobé que algunos contenedores estaban destrozados por alguna explosión, apartados a la derecha. El suelo se resbalaba y, aun así, corrimos como pudimos hasta la entrada.

—La nota decía: «Las rocas atrapan el baile de las aguas intranquilas del anochecer». —Sacó el móvil de su bolsillo y me enseñó un plano. Señaló los muros de piedra que había alrededor del puerto—. Ava habrá dejado a Hugo en un lugar donde podamos verlo, pero imposible de alcanzar.

—Hay mucho recorrido de piedra que rodea el puerto, puede estar en la otra punta de donde estamos. —Alboroté frustrado mi pelo y corrí hacia los extremos para contemplar, cuando el rayo iluminara todo, dónde encontrar a mi hijo. Derek siguió mis pasos, pensativo y buscando por cada recóndito rincón de este gélido lugar—. Llamaré a los Bolton para que revisen las cámaras por...

—No hay línea. —Gruñí y volví la vista hacia las rocas en busca de Hugo—. Cuando tenía dieciséis años, una de las pruebas que me hicieron fue rescatar a uno de sus hombres que estaba atado a unas tablas. Se escuchaba el crujir de la madera y nunca imaginé, ni sospeché, que al pisarlas se romperían por la mitad. Él cayó desde un octavo piso. —Miró hacia el oleaje revuelto con la mirada perdida en esos recuerdos sombríos—. La nota no advierte de los peligros que hay hacia nuestro objetivo.

—Esta vez no se va a repetir porque mi hijo, tu sobrino, va a salir de allá donde esté. Porque un Wright nunca pierde. —Apreté su hombro y no supimos en qué jodido momento escuchamos el aullido de «papá». ¿Has escuchado eso?

—Tan claro como tú.

Corrimos hacia la voz que gritaba en medio de la oscuridad. Separamos nuestros caminos para buscarlo. La voz se hacía más cercana, más viva. Podía, incluso, escuchar su llanto desesperado. De miedo. En medio de los contenedores, ese alarido se multiplicó en mil voces llamándome «papá». El eco retumbaba contra el metal y penetraba en mi cuerpo como alfileres álgidos dispuestos a rasgar un dolor insufrible.

—¡Derek! —grité su nombre. Eso no era más que una vil hazaña para despistarnos. Para seguir haciéndonos sufrir—. ¡Derek!

—¡William! ¡William! —Corrí hacia su voz, que se escuchaba por debajo de las demás voces. Ava se las ingenió para atormentar la búsqueda de mi hijo. No hilaba puntal sin aguja. Sin embargo, no me rendiría. Por mucho que doliera su juego, lucharía hasta el final—. ¡William! ¡Hay un niño! ¡William!

Lo busqué. Seguí sus gritos hacia el otro extremo del puerto, donde había un niño atado a unas tablas con un saco negro cubriéndole el cuerpo. La barandilla, que limitaba el fin del suelo, había sido quitada. El rugido del mar era cada vez más rudo. Las olas alborotadas daban pavor y el ruido a metal viejo de las puertas mal cerradas sintonizaba un ambiente terrorífico.

—No va a volver a pasar, te lo aseguro. —Derek se tumbó en el suelo y se acercó despacio a las tablas, las cuales tocó por debajo para comprobar que no estuvieran rajadas. En efecto, una de ellas lo estaba—. William...

—Lo sé —le interrumpí—. Sé que no es mi hijo, pero debemos salvarlo.

—Utilizaremos la cuerda. —La llevaba atada al pantalón. Se la quitó y se la envolvió por la cintura y por las ingles. Era como un arnés hecho en menor calidad—. Me iré dejando caer, poco a poco, y tú debes retenerme. Intentaremos cogerlo sin tocar las tablas.

—Está bien. —Saqué los guantes del bolsillo de la chaqueta y me los puse. Agarré la cuerda a medio metro del cuerpo de mi hermano—. Estoy listo.

Empezó a inclinarse hacia delante y le iba dando cuerda para que cayera con lentitud. La lluvia seguía sin cesar, lo que complicaba el rescate. El viento zarandeaba a Derek, quien estiró sus brazos para coger a ese niño indefenso de donde estaba.

—¡No llego! —gritó abortado por no lograr alcanzarlo—. ¿Qué tal una locura en tiempo de locos?

—¿Derek? —cuestioné asustado por la forma en la que todo iba cambiando—. Ni se te ocurra —ordené cuando preví sus intenciones.

—No me sueltes, hermano.

Y esas jodidas palabras tuvieron un impulso mayor para aferrarme a esa cuerda que, aun llevando los guantes, me quemaban. La herida en ella ardía. Derek se impulsó sobre la tabla que no estaba rajada y, cuando lo hizo, las maderas comenzaron a temblar y a desmoronarse. Se lanzó al vacío a por el niño, poniendo en riesgo su vida. Lo cogió al vuelo y el peso de ambos hizo que mis pies se deslizaran hacia ellos. Gruñí de dolor. La cuerda se me resbalaba y escuchaba el grito ahogado de Derek por aguantar al pequeño entre sus brazos.

Inundé mis fuerzas en aquella amarra, que envolví en mi muñeca con una habilidad que costó. Paso a paso, fui echándome hacia atrás. Con lentitud. Con rabia. Con un dolor que me aprisionaba. Pero seguí. Luché por ellos. Chillé de exasperación. Y, sin darme cuenta, cuatro de mis hombres aparecieron como un canto al cielo para ayudarnos. Dos de ellos tiraron de la cuerda conmigo. Los otros dos ayudaron a Derek para subir a tierra firme.

—Joder —susurré agotado.

Me acerqué a ellos y apreté el hombro de Derek, que tenía los ojos humedecidos, la respiración agitada y el mismo temblor de cansancio que yo sentía. Sin embargo, lo que menos esperaba fue el abrazo que mi hermano me regaló. Fugaz. Pero que sentí afín. Un «gracias» brotó de sus labios y apreté con ligereza su nuca para que supiera que ahí estaría para él siempre que me necesitara.

Uno de mis hombres cortó la cinta americana que rodeaba el saco y me agaché frente al niño, asustado y con lágrimas en los ojos, que nos miraba con temor.

—Soy William y él es Derek. —Le quité despacio la amordaza que tapaba su boca y le acaricié la mejilla con delicadeza—. Vamos a llevarte con tus padres, pero primero tengo que deshacer esos nudos, ¿vale?

El niño asintió con miedo. Se mantuvo en silencio. Temblaba de pánico, de frío. Desaté los nudos que torturaban sus tobillos y muñecas para luego alzarlo en brazos. Noté cómo se agarró fuerte a mi cuello en busca de protección.

—No te pasará nada. —Acaricié su cabeza y dejé descansar mi mano en su cuello. Lo abracé para cobijarlo del miedo. Conmigo no le pasaría nada—. Debemos ir a la policía.

Derek asintió y mis hombres siguieron nuestros pasos. Ellos habían llegado con el vehículo hasta la entrada del puerto. Nuestro coche estaba más lejos, así que ordené a dos de mis hombres que nos llevaran hasta allí y después volvieran al hotel. Nos reuniríamos allí tras dejar al niño sano y salvo. De camino al departamento de policía, pensamos en excusas creíbles para no ser investigados. No obstante, ninguna era convincente. Queríamos evitar el contacto con ellos, sobre todo, por Hugo. Si denunciábamos la desaparición de Hugo, Ava sería capaz de llevárselo a la otra punta del país y perderíamos la partida de ese juego que recién empezaba.

—Detén el vehículo —ordenó Derek cuando estábamos a punto de llegar. Lo estacionó en la esquina del departamento de policía y nos miró—. Un momento.

Bajó del coche para abrir el maletero. Yo me quedé con el pequeño, quien todavía seguía asustado. Besé su frente y lo acuné entre mis brazos para darle todo el cariño del que era capaz. No imaginaba lo que Hugo estaría sufriendo. Quería volver a tenerlo entre mis brazos. Sentir su calidez. Oír su cuchicheo inentendible. Sus manos aplacar mi cara y cuello. Quería ver cómo aporreaba el teléfono contento por escuchar su canción favorita.

La puerta se abrió y Derek me hizo una señal para que le diera al niño. Antes de hacerlo, agarré con cuidado su cara e hice que me prestara atención. Lo acaricié.

—Ahora tienes que hacer lo que él te diga. Vas a volver a ver a tus padres. Te lo prometo. —Besé su frente y, aunque el pequeño estallara en llanto, le insté a irse con mi hermano.

Desde el interior del vehículo, pude ver cómo Derek intentaba calmarlo, cómo le acarició y estuvo unos minutos haciéndose el gracioso —como hacía con Hugo— para ganarse su confianza. Le dio un peluche al que se agarró fuerte. Le contó que era el oso de la suerte y que él lo llevaría hacia donde estuvieran sus padres. El niño confió en él y fue hacia donde Derek le señaló. Mi hermano se metió en el coche y, desde allí, vimos cómo llegó a las puertas del departamento de policía. Por suerte, dos policías salían para dar su vuelta en patrulla ahora que la lluvia ya había cesado. Ambos lo agarraron con rapidez y lo llevaron dentro.

Dimos media vuelta en la esquina y nos fuimos por otras calles hasta que llegamos al hotel. Ninguno dijo nada. Estábamos exhaustos. Derek mantenía los ojos cerrados y las manos apretadas en puños. Yo ni siquiera tenía energía para hacerlo.

—El oso que le diste al niño...

—Lo compré para atraer a vuestros hijos, pero nunca lo utilicé —confesó.

Fue un camino largo hacia el hotel donde, nada más entrar, nos encontramos con nuestro padre, quien esperaba para lanzarnos la bomba final.

—En el cuerpo de Brown había otra nota. —Nos tendió el papel y Derek lo cogió.

EV 2U7KX \$0Q7H 7E
\$0E VØVØUØUØ EV
V\$Ø7KX V*7ØV 7H ØØ
ØØV≡ØØ

Capítulo 7

El infinito

DEREK

Toda mi vida pasó por delante de mis ojos al arriesgarme para rescatar al niño que estaba sobre las tablas. Un niño indefenso con el que Ava jugó de un modo cruel. ¿Cuántas muertes inocentes caerían sobre nuestra conciencia para salvar a mi sobrino? Ava no tenía escrúpulos. Le daba igual matar a un niño que a un adulto. Se regocijaba de las almas en pena por la muerte de un ser querido.

Con la nota en mis manos, me dispuse a descifrar el nuevo acertijo. Ese era mucho más fácil. Gracias a la anterior averiguamos más letras, por lo que en minutos teníamos enfrente un nuevo enigma: «La Tierra sobre el Sol acaricia la áspera arena de un corazón».

—Está de broma, ¿no? —preguntó William enfadado. Rio frívolo y de un modo que nunca lo había hecho, ni siquiera cuando yo lo perseguía—. Hay mucha arena en Miami, estamos rodeados de playas.

—No queda más opción que estar en cada una de ellas —Mason habló mientras caminaba de un lado hacia otro. Estaba nervioso, enfadado, frustrado—. Repartiremos a todos nuestros hombres. Hablaré con unos conocidos para que nos ayuden. No vamos a dejar de intentarlo.

—¡Es un maldito infinito en este universo! —gritó William tras darle una patada a un sillón del *hall*.

La joven que estaba en la recepción se acercó para llamar nuestra atención por el tono de voz elevado y el maltrato al mobiliario del hotel. Nos disculpé e invité a mi hermano a que subiera a mi habitación.

Después de la pelea contra los Strong, John contrató un equipo de limpieza para dejar el hotel impoluto y que la gente pudiera volver. En cuestión de horas, todos los huéspedes volvieron a sus respectivas estancias. De lo que no cabía duda era que John tenía contactos y nos podría ayudar.

Cuando llegamos a mi habitación, Mason nos propuso descansar y empezar la búsqueda horas después. Si algo nos hacía falta, era dormir. El cansancio estaba muy presente y, aunque nos renegábamos a seguir en pie, terminamos vencidos por el sueño.



Los gritos de los niños en la piscina y el susurro de la marabunta en la playa hicieron que me despertase de un perturbador sueño que, a los pocos minutos, quedó en el olvido. William seguía durmiendo, por lo que aproveché para darme una ducha y preparar las armas que llevaríamos. Mi hermano tenía razón en que era complejo divagar por la playa y encontrarlo. Era como buscar una estrella a la luz del día, sin contar el Sol. El arduo misterio de Ava era desesperante.

William se movía inquieto por la cama. Susurraba ruegos, pronunciaba el nombre de Hugo en cada uno de ellos y un par de lágrimas se desvivieron por su rostro. Jamás pensé en verlo de ese

modo tan vulnerable. Tan frágil. Aunque él luchara sin detenimiento y las fuerzas le flaquearan, seguía adelante para alcanzar sus fines.

Salí al balcón para contemplar el nuevo reto que se nos avecinaba. Desde allí, veía cómo la gente se instalaba en la playa para disfrutar de otro día de vacaciones, cómo los artistas dejaban a la vista sus obras de arte y...

—Derek. —Me di la vuelta para ver a mi hermano con rostro somnoliento. Su mirada seria y el ceño sobre sus ojos, le atenuaba el mal humor—. Creo que sé dónde puede estar Hugo.

—Prepárate. —Cerré el ventanal y agarré mi arma, que guardé en la parte trasera del pantalón—. Estaré en el *hall*.

Asintió y entró en el cuarto de baño. Bajé al restaurante y me encontré con Angy y Edward. Desayunaban en silencio, con la mirada perdida entre ellos. También estaba la pequeña Sandy, quien jugaba con el yogur que tenía sobre la mesa. Metía sus manos y chupaba sus dedos con deleite, divertida por explorar la comida de un modo distinto. Pedí dos cafés para llevar y salí al *hall* para esperar a William. Me senté en uno de los sillones.

Cuando quise darme cuenta, mi *jueves* favorito apareció delante de mis ojos con una bolsa de papel marrón, que me tendió con una sonrisa agrisada.

—¿Y esto? —pregunté mientras agarraba la bolsa y veía su interior—. ¿Es para endulzar mi vida?

—Derek... tu vida la endulzo yo, no estos cruasanes. —Reí con ella, aunque en su mirada vi reflejada la tristeza por no encontrar a Hugo—. ¿Alguna novedad? —preguntó interesada por la búsqueda.

—No. —Fui escueto con mi respuesta, no quería involucrarla. En el momento oportuno, le contaría toda la verdad y la dejaría decidir—. Pero lo encontraremos.

Se quedó en silencio —extraño en ella— y me tomó de las manos en un intento de fortalecer mi garra. Un ligero apretón hizo que los muros, donde protegía mis sentimientos, se tambalearan. En un impulso arrebatado por aferrarme a sus brazos y sentir su estima hizo que me arrodillara frente ella para admirar la belleza que emanaba. Me perdí en sus ojos. En la calidez de su mirada. La besé desesperado por apreciar sus labios sobre los míos, por beberme su sed y enloquecer mi lengua con su baile exótico. Nos separamos cuando nuestra respiración pedía aire con urgencia. Mantenía sus ojos cerrados y un atisbo de sonrisa en la curva de sus labios. Acaricié su mejilla y besé su frente a modo de despedida.

Cuando salí del hotel, William ya estaba allí. Le di su café y uno de los cruasanes, que empezó a comer de inmediato.

—Ni se te ocurra —advertí con seriedad.

Levantó las manos en son de paz. Siguió el camino rígido hacia la playa y se detuvo delante de una de las esculturas de arena que algún artista construyó.

—«La Tierra sobre el Sol acaricia la áspera arena de un corazón». —Caminó alrededor de esta mientras observaba los detalles con minuciosidad—. La Tierra sobre el Sol. —Señaló la escultura en un intento de explicar su teoría—. Eso quiere decirnos que el Sol es Hugo y que la Tierra está sobre él, cubierto por una áspera arena que entierra su corazón.

—¿Quieres decir que Hugo está enterrado bajo alguna de las esculturas de la playa? —Asintió con miedo de que su razonamiento fuera verdad. Yo también lo tenía, era una muerte segura—. No hay tiempo que perder.

Tiré el vaso de café a la arena y derribé la obra de arte en busca de mi sobrino; William hizo lo mismo con otra que estaba más alejada. Mason, quien se acercaba a nosotros, intuyó lo que estábamos haciendo y ordenó a sus hombres que se repartieran por la inmensa playa para

derrumbar cada una de las esculturas que la adornaban. Sin embargo, nos detuvo.

—No voy a parar hasta encontrarlo. —William se enfundó hacia otro monumento que derrocar, pero su padre se lo volvió a impedir—. ¡Deja de detenerme!

—¿¡Puedes hacerme caso!? —le gritó enfurecido Mason. Este se detuvo para encararlo y di unos pasos atrás para dejar que se batieran en duelo. No era mi guerra. Observé cómo sus hombres desmoronaban las esculturas de arena, una tras otra. La gente iba tras ellos para gritarles que parasen de destruir el trabajo de otras personas. Sin embargo, los hombres de Wright les pedían que se alejaran y les dejaran trabajar. Muchos se envalentonaron para enfrentarse a ellos; en cambio, otros llamaron a la policía—. ¡Estate quieto, William!

—William, mírame —intervine a la vista de que no le hacía caso y seguía preso de su ceguera para encontrar a su hijo—. Los bañistas han llamado a los agentes. No deben relacionarnos en este acto vandálico, ¿entiendes?

—Mi hijo...

—Tu hijo te necesita libre, no preso. —Tiré de él y volvimos al hotel a paso ligero tras escuchar las sirenas por la avenida.

Una vez en el *hall*, William se zafó de mi agarre y se marchó escaleras arriba de un modo fugaz. Tampoco fui consciente de las consecuencias. Nos lanzamos a la arena sin pensar en que alguien podría avisar a la policía. Ahora solo nos quedaba esperar, aunque *esperar* era la más cruel tortura que una persona podría sufrir. El tiempo pasaba lento, como si se fuera deteniendo a momentos que no podíamos controlar. Le dimos espacio para que se relajara y pensara las cosas con claridad mientras Mason se encargaba de unos asuntos y yo me volvía loco apoyado en la barandilla del balcón de mi habitación.

No sabía qué hacer ni cómo expulsar las emociones de mi cuerpo cansado. La vida sin sentimientos me hacía menos vulnerable. Era cierto que no me desagradaba la idea de ser parte de la familia Wright, aunque todavía me costaba reconocer que tenía sentimientos encontrados por mi hermano. El mismo que me salvó la vida hacía unas horas atrás. Sentía un nudo instalado en el pecho que se incrementaba, que me cortaba la respiración. El nudo de mi garganta me impedía tragar con normalidad y unas desgarradoras ganas de llorar me hacían sentir impotente.

¡Yo no quería esto! Yo quería ser el Derek que no se permitía fallar, el Derek que no lloraba a escondidas, el Derek al que le daba igual los demás. Sin embargo, debía ser realista. Desde mi obsesión con vengarme de William y de darme de bruces con una realidad inesperada, todo cambió. Y más lo hizo cuando conocí a Vicky. Ella consiguió adular mi corazón con su especial manera de ser. Tan caótica y risueña. Tan nerviosa y atolondrada. Tan segura de sí misma. Revolucionó hasta la parte más recóndita de mí. Pero no permitiría que mi mundo la dañara. Prefería mil veces que estuviera lejos de aquí, aunque nos doliera a ambos.

Con la intención de despejar mis pensamientos y el ahogo que me arropaba, me lavé la cara con agua fría. Frente al espejo, vi un Derek desconocido. Las ojeras marcadas, exhausto y con un latir desigual. Decidí bajar al restaurante, sentarme frente a las ventanas y esperar el momento oportuno para buscar a William. Yo también necesitaba mi espacio. Calmar las aguas intranquilas de esta tempestad en medio del océano. Le pedí una copa de güisqui al camarero de la barra y me senté en la mesa donde siempre almorzaba con Vicky. ¿Debía negar que la extrañaba? No podía. Deseaba que entrara por la puerta y me sorprendiera con alguna de sus chorradas. Pero no lo hizo.

Apacigué las penas con el alcohol que ya sentía aburrido. Observaba el reloj cada quince minutos. El tiempo se había estancado. La frustración volvió a acomodarse, las ganas de llorar aparecieron e intenté ser lo más fuerte que pude. Pensar que la vida inocente de mi sobrino

estaba en las garras de esa mujer, ¡me mataba vivo! Estar sin hacer nada, también lo hacía.

—Esto debe terminar, no puedo estar así.

Cogí el teléfono y busqué el número de Ava. No obstante, cuando miré hacia la zona *chill out*, Vicky sonreía junto a su hermana. Ella tomó las manos de *jueves*, respiró profundamente y empezó hablar. Debió de ser una buena noticia porque Vicky saltó a sus brazos. La abrazó y besó toda su cara. Saltaba de alegría por la hierba, movía las manos nerviosas y, de nuevo, abrazaba a su hermana. Tapó su boca para limpiarse las lágrimas que se derramaban por sus mejillas. Estaba radiante. Feliz. En el momento en el que se volteó y vio que la miraba, me saludó. Le respondí al saludo con una clara intención para que viniera conmigo y me abrazara de esa manera tan intensa y acogedora.

Su hermana, al darse cuenta de que nos estábamos mirando, le dio un codazo entre risas. Esta se lo respondió tocándole la barriga y dándole un beso en ella. Vicky se acercó con lentitud. Contoneaba las caderas en una mezcla de diversión y sensualidad, que adormecían mis sentidos para el resto del mundo y solo le prestaba atención a ella. Se sentó a mi lado, no sin antes reposar su brazo sobre mi cuello y apoyar su barbilla en mi hombro derecho.

—¿No hay noticias? —Negué con la cabeza a su pregunta y miré mis manos, que todavía sostenían el vaso casi vacío de *güisqui*—. ¿Cuándo aprenderás que las penas no las cura el alcohol, sino un buen *cappuccino*? O café, en mi caso.

—¿Un *cappuccino*? —Reí ante su ocurrencia y agarré su mano, que colgaba sobre mi hombro izquierdo. Besé su dorso para impregnarme de su aroma, de su cariño—. Tendré que pedir uno y comprobar si lo que dices es cierto.

—No te muevas, ¡yo te lo haré, *guaperas*! —Levanté una ceja granuja y ella tapó mi cara con sus manos divertida—. Tengo contactos, aunque no lo creas.

—¿Y ese contacto es tu cuñado? —Se cruzó de brazos y apoyó sus dedos en la frente al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Mi cuñado hace la vista gorda con todo lo que hago, pero mi contacto es él. —Ladeó la cabeza para mirar al camarero con una sonrisa—. ¡Me deja hacer de todo! —exclamó alegre—. No pongas esa cara de manzanas agrias, ¿acaso estás celoso?

—¿Celoso yo? —me burlé. Celoso, decía. ¡Qué sabría ella!—. Ya te gustaría, preciosa. Pero puedo...

—¡Y el macho sale de su escondite! —Exageró sus gestos con las manos para echarse a reír—. Esconde el ego, solo somos amigos.

Antes de que pudiera protestar, se echó un dedo a los labios haciéndome el gesto de que guardara silencio. Fruncí el ceño molesto y me crucé de brazos mientras ella entraba en la barra. Le regaló un abrazo a su *amigo* y empezó a hacer el *cappuccino* con detenimiento. La pillé varias veces mirando hacia mi dirección y, como una niña pequeña, me sacaba la lengua burlona. Me mantuve en mis trece hasta que probé tal exquisitez. Estaba riquísimo, dulce, pero en su justa medida.

—¿Qué brujería has hecho? —Estalló en carcajadas tras ver mi reacción. Me lo robó de entre las manos y le dio un sorbo. La espuma adornó el contorno de su labio superior, el cual, sin privarme de mis impulsos, lamí para limpiarlos. Ella no se movió ni me impidió hacerlo. Disfrutó tanto como yo porque, aunque me negara, ella notaba la misma corriente que nos unía a ambos. Yo parecía un ser bipolar, pero la única razón era ella. Vicky me volvía loco—. No dejes vislumbrar tu ego, *jueves*, ¡sigues siendo un incordio! —exageré.

—¡Qué ataque! Encima que te preparo la más dulces de las locuras. ¿Sabes a cuántos chicos podría conquistar?

No respondí a su pregunta, sino que me deleité con la bebida hasta terminarla. Nuestras miradas, ancladas en los ojos del otro, se reprochaban no escuchar lo que el corazón gritaba en silencio.

—Con que conquistes a uno es suficiente. —Le guiñé un ojo socarrón y ella quiso replicar de inmediato, aunque no se lo permití. Mis labios, hambrientos de los de ella, los poseyeron en un beso que no quería terminar jamás. La melosidad de sus gemidos bebidos por mi boca, era una explosión de placer para el juego lujurioso que exploraban nuestras lenguas hasta casi quedarse sin respiración. Con el corazón acelerado, a distancia de su boca y con la nariz rozando la otra, me levanté. Antes de irme, me acerqué a su oído—. Y espero que sea a un *gilipollas* al que nadie se lo ha dicho.

La vi sonreír de soslayo y me marché del restaurante. Si me hubiese quedado, no asumiría las consecuencias de mis actos. No era el momento. No era el lugar. Y todavía no estaba seguro de si lanzarme al vacío o dejarla ir sin más.

Ante la tesitura de mi corazón latiendo como si no hubiese un mañana, me dirigí a la habitación de William. Estaba siendo un egoísta al cobijarme con él, sin importarme que necesitara espacio.

Cuando llamé a la puerta y me abrió, me di cuenta de que era el caso contrario. William nos necesitaba. Sus ojos rojos e hinchados, lágrimas desbordadas y suspiros continuos en busca de aire para sus pulmones. Lo abracé como lo hacen los hermanos. Él me salvó la vida y, aunque yo hice lo mismo con él en varias ocasiones, sentí que estaba en deuda con la única familia que tenía. Además, sin negar lo evidente, sabía que los abrazos recomponían los retales más complicados de reconstruir. Yo no era muy fan de ellos, pero con William era diferente. Había una conexión insólita entre los dos. Un vínculo que se forjaba de manera inexplicable, capaz de abatir y fortalecer nuestros sentimientos.

—Llora lo que necesites, William. —Noté cómo apretaba mi cuello con su mano, cómo su llanto me arraigaba a él. La desesperación en sus susurros, el ahogamiento de una abrupta soledad donde no estaba su hijo. Le quebrantaron el alma, le arrancaron el corazón. Y lo sentí con él. Poco a poco, se separó de mí para sentarse en la cama y tomar aire—. Respira con lentitud. —Me puse de cuclillas delante de él—. Mírame. —Lo hizo agotado. Ni siquiera se llegaba a distinguir el azul de sus ojos—. No te sientas débil porque no lo eres. Nos enseñan a ser fuertes, a luchar, a disparar, a ser ilegales, a ser inhumanos... —me reí sin ganas al recordar con quien crecí—; pero ¿sabes a qué no nos enseñan? A sentir. —Asintió. Apretó sus labios para no derrumbarse de nuevo—. Porque si nos frustramos, matamos a alguien; si nos enfadamos, destruimos todo a nuestro paso; si nos sentimos tristes, lo ahogamos en alcohol y sexo; si lloramos, somos débiles; y, si nos enamoramos, somos un punto en blanco.

Tomó una bocanada de aire y expiró con sosiego. Secó las lágrimas que humedecieron su cara y levantó la mirada hacia el techo para tomar el control de sus emociones.

—Tienes razón. —Una imperceptible sonrisa asomó en su cara para desaparecer de inmediato—. Dame un momento.

Se levantó en dirección al baño, imaginé que para darse una ducha y despejar todo rastro de congoja. No pude reprimir —antes de perderlo de vista— uno de mis típicos comentarios.

—Espero que hayas atendido bien a mi discurso porque no pienso repetir esa cursilería jamás. —Giró sobre sus talones para mirarme con una ceja alzada—. Ni una palabra. —Intentó responder, pero me negué—. He dicho que no. Ve, te espero.

Fui el vencedor de aquel duelo gracioso entre hermanos y lo esperé sentado en el sillón que había al lado del ventanal. Estiré el cuello hacia los lados y entrelacé mis manos para echarlo

hacia atrás, con los ojos cerrados. No pasó ni medio minuto cuando llamaron a la puerta. Era Mason.

Abrí a mi padre, ya que era el portador de noticias, aunque no de las buenas. En ese mar revuelto, en ese remolino demoledor, solo obtuvimos muerte. Un niño, de la edad de Hugo, fue hallado muerto bajo el castillo en cuyos ventanales había definidos un Sol y un corazón trazados. Nos enseñó las imágenes que uno de sus hombres consiguió, el mismo que estaba arrestado como principal sospechoso de asesinato. Mason contrató a un abogado de confianza para defenderlo.

William, quien salió de la ducha al escucharlo, se quedó callado. Empezó a vestirse en silencio mientras esperábamos que reaccionara. Todo era demasiado enrevesado. ¿Por qué nos estaba guiando hacia esa dirección? ¿Su intención era que encontráramos a Hugo muerto? Muchas preguntas sin respuesta.

—¿Y si estamos yendo en la dirección equivocada? —lanzó a debate mi hermano, quien nos miró con dudas sobre lo que estábamos haciendo—. ¿Y si lo que pretende Ava es llevarnos hacia el lado contrario de donde está Hugo?

—Por lógica, estamos interpretando bien los enigmas —respondí.

—Por esa misma lógica, el objetivo de Ava es torturarnos con muertes de niños para que nos sintamos más frágiles. Quiere rompernos y que no lleguemos a ella —continuó.

—Si han encontrado un niño enterrado bajo un castillo con un sol y un corazón, por lógica, Hugo estará en una zona edificable donde haya una obra. —Mason nos miraba como si estuviera en un partido de tenis, de lado a lado, pero William tenía razón. No estamos yendo en dirección correcta.

Cogió el móvil, que tenía sobre la cama, y llamó a los Bolton. Ellos encontrarían más rápido que nosotros zonas donde estuvieran en obras.

—Necesito que me localicéis lugares que estén edificando; ya sean edificios, comercios, parques... —Puso el manos libres para que pudiéramos escucharlos—. ¡Lo que sea!

Se oían las teclas y una lista pronunciada de lugares que se excedía.

—Hemos de ser más precisos; construcciones que tengan por nombre «corazón» o algo relacionado con el sol... —concluí para tachar lugares de la lista.

—Incluso calles que tengan relación con ambas palabras —añadió mi hermano.

—Cerca del *pub* de Brown estaban en obras. —Mason buscó por el teléfono mientras los hermanos Bolton focalizaban su búsqueda—. Justo aquí. —Nos señaló el lugar exacto en *Google Maps*.

—Vuestro padre tiene razón. En la calle anterior al *pub* están construyendo un hotel. Tiene dos salidas. El restaurante que da a la parte posterior se llama *Corazón de latón* —informó uno de los hermanos.

—Hay dos edificaciones que se están construyendo cerca de la playa. Una de ellas es una residencia juvenil para los estudiantes, de nombre *Sun Young*. La otra se encuentra en el centro, es un bloque de edificios al que han llamado *Sol y Nieve* —comunicó el otro hermano.

Llamémosle intuición o conexión de hermanos, pero de nuestras bocas salió «Corazón de latón» al unísono. Ava no se lo esperaría. Habíamos acertado el camino que nos llevaría hasta mi sobrino.

No íbamos a fallar.

Era nuestro momento.

Rescataríamos a Hugo.

La venganza estaba por venir.

Capítulo 8

Lejos de ti

WILLIAM

No podíamos fallar. Sentía que habíamos encontrado la dirección correcta y el camino para encontrar a mi hijo. Era el momento de traerlo de vuelta.

—Toma. —Derek me tendió dos armas que guardé en la parte trasera del pantalón. Cogí la maleta, que estaba guardada dentro del armario, y numeré la clave para que se abriera. Allí estaban mis aliadas y no dudaría en utilizarlas para acabar con la vida de Ava—. Me pillo estas dos. —Las agarró con una sonrisa mientras admiraba la punta bien afilada—. No sabes lo que voy a disfrutar de su muerte.

—No vivirá para contarlo. —El muy cabrón comenzó a reír a gusto. Nuestro padre, quien nos observaba con esperanza y una media sonrisa en el rostro, se acercó a nosotros—. Esta vez no pasará lo mismo, padre.

—Confío en vosotros. —Sonrió orgulloso de tener a sus dos hijos juntos, en un equipo, y unidos por algo que no sabía muy bien cómo explicar—. Id a por esa hija de puta, pero tomad esto. Antes de venir, los Bolton me los dieron para que lo adhiráis a vuestros relojes.

—Pueden haber...

—John les ha facilitado un buen contacto para que eso no ocurriera. Son intachables y, a partir de ahora, iréis siempre con ellos —interrumpió nuestro padre a Derek. Este rio con pesadumbre y creí saber el motivo tras observar cómo miró el reloj.

—Lo echas de menos, ¿verdad? —pregunté.

Me miró de un modo tan profundo que sentí la desgarradora alma que habitaba en él, llena de sufrimiento y soledad. Negó con la cabeza para terminar levantando los hombros. Le restó importancia a un sentimiento que le gustaría obviar. Mason nos dio un ligero apretón en la nuca y se marchó para dejarnos espacio antes de irnos a *Corazón de latón*.

—Solo quería decirte que te entiendo. —Ahora fui yo quien lo agarró de los hombros e hizo que me mirase—. Yo también echo de menos a Edward, el único amigo capaz de aguantar mis enfados más repentinos, mis estados de bipolaridad y mis quebraderos de cabeza. —Apartó la mirada—. Es normal que te sientas confuso por mostrar tus emociones y no es malo. Recuerda tu propia reflexión: «No somos vulnerables al sentir».

—Debes admitir que mi discurso te dejó huella. —Reí. Palmeé su brazo y terminé de colocar las dagas para el pronto ataque—. Quien calla, otorga y sabes que tengo razón.

—Creído —bromeé—. Prepárate, salimos en breve.

—Lo tengo todo listo. —Sonrió con garra. Lo veía con fuerza y valentía. Y yo también lo sentía. Algo me decía, muy dentro de mí, que recuperaría a mi hijo—. ¡Vamos a por esa hija de puta!

Se acercó a la puerta con paso firme y lo seguí, pero antes tenía que hacer una cosa muy importante.

—Dame cinco minutos. —No hizo falta que le explicase nada más. Asintió y se quedó apoyado en la pared de al lado de la puerta. Me dejó espacio para que llamase a Sophia—.

Buenas tardes, princesa.

—Hola —su voz se entremezclaba entre la alegría de escucharme y la tristeza de no saber nada de Hugo—, dame una buena noticia porque yo te tengo otra.

—Creemos que hemos encontrado el verdadero paradero de nuestro hijo. Íbamos en dirección errónea hasta ahora. —Escuché un suspiro melancólico que impregnó mi ser, aun estando a kilómetros de distancia—. Vamos a traerlo de vuelta a casa, Sophia.

—Confío en que lo haréis. Un Wright nunca pierde, ¿verdad? —Precisaba eso. Escuchar su voz aterciopelada, sus suspiros acariciar mi alma y la afirmación de que nadie podría con nosotros. Sophia era, para mí, el mundo que me completaba y la fuerza que necesitaba.

—Jamás —afirmé con seguridad.

Después de derrumbarme en un mar de lágrimas y expulsar la incapacidad que me impedía avanzar, estaba más seguro que nunca de que conseguiría salvar a mi hijo de las garras de esa serpiente venenosa que quería asfixiarnos. Tenía a mi hermano que, aunque fuera muy reciente, había demostrado ser fiel y sensato. A los Bolton, que eran los ojos de una misión en la oscuridad. A mis padres, que nos tendían la mano al caer. Y a Sophia, la única persona capaz de salvarme del abismo.

—¿Y cuál es tu buena noticia?

—Mañana me dan el alta. —Sonreí feliz al escuchar la alegría que le suponía volver a casa—. Ha salido todo bien, nuestro bebé es un luchador.

—Lo lleva en los genes. —Noté cómo sonreía a través del teléfono. Derek llamó a la puerta y asomó su cabeza—. Tengo que marcharme.

—William, tened cuidado. —Su voz tembló y escuché a mi madre animarla al otro lado del teléfono—. Te quiero, señor Wright.

—Yo más a ti, señorita Moore.

Colgué y guardé el teléfono. Miré a mi hermano, quien ya estaba preparado y salimos del hotel con ferocidad. Durante el camino, hice un par de llamadas. Después de todo lo que estábamos pasando, Sophia se merecía una vuelta de cuento de hadas, aunque el mejor regalo sería tener a nuestro hijo entre los brazos.

Si tuviera que elegir la misión más difícil de mi vida, sin duda, sería la que estaba viviendo. Derek se aferraba al volante con fuerza, con rabia. Su mirada centrada en la carretera, su ceño fruncido y la misma arruga en el medio de la frente me identificaba.

El cielo se estaba nublando. Observé cómo los negros nubarrones tapaban el Sol y unos rayos a la lejanía advertían de la tormenta que se avecinaba. Fue coincidencia que, justo cuando íbamos a por Ava, el tiempo cambiara de un modo tan radical. Mi hermano sonrió de soslayo. Estaba seguro de que pensamos lo mismo: típico de las películas.

Justo a unos metros de nuestro destino, Derek aparcó el coche. Antes de bajar, una mirada de seguridad nos reconfortó al otro. La zona estaba tranquila. Me coloqué el pinganillo para escuchar a los Bolton. Eran nuestros ojos en las calles. Un niño tumbado en medio de la acera hizo saltar todas las alarmas.

—No habrá sido capaz... —susurré.

—Lo es —afirmó airado.

Comenzó a correr hacia él y fui tras mi hermano. Cuando estábamos a medio metro, el niño se levantó y entró en el restaurante *Corazón de latón*. Frené a Derek.

—Es una trampa, el niño era el cebo... —comenté pensativo. Miré el hotel, que seguía con cemento gris en su exterior. Tenía los ventanales sin colocar y la oscuridad del temporal solo atemorizaba más el lugar—. Debemos de ser más inteligentes que ella. Ava espera que entremos

persiguiendo al niño para cazarnos sin más. Vayamos por la puerta principal.

—¿Y si es eso lo que espera que hagamos? Puede que haya trampas en ambos lados. —Miré hacia arriba y luego a mi hermano—. Cabrón, le has pillado el gusto a subir a las azoteas.

Llamé a uno de los timbres del edificio contiguo al hotel, y una mujer mayor fue quien respondió. Me inventé que era el técnico de la luz e iba a hacer una revisión a la instalación eléctrica. ¡Qué iba a saber la mujer! Con buena fe, nos abrió la puerta.

Derek me detuvo antes de subir escaleras. Observó que el portal y la planta baja no tuvieran cámaras. Se señaló el pinganillo y me puse en contacto con ellos.

—Ya sabéis qué hacer. Si hay cámaras, las fundís si es necesario —ordené directo y claro.

Subimos corriendo por las escaleras. Derek saltaba los escalones de dos en dos. Teníamos agilidad, y la adrenalina favorecía nuestro ímpetu. No les había pillado el gusto a las azoteas, más bien, les tenía cierto respeto después de lo que me pasó. Sin embargo, era la opción más viable de todas. Ava no esperaría que entrásemos por arriba.

Una vez cerrada la puerta que nos daba acceso a la azotea, hicimos un breve y rápido recorrido por nuestro alrededor. El hotel era un poco más alto que el edificio, dos plantas más. Aun así, la idea de acceder por esa vía era la más adecuada. Justo enfrente del muro que delimitaba la zona lineal del bloque, había un balcón. Ni siquiera las barandillas estaban puestas, por lo que saltar al otro lado fue sencillo.

—Estamos dentro —corroboré para avisarlos. Oí un leve susurro al otro lado del pinganillo y mucha interferencia. Un pitido ensordecedor hizo que me lo quitase de golpe—. Tenías razón.

—No podemos luchar contra eso. —Sacó el arma y la sustentó en sus manos con valentía—. Hemos de tener los ojos bien abiertos.

Con sumo cuidado, fuimos indagando planta por planta. Todas las habitaciones eran idénticas, menos las *suites*. Eran más grandes y con zonas delimitadas para el *jacuzzi*. Las paredes estaban a medio pintar. No había luz, tampoco agua. Había material de obra esparcido en distintas habitaciones.

Oímos al niño burlarse de nosotros. Nos habían visto. No corrimos hacia él, ni siquiera le hicimos caso. Seguimos, espalda contra espalda, buscando hasta dar con la persona a la que queríamos encontrar.

En la planta baja y sin rastro de Ava, solo nos quedaba la zona de gimnasio y de la piscina climatizada. Cuando cruzamos el umbral, en nuestro campo de visión, vimos a Hugo atado con una cuerda en la parte superior de un andamio. La ira me cegó por completo. Corrí en su dirección. Derek hizo lo mismo. Sonrió con lágrimas en los ojos al verlo. Mi corazón latió tan fuerte que incluso me dio más empuje a la hora de correr, de ser más veloz. Necesitaba liberarlo y abrazarlo contra mi pecho.

—¡Apa! ¡Ono!

Su grito fue quien nos hizo frenar en seco, pero era demasiado tarde. El suelo se hundió bajo nuestros pies y caímos en un agujero. Fui un inconsciente por dejarme llevar por los sentimientos. Ese error nos condujo a la peor de las torturas. Y, por si no era suficiente, mi hermano cayó conmigo.

—¡Apa! ¡Apa! —gritó con lágrimas en los ojos. Nos miraba desde las alturas. Se movía inquieto y, aun así, seguía indemne de caer al vacío—. ¡Apa!

Intenté trepar por la arenosa pared que construía ese agujero. Derek, a mi lado, unió sus manos para darme impulso hacia arriba. Con todas sus fuerzas, me levantó y conseguí llegar al borde, pero la escurridiza arena impidió que nuestro objetivo se cumpliera.

Caí al suelo, y lo volví a intentar más veces.

Del arrastre y de la fuerza, mis manos empezaron a teñirse de un rojo carmesí y la herida volvió a sangrar. No había dolor que superase tener a Hugo tan cerca y no poder salvarlo.

«Perdóname, hijo, por estar tan lejos de ti».

Derek propuso que fuera él quien trepase. Junté mis manos, como lo había hecho él con anterioridad. Mi hermano se situó en la pared arenosa de enfrente. Aunque el agujero era redondo y no demasiado grande, algo de efecto haría la carrera. Corrió hacia mí. Respiré profundamente antes de que pusiera un pie sobre mis manos y lo empujara con todas mis fuerzas hacia arriba. Un gruñido de dolor, de ira, se instaló en este inmenso lugar que me devolvió el eco.

Derek, con casi medio cuerpo de este lóbrego agujero, se impulsó para salir de él. No obstante, Ava se interpuso en su avance. Mi hermano levantó la vista hacia esa mujer, a la que un día llamó *madre*, y un ataque de cólera le dio fuerza para levantarse. Antes de que lo lograra, Ava chafó sus manos con el pie y le dio un rodillazo en la cara que lo hizo caer a mi lado.

—Vaya, vaya, vaya... —ralentizó sus palabras mientras nos observaba con soberbia—. Los dos hermanos al fin están juntos.

—¿Tanto miedo tienes de enfrentarte a nosotros cara a cara? —gritó Derek furioso—. ¿No quieres reunirte con tu marido en el infierno?

Esa mirada envenenada atravesó a Derek como un disparo. Por mucho que Ava se negara a sentir tristeza por la recién muerte de Strong, no podía ocultar que le dolió. Aunque solo fue un gesto fugaz. La prepotencia y la maldad salió a la luz con una sonrisa llena de vileza. Hizo un gesto con el brazo y oímos el sonido de una máquina que se acercaba a nosotros.

Sobre nuestras cabezas, el cucharón cargador de la pala excavadora empezó a dejar caer, poco a poco, la arena. En menos de una hora, quedaríamos enterrados bajo tierra.

El niño apareció y se colocó a su lado. Ava lo felicitó por su trabajo y le indicó que fuera con uno de sus secuaces. Otro hombre, que trabajaba para ella, subió al andamio.

Hugo seguía gritando, sobre todo, al ver que lo cogían para separarlo de nosotros. Desesperado por la situación, intenté trepar de nuevo por la pared. Derek, aun con la nariz empapada en sangre, me ayudaba. Ambos queríamos salvar a Hugo mientras ella se reía de nuestra angustia.

—¡Apa! —El zarandeo de aquel hombre a mi hijo hizo que la sangre me hirviera todavía más—. ¡Apa, en!

Papá no podía ir con él y me mataba por dentro.

Derek sacó las armas y apuntó al hombre. Tenía buena puntería, pero Hugo era su escudo. Su mano empezó a temblar tras percatarse. Yo saqué las mías y apunté a Ava, quien sonrió victoriosa. Un montón de arena cayó sobre nosotros que, además, provocó que nos cegara por unos instantes. En ese momento de oscuridad, Hugo pasó a estar en manos de Ava y nuestras armas cayeron bajo la tierra. Derek las buscó y encontró una de ellas. Apuntó a esa hija de puta. Se frotaba los ojos, con la vista borrosa. Tiré del hilo que enfundaba las dagas y la primera se deslizó por mi mano. La lancé con tan mala suerte que rozó únicamente su pierna.

—Un poco más —ordenó. Otro golpe de arena nos hundió hasta la cintura—. ¿Tenéis suficiente o insistís en salvar a un joven cuya vida depende de la mía? Si me matáis, él morirá.

Un punto rojo adornó la frente de mi hijo. Derrotado y sin más opción que rezar para que nuestra gente apareciera, dejé que sintiera que había ganado la batalla. Hugo, inquieto, me llamaba entre gritos. Y, cada vez que lo hacía, mi corazón se rompía en diminutos trozos que serían imposibles de recomponer.

—Míralo porque será la última vez que lo veas tan dispuesto a ir contigo. —Su risa

endemoniada surcó en un eco inhumano hasta desaparecer, no solo de nuestra vista, sino de ese hotel.

Por más que lucháramos por salir de allí, todo era en balde. La arena no nos permitía movernos. A cada minuto que pasaba, la tierra nos cubría milímetro a milímetro.

—Sí que lo echo de menos, este reloj es el mismo que él lleva —Derek fue quien rompió el ensordecedor silencio entre ambos, aunque de fondo estuviera el motor de la máquina—. Y, aunque sea tarde, me he dado cuenta de que quiero a ese bromista vestido de Horatio Caine. Fue la única persona que, aun viendo lo tenebrosa que era mi vida, seguía a mi lado. —Miró al techo rendido y suspiró—. Nunca tuve amigos. Era un lobo solitario que deambulaba en busca de venganza y solo me importaba eso... O eso pensaba. Erik ha sido mi único y mejor amigo. Y no supe valorarlo.

—Y, en tu situación, era normal. Te habían convertido en una persona cargada de odio. En una máquina de matar... —Su sinceridad y lo mucho que le estaba costando expresarse le hizo sentir frágil. Él no estaba acostumbrado a este tipo de confesiones—. Reconocer que quieres a tu amigo, no te hace débil. Yo también quiero a Edward, aunque esté en bucle. —Suspiré mientras veía cómo la tierra nos llegaba un poco más arriba del pecho—. Y da miedo, sí. Da miedo cuando, por primera vez, le dices a una persona que la quieres, que la amas, que es necesaria en tu vida.

—Y tú lo sabes bien. —Asentí y observé el destello en sus ojos cristalinos. Ese brillo de tristeza y temor—. ¿Sabes? —La sonrisa fue muy efímera en la cara de mi hermano, y lo entendí sin que me dijese nada—. Vicky ha sido la única persona capaz de meterse muy adentro de mí. De necesitar sus caricias cuando hablamos o de simplemente mirarnos a los ojos para saber lo que piensa el otro. Y nunca he sido valiente. Siempre he huido porque ella tambalea los muros de mi vida.

La arena dejó de caer. El motor se paró. Nos quedamos en silencio, sin entender qué estaba pasando. Escuchamos unos pasos que se acercaban a nosotros.

Mi padre apareció sonriente, junto a Edward y dos de sus hombres, delante de nosotros.

—No hay inhibidores que hagan fallar esos rastreadores que os pusisteis en el reloj. —Sonrió orgulloso de que, al fin, la tecnología de Ava se malograra—. Venid aquí.

Nos tendieron la mano y nos ayudaron a salir. Edward, cara a cara con Derek, lo fulminó con la mirada. También lo hizo conmigo. Por mucho que estuviéramos enfadados, nuestra amistad era demasiado fuerte para romperse. Asentí de un modo ligero, dándole las gracias por estar ahí. Él le restó importancia levantando los hombros y observando el lugar.

—Sabemos dónde está y no tiene escapatoria. —Derek se removió para quitarse la tierra de encima. Joder, cómo picaba—. Mis hombres la tienen rodeada, aun así, hay que tener cuidado. Esa mujer no da puntada sin hilo.

—Tenemos que ir al hotel. Nuestras armas están enterradas... —Mi hermano miró el agujero en el que estábamos—. ¡Y cambiémonos, por Dios! —gritó furioso. Se agitaba la ropa y se rascaba.

Sin más dilación, salimos de aquella construcción y subimos al coche 4x4 en el que nos esperaban. Mi padre cogió nuestro coche, aparcado en la otra calle. Los Bolton ya harían de las suyas para borrar cualquier imagen que nos comprometiera.

El conductor no tuvo miedo de pisar el acelerador y llegamos en tiempo récord. Derek y yo subimos a toda prisa a nuestras habitaciones, pero antes de que él se metiera en la suya, lo llamé.

—Yo también tuve miedo cuando Sophia consiguió abatir mis propios muros. Vale la pena arriesgarse, sobre todo, cuando no tienes nada que perder. —Perdió su mirada por algún punto

del pasillo de su planta para volver a enlazarla con la mía—. Además, si no hubiera sido por el café con sal, ella y yo no estaríamos juntos.

Me miró extrañado y yo subí con media sonrisa hacia mi habitación. Me vencieron en la batalla. Sin embargo, recordar a Sophia, su carácter, sus jugarretas, sus sentimientos y todo lo que pasamos juntos, hicieron que mis fuerzas se recompusieran para librar esa última guerra.

Capítulo 9

Juntos hasta el final

DEREK

Siempre me decía que sentir traería más de un quebradero de cabeza a mi vida, y era cierto. Desde que la verdad salió a la luz, experimenté una serie de sentimientos que jamás pensé tantear. Tenía la certeza de que el amor invitaba al dolor, pero ¿qué tan bien debía de sentirse ser amado?

Un golpe en el estómago me arrebató el sentido al recordar todos los años en que hice sufrir a William. Recuerdos que empezaban a perturbarme. Sophia y él se amaban de un modo incondicional, cómo sus ojos que se hablaban con detalle. Cómo sus manos se rozaban, aunque no estuvieran hablando entre ellos. Cómo sus cuerpos se movían y encajaban a la perfección. Cómo eran el pilar del otro para superar cualquier adversidad, aun estando lejos. ¿Había parejas perfectas? ¿El amor lo era o era imperfecto?

Salí de la ducha y observé mi reflejo en el cristal. No encontré al Derek del pasado. Veía otra persona un poco más humana, con dolor en el pecho y una tormenta en su mente. Respiré con profundidad hasta cambiar esa pesadumbre por fuerza. La necesitaba. Librar una guerra contra Ava sería, tal vez, lo más difícil a lo que me había enfrentado.

Terminé de secarme y de vestirme. Cogí las dos últimas armas que tenía en la maleta y las cargué. Las guardé —como de costumbre— en la parte trasera del pantalón. Saqué las dagas que William me había cedido y las preparé en un lugar estratégico para no fallar. Fui débil y poco arriesgado cuando estábamos frente a ella, pero Hugo estaba demasiado cerca y tuve miedo.

Los golpes en la puerta dispersaron todos los pensamientos abrumadores que me acompañaban. Cuando la abrí y lo vi, no esperaba encontrarme con él. No lo invité a pasar, sino que me quedé firme enfrente de él.

—Por tu bien, espero que no estés engañando a William y no le pase nada malo a Hugo porque si no pagarás por todo el daño que nos has estado haciendo. —Me señaló con malicia. Casi podía ver la rojez de su enfado en los ojos de Collins—. Te aseguro que seré yo quien te mate.

—¿Edward? ¿Derek? —La voz alejada de mi hermano llamó nuestra atención y se acercó—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió su amigo en cuanto este se puso a nuestro lado—. Ya me iba.

—Edward... —recriminó William, quien detuvo su paso.

—No tengo nada más que decir. —Con antipatía, miró por encima del hombro a su amigo—. Ya lo sabes —se refirió a mí.

Apreté las manos en puños y se marchó. William respiró en un intento de calmar su impulso. Chasqueé los dedos delante de su cara para alejarlo de un problema que, en aquel entonces, no era prioritario.

—¿Estás listo?

William me entregó una pequeña caja para recargar el arma. Agradecí que ambas fueran del mismo calibre porque no tenía más. La guardé y le sonreí.

—¿Para matar a Ava? Más que dispuesto.

Una sonrisa perversa y ladeada se instaló en nuestras caras antes de ponernos en marcha. Era increíble cómo podía conectar con él sin conocerlo de verdad.

Mason estaba en el *hall*, junto a un par de hombres que nos acompañarían. Los coches ya estaban preparados en la puerta.

John, que estaba en la recepción, se acercó a nosotros.

—¿Puedo hacer algo más para ayudaros? —William apretó su hombro y negó con la cabeza.

—No dejes que les ocurra nada a Angy y a Edward. Sophia está en buenas manos...

—¿Volveréis con Hugo? —El labio le tembló y Mason se encargó de responder a su pregunta mientras nos invitó a ir hacia los coches.

No oímos su respuesta, pero sí vimos que su cara se ensombreció. Podía pasar cualquier cosa y estaba dispuesto a interponer mi vida por la del pequeño. No tenía dudas de ello.

Nada más subir a los coches, dos hombres lo hicieron con nosotros y emprendimos el camino hacia la dirección donde se encontraba Ava. Nos informaron que la zona en la que residía era la Bahía Vizcaína, en concreto, en *Palm Island*. Una mansión alejada de la ciudad y que estaba conectada con dos islas más en la que residían famosos, a quienes habían desalojado haciéndose pasar por policías. Les dijeron que había una amenaza de bomba e iban a llevarlos a un piso franco para mantenerlos protegidos. El plan de mi padre era brillante. No habría nadie cerca, solo ella contra nosotros.

El acceso a su mansión tenía dos vías: en barco, cuyas aguas rodeaba las islas y que ya tenían vigiladas; o, en coche, ya que *Star Island*, *Hibiscus Island* y *Palm Island* estaban conectados por puentes a *MacArthur Causeway*, la famosa carretera que comunicaba el centro urbano de Miami y el Sur de la playa.

Todas las vías de acceso tenían control. Era casi imposible escapar de allí, por lo que entrar en esa mansión suponía un peligro muy grande. No sabíamos lo que encontraríamos.

Uno de los hombres nos dio un chaleco antibalas y nos lo pusimos debajo de la camiseta para más protección. Yo no estaba conforme, pero por no llevar la contraria, me lo puse sin más.

Nos llegó un mensaje al móvil con la distribución de la casa. Los Bolton estaban haciendo una gran labor. No podíamos subir por el tejado, ni tampoco hacerlo sin ser vistos. La casa, aun estando rodeada de árboles, era visible y estábamos seguros de que tenía cámaras instaladas por todos los lados. Además, tampoco conocíamos el número de hombres que la resguardaban.

Nuestra única alternativa: matar.

—Hugo estará en un lugar poco accesible. —William asintió—. Descarto la guardilla y el sótano.

—Debe de estar en una zona donde ella tenga poder y se sienta grande, convencida de que puede vencernos. —Le di la razón. Recordé mi primer castigo como un *flash*. La cara de pavor que reflejó no le pasó desapercibida a William—. ¿Qué ocurre?

—Estará aquí. —Señalé un punto en concreto. Una habitación más grande, con espacio y diferentes trampas para atraparnos—. No me preguntes por qué, pero lo sé.

Solté todo el aire retenido en mis pulmones cuando el coche se detuvo en la entrada junto a varios más. La mansión estaba rodeada.

—No serán más que nosotros. —William miraba a su alrededor con brillo en los ojos. Veía a mi hermano dispuesto, seguro—. Por Hugo. Por ti. Por mí. Por nuestra familia.

Me tendió la mano sin dejar de apartar la mirada de mis ojos, reflejados en los suyos. Testigos de una posible despedida después de que tirara de mi brazo y me abrazara como solo lo hacían los hermanos. Fuerte, fiel, sincero y esperanzador. Una unión que sentí enlazarse mientras se

hacía grande.

Vi cómo se tocó la nariz dos veces y señaló hacia la casa. Todos a un mismo son batallaban contra los hombres escondidos y los que salían de la mansión para defender a su reina. Luché al lado de mi hermano contra ellos, prevenidos de un posible ataque a nuestras espaldas. Por esa razón, no dejábamos de protegerlas. Él y yo. Yo y él. Juntos hasta el final.

Disparé, pateé, golpeé con la más cruel fuerza que salía de mi interior, rabioso y lleno de venganza. Dañé mis nudillos, sangré al ser alcanzado por una bala en el brazo. Aun así, no dejé de luchar. Seguí inmerso en la guerra contra nuestros adversarios.

Liberé a William, a quien habían atrapado entre dos hombres mientras un tercero lo golpeaba. Disparé al centro de sus frentes y cayeron al suelo. Mi hermano asintió en modo agradecimiento y señalé las escaleras. Corrió conmigo hacia arriba mientras nos batíamos en duelo contra los que defendían esa zona. Tiros en blanco, tiros fallidos, golpes enredados con otros brazos bailaban junto a la estremecedora sangre que bañaba nuestros cuerpos.

—¡Cuidado, Derek! —gritó mi hermano.

Me giré y lancé una de las dagas que alcancé en el bolsillo izquierdo del pantalón. La clavé en su cuello y cayó al suelo de inmediato. La cogí y volví a guardarla. Acelerados y con la respiración entrecortada, llegamos a la habitación que predestiné para Hugo. Abrí la puerta de una patada, donde pudimos verlo encerrado en una jaula con clavos hacia dentro y que, si se movía, podían hincarse en él.

—Maldita zorra —susurró mi hermano al ver a su hijo en esa tesitura. Me miró de reojo para descifrar qué estaba pensando, cómo sabía que estaría aquí. Buscaba respuestas donde no las había. Solo fue una corazonada—. ¿Cómo lo supiste?

—Porque, cuando era niño, estuve encarcelado en una habitación parecida a esta. —La observé con minuciosidad. En algún lugar habría una trampa que, o atentaba contra los intrusos que querían salvar la vida de Hugo o contra el propio pequeño—. Y no tuve la ayuda de nadie para liberarme. —Eché la vista atrás e hice lo mismo. Tenía la certeza de que Ava nos estaría acechando—. Fue una corazonada. Habitación grande, espaciosa... Se regocija de nuestra frustración e impotencia. Sabe que sé que es una bomba de artillería y que, cualquier paso en falso, podría impactar sobre Hugo.

—Tiene el poder... —Asentí.

William se me quedó mirando y yo hice lo mismo con él. Solo una respiración profunda y un paso al frente provocó que Ava saliera de su escondite porque, al atravesar el umbral de la puerta, estábamos fuera de su campo de visión. Además, la probabilidad de que hubiera una trampa en la primera losa era inviable, incluso para ella. Esperaba escuchar su voz y su canto de victoria, pero quiso ser una déspota salvaje. Un cordón blanco y delgado pasó por delante de mi cara para encarcelar mi cuello.

—¡Cazado, William Wright! —Sonreí discreto. Nuestro plan había funcionado. Mi hermano se quedó quieto en la tercera losa, al lado de la mesa, donde había herramientas de tortura. Hugo, quien no perdía detalle de nada, se quedó callado. Ya no gritaba nuestros nombres como si hubiese intuido nuestro plan—. ¿Qué te parece un poco más de presión, Derek? ¿Dejarás morir a tu hermano?

Con las manos, evitaba que la cuerda presionara más en mi cuello. Era un combate injusto porque atacó por la espalda. Aun así, aguanté todo lo que pude para que mi hermano salvara a Hugo.

Caí de rodillas. William se detuvo en seco. Estaba entre la espada y la pared; sin embargo, mis ojos seguían indicándole el camino para no caer en las trampas esparcidas por la habitación. Ava

apretaba más. La respiración comenzó a debilitarse, tanto como mis fuerzas que no daban más de sí.

—¿Sabes lo que más me divierte? —Aflojó la cuerda por un instante. Dos bocanadas de aire resurgieron y aliviaron mis pulmones antes de que la presión se volviera constante—. Que, al fin, cumpliré el sueño de los Strong: matar al hijo de Mason Wright. —Rio—. Y qué placer hacerlo delante de su hijo.

Cuando William estuvo al lado de la jaula, agarré la daga y la hiqué en la pierna de Ava. Ese instante furtivo en que ella gritó y aflojó su agarre fue suficiente para huir de las cuerdas que dejaron marca en mi cuello. Cuando estuve frente a frente con ella, se dio cuenta de quién era realmente.

—¿Sorprendida? —Sonreí perverso—. Soy todo tuyo.

Hice un gesto con las manos para indicarle que se acercara. No dudó ni un segundo en abalanzarse sobre mí y enzarzarnos en una dura y cruel pelea. Los entrenamientos con Ava siempre terminaban vencíendome. Ella era dura, incluso más que Strong. Sus técnicas eran perfectas. Precisas. Un paso erróneo te llevaba a la muerte segura. No quería que eso pasase. No perdió la sonrisa en ningún momento, estaba convencida de que podía ganarme de nuevo.

Sus golpes, aun teniendo la pierna herida, eran firmes y severos. Un juego de brazos provocó que cayera de rodillas, pero conseguí levantarme antes de que volviera a atacar. Su pie impactó en mi mejilla con una patada limpia que, de nuevo, me hizo caer al suelo aturdido. Me empujó, me pateó las costillas y agarré su pierna malherida metiendo el dedo en ella.

Gritó y sus puños impactaron en mi pecho y en mi cabeza para que dejase de apretar. La tiré al suelo rabioso, y ambos nos pusimos de pie para enfrentarnos. Hizo trampa, como siempre. Le robó el arma a uno de sus hombres —que yacía muerto en el suelo— y la empuñó gloriosa. Observé cómo, de su ceja, salía un fino hilo de sangre que embadurnaba el lado izquierdo de su rostro. Cómo el morado de su pómulo se hinchaba lentamente. Cómo su labio herido se erguía para mostrarme su amarillenta dentadura.

No le temblaba el pulso y, en su cruel mirada, vi el éxtasis de conseguir su logro. Pero no contaba con que tenía una daga más, la cual lancé con alevosía en el centro de su estómago. Todavía le quedaban fuerzas para reírse de mí mientras, derrotado, intentaba apaciguar mi respiración. Ambos moriríamos en ese juego que había llegado a su final.

—Dale recuerdos a Strong de mi parte. —William rasgó su cuello con una de sus dagas e inclinó la cabeza de Ava para que lo mirase mientras moría y se desangrara—. Jaque mate, zorra.

La dejó caer en el suelo mientras su cuerpo se empapaba de su misma sangre. Mi hermano se acercó a mí para ayudarme a levantarme y, sin controlar mi impulso, lo abracé. Un abrazo lleno de agradecimiento y confianza.

—Juntos hasta el final. —William me tendió la mano después de que nos separásemos.

—Hasta el final.

Fue él quien me abrazó e hizo que todo mi interior explotase de un modo demoledor. Después de lo que hice para destruirlo, fue él quien me salvó, quien no me dejó vagar por la oscuridad sin luz y quien me enseñó que un hermano era un compañero incondicional. Me demostró que siempre estaría a mi lado porque la conexión que sentíamos nacía del corazón. Era inquebrantable.

—¡Ono! —gritó Hugo, quien se asomaba desde la puerta de esa pavorosa habitación.

William asintió y el pequeño corrió hacia donde estábamos. Lo agarré al vuelo y lo abracé tan fuerte como él. Besé su cabeza y lo pegué a mi pecho con un nudo en la garganta y los ojos empañados en lágrimas. Mi hermano miró por un instante el techo para calmar su lloro. Había

llegado el fin del suplicio y el inicio de la felicidad.

—Te quiero, pequeñajo.

—*E iero, ono.*

Capítulo 10

Contigo

WILLIAM

Cuando Derek le hincó la daga en la pierna y se separaron de la puerta, supe que tenía un tiempo escaso para liberar a Hugo y ayudar a mi hermano.

—Campeón, te sacaré de aquí. —Introduje mis dedos entre los barrotes y él los acarició—. No te muevas, ¿vale? Quédate quieto, como hasta ahora.

Sus ojos llorosos hacían llorar a los míos, no obstante, debía buscar una herramienta para abrir la jaula en la que estaba preso. Volví sobre mis pies hasta llegar a la mesa. Busqué unas tenazas para cortar los barrotes, pero pensé que el movimiento haría tambalear la jaula y deshice la idea. Observé la habitación, pero no encontré nada que me fuera útil hasta que divisé —en una de las estanterías— un bote lleno de alfileres.

¿El problema? ¿Cómo llegar hasta allí si no tenía ni idea de las trampas que habría en el lugar? El único que las intuía estaba batiéndose en duelo contra la causante de todo.

Me quité la camiseta y le hice un nudo en la punta. Miré a Hugo, quien me observaba expectante. Me arriesgué a sabiendas de que mi hijo podría pagar las consecuencias de mis actos. Con un movimiento —a modo látigo— hice que la tela tocara el bote y lo empujara hacia mí. Moví mi cuerpo hacia adelante, solo con la sujeción de una pierna sobre la losa en la que me equilibraba, y terminé cogiéndolo antes de que impactara contra el suelo. Volví con Hugo. Despacio y sin moverlo, intenté abrir la jaula hasta que escuché un «clic».

Un clic que me devolvió la vida y el latir a mi corazón. Agarré a Hugo y lo pegué a mi pecho. Lloré al sentir su cabeza contra mí. Lo tenía conmigo, a mi lado, entre mis brazos.

—Te quiero, mi vida. —Lo abracé más fuerte y él se agarró con fuerza a mis brazos. Ambos nos necesitábamos—. Te quiero, te quiero —susurré mientras besaba su sien.

—*Iero, apa. Uo e iere.* —Con su delicada mano, acarició mi mejilla. Le cogí la manita y la besé. Escuchamos un gruñido lleno de dolor y Hugo se acordó de su tío—. *Ono.*

—Vamos a salvar a *Ono*.

Retrocedí mis pasos hasta llegar a la puerta. Le ordené a mi hijo que no se moviera, ni siquiera que se asomase. Era un paño de sangre y quería evitar que lo viera. Me acerqué con sigilo a ellos. Derek estaba en el suelo, sumido en una derrota que veía en sus rasgos. En cambio, aunque no pudiera ver la cara de Ava, cantaba una victoria a gritos. Dejé caer una daga en mi mano y, con la más mínima cautela, la sorprendí al atraparla por la espalda mientras le rasgaba la garganta sin piedad. Al hacerlo, le levanté la cabeza y le di recuerdos de mi parte para Strong.

—Jaque mate, zorra.

La dejé caer al suelo y me acerqué a ayudar a mi hermano, quien respiraba aliviado.

Me sorprendió.

Me sorprendió el abrazo que me regaló sin esperarlo.

Me sorprendió sentir que, en su interior, también había un sentimiento que nos conectaba y que florecía a cada segundo que pasábamos juntos.

—Juntos hasta el final. —Le tendí la mano, que él me correspondió, para abrazarlo con

estima.

—Hasta el final.

Su voz salió rasgada y supe que sus emociones acababan de colisionar. Era extraño para alguien al que le enseñaron a no sentir, a no amar. Ahora había encontrado a su familia y no pensaba dejarlo de lado. Derek merecía descubrir todo lo maravilloso de un amor de familia, de amigos y de pareja.

—¡*Ono!*

La voz de Hugo nos sorprendió a ambos, asomado por la puerta. Cuando sus miradas conectaron de un modo tan afectivo, no pude recriminarle que no me hubiese hecho caso. Hugo adoraba a su tío, aunque no fuera consciente de quién era todavía. Asentí dándole permiso para acercarse y así lo hizo. Corrió hacia nosotros, sin importar cuántos cuerpos hubiesen de por medio. Los esquivaba hasta que llegó a las manos de Derek. Lo lanzó al aire y lo abrazó al vuelo. Un abrazo emotivo que inundó mi corazón de ternura.

—Te quiero, pequeñajo.

—*E iero, Ono.*

No quise retener las lágrimas que se desbordaban sin esfuerzo. Todo ese suplicio nos asfixió de una manera abismal. Tan fuerte que casi me anuló el alma. Débil no era la persona que sentía ni se dejaba llevar por el amor, sino la que no luchaba ni tenía esperanza de recuperar lo que un día perdió por culpa de terceros. Y nosotros no fuimos débiles, sino que fuimos leales a nuestro sentir. Éramos la imperfección de una perfecta familia que se había reencontrado en las tenebrosas oscuridades de la mafia.

Hugo se echó hacia atrás para que lo cogiera en brazos. Lo besé y miré a mi hermano, quien también tenía un brillo especial en los ojos. Me dio un apretón en la nuca y sonrió sincero.

—Gracias por no desconfiar de mí cuando supe dónde estaba. —Ahora fui yo quien le dio un apretón en el brazo.

—Los hermanos se apoyan, no se juzgan. —Asintió con una ligera sonrisa—. Vamos, se ha terminado.

Tapé la cara de Hugo, aunque ya había visto varios cuerpos ensangrentados. Aun así, evitaría que viera más. Había sido una situación difícil para él. Lo raptaron y a saber qué cosas tuvo que ver y vivir. Prefería que un profesional, de confianza para nuestra familia, lo tratara.

Cuando salimos por la puerta principal, unos hombres nos señalaron. Mi padre, que estaba de espaldas, se volteó para vernos. Corrió hacia nosotros y Hugo se abalanzó sobre él gritando su nombre.

La vuelta al hotel fue tranquila y llena de risas. Hugo estaba en mi regazo, pegado a mi pecho mientras reía porque su *Ono* quería hacerle cosquillas y él, como su madre, tenía muchas. Era incapaz de no acariciarlo o besar su cabeza. Veía ese día tan lejos que, tenerlo ahí, era como un milagro. Era respirar en paz.

Los hombres de mi padre pararon delante de las puertas del hotel y entramos. En la recepción se encontraba John, quien miró al techo para contener las lágrimas por haber salvado al pequeño. A la derecha, en los sillones, Vicky se tapó la boca al ver que teníamos a Hugo y que Derek estaba herido y bastante magullado. Cerca de los ascensores, estaba Edward. Cuando nos vio, corrió hacia la puerta del restaurante y gritó un «¡Están aquí!».

Angy y Sandy salieron a toda prisa y juntos se acercaron a nosotros. Sandy atrapó entre sus brazos a Hugo, que se dejaba abrazar feliz de volver. Fue tan mágico que no quise romper el momento. Su momento. Eran como hermanos y se querían con adoración.

Edward me tendió la mano en un amago de pedir perdón. Tiré de ella y lo abracé. Noté las

contracciones de su cuerpo por no llorar, pero lo hizo. Me abrazó más fuerte que nunca y se derrumbó. La situación le había superado. En el fondo, entendía cómo se sentía. Por esa razón, le di su tiempo y espacio. Angy se unió al abrazo y me sentí feliz después de todo este calvario. Me dejé arropar por mis amigos, que tanta falta me hacían.

En cambio, Derek tomó el camino contrario a nuestra dirección. A paso decidido fue hacia Vicky quien, con los brazos abiertos, lo envolvió en un cariñoso abrazo. Aun teniendo dolor, se dejó querer por la chica que le robó el corazón; aunque todavía no lo reconociera a viva voz. Acunó su cara entre las manos y la besó con urgencia. Sonreí. Era un Wright. Un valiente que lucharía por aquellos a quienes quería. Solo necesitaba tiempo.

—¿Quieres ver a mamá, Hugo? —le pregunté cuando noté que alguien tiraba de mi pantalón.

Hugo gritó contento. Tenía muchas ganas de ver a Sophia y todos se voltearon para ver cómo palmeaba y chapurreaba a su modo. Crucé la mirada con Derek, quien también vendría conmigo. Antes de irnos, fuimos a la habitación para ducharnos y aearnos. Cambié a Hugo, que estaba inquieto. Subía y bajaba de su cama. Saltaba en ella. Buscaba a Derek, que estaba intentando descansar en uno de los sillones de la sala. Él, sin importarle, le prestaba toda la atención que era capaz. Para aliviar el dolor de su brazo —tras el disparo— le di un par de pastillas que tomó sin pensar. Necesitaba que le curasen la herida antes de que se agravara. Así que, sin más dilación, llamé para que nos prepararan un vehículo.

Cuando bajamos, ya lo tenían listo y me entregaron las llaves. Abroché a Hugo y también ayudé a Derek a hacerlo. Mantenía su brazo quieto y una sonrisa que no conseguía borrar.

—Ahora entiendo por qué Sophia me decía que era extraño verme sonreír. —Él me miró levantando una ceja—. ¡Somos unas jodidas cartas de póker!

—Pero sexys, no lo olvides. —Ambos reímos.

El trayecto hacia el hospital fue entre ansiado y divertido. Hugo estaba animado. Conecté el Bluetooth al vehículo para escuchar la lista de Spotify que teníamos para nuestro pequeño. Él chaporreaba y palmeaba sus canciones favoritas. En cambio, Derek libraba una batalla contra el dolor de su brazo. Aunque en su rostro se reflejaba una ligera sonrisa, en sus ojos brillaba el destello del daño que notaba en sus heridas y moratones. Fue quien se llevó la peor parte. No sabía cómo darle las gracias por todo lo que hizo por nosotros; gracias a sus recuerdos y astucia, recuperamos a Hugo.

Estaba nervioso.

Echaba mucho de menos a Sophia, aunque habláramos por teléfono de vez en cuando. No tenerla a mi lado, en esos momentos tan complicados, había sido como escalar un nuevo iceberg en medio del océano sin líneas de vida ni indumentaria apropiada.

Nada más entrar en el hospital, hice llamar al doctor que llevaba a Sophia para que atendieran a Derek. Fueron muy eficientes y lo llevaron a la sala de curas, donde le curaron la herida de bala y untaron de pomada todas las magulladuras que marcaban su cuerpo. Por suerte, el tiro que rozó su brazo no fue grave. Aun así, el médico le recomendó que no lo moviera mucho e hiciera reposo; además de tomarse el antibiótico para prevenir infecciones, y el antiinflamatorio para el dolor.

Derek asintió como un buen chico y puso los ojos en blanco cuando el doctor le repitió que mantuviera reposo. Salió de la sala de curas dedicándole caras raras de las que Hugo se reía. Lo abrazó de nuevo.

Ahora sí, había llegado el momento de darle la gran sorpresa a Sophia. Respiré profundamente cuando apreté el botón de la planta a la que íbamos. Hugo seguía en brazos de Derek. Le agarraba las mejillas a su tío y las estiraba. Este se dejaba hacer solo por verlo sonreír. Nadie

diría que vivió un secuestro en sus propias carnes. El sonido del ascensor nos advirtió de que habíamos llegado. Atravesamos el pasillo y pedí que estuvieran en silencio hasta que les hiciera una señal con la mano. Hugo apretó sus pequeños labios y sonrió contra sus manos. Derek reía al verlo tan eufórico.

Llamé a la puerta y entré cuando mi madre nos permitió el paso. Estaba enfrente de la cama, levantada y con una mano en la espalda. No tenía de qué preocuparse, todo había terminado. Fui un cabrón al entrar con seriedad, pero poco duró ese rostro de póker. Moví la mano para que nuestro hijo entrara corriendo en la habitación. Lo subí a la cama mientras Sophia lo abrazaba sin creerse que, al fin, estuviera de nuevo con nosotros.

Lloró.

Lloró al abrazarlo.

Lloró al besarlo.

Lloró cuando estiró su brazo para coger mi mano y enfrascarnos en un inmenso abrazo que remendó los pedazos rotos que se quebraron días atrás.

Estábamos juntos.

La familia volvía a estar unida.

Me hice a un lado y miré hacia atrás. Derek no había entrado y mi madre lo miraba, entre lágrimas, desde los pies de la cama. Me coloqué al lado de mi hermano y vi en sus ojos cómo se hizo trizas.

—Derek, tú eres parte de nosotros. No te vamos a dejar solo. —Su mirada, que no abandonaba la mía, asintió a sabiendas de que cumpliría mis palabras.

—Ven aquí, hijo. —Nuestra madre se adelantó unos pasos y él dudó. Dudó en acercarse. No obstante, aunque le fuera extraño, accedió a sentirse arropado por una familia de verdad—. Siento tanto todo lo que pasó. —Le agarró la cara entre las manos y acarició su pelo—. ¿Podrás, algún día, perdonarnos?

Se dejó abrazar como respuesta a su pregunta. Tal vez, para Derek, todavía era pronto para hablar de toda aquella historia del pasado y pedir perdón. En aquel momento, solo necesitaba reencontrarse y deleitarse del calor y del afecto de su verdadera familia.

Capítulo 11

El fuego de un corazón

DEREK

¿Un corazón podía llorar?

El mío lloraba de un modo desolador ante la imagen tan bonita de Sophia reencontrándose con William y su hijo después del suplicio que habíamos vivido.

¿Por qué yo no tuve ese amor? ¿Por qué yo tuve que ser el secuestrado? Era un egoísta por desear sentirme como él. Ser parte de una familia que se amaba de manera incondicional y que se reconfortaba entre ellos.

Julissa, a los pies de la cama y agarrada al barrote que sobresalía de esta, me miraba con los ojos aguados a punto de estallar en llanto. Debía de ser consciente de la situación que me rodeaba. Había vivido engañado muchos años, alimentado por el odio hacia los Wright, mi verdadera familia y a quienes intenté matar en más de una ocasión. ¿Era normal sentir desconfianza hacia ellos? ¿Qué culpa tenían ellos para que yo los rechazase? Al fin y al cabo, los Wright no me hicieron nada. Al contrario, fue William quien me salvó de la espiral vengativa abriéndome los ojos ante la verdad. Sin embargo, ¿sería capaz de abrirme a ellos?, ¿de ser uno más?

William se interpuso en mi campo de visión y solo hizo falta una mirada para que todo estallara por los aires.

—Derek, tú eres parte de nosotros. No te vamos a dejar solo.

Sabía que mi hermano hablaba de corazón. El brillo con el que me miraba y la calidez de sus palabras sonaron tan reconfortantes como pesarasas. ¿Me merecía una oportunidad después de todo el daño que les había causado?

—Ven aquí, hijo. —Julissa llevó mis emociones al acantilado sin paracaídas. Dudé si acercarme o no. Dudé de mis propias preguntas y me dejé llevar por el sentimiento desbordado que me corría por las venas—. Siento tanto todo lo que pasó. —Me agarró la cara entre sus manos y acarició mi pelo alborotado con suavidad—. ¿Podrás, algún día, perdonarnos?

Las palabras se estancaron en la garganta. El nudo no me dejaba tragar con naturalidad y todo pesaba. La abracé respondiendo a su pregunta. ¿Qué debía perdonar a la persona que me dio la vida y que tuvo que sufrir la engañosa muerte de un bebé?



La vuelta a casa fue muy entretenida. Jamás imaginé ver y escuchar a William chapurrear una canción después de que su hijo le pidiera que cantara con él; aunque más que pedir, se lo ordenó. Nadie podía negar que Hugo era un Wright. No paró hasta lograr su objetivo. Era realmente penoso escucharlo cantar una canción que se sabía a medias. Lo mejor de todo era que me reía en su cara. Me llevé varios manotazos por parte de mi hermano, pero ese momento me estaba dando la vida.

—Ahora ya sé el motivo de esos nubarrones negros que acechan Miami. —La mirada de

William me atravesó. Morí en ese momento, pero de risa—. Tienes que admitir que el genio le va en los genes.

—Le viene de familia... —Miró a su hijo de reojo, al que ya comenzaban a pesarle las pestañas. Una canción más y se quedó completamente dormido—. Está agotado.

—No me extraña, aunque su vitalidad ha sido suprema. —Asintió con una sonrisa plena y feliz de tenerlo con él, de volver a ser tres más uno.

—Necesito que mañana te encargues de un asunto de vital importancia mientras recojo a Sophia y a nuestra madre del hospital. —«Nuestra madre», qué extraño se me hacía escuchar esas palabras. Mi cabeza daba tumbos y todavía no había calificado quienes ahora eran mi familia—. ¿Derek?

Negué con la cabeza y aparté todo el sin fin de pensamientos que me abordaban. Le presté atención y atendí a la próxima misión a la que me enfrentaba. No era de mi agrado, pero cumpliría con ella sin problema.

Cuando llegamos al hotel, William paró delante de la entrada y un botones salió con rapidez para llevar el vehículo a su plaza correspondiente. Con Hugo en brazos, mi hermano se encaminó a su habitación y yo hice lo mismo hacia la mía.

Mis piernas se detuvieron a mitad de camino y, junto a un latido, fueron en camino contrario hasta encontrarla. ¿Por qué tenía necesidad de verla?, ¿de saber si estaba bien?, ¿de enfundarme en sus ojos y no salir nunca de ellos?, ¿de saborear la delicia de sus labios y no soltarlos?

—¡Joder! No latas tan fuerte y veloz, corazón. ¡Te van a oír hasta en China! —pensé.

No obstante, la que oyó mis pensamientos no fue China, sino ella. Se levantó tan rápido que no pude prever que se lanzara a mis brazos y me envolviera en un apasionante abrazo del que no me quería separar. Vicky, de la misma manera que me embriagaba y me hacía perder la razón, también podía abatirme sin siquiera esfuerzo. No se trataba de que no me diera cuenta de que comenzaba a florecer sentimientos por ella. Lo sabía, así como que también me estaba enamorando de *jueves*; aunque nuestros encuentros fueran muy efímeros y los miedos me alejaran de ella. ¿Cómo iba a amar? ¿Cómo iba a hacerlo si crecí lleno de odio y lejos del amor?

—¿Cómo están todos? —preguntó mientras me observaba después de abandonar mi cuerpo y dejarlo frío y necesitado del suyo—. ¿Te han curado la herida? —Levantó la tela de la camiseta para comprobar que sí lo hubieran hecho. Me dejé desnudar y asentí alegre—. ¿Por qué estás tan risueño? ¿Te estás burlando de mí? —cuestionó. Levantó una ceja y apretó los labios que torció en un gesto gracioso.

Negué con la cabeza y tomé su barbilla, que levanté un poco más. Moría por decirle que era preciosa, que deseaba besarla hasta saciarme —si eso fuera posible— y que me gustaría ser más sencillo para ella.

—¿Qué ocurre, Derek? ¿Por qué me miras de ese modo tan... triste? —Ni siquiera me di cuenta de que mi temor por enamorarme de ella se viera reflejado en mi mirada—. ¿Derek?

—Gracias. —La confusión se atisbaba en su mirada. No entendía lo que recibía de mí, pero así era yo. Un loco sin sentimientos aprendiendo a reconocerlos—. Por no alejarte de mí cuando yo mismo lo haría.

—¡No te creo! —Abrió la boca sorprendida y dio unos pasos atrás—. ¿Tienes fiebre? —Tocó mi frente para luego poner los labios sobre ella y comprobar que mantenía una temperatura normal—. ¿Derek, dándome las gracias? ¿A mí? ¿A su tropiezo continuo?

—Mi tropiezo continuo se llama *jueves* —me acerqué a ella de nuevo y sonrió traviesa—, así que no vayas quitándote el apodo.

—¿Por qué debería hacerle caso al *gilipollas*? —cuestionó divertida por nuestro pique. Dio un

paso más hacia mí, con los brazos cruzados. Hice lo mismo—. ¿Acaso te crees con derecho a mandarme?

—No lo creo, lo afirmo. ¿Y sabes por qué? —Vacilona, me animó a seguir hablando. Su posición chulesca me ponía, pero más lo hacía su actitud compenetrada con la mía—. Porque nadie se ha atrevido a meterse conmigo, excepto tú. La chica que tropieza conmigo en el aeropuerto, que me roba el taxi, que me pega un bolsazo, que me llama *gilipollas*, que me hace bromas pesadas y la que...

El destello radiante de sus ojos, la sonrisa que se tornó adorable e ilusionada, las manos anhelantes de roce se dejaron caer por sus brazos hasta descansar en los míos.

—¿Y la qué? —susurró tan despacio que era casi imposible oírla a no ser que estuvieras cerca de ella.

—Derek —la voz de Edward nos sobresaltó a ambos, tan sumergidos el uno del otro—, te están buscando fuera.

Me di la vuelta y asentí con desgana, aunque una parte de mí se sentía aliviado. Todavía no sabía ni por qué iba a confesarle que me gustaba. Mi cabeza estaba hecha un lío. Ella no me merecía. Aun así, el corazón ganaba impulso a la razón.

—Esta noche. A las diez. En nuestra mesa. —Me aproximé a ella y acaricié su mejilla rosada—. No te quites el bikini. —Me acerqué, a lo que Vicky cerró los ojos y, aunque me moría de ganas por besarla, no lo hice—. Solo tú y yo, y el fuego avivado de la playa.

Y me fui con Edward. No dijo nada hasta que salimos del restaurante. En el *hall* se detuvo y puso el brazo para que me detuviera. Lo vi esforzarse por encontrar las palabras adecuadas para —tal vez— disculparse. En su mirada había arrepentimiento, así como sus manos nerviosas no dejaban de entrar y de salir de los bolsillos del pantalón.

—Quería disculparme por la actitud de estos días, pero pensar que mi hija también podría ser secuestrada me quemaba vivo —soltó de carrerilla sin apenas respirar. Aun así, los rasgos y los gestos de su cara me advertían que había más tras ese perdón—. No te prometo una amistad. Ambos somos incompatibles para ello, pero lo que sí te propongo es una relación cordial.

—No necesitas disculparte si no lo sientes, como tampoco llevarte bien conmigo si no lo consideras. Tengo una etiqueta que nunca cambiará para ti. Sin rencores, lo entiendo. —Palmeé su brazo—. Por mí no hay problema, Collins. Si me dices quién me reclamaba, lo atenderé.

—Son los dos jóvenes que están sentados en los butacones. William me ha informado de que tú te encargas de la misión de mañana. —Asentí—. Pues yo soy tu ayuda y reitero las palabras de Will: «Quiero que lo hagáis los dos, sin peros. Necesito que salga perfecto».

—Entonces, no les hagamos esperar.

Nos acercamos a los butacones de la entrada, donde los dos jóvenes estaban sentados. Ambos se levantaron de inmediato para tendernos la mano y saludarnos. Empezaron a explicarnos cómo preparaban ese tipo de eventos y lo que solían hacer. Entendí por qué mi hermano quería que trabajase con Edward. Él estaba acostumbrado a moverse por ese terreno. En cambio, yo lideraría en cuanto a mandato si no estaba todo listo a la hora prevista. Una vez zanjamos el acuerdo y firmamos el contrato, me marché a la habitación. Me tumbé en la cama antes de arreglarme para la fiesta, aunque sabía muy bien cómo vestirme.

Sonreí.

Recordé la cara con la que Vicky se quedó después de susurrar en su oído que no se quitara el bikini... y aquello tan poético con el fuego. Ni siquiera sabía cómo esa palabrería salió de mi boca, pero era la brujería a la que estaba hechizado cuando estaba con ella. Conseguía lo imposible conmigo.

Me levanté de la cama de un salto para vestirme. Abrí las puertas del armario y un sentimiento amargo invadió mi ser. En una de las baldas, había una camisa hawaiana y un pantalón a flores de Erik. Desde aquella vez que lo llamé, enfrente del hospital, no lo había vuelto a intentar más. Puse distancia entre los dos. Intentaba salvarle de la guerra que yo avecinaba, aunque se tornaran los planes en contra. Lamenté no ser más valiente en lo que respectaba a los nuevos sentimientos que comenzaba a sentir. No los entendía, algunos ni los reconocía. ¿Cómo iba a amar a quienes me querían si yo no tenía ni conocimiento para hacerlo?

Dejando atrás sentimientos y conjeturas, cogí el bañador y una camisa de manga corta blanca holgada. Una primera cita libre de la elegancia que normalmente las componen. ¿No es más sencillo ser uno mismo? No era una persona de trajes, ni de destacar ante el resto, tampoco me agradaban los maquillajes obscenos. Me gustaba la simplicidad. Solo había que observar a Erik y a Vicky. Peculiares, sencillos y ellos mismos. Tal vez ese fue el motivo por el que *jueves* pellizcó lo más recóndito de mí. Penetró de una manera abrupta en un mundo de sentimientos por descubrir.

Sin tener la mínima intención de seguir entre reflexiones y a una hora de nuestra cita, bajé al restaurante. Fue casualidad encontrarme a William y a Hugo, a quienes ya consideraba dormidos después del día que pasamos. Sin embargo, el pequeño todavía tenía mucha guerra que dar. Corrió hacia a mí nada más cruzar el umbral de la puerta del salón comedor. William sonrió al verlo tan feliz. Lo cogí en volandas para que las risas llenaran el espacio vacío que se perdía ante la poca gente que se encontraba cenando tranquilamente.

—¿Te unes? —preguntó William, sentándose en la silla de al lado del taburete de Hugo—. Solo seremos dos.

—Tengo planes, pero me tomaré una cerveza mientras espero que sean las diez. —La curiosidad en la cara de mi hermano no fue disimulada. Levantó una ceja divertida y sonrió de un modo perverso que me hizo reír—. ¡No seas cotilla, Wright!

—¿Has quedado con tu chica? —Hugo repitió la última palabra de su padre: *iaa*, alargando la última «a» para dar más énfasis a la entonación que puso.

Maldito crío tan granuja al que adoraba.

—Rectifico. No es mi chica, somos unos conocidos que han quedado para cenar. —William rio con ganas y el pequeño lo imitó. No pude evitar reprimir la copia intacta padre e hijo—. Ya tienes trabajo por delante, *hermanito*.

—No desvíes el tema de conversación. —Puse los ojos en blanco por ser tan reacio y testarudo—. Eres el mayor de los dos, pero déjale a tu hermano pequeño darte un consejo. —Chasquéé la lengua y lo miré con cara de aburrimiento—. Pon la cara que te dé la gana. No tienes razón y no quieres admitir lo que de verdad siente tu corazón. Te gusta. Le gustas. ¿Por qué empeñarse en hacerlo complicado? ¿No es bastante difícil nuestro mundo como para alejar a personas que nos quieren?

—No lo entiendes. Por mucho que quiera...

—No, no lo entiendo —me interrumpió. Los gestos de William se marcaban más—. Habrá sido muy arduo vivir con los Strong, nacer entre odio y mentiras. Corroboro que la vida te ha tratado mal y que la realidad ha estallado en tu cara. Sin embargo, por mucho que te empeñes, los sentimientos van a estar ahí. No van a desaparecer. —Me apretó el hombro para reconfortar mi frustración y el lío mental en el que me volvía a involucrar—. En muchas ocasiones no podemos esperar a que llegue el momento perfecto, sino que tenemos que saltar al vacío, arriesgarnos. Quizás no ganamos a la primera, pero un día ganarás lo mejor de tu vida.

¿Qué podía objetar a su modo de pensar? La certeza en sus palabras hacía tambalear más los

muros de un castillo que se desvanecía en las ruinas de la historia. Llené mis pulmones de aire y centré mi atención en Hugo, tan feliz y ajeno a los problemas de la vida, al sufrimiento. Observé cómo tomaba un trozo de huevo con la mano y las impregnó con la yema. Chupó sus dedos como un manjar de alta riqueza y sonrió cuando su padre lo miró con desaprobación. El muy capullo lo hizo adrede y me sacó la lengua burlona. ¿Me estaba ayudando? ¿Tanta afinidad tenía con el pequeño Wright?

—¿Cómo fue trabajar con Sophia en *Design Enterprise*? —pregunté para salvar a Hugo de una regañina segura.

A William se le cambió la cara al instante y una sonrisa divertida brotó en sus labios mientras le limpiaba las manos a su hijo.

—Al principio fue odiable, o eso quería hacerme creer a mí mismo. —Una sonora carcajada resonó en su boca—. Me divertía. Sophia era el aire fresco que le faltaba a mi vida rutinaria. Nos hicimos bromas muy pesadas. —En sus ojos se avisaba la añoranza de aquellos recuerdos que le cambiaron—. Cualquiera en su sano juicio la hubiese despedido.

—Pero tú no lo hiciste. —Negó con la cabeza. Cortó la fruta de Hugo y se la puso en el plato—. Eres masoca.

—Un poco sí. —Bebió de su vaso y me ofreció un poco de vino, ya que no me había levantado a coger la cerveza. Acepté—. Sophia fue capaz de hacerme sonreír, de hacerme jugar. Retó a mi juicio contra el amor y ganó. Además, ¿cómo iba a olvidar a la mujer que me puso sal en el café o, peor, laxante? ¡Eso es imposible de superar! Ni yo, que la abandoné en la cuneta, gané ante sus hazañas vengativas.

—¿Te puso laxante en el café? —Reí a carcajada limpia. William estaba haciendo mucho más liviano el tiempo de espera, aunque faltaban dos minutos para las diez—. Matar está sobrevalorado.

Me levanté y le di una palmada en la espalda. A Hugo le deshice el pelo y sus morritos enfurruñados se despidieron de mí.

—Derek —mi hermano me llamó cuando emprendí dirección a la mesa. Giré sobre mis pies y lo miré—, déjate llevar.

¿Podría acallar a mis pensamientos y cumplir con el consejo de William? Respiré tan profundo como los pulmones me permitieron y volví a dirigirme hacia la mesa, en la que me senté a esperarla. Allí fue cuando me di cuenta de que el miedo a que no viniera y los nervios enfundaron a que mi cuerpo se moviera de manera libre. No sabía dónde poner las manos, la pierna derecha repuntaba contra el suelo marcando el paso acelerado de mis latidos. Los dientes atrapaban mi labio inferior ansioso. En cambio, los ojos no perdían de vista la entrada al restaurante, tampoco la salida a la zona *chill out*.

Diez minutos después, Vicky aparecía con una sonrisa en busca de la mirada que la estaba esperando. Caminaba feliz hacia nuestra mesa. El pelo atado en una coleta se le movía de lado a lado. Parecía moverse a cámara lenta con el vestido blanco a flores, atado a su cuello, cuya falda —corta de delante, larga de atrás— danzaba a su son. Tan sencilla, tan frágil, tan alegre. Un escote en el centro del pecho hasta la cintura puso en alerta cada fibra nerviosa de mi cuerpo anhelante de ella. La delgadez de la tela de su bikini se asomaba, dejando a la imaginación mucho más de lo que se veía. La palabra hermosa no le hacía justicia. Se mordió el labio al esconder la hipnótica sonrisa que siempre tenía para mí. Deseé besarla para liberarlo y ser el poseedor de ellos, aun así, retuve mis ganas de abalanzarme sobre ella, estamparla contra la pared y hacerla mía hasta saciarme de su sed. Vicky merecía algo mejor, no un revolcón de una noche.

—¿Esta silla está ocupada? —preguntó coqueta una vez llegó hasta mí.

—Por favor. —Me levanté como un caballero y le hice una señal para que se sentara—. Estás preciosa. —Tomé su mano para besarle el dorso. El carmín de sus mejillas se incrementó en un color más intenso—. Ahora más.

Un leve empujón fue el inicio de una cena exquisita —aunque fuera *buffet*—, y la compañía sencilla y llanamente era mágica. No mencionó ni preguntó referente al secuestro de Hugo, quien nos miraba desde la otra punta del restaurante. Me contó anécdotas de su juventud. Sin duda, fue un alma libre que hizo lo que sentía en el momento.

—¿Y qué fue lo que te hizo venir a Miami? Nueva Orleans es el reino de la música *jazz*, de las festividades más épicas... —le pregunté cuando me dijo que necesitaba un cambio de aires cuando vivía en dicha ciudad.

—¡No te quito la razón! Las celebraciones en Nueva Orleans son increíbles, ¡grandiosas! —Abrió los brazos acompañando el énfasis de sus palabras—. Pero sentía que no era mi lugar, faltaba algo o alguien... —Sus ojos hablaron por sí solos cuando pronunció la última palabra—. Vine a visitar a mi hermana, que hacía ya algún tiempo que no veía, y de paso aprovecharme de mi cuñado y del tiempo tan placentero bajo el sol.

—¿Tu hermana siempre ha vivido aquí? —Negó con rapidez. Bebió el vino que quedaba en su copa y, mientras me seguía contando, la volví a llenar.

—Vivíamos en Toronto —aclaró con una sonrisa amarga—. Mi padre era un joven humilde pastelero que enamoró a una joven estudiante de empresariales. El amor entre el dulce y las finanzas dio sus buenos frutos: Alison y yo. —Sostuvo sus manos en el aire cuando se señaló, por un segundo, para luego esconderlas entre sus piernas.

—No tienes que contarme nada que no quieras...

—Sí quiero. —Asentí y esperé a que estuviera preparada para hacerlo. Tomó aire y se revolvió junto a los recuerdos—. Cuando Alison tenía dieciocho años y yo dieciséis, mi madre murió y mi padre lo hizo meses después. De pena, decían amistades cercanas. —Tragó con dificultad. De manera instintiva agarré su mano, brindándole mi apoyo—. Fue un infierno, pero lo sobrellevamos de la mejor manera posible. Yo me quedé bajo la tutela de mi hermana y ella trabajó mientras yo seguía con mis estudios. —Sonrió más bien para calmarse a ella misma. Le temblaba todo—. Como te habrás dado cuenta, las manos y las piernas tienen vida propia. Un tic nervioso que comenzó en esa misma época.

Entendí por qué le sucedía. Después de un estrés postraumático —suponía—, era normal que pudiera pasar. Por esa misma razón, yo no debía estar allí con ella. No le hacía bien.

—Pero está más que controlado, ¿eh? Nada de lo que preocuparse. —Bebió para bañarse los labios y degustarlos con su propia lengua, que me invitaba a jugar con ella. Aun así, me resistí—. Luego tomé la decisión de viajar por el mundo, de nutrirme de la cultura de otros países, de enamorarme...

La indirecta se clavó como una flecha dorada en el centro de mi corazón. No supe si dolió por la amargura de tener que alejarla de mí o de la esperanza de que aceptara a un corazón tan oscuro como el mío.

—Y te estarás preguntando: ¿cómo lo pagas todo? Pues yo te respondo. —Ella misma hacía el monólogo y yo solo podía reír junto a mi *jueves* favorito—. Trabajo telemáticamente para una agencia de publicidad. Me costó convencer a mi jefe para no tenerme enfrascada en una oficina... Por Dios, ¡me hubiese dado algo! Fueron semanas de duro peloteo, y lo conseguí porque a mí no se me escapa nada. —Broche de oro para el guiño final de la confesión.

—Estás muy directa esta noche, ¿no crees? —cuestioné con diversión—. Y eso de que no se te

escapa nada...

—Jamás. —Sonrió con confianza—. Por mucho que te resistas, tú y yo tenemos una historia que contar.

Tocado y hundido.

Por más que intentase recurrir a la lógica de que no era la persona indicada para estar con Vicky, más se oponían los sentimientos. Acaparaban a la razón. Era abrumador no tener control sobre ellos. Así que me dejé llevar, tal y como mi hermano me había recomendado. Ya pondría en orden mis ideas a la mañana siguiente.

Vicky se levantó a por el postre, pues yo había elegido la elección principal de la cena. Me sorprendió con unas tortitas adornadas con chocolate negro y una cara emocionada de emoji diseñada en nata. Reímos al ver sus dos obras de arte y degustamos el manjar que, con cariño, había preparado. Cogí un poco de nata con el dedo y le embadurné la nariz sin esperarlo. A cambio, ella me sacó la lengua burlona. Puso morritos e incluso se tomó el atrevimiento de hacernos una foto. Ella salía toda divertida y, por el contrario, yo extremadamente serio.

—El yin y el yang, ¿no te parece? —Me enseñó la fotografía con ilusión—. No hay alegría sin tristeza, ni luz sin oscuridad.

—¿Y yo soy la tristeza y la oscuridad? —Asintió—. ¿Tienes tus razones?

—Las tengo, pero no será hoy cuando te las cuente. —Sonrió perversa—. Todavía no te lo has ganado.

—¿Invitarte a la cena no es ganármelo? —Negó con la cabeza, que levantó con orgullo mientras se hacía la interesante—. Entonces, ¿cómo?

—No seré yo quien te lo diga. —Terminó de beber el contenido de su copa y se levantó—. ¿Vamos?

¿Desde cuándo ella marcaba el ritmo de la noche?

La imité y nos fuimos del restaurante, dejando al par de cotillas riendo. Ambos nos miraban, sobre todo Hugo, que movía la mano diciendo adiós. Le saqué la lengua y él hizo lo mismo de manera exagerada. Me encantaba la efusividad de ese crío, me había ganado por completo.

Desde la salida del hotel, vimos la enorme fogata que habían encendido en medio de la arena. En grupos, los jóvenes disfrutaban bebiendo, charlando y bailando. Vicky se emocionó y le agradó la idea de sentarnos cerca de la hoguera. En silencio, observaba a la gente y su disfrute. Miró al cielo un par de veces y lanzó una sonrisa ahogada que nublaba su mirada. Sin siquiera pensarlo, la tomé del brazo e hice que se sentara entre mis piernas. La abracé por la espalda y ella apoyó su cabeza en mi pecho. Escondió la cara contra mi cuello. La abracé más fuerte y noté el bombeo de mi corazón que parecía salirse de mi pecho.

Con una suavidad delicada, halagué la piel desnuda de sus brazos. Fue reconfortante sentir cómo se estremecía con mi tacto. Cómo jadeó cerca de mi oído ante el deseo que nuestros cuerpos reclamaban. Estábamos tan cerca el uno del otro... Ladeó su cabeza para encontrarse frente a frente con mi cara. Nuestras narices se rozaban. Los labios, entreabiertos y frenéticos por la locura, se aproximaron provocadores para deleitarse en un beso que cautivaba los sentidos. Acompasados. Ansiosos. Delicados y muy fugaces al danzar. Saboreé el amargo chocolate que seguía impregnado en su boca, a la que me aventuré para retozar de un placer convulsivo junto a ella. Sin duda, me hubiese gustado que el tiempo se detuviera en ese momento. Donde solo estábamos nosotros dos, sin complicaciones, sin restricciones, sin miedos.

Aun así, nos vimos interrumpidos por un chico que animaba a todo el mundo a levantarse y bailar. Otro de ellos, encima de un gran altavoz, también incitaba a unirse a la diversión. Nos hicimos los remolones, pero terminamos cediendo.

Sin soltar la cintura de Vicky, nos acercamos al meollo de gente que palmeaba y se movía al son de la música. No era fan de bailar, pero ver el brillo y la felicidad de *jueves* fue el aliciente que necesitaba para hacerlo. Me tomó de las manos para gozar juntos de la química tan inminente que nos atraía como imanes de polos opuestos. Pegada a mi cuerpo, nos deslizamos hacia abajo y hacia arriba. No dejaba que un ápice de aire se interpusiera entre los dos. Delineaba con lentitud su escote con mis dedos. Con sus manos alborotaba mi pelo. Nuestras bocas se robaban besos fogosos que terminaban en un mordisco en los labios, a la espera de otro ladrón que los robara.

La deslicé hacia abajo como en la parte final de un intenso y ardiente tango. Aquello solo fue el principio de una gran noche bajo la luna, las estrellas y un fuego que penetró en el corazón.

Capítulo 12

¡Sorpresa!

DEREK

Abrí un ojo todavía somnoliento. Divisé como pude la hora que marcaba en el reloj y volví a cerrarlo con la intención de dormir un poco más. No obstante, la insistencia de mi hermano era devastadora a esas horas de la mañana. Refunfuñé mientras me levantaba con los ojos cerrados. Pateé las zapatillas que anoche dejé al lado de la cama al acostarme y tropecé con la ropa que esparcí por el suelo. Me toqué la cintura para comprobar que, al menos, llevaba el bóxer puesto. Una vez confirmado, abrí la maldita puerta sin pudor alguno.

—Son las ocho de la mañana, ¿qué quieres? —Le di la espalda y me dirigí de nuevo a la cama, pero él me lo impidió. Respiré con profundidad para que, aquello llamado calma, me diera paciencia—. Hace dos putas horas que me he acostado, no vengas a tocarme los cojones.

—Te recuerdo que tienes un trabajo que atender en el salón privado del hotel, junto con Edward, ¡y tiene que salir todo perfecto! —exclamó irascible.

—No me irrites que aún tengo las neuronas en modo avión... —Dejé caer mi espalda sobre el colchón y tapé mis ojos con el brazo. Lo oí suspirar armándose de temple y se sentó a mi lado—. Dame unos minutos.

—La noche bien, ¿no? —Aparté el brazo y observé cómo miraba la ropa tirada por el suelo y la cama revuelta.

Me sonrió de soslayo.

—La cita fue extraordinaria —respondí sin ser consciente de la sonrisa tan sincera que se plasmó en mi cara.

—¡Cuéntame! —William, emocionado, se acomodó en la cama girándose hacia mí.

—¡Qué te lo has creído! —Reí.

Me senté y me desperecé estirando los brazos hacia arriba. Un ligero *crec* sonó al tirar de mis dedos.

—Se os veía muy cómplices en la cena, incluso Hugo comentaba conmigo qué le parecía...

—Ah, pero ¿lo entendías? —Negó con la cabeza y ambos reímos.

—Tiene sus florituras y palabras entendibles, aunque la mayoría son conjeturas demasiado complicadas para mí. —A William se lo veía alegre y feliz. Y me sentía dichoso por él. Después de todo el sufrimiento de los últimos días, no se merecía menos—. Dime, al menos, que la fiesta de la playa fue memorable...

—¡Qué intenso eres, por Dios! —Me levanté para recoger mi ropa bajo la atenta mirada de mi hermano—. Sí, la fiesta fue increíble, divertida, pasional y agotadora.

—Pasional, ¿eh? —Levantó las dos cejas al mismo tiempo a las que acompañaba una mirada pícara.

—Tienes la mente muy sucia, deberías hacértelo mirar...

Dicho eso, me levanté de la cama y me metí en el baño para darme una ducha de agua fría e ir a hacer el trabajo con el que me comprometí. No me gustaba acatar órdenes, pero —más que una orden— era un favor personal. Mi hermano quería sorprender a mi cuñada. Qué extraña me

sonaba esa palabra. Sophia y yo no teníamos una relación como tal; pero, las pocas veces en las que interactuamos, fueron suficientes para mostrarme el afecto sincero que albergaban sus palabras o caricias. Aunque hubiese sido la causa de su dolor de cabeza, me perdonó sin más.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? —preguntó mi hermano al que creía todavía sentado en la cama.

Puse los ojos en blanco y saqué la cabeza por el lado de la cortina de baño. Estaba en la puerta, con la espalda apoyada en el marco y los brazos cruzados en modo chulesco.

—Y tú sabes que estoy en un momento privado, ¿no? —Rio. Al parecer le hacía gracia ver mi silueta tras la cortina blanca que ponía distancia a ambos. Terminó levantando los hombros en señal de no importarle lo más mínimo—. Lo sé, pero no hay nada que contar. —Volví a meterme bajo el chorro de agua para acabar de enjabonarme—. Cenamos, fuimos a la fiesta, nos besamos, bailamos y volvimos al hotel. —Me sinceré en soledad, frente a la pared. Un suspiro ahogado salió de mi interior. Me sentía frustrado—. Cada uno a su habitación —aclaré.

La despedida fue chocante para ambos. Para ella porque fui yo quien la acompañó a su habitación y partí tras regalarnos un último beso y, para mí, porque una chispa de esperanza rezaba para que me detuviera. No lo hizo, así que me fui.

—¿Y te arrepientes? —William insistió en hablar sobre el tema.

No tenía a nadie con quien hablar de esas cosas y tampoco me apetecía compartirlas. Sin embargo, mi hermano tenía la habilidad y el carisma para que las palabras salieran de mi boca como por arte de magia. Por ese motivo odiaba —en parte— ese vínculo que se creó entre nosotros mientras luchábamos contra el tiempo y la búsqueda de Hugo.

—No sería la palabra adecuada para describirlo —Cerré el agua—, pero es lo mejor. Sabemos que lo nuestro no llegaría a buen puerto.

Cogí la toalla que había en el toallero y envolví mi cintura antes de salir de la ducha. William seguía en la misma posición. Esa sonrisa tunante no lo abandonaba y comenzaba a sacarme de quicio.

—No puedes decidir por ella, así como también es imposible dominar lo que sientes. —Se irguió, enfrente de mí, con una mano en el bolsillo y la otra haciendo gestos para acompañar a sus qué hablares—. Cuanto más tardes en aceptar que te gusta, más frustrado te sentirás.

«¡Habló la voz de la experiencia!», grité enfadado para mis adentros. Y me jodía. Me jodía mucho porque tenía razón. Aun así, lo mejor para Vicky y para mí era que solo nos limitáramos a ser...

—Ser cordial no es una opción. —¿Cómo coño sabía que estaba pensando eso?—. Te recuerdo que mis ideales eran los mismos que los tuyos hace un tiempo. «No creo en el amor», «No me voy a enamorar nunca» —se rio con sorna—, y el destino te da una hostia cuando te planta delante de ti a una mujer que te aturde los sentidos, que te provoca, que tiene la capacidad de encenderte con una simple mirada. —Iba a responder cuando me detuvo con un gesto de manos—. Es esa misma mujer la que te hace sentir completo. Seguro. Libre. Porque el amor no te ata, sino que te da alas para volar.

—No te ata, te mata —confirmé dando voz a la afirmación que, muchas veces, mi creencia me había dicho a mí mismo.

William negó con la cabeza y sonrió con condescendencia. Me había dado por imposible, pero solo de momento. Al igual que un Wright no perdía, tampoco se rendía.

Terminé de vestirme y bajamos al salón, donde Edward ya se encontraba dando órdenes. Nos saludó con un movimiento rápido de cabeza mientras centraba su atención en la decoración. William le dio una ligera palmada en el hombro y se sonrieron amigables.

—Les he sacado el karaoke gratis... —Se rio mientras se frotaba la frente—. No sé si estoy preparado para escuchar a Angy cantar de nuevo. —Lo miré extrañado—. Canta fatal —aclaró y William apretó los labios para no reírse.

No encontraba la gracia de la situación hasta que Edward me explicó que, en su segunda cita, Angy y él fueron al karaoke. Allí descubrió que su novia no era muy melódica.

—Enséñale el video, por favor. —William, a carcajada limpia, dio unos pasos atrás para calmar su risa.

Edward dudó por unos segundos. Tal y como acordamos el día anterior, íbamos a tratarnos de manera cordial, nada de amistad. No obstante, por su amigo, accedió a enseñarme el vídeo. Al poco tiempo de reproducción, entendí todo. A grito pelado, desafinada, pero de forma muy pasional. William volvió a estallar en carcajadas, aunque acompañado por nosotros.

—Ni una palabra o me descuartiza vivo —amenazó Collins mientras nos apuntaba con el dedo.

—¿Y Sophia canta bien? —pregunté—. Imagino que las dos amigas cantarán... por si compro un par de tapones —bromeé.

—Son almas gemelas del cante. —William rio mirándose el reloj—. Cómprame unos para mí también. —Miró todo el espacio que estaban organizando y nos palmeó a la vez—. Es hora de irme. Lo quiero perfecto.

Asentimos y salió del salón, dejándonos solos a Edward y a mí. El ambiente relajado de unos instantes atrás se tensó un poco, aun así, hicimos un gran trabajo en equipo. Collins reorganizaba lo que no le gustaba; en cambio, yo me dediqué a meter prisa y a vigilar que no llegaran antes de lo previsto.

En una de las veces que me asomé por la puerta, vi a Mason con Hugo subido en su cuello. Se aferraba a las manos de su abuelo con risas, pues este hacía como si lo tirara. La risa contagiosa de mi sobrino me hizo sonreír. Estaba feliz de que estuviera de vuelta.

—¿Qué te parece? —preguntó Edward. Se puso a mi lado y lo observó con perspectiva.

—Pondría las mesas juntas, en una sola fila. —Levanté los hombros restándole importancia a lo que había dicho. Yo no entendía de esas cosas, pero él sospesó mi opinión—. Creo que a Sophia podría gustarle el sentido de unión al estar todos juntos. Queda menos frío...

—Tienes razón. Chicos, ¡juntad las mesas! —exclamó. Los ayudamos a juntarlas para acabar cuanto antes—. Ahora sí. —Miró el reloj—. La una y media. Tiempo récord.

—Mañana vendremos a desmontar el escenario y a recoger lo demás. —Los muchachos bebieron un sorbo de las botellas que tenían en las manos.

—Tenéis que hablar con John, él será el encargado de supervisar. —Edward les tendió la mano y estos respondieron el apretón. Hicieron lo mismo conmigo y se marcharon—. Nuestra misión no ha terminado. —Sonrió granuja—. Sophia no será la única que tendrá sorpresa... William también.

—¿Y esto se te acaba de ocurrir de repente? —Negó con la cabeza.

—Fue a Angy y a tu chica... —«Mi chica», qué lejos quedaba eso—. Las tres se han hecho muy buenas amigas.

∞∞∞∞

Una hora después, nos encontrábamos en el salón a la espera de William y Sophia. Hugo estaba a mi lado mientras vigilaba desde la puerta. Edward daba instrucciones de lo que debían hacer. La

familia de Sophia —su madre, su hermano y su cuñada— también fue invitada, ya que su relación había comenzado a retomarse de nuevo. Aunque, sin evitarlo, mis miradas furtivas iban dirigidas a Vicky, quien hablaba con Angy. La pillé un par de veces observándome y, cuando nuestros ojos se encontraban, mi cuerpo se revolucionaba. Sabía que el suyo también porque su cara se teñía de un ligero color carmesí que me encantaba. Por muy claro que quisiera alejarla de mí, los sentimientos me lo impedían. ¡Y los maldecía! ¡Mucho!

—¡Ya están aquí! —avisé cuando vi a mi hermano entrar con Sophia agarrados de la mano.

John apretó un botón para que las persianas se cerraran del todo, dejando el salón oscuro. Nos pusimos en un lateral, al lado de la mesa. Sandy y Hugo saltaban alegres delante de nosotros y, cuando William prendió la luz, todos gritaron un gran «¡Sorpresa!».

Sophia se tapó la boca con las manos emocionada mientras sus ojos lloraban, feliz de estar de vuelta. Angy y Vicky fueron las primeras en abrazarla. William nos felicitó con una sonrisa, después de observar el salón. Las ventanas estaban decoradas con guirnaldas de color rosa y azules. Un par de arcos decoraban el lateral izquierdo, donde —en el centro— había una mesa con dulces que no tardaron en degustar algunos adultos. Al otro lateral del salón, el escenario, que decoraron con telas blancas y una pantalla de atrás. Un equipo se instaló delante para reproducir las canciones de karaoke. Encima del escenario se encontraban dos micrófonos. Incluso la mesa y las sillas estaban decoradas. Era muy pastelazo para mi gusto, pero mi cuñada se lo merecía.

Julissa abrazó a William con cariño y besó su mejilla. Mason hizo lo mismo con Sophia para luego quedarse delante de mi hermano, a quien le tendió la mano. Antes de que la cogiera, lo abrazó. Los Wright eran una verdadera familia y maldecí a los Strong por arrebatarme una vida sin ellos.

La madre de Sophia abrazó a su hija con énfasis y tocó su barriga con ternura. John, por el contrario, lo hizo de un modo sensible, como si en aquel abrazo se hallara el último perdón que iniciaría la relación de hermanos. La hermana de Vicky, Alison, fue la más tímida de todas. Sophia, en cambio, la atrapó entre sus brazos y besó su mejilla.

Edward, con Sandy en brazos, se acercaron para darle la bienvenida y le regalaron un afable abrazo que la hizo sacar una irresistible sonrisa. Cuando miré a mi alrededor, solo se encontraba Hugo, quien imitaba mi postura. Lo cogí en brazos y nos acercamos hacia sus padres. William palmeó delante de su hijo, que saltó a sus brazos de inmediato. Sophia hizo lo mismo cuando le abrí los míos.

—Me alegro de verte tan bien, cuñada. —No vi su sonrisa, pero sabía que la tenía impresa en su rostro.

—Yo me alegro más de verte aquí, con nosotros. —Me acarició la mejilla con afecto—. Gracias, Derek. —Negué con la cabeza y ella insistió en agradecerme lo que había hecho por ellos.

Sin dar más vueltas, los animé a sentarse y a degustar el menú que Edward había elegido para la celebración. Como si todos se hubieran unido al complot, la única silla que quedaba libre al lado de Vicky era la mía. Los nervios volvieron a aflorar en mi sistema nervioso, y los de ella también. Cuando me senté, nuestros ojos se encontraron en el universo. Eso era ella para mí: un universo imposible de alcanzar.

—Ha quedado muy bonito el salón. —Rompió el hielo y dio pie a una conversación en la que me debatí si seguir o no—. No te veía capaz de hacerlo... —me picó. La miré con una ceja alzada, cuestionando su afirmación.

—¿No me veías capaz por alguna razón en especial? —Me giré por completo hacia ella y

jueves hizo lo mismo.

Cogió pétalos azules y rosas que había sobre la mesa para ponerlos delante de mi cara.

—No, definitivamente, el pastel no es tu color. —Sonrió divertida cuando los dejó caer por encima de mi pelo. William nos observaba de reojo, así como Sophia y Angy, quienes no nos quitaban ojo mientras empezaban a comer—. ¿O quizá, en ese oscuro corazón que dices tener, sí hay cabida para el color?

—Dímelo tú que estás llena de arcoíris... —respondí. Acerqué su silla a la mía para que nuestros cuerpos tomaran proximidad—. ¿Acaso has visto que mi oscuridad te rechace?

Lo pensó deliberadamente. Miró hacia el techo, de lado a lado, acompañado de un pulso que marcaba su dedo índice en la zona del mentón. Pero, lo que sin duda no pude dejar de mirar, fueron los morros que puso. Me invitaban a besarlos tan pasionales como la noche anterior. Aceleré mis sentidos, incluido a mi corazón que comencé a notarlo más ávido.

—Recuérdamelo... —susurró al acercarse un poco más a mí.

Me arrimé. Casi podía acariciar sus labios con los míos cuando, una voz que yo conocía, habló desde la puerta y todos prestamos atención. Me quedé parado. Era lo único que no esperaba, pero, al parecer, mi hermano sí lo sabía por la sonrisa que asomó en su cara al mirarlo.

Los ojos de Erik se clavaron en los míos. Veía reproche. Enfado. Agarré la mano de Vicky inconsciente. Mi único amigo había vuelto después de tantos días sin saber de él y, una vez más, sentí miedo por perderlo de nuevo. ¡Joder con los putos sentimientos! Vicky le dio un ligero apretón a mi mano y mis ojos se desprendieron hacia nuestros dedos entrelazados. Una sensación amarga me recorrió el cuerpo. Quise soltarme, alejarme de su mano. Quizás era miedo a ser más consciente del efecto que tenía en mí, del sentimiento que seguía floreciendo y que no quería aceptar.

Alcé la mirada y vi cómo Erik se acercaba. Me levanté para hacer frente a sus reproches, a su enfado. Sin embargo, lo que hizo me provocaron ganas de patearle el culo. Allí, delante de todos, me besó en los labios y lo aparté incrédulo.

—Esto te pasa por no venir a buscarme. —Volvió a acercarse tanto que nuestras narices se rozaron y no pensé en moverme ni un ápice—. Es el inicio de tu tortura.

Hizo el amago de volver a besarme, pero lo esquivé y le di una colleja como aviso de que parase. Todos rieron.

—No juegues con fuego —advertí.

—Sabes tan bien como yo que me has echado de menos. —Sonrió granuja—. Ven a mis brazos, amigo.

—Tú no eres mi amigo. —La cara de los presentes cambió de sonrisas a sorpresa, incluida la de Erik—. Mi amigo se vestiría como Horatio Caine, no con ese disfraz de niño rico.

Erik sonrió. Se quitó la camiseta y, debajo de esta, había una camisa de flores muy al estilo de Miami. Del bolsillo trasero del pantalón sacó las gafas con las que imitaba a Horatio y levantó las dos cejas al mismo tiempo.

—Estoy *in fraganti*.

Me dejé llevar y lo abracé. Correspondió el abrazo y sentí que una parte de mí regocijaba felicidad por volverlo a tener en mi vida. Entendí que, aunque hubiera muchos enfados, la verdadera amistad siempre resurgiría a flote y que los amigos marcaban nuestra vida como una pisada dejaba huella en el cemento. Impermeable y sin posibilidad de ser borrada.

Capítulo 13

Dudas

DEREK

Después de la aparición estelar de Erik y ponerle un asiento a mi lado, la comida fue tranquila. Todos charlaban alegres. Las risas llenaban el espacio y la emoción de los futuros padres coleaba la brisa que penetraba por las ventanas. Vicky charlaba avivadamente con su hermana, Angy y Sophia; aunque mi cuñada tuvo que ausentarse un par de veces con angustia y vómitos. William se levantaba cada vez que ella desaparecía tras la puerta. Estaba atento a todo lo que necesitaba para que su vuelta fuera lo más cómoda posible y los síntomas que sentía fueran compartidos.

Mi hermano no estuvo en el embarazo de Hugo y suponía que no quería perderse esa parte evolutiva en la que el bebé va ganando cabida dentro del cuerpo de Sophia. A simple vista no se notaba, todavía era temprano para adorar su creciente barriga. Aun así, todos, cuando estaban a su lado, alzaban la mano para acariciarla. Menos yo. No sabía si era lo normal en esos casos. Tal vez no tenía la suficiente confianza para hacerlo o, simplemente, no iba conmigo ese tipo de actos tan humanos.

Erik frotó sus manos cuando el camarero nos trajo el postre. Vicky se relamió los labios al ver ante ella un *coulant* de chocolate negro con una bola de helado de vainilla. La risa escandalosa de Angy nos hizo girar la cabeza para observar la medalla de honor que Edward se había hecho.

—¡Siempre igual! —se quejó mientras se limpiaba el estropicio—. Bah, da igual. Será por camisas...

—La estadística de compra de camisetas equivale al mismo número de todas las que tiras. —Rio su esposa, quien estaba de muy buen humor.

Edward, en sintonía con ella, se burló al ver cómo Sandy manoseaba su postre y embadurnaba a su madre.

—Así me gusta, hija, que aprendas de tu padre. —Las carcajadas inundaron el lugar. Por el contrario, Angy se burló de su comentario.

Ni en los peores momentos, Edward y Angy se distanciaron. Eran una pareja fuera de lo común, donde lo malo incrementaba su amor y las ganas de seguir adelante, juntos.

William, en medio de las risas, se levantó de la silla y nos miró a todos. Con paso decidido, avanzó hacia el escenario. Agarró el micrófono, lo encendió y nos saludó como si no nos hubiera visto antes.

—El rey de los discursos —susurré burlón.

—Debes de admitir que se le da bien hablar en público —Erik me rebatió y asentí. No negaba lo contrario—. A ver si aprendes.

—Pero ¿qué clase de ataque es ese? —reproché.

—¿Tú también haces discursos? —Vicky se unió en la discusión—. No te imagino siendo el centro de atención.

—No va conmigo...

—Ya decía yo. —La risita que escapó de sus labios provocó que mi mano viajara hacia su costado para hacerle cosquillas—. ¡Estate quieto, Derek!

—Y si no quiero, ¿qué?, ¿me vas a detener tú? —Sentía su respiración entremezclarse con la mía ante su pronta aproximación. Si me acercaba un milímetro más, podría incluso rozar su piel ruborizada—. No te veo capaz de hacerlo.

—No me tientes, *gilipollas*.

—No me hagas jugar, *jueves*.

Y así nos quedamos durante unos segundos más. Mirándonos a los ojos. Comiéndonos desde la distancia. Gritándonos dar un paso más.

—No quiero hacer un discurso melancólico ni mucho menos ser un tostón en un día tan especial como lo es hoy. —Sonrió hacia Sophia, que ya había desdoblado la servilleta para borrar las lágrimas que comenzaban a bañar sus mejillas—. Nunca imaginé el dolor que podía sentir una persona cuando le arrancan un pedazo de su vida. —Hizo una pausa para encontrar la calma y la distinción al hablar. Los recuerdos recientes todavía dolían—. Ahora entiendo a mis padres y todo lo que tuvieron que pasar cuando les sucedió a ellos. En cambio, esta vez, nadie ha permitido que ocurriera. Ahora me doy cuenta de la gente que quiero a mi lado. De la gente con la que puedo contar y confiar. —Sus ojos se clavaron en los míos de un modo intenso y negué con la cabeza al intuir lo que pretendía—. No me arrepiento de haber ido a aquel bar para enfrentarme a ti, Derek. Tampoco de confiarte la vida de mi hijo y la mía. Soy feliz al tenerte a mi lado, de tener a la familia al completo. —William alzó en el aire la copa que tenía entre su mano y todos lo imitamos—. Por una familia unida que es especial por su forma imperfecta de ser.

Brindamos y bebimos de nuestras copas. Sophia lo hizo con agua, aunque Angy se la rellenó dos veces. Decía que la segunda era por su amiga, a quien adoraba. Palmeó emocionada cuando William dejó libre el escenario. Tomé el valor necesario para levantarme e ir hacia el escenario. Un «No me lo puedo creer» salió de los labios de Vicky, quien me miraba fisgona a la par que impresionada. Edward cruzó su mirada con la mía y asintió despacio.

No sabía muy bien qué hacer ni cómo empezar lo que habíamos preparado, así que respiré con profundidad antes de subir el último escalón del escenario. Agarré el micrófono con redundancia y miré al público espectador.

—Lo sé, lo sé. —Moví las manos menguando la sorpresa de los presentes—. Soy el guapo de los dos, no os emocionéis.

—¡Te quiero! —gritó Erik desde su asiento—. ¡Quiero un hijo tuyo!

—¿Te puedes callar? —refunfuñé con irritación.

Estalló en carcajadas y casi todos lo hicieron al ver la inusual amistad que ambos teníamos. Me fastidiaba admitir que había echado en falta sus bromas pesadas, sus idas y venidas, su típico humor.

—Esta fiesta significa el comienzo de una nueva etapa. Yo tampoco me arrepiento de que fueras el causante del estallido de realidad a mi vida sombría, y que no solo me dieras una oportunidad de ser parte de una familia, sino que gracias a ello me he dado una oportunidad a mí mismo. —No entendía qué me ocurría. Un nudo se formó en mi garganta y la marea empezó a empañar mi vista. Sonreí fingiendo no derrumbarme y los miré una vez más—. Ahora es tiempo de celebrar y de disfrutar juntos, sobre todo vosotros: William y Sophia. —Ella volvía a llorar y William me miraba emocionado y desconcertado, ya que no esperaba nada de eso. Bajé del escenario y me dirigí a sus asientos—. Seguidme.

Las pisadas de curiosidad que venían tras de mí me emocionaron. Los detuve cuando estuvieron enfrente de los arcos de globos que los decoraban. Edward se acercó con dos sillas para que se sentaran mientras yo encendía el proyector que se vería reflejado en la pared blanca.

Ante el «Ok» de Collins, le di al *play*. Los presentes se acercaron para sentarse tras ellos. Me encargué de que ninguno de los dos viera cómo repartía tubos de confeti a algunos familiares.

El video empezó a reproducirse para contar su intensa historia de amor desde la oficina hasta el día de hoy. Gracias a la ayuda de Angy, recolectamos muchos de los videos y fotos para crear sus recuerdos. Debía de admitir que el mejor trozo estaba por venir. Cuando salió la última ecografía del bebé, vi cómo una lágrima rebelde descendía por la mejilla de William, lleno de dicha. Cuando el vídeo se detuvo, los dos se giraron. Quienes teníamos el tubo, rodamos su parte inferior. Un sinfín de confeti rosa pastel bailó sobre nuestras cabezas, el cual reveló el sexo del bebé que Sophia llevaba en su vientre. Aunque ella lo sabía, la exaltación fue igual de intensa.

Mason y Julissa se abrazaron emocionados, así como John y su madre. Angy gritaba a viva voz que era una niña. Edward, por el contrario, miraba a su esposa encandilado. Erik bailaba sin música acompañado de los dos pequeños, que también lo hacían prendados de la felicidad de sus padres. William y Sophia se miraban con un magnetismo hipnótico hasta que sus labios se encontraron entusiasmados. Vicky, en cambio, nos miraba a todos apartada de la celebración. Tenía los ojos llorosos y una sensible sonrisa que llegó a lo más hondo de mi corazón.

Fui a su lado y perdió de vista la felicidad de los demás para encontrarse con el monstruo que la atormentaba. Pero ese monstruo estaba perdido en medio de la tempestad. Las olas agitadas lo ahogaban. Lo hundían un poco más hacia la oscuridad del océano de donde jamás debió salir. Sin embargo, las turbias ventiscas del mar cristalino lo sacaron a la superficie para deleitarse del brillo de los ojos de la sirena más hermosa que ningún marinero fue capaz de contemplar.

—Ven aquí, mi tedioso *jueves*.

Sus labios se curvaron para enseñar al mundo la preciosa sonrisa que le iluminaba la cara. Me abrazó cual koala se estrecha en el tronco de un árbol. Besé su cabeza y apoyé mi mejilla en ella. Aferrado a ella, sentí que mi corazón no era tan frágil. Que, quizás, la flecha dorada que me lanzó fue el rehilete que necesitaba para no caer en el abismo. Por desgracia, los pensamientos que avivaron mis deseos de estar junto a ella eran anulados por la opacidad de mis demonios.

—Si pudieras pedir un deseo, ¿cuál sería? —La voz de Vicky me hizo volver a la realidad.

«Quererte sin miedos», pensé casi de inmediato. Pero darle esa respuesta era darle esperanzas a un amor sin frenos.

La contestación no llegó nunca, gracias a que Sophia se lanzó a nuestros brazos eufórica. Ese simple gesto era de lo más reconfortante, pero más lo fue el abrazo con mi hermano. Aunque esa palabra todavía sonara extraña para mí, la sentía más viva que nunca. Vicky se despidió y se acercó a su hermana. La abrazó y besó su frente cariñosa.

—Gracias. —Sophia me agarró las manos. Las apretó. Las mimó—. Derek —los nervios en su mirada afloraron tensión a los míos. Si algo malo estaba ocurriendo, debía ayudarlos—, nos gustaría que vinieras con nosotros a Ámsterdam. —Su petición me pilló por sorpresa. Yo... yo no sabía qué hacer—. William y yo hemos pensado que volver a casa sería lo más idóneo, y tú eres parte de nosotros.

—No estás obligado a venir —interrumpió William—, pero no quiero que nos alejemos ahora que nos hemos encontrado. Ahora que la familia está unida. —Mi silencio lo hacía dudar. Mi cara de póker no ayudaba—. Es egoísta, lo sé, y tienes todo el derecho a negarte.

Si me iba con ellos, olvidar a Vicky sería fácil y doloroso. En cambio, si me quedaba aquí con ella hasta que volviera a su trabajo, el sentimiento no desaparecería nunca. Seguiría anclado a *jueves* y me arrodillaría ante sus encantos. Sería ella la que me rompería en pedazos con su marcha.

—Como última carta a jugar —Sophia retomó la conversación—, debo informarte que no solo

vuelven vuestros padres y nuestros amigos, sino que mi familia también. Todos en exclusiva, incluida la hermana de la novia de John. —Tuve que expresar demasiado con los ojos para que a mi cuñada le saliera una risita diabólica mientras palmeaba animosa—. Di que sí, acompáñanos. —Juntó las manos en forma de rezo, puso morritos y ojos pesarosos—. *Porfi...*

Me golpeé mentalmente. Nunca fui un cobarde para huir y, quedarme en una ciudad donde no tenía nada, no tenía sentido.

—Me iré con vosotros.

Sophia se abalanzó a mis brazos exultante. Zarandé sus brazos al aire. Saltaba a corta distancia del suelo, como un baile de niña pequeña. Angy se unió a su baile de la felicidad. Tardó poco en unirse Erik que, aunque no tuviera ni idea de lo que pasaba, bailó de ese modo tan peculiar.

—¡Ono! —gritó Hugo desde la mesa, donde todavía quedaban algunos *snacks*. Me enseñó una bolsa de golosinas y rodé los ojos. Descubrió el escondite—. *Pa' mí*.

—Maldito renacuajo...

Edward, al ver a Hugo con la bolsa, le entregó la suya a Sandy. Antes de abrirla, le prohibió comérselas todas. La pequeña, con una dulce sonrisa, afirmó su respuesta antes de salir corriendo para sentarse al lado de Hugo. Este, cuando Edward no lo veía, le daba de las suyas. Los dos tenían una sonrisa cómplice. Se adoraban sin ser conscientes de ello.

—Debes reconocer —le dije a mi hermano, llamando su atención— que tu hijo es más listo que tú. Apunta maneras... —le señalé.

—Es un seductor —confirmó—. Es un Wright.

—Ya que es un Wright —Sophia se acercó con arma de doble filo—, vas y le quitas la bolsa. Cuando se empacha, su carácter se vuelve irritante, como el de su padre...

—¿Perdona? —Receloso, miró a su esposa, quien estalló en carcajadas—. Dirás que se parece al carácter exasperante de su madre.

—¡Oh, no! —Sus gestos enfurruñados me hicieron reír de nuevo—. El mal carácter viene por parte tuya. El mío es amable, gracioso y...

—¿Pesado? —contraatacó William.

Retuve las carcajadas en mi garganta al ver la expresión de Sophia. Cualquiera diría que estaba a punto de salir humo por sus orejas. Angy, que se había acercado, fue más cruel que yo dejando salir cada una de las risotadas que no guardó. Su amiga la fulminó con la mirada, y William rio al verla de ese modo tan enfoscado. Con la intención de calmar las aguas, mi hermano tomó las manos de su esposa y las movió hasta aproximarla a su cuerpo.

—¿Os apetece un karaoke? —le preguntó a sabiendas de conocer la respuesta.

Las dos amigas salieron disparadas hacia el escenario. Edward se tapó la cara con las manos y respiró antes de perder la mirada en el techo. William se acercó y le dio una palmada en la espalda para darle ánimos. Vicky se colocó al lado del escenario para animarlas a cantar. Los pequeños ya revoloteaban entre sus piernas. Me acomodé en la silla para presenciar el *show*. Erik se sentó a mi lado y las envidió por ser compañeras de vida y de karaoke.

—Ya podrías ser mi pareja de karaoke...

—No puedes tenerlo todo, Erik. —Lo empujé divertido—. Confórmate con ser amigos.

—¿Eso incluye volver a Ámsterdam contigo? —Me sorprendió su pregunta—. Os he escuchado antes...

—Siempre te he arrastrado conmigo sin importarme si querías o no. Es hora de que hagas lo que realmente sientas. —Erik abrió los ojos de manera exagerada, como si me hubiera salido otra cabeza—. Es lo que hacen los amigos, ¿no?

—Mi casa está en Ámsterdam, mi trabajo... y, en pocos días, mi amigo. —Levantó los hombros pasota—. No tengo nada por lo que quedarme.

—¿Estás seguro? —pregunté para corroborar.

—Mucho, así que deja de hacer preguntas chorras. —Golpeó mi espalda y agarró la copa de cava que todavía tenía sobre la mesa—. Porque Ámsterdam llene mi cama de fuego salvaje.

—Por tu cama, entonces. —Agarré la mía y brindamos.

¿Qué me depararía Ámsterdam? ¿Qué sería de mí sabiendo que Vicky estaría tan cerca?

Me encontraba entre el miedo de seguir enamorándome de Vicky y el de arriesgarme y seguir adelante junto a ella. Pero ¿cómo averiguaría cuál era la opción correcta?

Capítulo 14

Ouderkerk aan de Amstel

DEREK

2 semana después

Cerca. Sabía que íbamos a estar cerca, pero no contaba con tenerla de vecina. Y no la de enfrente, sino la de al lado.

Sophia y mi hermano lo tenían todo demasiado planeado, y yo fui un ignorante al crearme sus mangarrufas de «No quiero que nos alejemos ahora que nos hemos encontrado. Ahora que la familia está unida». Por si fuera poco, no vivía solo. Erik, que no quería vivir en la otra punta de Ámsterdam, se le ocurrió la brillante idea de mudarse conmigo al tercer día de estar viviendo aquí. Una casa que ya estaba en perfectas condiciones para entrar a vivir —magia de William Wright—. Grande, espaciosa y, en principio, solitaria. Pero ya no. Erik se había encargado de cumplir que su cama se inundara de fuego salvaje.

¡Lo odiaba! Llevaba 4 días escuchando cómo retozaba con sus ligues en la habitación de al lado. Cómo gritaban fogosos por culminar en éxtasis y me veía obligado a visitar a mi vecina para que, con su brujería, me hechizara y no oír más frases como «Dámelo todo, yo soy tu papichulo». Vergonzoso.

¡Y más lo odiaba por arrastrarme hacia Vicky! Porque, sentir ese fervor en mi sangre cada vez que estaba con ella, era imposible de soportar. Oler su piel y no poder saborearla. Beber de sus labios la más dulce medicina y no poder degustarlos. Acariciar su cuerpo y no poder explorarlo bajo su piel desnuda.

Pero ¡más me odiaba a mí mismo! Más me odiaba por no dejarme sentir ni ir más allá con ella. Porque, al fin y al cabo, era yo el que estaba construyendo un muro entre mis sentimientos y los suyos. Porque, el que llamaba cada noche a esa puerta, era yo pudiendo hacer mil cosas para no escuchar esos enloquecidos gemidos. Y terminaba sentado en el sofá, a su lado, viendo películas moñas hasta que caía dormido sobre su hombro. Me despertaba abrazado a ella, como si fuéramos algo más que dos adultos que guardaban en la recámara sentimientos que jamás deberían ser encontrados.

Volvía a mi casa más loco que el día anterior. Con el corazón alborotado y los sentimientos agitados. Me tumbaba en la cama para levantarme e ir al balcón, donde observaba la nueva mañana nublada que Ámsterdam tenía para nosotros. Me recostaba contra la pared, cerraba los ojos y me dejaba llevar por las delicadas caricias del viento. Comenzaba a cuestionarme mi vida y lo que estaba haciendo con ella.

Si estar en esa ciudad era lo correcto.

Si tener una familia era algo que merecía.

Revolví mi pelo frustrado y cerré los ojos con fuerza, tanta que diminutas luces blancas me cegaron por un efímero segundo. Cuando los volví a abrir, contemplé a una mujer que recorría la calle con un ramo de flores precioso. A medida que se acercaba, pude curiosear con detenimiento, sobre todo, cuando vi que entraba en casa de Vicky.

Rosas de color rosa pastel y de un tono más oscuro, con florecillas blancas al estilo de las

margaritas y un conjunto de verde que le daba una vida que incluso envidié. Toda la belleza que admiraba se tornó de un intenso rojo que enervó mi sangre por sentir una rabia y unos celos enloquecedores.

¿Quién le regalaba flores?

Me asomé un poco más cuando la mujer llamó al timbre y Vicky gritó un «¡Ya voy!». Cuando abrió la puerta se quedó sorprendida, tanto que tardó en coger el ramo que le tendía la mujer. Preguntó quién lo había mandado, pero dicha persona prefería estar en el anonimato. Me aferré a la barandilla con brío. Me apetecía gritar y soltar todo lo que mi cuerpo estaba sintiendo. Pero ¿quién era yo para impedir que otros chicos tuvieran ese tipo de detalles con ella?

En el instante que levantó la cabeza, me escondí. No quería que me viera rabioso, así que decidí entrar y cobijarme en mi habitación como si allí dentro pudiera dejar de sentir. Aunque no lo hacía, al contrario, se intensificaban. Estaba histérico. Nervioso. Por lo que, sin pensarlo mucho, me vestí con la ropa de los entrenamientos y salí a correr. Cuando cerré la puerta, ella también lo hizo. Vi su atuendo y puse los ojos en blanco. ¿En serio? ¿Coincidíamos hasta en eso?

William también salió de su casa y nos saludó con la mano. Por mi parte solo recibí un saludo de cabeza, pues —sin mirar a mi vecina— empecé a correr en dirección contraria. Me coloqué los auriculares y le di *play* al móvil para que sonara la música. No obstante, ese día parecía que no quería abandonarme y, aunque subiera el volumen, la escuchaba llamarme.

Me detuve en seco, pero ella no controló. Chocamos y, de manera instintiva, la agarré de la cintura. ¿Por qué hacía eso, joder? ¿Por qué necesitaba tocarla? ¿Por qué necesitaba estar cerca de ella?

«¡Ya basta, Derek!», me reprochaba con gritos en silencio.

Me quitó los auriculares y los dejó colgando sobre la camiseta. Fruncí el ceño y Vicky también lo hizo. Aparté la mano de su cintura. Debía de distanciar el contacto físico.

—Tienes la mala costumbre de tropezar conmigo —reprendí en un intento de enfadarla para que se marchara, pero era un hueso duro de roer. Era yo en versión femenina con la diferencia de que la vida criminal no formaba parte de la suya.

—Y tú tienes la mala costumbre de ser un *gilipollas*. —Me enervó el gesto de «¡Jódete!» reflejado en su cara—. ¿Puedo saber por qué me rehúyes ahora?

—Yo no huyo de nadie... —Agarré los auriculares y ella amonestó a mis manos con unas palmadas para que los soltara—. ¿Qué quieres, Vicky?

—Que me contestes. ¿Por qué huyes de mí? —Dio un paso adelante. Yo uno hacia atrás—. No lo entiendo, Derek. ¿Qué te he hecho?

«Alborotar mi vida», pensé. Sin embargo, algo muy dentro de mí sabía que ella no era culpable de que mi corazón decidiera amarla.

—No has hecho nada, solo es... —Me callé. No podía decir la verdad. Si mostraba mis celos y mis sentimientos derrumbaría parte de ese muro que nos mantenía a raya—. Me he levantado de mal humor y, cuando estoy así, prefiero estar a solas.

—Ya... —Dio un paso atrás para distanciarse un poco más. Lo agradecí—. Y yo soy idiota, me chupo el dedo y por la noche me cambias el pañal. Pero ¿tú te piensas que me voy a creer esa mentira? Estás hablando con... —Se quedó meditando lo que iba a decir y se quedó sin voz.

—Estoy hablando con mi vecina de la casa de al lado, el *jueves* que siempre choca conmigo, la chica nerviosa que me altera...

Me arrepentí de esas últimas palabras. Vicky sonrió con picardía y tapé su boca con mi mano para que no hablase.

—Si quieres venir conmigo, vas a tener que ir a mi ritmo, sino... —sonreí perverso— nos veremos en el balcón.

—No me infravalores, *gilipollas*. —Pasó por delante con chulería y comenzó a caminar hacia atrás—. Subí al pódium en tres ocasiones. Medalla de plata en la carrera de diez kilómetros.

—No me sorprende que fuera la de plata. —Me puse a su nivel—. La de oro me la llevé yo. —Y comencé a correr.

Vicky llegó hasta mí con una sonrisa, pues no hizo mucho esfuerzo para alcanzarme. Estuvimos yendo a un paso bastante ligero hasta que llegamos a *Ouderkerk aan de Amstel*, donde aumenté el ritmo. Observé cómo puso los ojos en blanco y remontó los pasos perdidos tras mi rapidez. En alguna ocasión, repleta de ego y orgullo, me adelantaba. Dejaba que se sintiera poderosa por unos instantes, aunque no perdía detalle de su cuerpo. Un cuerpo fuerte, a pesar de sus tics nerviosos. A veces agitaba las manos en un intento de despertarlas. En otra ocasión, se tocó la pierna derecha y me percaté de que se golpeaba despacio el muslo. Una casi caída hizo que agrandara mis pasos para alcanzarla, pero se irguió rápido cuando llegué a su lado. Me sonrió y me empujó jugando sucio, aun así, le permití que creyera que me ganaría. Un pique entre los dos se acrecentó cuando ya casi estábamos llegando a casa después de diez kilómetros a nuestras espaldas.

A diez metros para proclamarme vencedor del recorrido, Vicky se detuvo. Tiró su cuerpo hacia adelante y sus manos se agarraron las rodillas. Intuí lo que pretendía. Fingir no se le daba bien. Di media vuelta y me coloqué a su lado, burlón, a la espera de que decidiera salir corriendo. Sabía que lo haría. Y lo hizo. Corrí tras ella sin la intención de superarla.

Saltó.

Bailó.

Levantó los brazos como una auténtica campeona y gozó de su victoria al estilo Rocky cuando llegó a la cima de aquellas escaleras que vieron su triunfo.

—Disfruta de tu victoria, no siempre se gana... —comenté antes de subir las escaleras de mi casa y dejarla con el labio mordido y una ceja alzada. Juraría que, si las miradas comieran, yo sería la comida.

—Quiero la revancha.

Se cruzó de brazos y me retó. Sus ojos, más oscurecidos de lo normal, penetraron en los míos de un modo devastador. Un golpe seco detuvo mi corazón en un efímero segundo. Se acercó, hacia donde estaba, a paso lento. Sensual. Contoneando las caderas. Achicó los ojos profundizando —más si fuere— su mirada arrebatadora que empezaba a agitar mi respiración.

—¿Piensas que no sé que me has dejado ganar? —Sus dedos índice y corazón treparon por mi camisa sudada hacia el contorno de la clavícula, donde se detuvieron para acariciarla con una extrema y enloquecedora lentitud—. Mañana a la misma hora, yo elijo el recorrido.

Sin esperar su hazaña, atrapó mis labios en un beso ensordecedor que convirtió mi cuerpo en un remolino de sentimientos alborotados que morían de ganas por expandirse junto a ella. Besar sus labios era como saltar al vacío sin miedo al aterrizaje. Tenté a su lengua para que ambas jugaran al peligroso juego del amor. Se distanció de golpe con una sonrisa ladina en el rostro. Me dejó a medias. Empalmado y con muchas ganas de devolverle la jugarreta.

Nadie jugaba de ese modo con Derek Wright.

Me las pagarás, ~~maldito~~ bendito *jueves*.

Capítulo 15

Christine Fournier

DEREK

La llamada de Mason Wright, a las seis de la mañana, me puso de muy mal humor. Nos necesitaba —a mi hermano y a mí— para la misión de esa noche. Una misión donde volvería a encontrarme, cara a cara, con la elegante —y la más temida de Francia— Christine Fournier.

La conocí cuando tenía diecinueve años. Los Strong me enviaron a Francia para comprar una pieza única que Fournier robó del Museo del Louvre. La seguridad y toda la *police* francesa todavía se preguntaba quién fue y cómo lo hizo o hicieron, pues nunca supieron si fue una persona o varias. Hubo un gran revuelo con el robo de la colección de piedras preciosas de Luís XIV. Las piezas fueron talladas por minerales hermosos; como ágata, amatista, lapislázuli, jade, sardónice o cristal de roca. Embellecidas con monturas que recreaban unos objetos muy lujosos, que eran muy apreciados en la antigüedad y su precio rozaba lo inasequible.

A oídos de los Strong, llegó la venta de esas ochocientas piezas y no podían dejar escapar esa oportunidad; así que, después de elegir quién de los dos —Emma o yo— iríamos, emprendí un vuelo a Francia con una misión: cortejar a Christine, comprar las piezas y hurtar el cuadro *El columpio* de Jean-Honoré Fragonard, el cual fue de la posesión de mis —en teoría— abuelos antes de que la familia Fournier lo robara.

La misión fue un éxito y salí de Francia con las ochocientas piezas, el cuadro y un par de joyas que me permití el lujo de sisar. Y no solo eso, sino que antes del atraco a su enorme caja fuerte —que tenía empotrada en la pared—, follamos durante horas saciando una inminente tensión sexual. Christine era jodidamente *sexy*, y a mí no me importó ser uno más en su cama.

El timbre de la casa de Vicky me devolvió al presente. Me levanté rápido de la cama y me asomé para ver quién era. Fruncí el ceño al encontrarme, de nuevo, a la mujer que le llevaba un ramo de flores tan bellas como lo era mi *jueves*. Toda la gloria que sentí ante el recuerdo de aquella misión triunfante se esfumó para dejar paso al enojo. Apreté la barandilla cuando abrió la puerta y se quedó asombrada, ya que el ramo era mucho más hermoso que el del día anterior. Preguntó su procedencia con curiosidad, pero la mujer no lo sabía.

—Debe de estar muy enamorado de ti. Los tulipanes son un símbolo de amor sincero. —Sonrió amable y señaló el de color amarillo—. El tulipán amarillo aporta alegría. Los rojos —lo señaló— pasión y amor incondicional. Y, los que más me gustan, los blancos, son una muestra de amor puro y sincero.

—Creo que me hago una idea de quién ha sido. —Miró hacia arriba y la miré con desdén. Yo no era quién le regalaba flores, ni tenía detalles de ese tipo...—. Buenos días, vecino. —Me guiñó un ojo, le agradeció con ternura a la mujer que le llevara los ramos y entró corriendo a casa.

Me comporté como un capullo al no responder y entrar en mi habitación muy enfurruñado. Pero estaba enfadado. Celoso. Y, si estaba de ese modo, era porque yo así lo elegí. Porque prefería tenerla lejos a hacerle daño. Observé la hora cuando el móvil se alumbró con un mensaje de Erik:

«Espabila. Vicky acaba de subir a Instagram el ramo de tulipanes que le han mandado».

Tampoco respondí y comencé a vestirme para ir a correr. Todavía faltaban diez minutos para encontrarnos en la calle, pero escuché cómo Vicky saltaba los peldaños de las escaleras para ser la primera en llegar a nuestro punto de encuentro. Me apresuré para no dejarla ganar. No lo permitiría. Salí a la calle y, a los pocos segundos, lo hizo ella. Rodó los ojos y chasqueó la lengua de un modo gracioso.

—¡Me he cambiado más rápido de lo normal! ¡Haces trampas! —me reprochó cuando llegó a mi lado—. Estoy segura de que la parte de abajo ya la llevas puesta cuando te asomas a cotillear.

—Estoy tomando el fresco, no cotilleo lo que no me interesa —contradecí molesto, a lo que ella me observó con incredulidad—. ¿Has elegido tu ruta? —pregunté para cambiar de tema de conversación.

—¡Pues claro! —Un sonoro *shhh* emanó de sus labios indignada, como si dudara de que lo hubiera hecho—. Vamos.

Comenzamos a correr en silencio. Ella estaba enfadada. Veía su enojo a través de sus ojos y ese ceño fruncido que le hacía una arruga graciosa en el entrecejo. No entendía su malhumor solo por preguntarle acerca de la ruta. Había algo más. Lo sabía, lo intuía. Mi cuerpo reaccionó, sin hacer caso a la negativa de mi cabeza, después de más de media hora observándola. La golpeé despacio con el codo —en plan broma— para que una sonrisa curvara sus labios y alegrara ese día gris en Ámsterdam. Fue una reacción involuntaria, donde mi cuerpo y corazón ganaban una partida a la cabeza que parecía ser la mala del cuento.

—Deberías escuchar música... —comenté. Señalé los auriculares y ella pegó sus labios y levantó los hombros—. Toma.

Se quedó sorprendida por mi reacción y cogió el auricular. Su ceja se alzó de manera graciosa y me miró interrogante.

—¿Dudas de mi estilo musical? —pregunté divertido.

—Obvio... —Rio—. Dudo que sea mejor que el mío.

—Para —ordené. Lo hizo, aunque ella no entendía nada. Desconecté el Bluetooth de mi móvil para que lo pudiera conectar al de ella—. Conéctate. Soy Derek, el guapo.

Estalló en carcajadas.

—¿En serio? —preguntó mientras entraba a «Ajustes»—. Dime que no te has puesto ese nombre tan creído.

—¿Acaso lo dudas? —Reí. Me coloqué detrás, rozando mi pecho contra su espalda, con mi cara justo al lado de la suya y mis labios rozando su oreja cuando le dije—: tu *gilipollas*. —Sonreí—. Aprovecha este momento. —Atrapé el lóbulo de su oreja entre mis dientes en un pequeño y juguetón mordisco—. Sorpréndeme con tu música. Dime quién eres sin decírmelo.

Se tensó, y sonreí como un gilipollas. El suyo.

No sabía por qué había hecho eso, pero estar con Vicky me obligaba a hacer muchas estupideces. ¿Y ese mordisco? «¿En serio, Derek?», me recliné. Comenzó a sonar la música, mis piernas se activaron de nuevo para emprender la ruta que ella había elegido. Iba indicándome, trotando a mi lado, sin perder el aliento. Manteniendo el ritmo y sin perder la sonrisa.

«Me pones del revés. Una y otra vez. No pongas excusas y dame la mano, que vienen curvas, me tienes al lado...»^[1].

La letra de la canción fue como un puñetazo en el pecho. Doloroso. Concreto. La miré de soslayo. Estaba centrada en el camino. Apretaba los labios hasta que decidió devolverme esa mirada que no debería de haber pillado.

—Te estoy mostrando lo que siento para que entiendas quién soy.

Me abordaron los puñales, y no por la espalda. Vicky iba de frente. Tiró directo al corazón y acertó. Pero era un error. Ella merecía a alguien mejor. Una persona que no estuviera rota, y que no tuviera la oscuridad para ofrecerle. Vi cómo el cuerpo de Vicky me adelantaba y me di cuenta de que mis pies frenaban. La maldita canción me vació como un cántaro de agua fría sobre el cuerpo en medio de la Antártida. Un pellizco en el pecho me gritó que era un cobarde. Y sí, lo era. Porque Vicky se estaba abriendo. Me entregaba su mano para aferrarme a ella. Para coger ese tren juntos. Pero no podía. No la merecía.

—¡Derek! —gritó *jueves* a unos metros, trotando sin mover ni un paso. Vi su mirada preocupada y corrí hasta ella—. Pensaba que ibas a dejarme ganar de nuevo.

—Nunca más —susurré, a lo que ella sonrió.

Maldita sonrisa que, cada vez que aparecía, me daba un vuelco el corazón.



Después del ejercicio de la mañana, de pelearme con Erik para que dejara de traer chicas a casa y gritaran como unos posesos, y de darme una ducha con agua bien fría —como si no hubiera tenido suficiente con mis sentimientos—, me fui a casa de Mason Wright. Eran las dos del mediodía y me esperaban para comer. Respiré profundamente en un intento de apaciguar el malhumor que se adhirió a mí tras el alboroto de pensamientos que seguían implacables en mi cabeza.

Llamé al timbre. Dos veces. Cuando Julissa abrió la puerta, me abrazó como siempre hacía. Seguía sintiéndome raro ante los abrazos. Los besos en las mejillas. Las caricias. No me gustaban o no estaba acostumbrado, ya no sabía lo que era.

—Te estábamos esperando, hijo. —«Hijo», esa palabra todavía se me hacía difícil de dirigir.

—Julissa —saludé, sin apartar mi mano de su espalda después del abrazo tan cariñoso que me dio.

Los ojos se le llenaron de aflicción. No era la primera vez que pasaba, siempre ocurría cuando la saludaba por su nombre y no por *madre*; aun así, no decía nada. Lo comprendía. Necesitaba tiempo para adaptarme a la nueva vida que me asaltó en Miami.

—¡*Ono!* —chilló Hugo desde el comedor. Escuchamos sus pasos ligeros por el pasillo que llevaba a la entrada y, cuando me vio, se le iluminó la cara. Como si no me hubiera visto nunca. Lo gracioso fue que a mí también. Cada vez que lo tenía cerca, me relajaba—. *Ono, u omio a uar.*

La risa de Julissa se entremezcló con la mía al observar cómo su nieto arrastraba a su tío hasta la zona del comedor, donde todos se encontraban rodeados de juguetes. Choqué la mano con la de William para saludarnos, a Sophia le zarandeeé el pelo y a Mason simplemente pronuncié su nombre. Él también lo entendía. Ninguno de los dos me exigía otro tipo de trato, solo que no dejara de lado a la familia. No ahora que nos habíamos encontrado.

—Hugo, ¿nos ayudas a mamá y a mí a preparar la mesa? —Se agarró a mi pierna y no había manera de soltarlo. Nos estaban dejando tiempo para hablar de la misión de la noche, y no querían hacerlo delante del niño—. ¡Hugo! —reprendió su actitud Julissa—. Eso no lo hacen los hermanos mayores.

—Hugo —me puse de cuclillas para estar a su altura, después de pelearme con sus ágiles dedos—, haz caso a la abuela y a mamá, luego jugamos a lo que quieras.

No se quedó convencido del todo, pero aceptó a regañadientes y los juguetes se llevaron alguna que otra patada.

—Qué carácter... —susurró William, quien me sorprendió que no interviniera—. ¿Qué? —preguntó al ver cómo me reía.

—Es clavadito a ti —me burlé.

—Ha sacado el genio de su madre... —alegó. Hizo un gesto gracioso con la cara que se hizo más divertido cuando Sophia apareció con los brazos cruzados sobre su vientre de embarazada—. No me mires así, tengo razón.

—Nos veremos las caras, señor Wright. —Lo retó con la mirada y vi el destello de deseo en los ojos de mi hermano—. La venganza se sirve en plato frío —masculló antes de dejarnos solos.

Se formó un silencio extraño. Sin embargo, mi... ¿qué iba a decir? Negué con la cabeza y le presté atención a Mason.

—Christine Fournier —anunció con una pizca de diversión en la voz—. Su visita por Alemania no es mera casualidad, pues esta noche hay un intercambio de armas nucleares en el puerto marítimo de Ámsterdam.

—¿Y qué nos incumbe eso? —pregunté. Que lo interrumpiera no le hizo gracia, pero tampoco me lo reprochó.

—No me interesan las armas, lo fundamental en esta misión es robar el maletín que ella entregará a la mafia irlandesa. Un maletín lleno del diamante más caro del mundo, valorado en 69 millones de euros: Pink Star. —Tuvo toda mi atención. Sería emocionante, sin duda—. Ambas mafias eligieron Ámsterdam después de que los Strong mataran a la mafia más imponente de Alemania. Un lugar tranquilo, pocos saben la ubicación dónde se efectuará el cambio.

—Si tú has averiguado el lugar, ¿qué te asegura pensar que no hay otras bandas que lo sepan? —Chasqueó el dedo y sonrió con orgullo—. Tienes un infiltrado.

—Chico listo. —Mason se levantó para pasearse por delante de William y de mí—. Con lo que Fournier no cuenta es que tú eres parte de la familia Wright. Nadie sabe de tu existencia. Para el resto del mundo, eres el hijo de los Strong y eso nos da ventajas.

—No creo que sea de mucha ventaja... —objeté—. Tuve un pasado demasiado fugaz con Christine, y estoy seguro de que me guarda resquemor por lo que le robé.

—¿Estuviste con Christine Fournier? —preguntó mi hermano interesado.

—Solo fue un revolcón... —Levanté los hombros para restarle importancia—. Tenía una misión. Una impuesta por los Strong... lo del sexo solo fue una distracción. Para ambas partes, claro.

—¡Mejor todavía! —exclamó bravo, Mason—. Derek desviará toda la atención para que William robe el maletín.

—Este plan hace aguas... —William sonrió porque dije exactamente lo mismo cuando él me enseñó su plan para derrotar a los Strong—. No será tan fácil. Christine es demasiado perspicaz.

—Cuéntanos el tuyo, hermano.

Capítulo 16

Disparos locos

DEREK

Preparé las armas y las guardé en los mismos lugares: espalda y empeine. Me reservé la zona de las costillas para mis amigas explosivas, las cuales guardé en el bolsillo de la chaqueta vaquera.

—¿En serio vas a ir a un intercambio así? —Me giré para verlo. Se puso elegante para una misión en la que, probablemente, tuviéramos que batallar hasta matarlos a todos—. Esperaba algo más sofisticado.

—Necesito comodidad y nunca he ido en traje. —Lo señalé—. Me gusta que el movimiento sea libre, y no regido por la tela de una americana. No impone más quien lo lleva, sino quien tiene cabeza y una gran estrategia.

—¿Y crees que tu estrategia funcionará? —cuestionó dudoso.

—Funcionan.

Me abstuve de dar más explicaciones. Bajamos al comedor, donde el resto del equipo nos esperaba. Mason caminaba de un lado a otro. Repasaba nuestro plan. Lo sabía por el modo en cómo movía las manos. Él también nos acompañaría, aunque estuviera lejos. Mason nunca interactuaba, a no ser que fuera necesario.

—No quiero errores. —La voz de Mason cortó mis pensamientos y me centré en lo que iba a decir—. Ese maletín debe ser nuestro.

William sonrió y yo negué con la cabeza. No iba a salir bien, y no entendía cómo se me ocurrió ese despropósito plan cuando lo propuse en casa de mi hermano. ¿En qué estaba pensando?

—Vamos, ¿qué puede salir mal?

—Todo —respondí serio—. La engañé la primera vez y no perderá la ocasión de deshacerse de mí. No hay una segunda vez para Christine Fournier.

—Con esa profundidad suena hasta sexy —escuchamos la voz de Edward por el pinganillo. Él sería nuestros ojos con los fieles compañeros de William, los Bolton—. Christine Fournier se dirige al puerto de Ámsterdam. La tenemos.

Su voz cambió. El humor desapareció y la serenidad se instaló para llevar a cabo su misión. Al salir de casa, un impulso me llevó a observar la de Vicky. Las cortinas se movían y una ligera sonrisa se asomó por mis labios. Una que desapareció al recordarme que era un imposible. Subí al coche y nos dirigimos hacia el puerto.

William se encargó de recordar el plan, una vez más. Recalcó prudencia a sus hombres y que tuvieran sus cinco sentidos en la misión. Mason lo había dejado muy claro: «No podemos fallar». Sentía que si no lo conseguíamos sería por mi culpa, ya que se trataba de mi plan. Eso me metía presión, pero también incrementaba la adrenalina que comenzaba a nacer en mis venas. Estiré el cuello a ambos lados de mis hombros, adelante y atrás y una vuelta en sentido de las agujas del reloj. Hice sonar mis dedos cuando estacionaron los coches a unas calles del puerto.

La brisa del océano inundó mis fosas nasales y respiré profundamente. Los recuerdos me embriagaron el sentido ante el muchacho que William y yo salvamos. Apreté de manera

inconsciente mis puños, ya que Ava consiguió perturbarnos la mente.

—¿Estás bien? —preguntó mi hermano cuando se dio cuenta de lo que hacía. Asentí—. ¿Preparado para cortejar a Fournier?

—Nací preparado.

Sonrió. Se giró hacia sus hombres e hizo gestos para que se distribuyeran, tal y como su padre les había indicado en casa. Lo teníamos todo muy bien organizado. Nada podía fallar.

—Vamos. —Golpeé su espalda con una palmada y me siguió.

La vigilancia de Fournier conformaba cuatro muros, habría una retahíla de su banda criminal cada 100 metros. Una exterior, dos internas y una a su alrededor. Llegar hasta ella no era una misión fácil, sobre todo si comenzaban los disparos. Debíamos de ser muy cuidadosos, silenciosos y con una extrema puntería para no alarmar a los demás.

Desde las alturas de los pisos que confrontaban al puerto, teníamos cinco francotiradores que se encargaban de la barrera exterior, lo que nos dejaba acceso para acercarnos un poco más. Señalé las escaleras de varios contenedores y nuestros hombres subieron por ellas para quedar ocultos por la oscuridad. De esa forma, dispararían desde la altura al centro de sus cabezas y eliminarían los obstáculos internos. De esa forma, los muros de la protección de Christine caerían.

—Acuérdate de la señal. —Asentí a disgusto por el comentario. Yo no olvidaba.

Moví la cabeza para que fuera hacia la grúa que lo llevaría a una altura ideal para batallar cuando la situación se pusiera compleja. Que se pondría, no tenía duda. Asintió y respiró un par de veces antes de subir peldaños hacia su destino.

—Derek —la voz de Edward volvió a aparecer en el pinganillo—, a las nueve y veinte. Por tu derecha.

Pegué la espalda al frío metal de los portacontenedores y cerré los ojos. Respiré para que mis sentidos se incrementaran. Escuché sus pasos acercarse. El sonido de los susurros vagó por la oscuridad. Ni siquiera la Luna se brindó a presenciar una actuación turbia y violenta. Lancé una patada al aire, justo en la parte del pecho, que les hizo perder el equilibrio y que sus armas cayeran. Antes de que pudieran agarrarlas, golpeé a uno de ellos en la cabeza con otra patada y, al otro, lo agarré del cuello. Mi brazo presionaba su garganta. Me golpeó con el codo en las costillas y retuve un gemido de dolor que se apaciguó cuando, sin más dilación, lo desniqué. Saqué el arma —con el silenciador puesto— y disparé a su compañero, quien seguía inconsciente en el suelo.

—Ha sido demasiado fácil para ti, Derek —se burló Edward—. Sigue recto —ordenó. Escuchaba las teclas de los ordenadores y los susurros de las voces de los Bolton—. Rompe a la izquierda. —Giré—. Ten cuidado, tienes uno a y cuarto.

Me detuve y esperé a que atravesase la distancia que nos separaba, pero nunca llegó.

—No me gusta... —mascullé pensativo—. ¿Edward?

—Han atrapado a tres de los nuestros, Derek. —Mi cabeza trazaba mil planes para liberarlos, pero todos me parecían una locura—. Seis.

—Los lobos fraguan planes donde cuyas presas no pueden huir. —Esperé que pillase el mensaje—. No quiero huir, soy un lobo. Guíame —ordené mientras intentaba organizar los trazos de un plan a la deriva—. Ya.

Refunfuñó por mi tono. Nuestra relación era de lo más cordial, nada amistosa. Si nos llevábamos bien era por William.

—Corre recto. —Salí disparado hacia la dirección que me indicó—. Gira a la derecha. Rompe a la izquierda. Para. Voltea el contenedor.

Acaté cada una de las indicaciones. Esquivamos a todos los hombres hasta que la emboscada que tendimos se invirtió y fui uno más en manos de Fournier.

—Cazado.

Fue lo último que oí antes de que me arrancaran el pinganillo del oído y lo chafaran con rabia.

—¿Pensabas que serías más listo que nosotros? —Se rio uno de ellos—. Estás acabado, Strong.

Me pegaron un par de puñetazos antes de llevarme ante su capo. Me quitaron las pistolas y tocaron mi cuerpo en busca de otra arma. No encontraron nada más, por suerte para nosotros. Aunque sería difícil si no conseguía liberar mis manos de la atadura de las bridas, que estaban alrededor de mis muñecas. A un par de pasos, aprecié la cascada dorada de Christine Fournier. Su cuerpo esbelto y en forma. La elegancia de aquellos pantalones contoneando figura y el atractivo corsé que hacían sobresalir sus pechos. La misma mirada perversa junto a una sonrisa exageradamente *sexy* y prepotente.

—Derek Strong —pronunció lento y sensual. El francés en labios de Fournier era excitante—, nos volvemos a encontrar.

—Christine Fournier —saludé.

Sin perder detalle, contemplé cómo sus ojos vagaban por mi cuerpo, preso por las manos de sus hombres. La presión se engrosó cuando ella, seductora, se acercó con una lentitud desmesurada. Había tensión, sí. Todavía la sentía. Contoneaba las caderas. Un embrujo cautivador que a nadie le pasaría desapercibido. Hizo un gesto con las manos para que se apartasen y, aunque uno de ellos le aconsejó no hacerlo, terminó cediendo a su mandato.

La mirada asesina de Fournier fue suficiente para poner punto final a ese mísero debate. Volvió a inundar mis ojos con los suyos. Penetró tan rudo que un gruñido de dolor se ocultó en mi garganta cuando apartó la daga de metal, la cual cortó mi piel por encima de la camisa negra. Ardía y sonrió con malicia. Su dedo índice parecía una pluma ladina que, tras su tierna y engatusadora caricia, escondía un fin ruin y doloroso para el cazado.

En ese momento, yo.

Sin apenas rozarme, me volteó sosegada. No escondió su propósito. Sabía lo que pretendía e intentaba lidiar contra la lacerante situación que comenzaba a ensombrecerme. Se acercó a mi cuerpo inmóvil e inhalé su perfume exótico. Tan embriagador como antaño. Sus labios casi rozaban los míos. Su boca entreabierta. Su mirada cruzada bajo mis pupilas. Se lamió los labios para rozar los míos, que exasperaban gritar de frustración por no conseguir aflojar las bridas, apretadas hasta doler. Movía las muñecas en un intento de relajarlas, de librarme del plástico que me había quitado la libertad.

—¿Qué se siente al ser la presa, Strong? —Disimulé una sonrisa. Todavía pensaba que era parte de esa familia, por lo que no intuyó que los Wright estaban ahí. Era un punto a nuestro favor—. ¿Estás furioso porque tengo el poder?

Una carcajada asaltó el vacío y moví la cabeza en negativa. ¿Qué ella tenía el poder? ¡Por favor! Solo era un comodín que distraía su atención mientras William hacía su parte de la misión.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? —Clavó la punta de la daga sobre mi pecho derecho y la deslizó con la fuerza justa para que rasgara la primera capa de piel. La camisa volvió a empaparse de sangre—. Puedes matarme, si quieres, no tengo nada que perder.

«Sí lo tienes», me recordé a mí mismo, pero no me pertenecía.

Christine encaminó la daga hacia mi ombligo. Noté el latido punzante de mi corazón agitarse. El metal ya no era frío, sino que estaba templado y bañaba de negrura mi cuerpo. De un arrebato,

rasgó la camiseta para dejar mi pecho al descubierto. Sonrió al curiosarlo. Deslizó la chaqueta y la camisa hacia abajo hasta que llegó a mis manos atadas. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando su piel rozó la mía. Cuando su lengua humedeció mi cuello, sentí asco. Mucho. Me sentía humillado, sobre todo, cuando vi la vileza del dominio en sus ojos.

Las miradas de los hombres de mi hermano estaban apagadas. También se encontraban frustrados por la situación y por no ayudarme. Aparté mis ojos de ellos y la miré para vacilarla.

—¿Tan poco te satisfacen los franceses que recurras a mí? Suéltame y déjame demostrarte lo que soy capaz de hacerte. Aquí. Ahora. —Miré a su alrededor—. Delante de esta panda de idiotas.

Una señal fue suficiente para matar a tres de los nuestros. ¡Joder! No mostré ningún tipo de sentimiento hacia ella. Por primera vez, esas muertes pesarían sobre mí por hacer caso a mi instinto. La chirriante risa salió de su garganta endemoniada. El fuego en sus pupilas me advirtió que jugaba a un juego peligroso y que podría quemarme. No obstante, dejé que mi enojo tomara el control de aquella partida con rumbo a un destino final.

—¿Por qué no al contrario? —Desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera con extrema lentitud—. ¿Por qué te empeñas en ser el dominante? —Un rodillazo en las partes nobles hizo que me inclinase y cayese de rodillas al suelo—. Así me gusta, justo a mí merced. —Me atrapó el pelo y tiró de él. Me llevó la cabeza hacia atrás e hizo que la mirase. Escuchaba los susurros de sus hombres. Las burlas y las risas hacia mí—. ¿Te pone este juego, Derek? ¿Te gusta que, esta vez, te robe? —Se colocó detrás de mí. Su cuerpo me hacía preso y noté sus labios en mi oreja—. Robarte la vida es mejor que un intercambio de armas nucleares. Nadie —susurró—, ni siquiera tú, debiste subestimarme.

—Me hubiese gustado ver tu cara de estúpida al descubrir todo lo que te robé. —Reí antes de que pusiera la daga en mi cuello—. Fuiste un polvo... —Dejé escapar unas risas sin ganas—. Solo caíste en la trampa de un lobo solitario y, ahora, lo has vuelto a hacer.

Sus hombres, uno por uno, comenzaron a caer desplomados al suelo. Ella se levantó y observó la zona. Abajo, arriba. Veía los puntos rojos antes de que, el silencioso disparo, llegara. Aquello fue su perdición.

Me levanté y dejé caer la camisa y la chaqueta al suelo. Gracias a que ella bajó los brazos, la daga cayó en mis manos y corté el plástico que quedó marcado en mis muñecas. Me abroché el pantalón y me burlé de ella.

—¡Christine Fournier! —chillé para llamar su atención, con los brazos abiertos aclamando mi libertad—. Te equivocaste en todo, nunca debes subestimar a un Wright.

—¿Un Wright? —repitió mi última palabra con incredulidad, aunque se recompuso con rapidez. Sacó el arma detrás de su espalda y me apuntó—. Buscad a sus hombres, solo es una artimaña de Strong.

—Un Wright nunca pierde, querida. —Uní los dedos pulgar e índice, e hice un pequeño corazón para que la luz verde y la ametralladora iniciara el baño de sangre—. Joder —mascullé para mí mismo—, ¿por qué no abre fuego?

—¿Y esa seña estúpida? ¿Es para que me atraviesen el corazón? —se burló Fournier, quien se acercaba tranquila tras escuchar disparos en otra zona del puerto—. Mis hombres han localizado a los tuyos. Morirán como tú.

—Dímelo sin un arma en las manos. —*Diabla* la calificaba en muy poco grado. Ella era mucho más que eso—. Tú y yo, solos.

—Estaría muy mal para aceptar tus condiciones, Strong. —Sus labios cerca de los míos y el aliento mentolado me revolvió el estómago al sentirlos sobre los míos—. Despidete de tu mundo.

—O tú del tuyo. —Atrapé la pistola con la que me apuntaba entre mis manos y...

Y tuve que correr, ¡joder! La ametralladora disparaba a todas partes, como si estuviera descontrolada. ¡Maldito Erik! Se lo explicamos más de cinco veces y nos confirmó que lo había entendido. Además de la puta señal de corazón, tuve que esconderme en unos de los contenedores para no ser alcanzado. Los hombres de Wright, al momento en que los soltaron, corrieron también hasta un escondite fiable para no morir a manos de uno de los nuestros. Volteé el contenedor y me dirigí hacia la grúa, pero el *click* en la nuca —cuando estaba a punto de llegar — me detuvo en seco.

—No te librarás de mí tan fácilmente, Strong.

Apretó la boca de fuego a mi piel. Cerré los ojos. No podía hablarle a nadie, nadie me escucharía, y caí en las hazañas del destino. Me agarró de los brazos antes de quitarle el arma con técnica. Ella también estaba preparada para este tipo de peleas, de misiones. Vicky apareció en mi mente y un suspiro ahogado invadió mi garganta.

—¡Derek! —gritó William a unos metros de nosotros.

Fournier nos giró a ambos para protegerse a sí misma.

—No puede ser, sois idénticos... —Apretó la boca de fuego a mi nuca hasta que la deslizó hasta la sien—. Así que era verdad... ¡Despídete de tu hermano, Wright!

—Despídete tú del mundo —respondió William.

Bien podría asegurar que vi un destello de miedo en sus ojos. Asintió con la cabeza y nuestras mentes rehicieron el final del plan.

—Has cometido un grave error. Uno de novato —comenté.

Tiré la cabeza hacia atrás con fuerza y le rompí la nariz, pues oí el gruñido de dolor y la sangre apareció en su rostro. Pero eso no iba a ser nada. Sufriría por humillarme del modo en que lo había hecho. Pagaría muy caro. Le retorcí la muñeca y le quité la pistola. La lancé lejos. No iba a necesitarla. Lo que sí atrapé fue a una de mis amigas explosivas, que William recuperó de la chaqueta. La metí en la boca de Christine Fournier y se la hice tragar.

—¡Escóndete detrás del contenedor! —le grité a mi hermano.

Yo seguí el camino contrario al suyo y me protegí detrás de una de las torres de vigilancia. Al poco de llegar, oímos la explosión y el aullido de Erik desde lo alto de la grúa.

—¡Esto es la puta hostia! —gritó al aire.

Me acerqué a su posición mientras veía el cuerpo esparcido de Fournier. No sentía pena por ella, solo repugnancia. Mi hermano salió de detrás del contenedor azul y esperó a que llegáramos hasta él. Erik bajó de la grúa con una sonrisa inmensa y un humor que no estaba dispuesto a aguantar durante mucho tiempo.

—Esto ha sido la mayor experiencia de mi vida. Pero ¿has visto cómo los he fulminado a todos? —me preguntó con la chispa excitante de la adrenalina—. La tía tenía un par de ovarios, ¿eh? Ya quisiéramos mucho tener el control y el poder que ella tenía. ¿Te ha puesto que te cortara? ¿Da placer? ¿Qué pasa cuando la adrenalina se mezcla con la pasión? ¿Es intensa?

—Erik... —mascullé—, cierra tu boca si no quieres terminar como ella. No estoy de humor.

—¿Y cuándo estás de humor? —contraatacó. Me puso un brazo por los hombros y lo aparté. No quería que nadie me tocara—. ¿Siempre es así? —le preguntó a William.

—Erik, Edward está esperando tu informe de la noche. Sube al coche y explícale con detalle —le ordenó mi hermano, que incluso le abrió la puerta del vehículo contiguo al nuestro.

Este subió tan rápido como darle al botón de llamada para estorbar a Edward. Ambos se entendían bien, y yo necesitaba un respiro. Cuando entramos en el coche y nos acomodamos, William no mencionó nada. Solo vi el maletín a su lado, y las gasas que me tendía con suero para

limpiarme las heridas. No eran graves. Apenas dolían.

Agradecí el silencio y el poco tráfico de las calles de Ámsterdam a esas horas de la madrugada. Las cuatro. Cerré los ojos durante un instante al sentir el ahogo en mi pecho y el nudo en la garganta ante la vulnerabilidad de la situación en la que me encontré minutos antes. Jamás me había sentido de ese modo tan frágil. El carraspeo de William me hizo abrirlos de golpe. Ya habíamos llegado a su casa. Mason nos esperaba en la puerta con una gran sonrisa al ver que lo habíamos conseguido.

—Estoy muy orgullosos de vosotros, hijos. —Nos agarró del cuello y lo repitió—. Y ¿qué decir de ti, Erik? ¡Has estado bravo!

—Debería de elegirme miembro de vuestra banda criminal, señor Wright. La ametralladora y yo nos hemos vuelto amantes. —En el momento en que dejara de decir gilipolleces y entendiera que nuestro mundo no era un maldito juego, sonarían las campanas de todo el mundo para celebrarlo—. Presento mi candidatura, señor.

—No me trates de señor, llámame Mason. Nos conocemos y los formalismos son para los desconocidos. —Lo miró sonriente y negué con la cabeza. No se atrevería a decirle que sí, ¿verdad?—. Nunca viene mal un poco de locura en el equipo.

—Pero ¿te has vuelto loco, padre? —alcé la voz ante la imprudente decisión de...

¿Le había llamado *padre*? Mason me miró con un brillo especial en los ojos. William estaba sorprendido. Erik nos observaba como si volviese a ser el puñetero Horatio Caine. ¡Joder! ¿Por qué solo tenía ganas de arrancarme la cabeza y de apretujar mi corazón para que volviera a ser un maldito témpano de hielo?

Me fui de allí echando fuego por la boca y, para colmo, Vicky apareció de repente cuando me acercaba a casa. ¿Qué estaba haciendo ella despierta a esas horas? ¿A caso me espiaba? Al verme sin camiseta y los cortes, se asustó. Era entendible, lo sabía. Pero no tenía ganas de hablar ni de que me arroparan como a un niño pequeño. Cuando sus manos tocaron mi piel, estallé.

—No me toques.

—Pero, Derek, estás herido, vas sin camiseta, tienes un morado en la comisura... ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo? —Sus preguntas no me pillaron desprevenido.

Era inevitable que se preocupara por mí. Quisiera o no, había algo entre los dos. Éramos unos amigos extraños que sentían cosas y que no podían ir más allá. Si me quedaba más tiempo, deleitándome con sus ojos, no sería capaz de detenerme. Hoy no. Actué como un idiota sin sentimientos.

—Déjame. No quiero que me toques, ni que me mires. Solo quiero estar solo. Me estorbas, y mucho. Siempre lo haces. Eres un maldito *jueves*.

—Eres... eres...

—¿Qué soy, Vicky? Venga —la animé—. ¡Dime qué soy! ¡Dime a la cara lo que piensas! No te cortes. ¡Estalla de una puta vez!

—¡Agh! Cuando estás en esa tesitura de engreído arrogante no se puede hablar contigo. —Se revolvió el pelo frustrada—. ¡Eres un gilipollas! —chilló.

Y la bofetada llegó. Y se marchó enfadada a casa.

Me quedé parado hasta que mis pies reaccionaron y decidieron entrar a la penumbra de mi soledad. Ella no requería de un villano oscuro que arrastraba pena y se enloquecía por no detener sus sentimientos.

Vicky... Vicky merecía a alguien que la completara y no la desquebrajara.

Capítulo 17

Brioche alemán

DEREK

«Tienes el superpoder de hacer pequeño lo más grande. De hacer eterno cada instante. De dar calor a mi interior...»^[2].

Desde mi habitación, se escuchaba la música que Vicky estaba oyendo. De nuevo, su grupo favorito inundó ambas estancias. Dejé mi mano sobre la pared blanca y pegué la frente en ella. Estaba exhausto.

Los gritos e insultos de la noche anterior se reproducían en bucle en mi mente, que se jactaba del mal comportamiento que había tenido con Vicky. Pagué un enfado injusto con ella y actué mal. El timbre hizo que me despegara de la pared y me asomara al balcón, donde la florista la esperaba con un ramo de tulipanes del sol, rosas liofilizadas y gerberas amarillas. También sostenía un sobre en las manos. Vicky, al abrir, no se sorprendió y las agarró sin entusiasmo. Cogió la nota que le entregaba con una sonrisa plena de falsedad. Esa no era la sonrisa emocionada de todas las mañanas.

—Lo siento... —leyó en el papel y me lanzó una mirada que juraría que me atravesó como una bala, dispuesta a acabar con mi vida—. Lo siento... —Se marchó refunfuñando dentro de su casa y miré la hora en el reloj de muñeca.

Era nuestra hora.

Me puse el chándal, cogí los auriculares y bajé a la puerta de mi casa para esperarla. Ni siquiera sabía por qué lo hacía. Estaba enfadada conmigo. Pero los enfados pasaban, ¿no? Los amigos siempre encontraban el modo de solucionarlo...

Vicky apareció con unos *leggings* de colores y un top a juego. Si quería torturarme, lo conseguiría. Pasó por delante de mí. Ignorándome. Le rocé el brazo y se apartó.

—Vicky, ¿podemos hablar? —No sabía qué era más difícil, si lidiar con las ganas de lanzarme al vacío con ella o no hablarnos. Me dolía esa situación, pero yo era el único culpable. Alcancé su ritmo. Estaba a su lado y hacía como si no estuviera—. Por favor, Vicky. No nos comportemos como niños pequeños.

La ferocidad de su mirada. El fuego rabioso de sus pupilas estrujó los retales de mi alma que se esforzaba por mantenerse en pie. Ella siguió como si no estuviese. Me estaba dando de mi propia medicina. Acepté correr la primera hora sin hablar, pero después de sesenta minutos ahogado en pensamientos abruptos y un inconsciente que me obstaculizaba, tuve que echar el freno. Me ahogaba. Aunque quisiera seguir su ritmo, no podía.

Reduje la velocidad hasta detenerme y retomar el aire mientras dejaba descansar mis manos en las rodillas. Eché el cuerpo hacia adelante. Alcé la cabeza hacia el cielo en busca de oxígeno que liberara el apabullamiento de mis pulmones. Contemplé que Vicky se alejaba, sin echar la vista atrás y dejé caer la cabeza vencido.

No quería admitirlo, pero lo que sentía por ella era mucho más fuerte de lo que creía. Vicky tenía el superpoder de disparar a quemarropa y hundirme en el océano sin siquiera pestañear. Sin percibir que mi corazón decidiría —sin permiso— amarla.

Era hora de volver a casa. Necesitaba caminar, despejarme y aislarme. Aclarar mi cabeza. Mi corazón. Mi alma, y empezar a replantearme la nueva vida que gobernaba el destino. Pero nunca llegué a unos metros. Me detuve cuando la vi frente a mí, con el ceño fruncido. Con la arruga en la nariz en un intento de endurecer sus rasgos molestos.

—Te escucho. —Se cruzó de brazos y miró el reloj rosa de su muñeca—. Tienes cinco minutos.

El tiempo suficiente para decir «Lo siento».

—Ayer me comporté como un idiota, lo admito. —Asintió y una chispa iluminó sus ojos. Cambiaron de prisa, llenándolos de luz—. Pero no deberías espiarme. Deberías haberme hecho caso cuando te pedí que no me tocaras.

Una carcajada falsa gruñó en su boca. Entreabrió los labios y chasqueó la lengua. Incrementó su malhumor y acortó la distancia.

—Eres un engreído. —El dedo índice de su mano derecha impactó contra mi pecho. Tocó justo la herida y reprimir un gemido. Ella solo reclamaba mi comportamiento estúpido—. Ten el valor y dímelo en la cara, no a través de una nota.

—No te he mandado ninguna nota. —Levantó los brazos al aire como si mis palabras fueran descabelladas.

—Esto es increíble. ¡Si al final voy a estar loca! —alzó la voz.

—Es la verdad.

—Vete a la mierda, Derek —reprendió—. Estoy harta de tus idas y venidas. De tu mal humor. De tus...

—¿De mis qué? —pregunté y di un paso más hacia ella.

Ella no se achicó y dio otro paso más. Mi nariz estaba a centímetros de la suya. Podía oír su respiración acelerada, y su voz entremezclarse con la mía. Ese embrujo, esa aura que nos envolvía, era la única capaz de alejarme de la realidad y hacerme perder en campos de aroma a melón. Su aroma. Cerró los ojos y le prohibí a mi mano acunar su cara en una delicada caricia. Respiró profundamente antes de abrirlos y enfrentarme.

—De tus actitudes indescifrables. —Dio un paso más, con la mirada más relajada. Más bella. Más enamoradiza. Noté cómo sus dedos les pedían permiso a los míos para entrelazarse. Para jugar juntos—. Derek—me perdí en el caramelo de los ojos de *jueves*, de mi *jueves*—, no me alejes más.

Anhelé rozar su templada piel mientras mi cabeza se volvía loca con tanto pensamiento hastío. Nos mirábamos como si fuera la última vez, y no quería. No quería una última vez con ella, aunque era lo correcto.

—Es lo mejor, *jueves*. —El agua comenzó a inundar el campo y se llevó parte de mi corazón, sobre todo cuando una lágrima se escapó de sus ojos. La atrapé con el pulgar y fue el mayor error de mi vida, porque tocar su piel era como sobrevolar el cielo en un día de verano. Sentir la brisa marina del amanecer y degustar el elixir de la flor más exótica—. Lo siento. —La perplejidad se reflejó en su cara, que me miraba asombrada por esas dos palabras que, por fin, salieron de mi boca—. Siento lo que te dije, nunca fue mi intención hacerte daño.

—Repítelo —ordenó—, no pienso perdonarte hasta que no lo repitas tres veces.

—¡Venga ya!

Me separé y ella atrapó mi brazo para agarrarlo como si nos fuéramos de vuelta, como la primera vez que paseamos juntos.

—No te enfades, gruñón. —Rio y se aferró más fuerte a mi brazo. Arrimó su cara y la dejó recostada sobre mi piel—. Era para relajar el ambiente. ¡Qué intensidad!

Sonreí y dejé que el silencio, esa vez cómodo, se amoldara para disfrutar de un relajado paseo hacia casa. Al final de la calle, al girar la esquina, vi una cafetería. Me separé de ella para tomarla de la mano y animarla a venir conmigo. Sería un capullo, un reacio a pedir perdón, pero mis gestos me describían de otro modo. Más humano. Con sentimientos.

Vicky se detuvo delante del escaparate de dulces, de bollería y de bocadillos que tenían expuestos. Era el dulce que marcaría el punto final a la discusión. Observé la sonrisa de *jueves* y la indecisión en sus ojos. Miraba con detenimiento todos los cartelitos.

Una mujer se puso enfrente de nosotros. Llevaba un delantal con volantes verde pastel, el pelo atado con un lazo del mismo color y una expresión risueña. Nos miraba embelesada.

—¿Qué me recomiendas? —le preguntó Vicky a la mujer—. ¡Es que los elegiría todos!

—Todos están exquisitos —contestó con una sonrisa—. Como gusto personal te recomiendo el *Lebkuchen*, es un dulce tradicional de Navidad, pero lo adaptamos a todas las estaciones del año; es uno de los más demandados. —Señaló uno en forma de corazón—. Si los pides por encargo, te lo personalizamos.

—¡Qué maravilla! El de las flores podría aprender... —Fruncí el ceño ante el comentario. Me lanzaba indirectas y yo no era quién se las mandaba—. ¿Tienes otro favorito?

—¡Sí! —exclamó contenta—. Este de aquí es el *Zimtsterne*, son galletas de canela y almendras. —Sonrió tímida—. Soy amante de la canela, pero no le digáis nada a mi marido. —Hizo un gesto con la mirada y nos volteamos para verlo sentado con el periódico en las manos, aunque su atención no estaba destinada a las grisáceas páginas, sino a su esposa—. También me encanta el *Criststollen*. Un pan de pasas con aroma a limón, naranja y un delicado espolvoreado de azúcar glas por el lomo. —Un beso sonoro salió de sus labios al colocarse los dedos sobre su boca—. Exquisito. Este de aquí —lo señaló— se llama *Kaiserschmarrn*. Es como una especie de crepes con pasas, manzana y almendra. La mermelada es a elección del consumidor, pero siempre aconsejo la de frutos rojos.

—¿Estas son las berlinesas? —preguntó Vicky. Señaló en su dirección mientras daba golpecitos con la uña sobre el cristal. La mujer asintió—. ¿Y si cogemos un par de cada? —Apretó mi mano a la espera de una respuesta. Sus ojos brillaban como los de una niña. Como si la repostería fuera el regalo que esperaba el día de su cumpleaños—. ¿Qué dices?

—Mejor nos pone un par de todos —respondí carialegre y un salto de felicidad dio vida al momento. Palmadas incluidas—. De todos modos, pide algo y nos lo tomamos aquí, ¿te apetece?

—Nunca se le dice que no a una invitación.

—¡Di que sí, muchacha! —clamó la dependienta animosa—. ¿Me dejáis elegir?

Tan solo bastó una mirada para saber su respuesta. Asentí. Vicky pidió la bebida: infusión fría de piña colada. Sabía que le apasionaba. Siempre se tomaba una después de comer o cuando leía un libro, el cual devoraba en unas horas. Era una lectora asidua, que disfrutaba de los viajes que emprendía con la literatura. Y sí, su género favorito era el romance. No me hacía falta preguntar. En su casa había una habitación solo destinada a libros. Cuatro estanterías enormes estaban decoradas con libros de amor y desamor, velas, luces y unos muñecos pequeños que le daban un toque fantasioso.

En las primeras noches que invadía su casa, huyendo de los gritos extravagantes de mi compañero de vivienda, me la enseñó. También me contó que tenía un blog, donde escribía la opinión de los libros leídos y que, cuando encontró trabajo, lo dejó a medias. Escudriñé el blog. No había entradas escritas, todo lo que publicaba era en formato video o alguna foto graciosa con el libro. Se veía joven, aunque seguía siéndolo. Estar en la etapa de la veintena le sentaba bien.

—¿Aquí mismo? —preguntó. Me sacó del trance en el que divagaba y asentí—. Estás muy

generoso, ¿qué planeas?

—No he planeado nada, solo me estoy dejando llevar —respondí calmado—. Pero si quieres que vuelva a las andadas, solo tienes que pedírmelo.

—Prefiero saborear a este Derek y dejar descansar al *gilipollas*. —Rio—. Que también me gusta, no pienses lo contrario. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Más bien, saborear el dulce que nos va a traer.

Moví la cabeza en dirección a la mujer y Vicky se relamió los labios lentamente. Tan suave que sentí un pinchazo en la entrepierna al no despegar mis ojos de ellos. Quería ser yo quien los catara. Besarlos y morderlos hasta saciarme.

—Aquí os dejo el *brioche* alemán. —Sonrió amable y giró la cabeza hacia mí—. Es perfecto para seducir a una chica. —Me guiñó el ojo y se marchó a por las bebidas, que las trajo enseguida—. Disfrutad mucho, pareja.

Pareja. Tragué con dureza, sobre todo, al ver la ilusión que lucían sus ojos ante tal etiqueta. Me abstuve de hablar, solo me centré en cortar el *brioche* por la mitad. En su interior destacó la mermelada de frambuesa que adornaba la forma de corazón.

Vicky no perdió el tiempo y tomó su media porción para darle un rápido bocado. Cerró los ojos y gimió. Otro latigazo en mis partes nobles hizo que enderezara la espalda. Por favor, ¿podía parar de gemir? Estaba teniendo complicaciones por no resolver la tensión que había entre los dos. ¡No sabía ni cómo estaba aguantando tanto!

—Está formidable —dijo mientras observaba el *brioche* en sus manos, cuyos dedos se impregnaron de azúcar glas y que mimó, uno por uno. Entrando en su boca. Saliendo despacio. Lamía la frambuesa con exquisitez—. ¿No pruebas el tuyo? —preguntó sin percatarse de lo *sexy* que era verla comer un dulce.

—Sí...

Cogí mi porción y le di un bocado que provocó un leve gemido. Placentero ante el sabroso manjar que embadurnaba mi mano. Vicky sonrió y asintió por compartir sensaciones.

—Orgásmico —concluyó *jueves* sin mala intención.

Pero la imagen de ella gimiendo bajo mi cuerpo estimuló por completo la única parte que quería que se mantuviera quieta. Una recién erección crecía bajo mis pantalones de correr. Apreté las piernas. Me tensé. Mi cabeza fantaseaba con Vicky. Susurrándome al oído, gimiendo en mi boca y sucumbiendo bajo un éxtasis de satisfacción.

¡Para! ¡No pienses ni imagines nada más, Derek!

—¿Qué te parece si hacemos algo diferente? —preguntó llamando mi atención—. Me encanta salir a correr contigo todas las mañanas, incluso enfadados. —Rio con diversión—. Pero he estado pensando... —«Yo también he pensado de más»— que podríamos hacer noche de juegos. Siempre vemos una película y te quedas dormido.

—No me van las películas románticas —me excusé—, soy más de suspense.

—¿Y por qué no lo dices? También me gustan. —Levanté los hombros quitándole importancia—. Derek, conmigo no tienes que ser un hombre perfecto, ni me tienes que complacer en todo. Quiero que seas tú mismo y que no tengas miedo de mostrarte tal como eres cuando estamos juntos. De eso tratan las...

—No etiquetas, por favor —le pedí. Acompañé mis palabras con un gesto en la mano para que no lo hiciera. No quería etiquetas. Me costaba mucho expresar lo que me hacía sentir. Necesitaba tiempo. Tiempo para aclarar mi mente, para asimilar la nueva situación que el destino se empeñó en interponer en mi vida—. No puedo seguir huyendo de lo que sentimos cuando estamos cerca y, por mucho que me esfuerce en alejarme de ti, siempre hay un camino que se une al tuyo. —

Una conexión misteriosa fusionaba nuestras miradas. Las pupilas se perseguían como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor. El mundo pareció paralizarse y, como si fuéramos un imán, su mano encontró la mía sobre la mesa—. Quiero abrirme a ti, pero déjame hacerlo a mi manera. Poco a poco, sin presiones. Te pido tiempo.

—Te daré tiempo, si es lo que necesitas. —Me regaló una sincera y hermosa sonrisa. Se levantó para darme un abrazo—. Gracias por entrar en razón. —Besó mis labios de un modo muy fugaz y se sentó enfrente para terminar el *brioche* con pasividad.

¿Habría hecho bien tomando esa elección? Requería con urgencia hablar con la única persona que podía entenderme.

Capítulo 18

El Cluedo

DEREK

Jamás habría imaginado que el sofá de mi hermano fuera tan incómodo. William me miraba en silencio y comenzaba a intimidarme que lo hiciera de ese modo tan profundo e inquietante. Ladeaba la cabeza hacia un lado, después hacia el otro. Apretó los labios un par de veces antes de abrir la boca para luego cerrarla, como si las palabras no fueran capaces de salir por ella. O, por el contrario, buscaba las palabras adecuadas para no hacerme sentir mal. ¿Habría cometido un error al venir aquí y contarle lo que había pasado con Vicky? ¿Me equivoqué al sincerarme con ella? Eran muchas las dudas que volaban por mi mente atormentándome. También miedo.

Mi hermano se acomodó en el sofá de enfrente. Cruzó los brazos y, por un momento, apartó la mirada de mis ojos. Lo agradecí, aunque solo fueran unos segundos. Cansado de esta situación, rompí el silencio.

—¿Podrías decir algo? Es bastante incómodo que te estén mirando como si te hubiesen salido tres cabezas. —Levantó las cejas asombrado por la comparación.

—Derek —por fin habló el susodicho. ¡Ya era hora! Ahora solo faltaba que dijera algo coherente—, lo estaba procesando.

—¿Vas en ralentí? —contrataqué enfadado.

Ni siquiera sabía por qué estaba tan irritado. O sí lo sabía. ¡Yo qué sabía! Era una nueva situación para mí. Nunca había estado en esta tesitura.

—¿Vivir con Erik es contagioso? Son típicas respuestas que él haría. —Levanté los hombros restándole importancia. Ahora era yo el que lo miraba a la espera de que respondiera a lo verdaderamente importante. Él suspiró y colocó sus codos sobre las rodillas. Las manos frente a su boca en un gesto pensativo y, al final, terminó dejándolas caer al medio de sus piernas—. Has tenido mucho valor en decirle a Vicky que quieres abrirte a tu manera, pero siendo sincero... —demasiado bien había empezado su charla—, pienso que la tensión que hay entre vosotros cruza la línea de los límites que estás poniendo.

Se revolvió el pelo nervioso, dañarme era lo que menos quería. Recurrí a él porque sabía que me entendería y que me hablaría con sinceridad.

—Has estado evitando lo inevitable, Derek, y sé de lo que te hablo. —Suspiró con añoranza—. En un primer momento, consideras pesada a esa persona que se ha cruzado en tu camino. La realidad es que no quieres admitir que te gusta su carácter, la manera en la que se desenvuelve. Lo esporádica que es. Lo divertida y alocada que está. El modo en que te provoca, cómo te toca o cruza la mirada contigo y lo que eso conlleva: te pone. Te sientes atraído por ella por alguna razón inimaginable. Te lo cuestionas todo. Todo —repitió con énfasis esa última palabra, alargándola—. Empiezas una batalla mental que, de antemano, sabes que vas a perder. El cuerpo ni siquiera te obedece. Cuando la tienes cerca sientes la necesidad de rozarla. Tocarla. Oír su voz. Oler su perfume. —Levantó la mirada hacia el techo y sonrió con morriña. Volvió a mirarme con los ojos brillantes, llenos de deseo; pero, sobre todo, llenos de amor. Un amor sincero, puro y leal—. Te das cuenta de que estás perdido y de que no puedes huir de los

sentimientos, porque tú no eliges a quien amar.

William se quedó en silencio, quizás esperando una respuesta por mi parte. No obstante, no sabía qué decir. Describía a la perfección lo que sentía. Estaba enamorado de Vicky, pero había muchos contras en nuestra... lo que fuera que tuviéramos. Estaba inseguro, amar me hacía estarlo.

—Sé que tienes miedo, yo también lo tuve. —Se echó hacia delante, con el culo al borde del asiento del sofá. Un intento de acercamiento para que abriera el corazón y cerrara la mente—. He cometido muchos errores, pero solo dos consiguieron destrozarme. —Sabía de lo que hablaba, aun así, dejé que siguiera con su discurso. Oírlo me daba esperanza—. El primero cuando la dejé marchar a París. Ni siquiera me despedí de ella en el aeropuerto, sino que estaba escondido viendo cómo se iba. —Rio sin gracia—. Y el segundo, cuando la aparté de mi lado. No tenía otra elección. A veces, las grandes muestras de amor son las de dejar ir a la persona a la que amas para que nadie ni nada le haga daño. —Asentí y él, rápidamente, negó con la cabeza al percatarse de mi reacción. No quería que sacase conclusiones precipitadas de esa confesión—. Estaba equivocado, y aunque es una gran muestra de amor, apartarla no fue la mejor decisión. Si yo hubiese tenido el valor de contarle toda la verdad, tal vez, y solo tal vez, la historia no sería la misma. Tenerla en todos mis mundos, aquí, conmigo, ha sido la determinación para completar mi vida.

—¿Y si no todos están dispuestos a entrar en este mundo? —El miedo habló por mí. Tan siquiera tuve tiempo de impedirlo—. Vicky no es Sophia.

—¿Acaso sabes lo que Vicky puede pensar? —objetó—. Su cuñado, el mío, también se mueve por una tenue oscuridad. ¿Quién te asegura que ella no esté al tanto de todo?

—Lo habría dicho en algún momento. A Vicky se le escapan esas cosas cuando está muy enfadada.

—¿A qué tienes miedo, Derek? Porque creo que, lo de ser parte de una banda criminal, es lo que menos te importa... —Profundizó su mirada en un intento de escudriñar en mi interior. No me conocía tanto como para averiguarlo—. Te ha tocado vivir una vida de mierda —esa afirmación me cayó como un jarro de agua fría—, con una familia tétrica que lo único que te enseñó fue a identificar y sentir el odio. Y ahora no solo estás descubriendo a tu verdadera familia, que ya es un golpe emocional alto, sino que en el transcurso del tiempo te topaste con una mujer que alborotó todos los sentidos. Has comenzado a vivenciar un sinfín de sentimientos que te alteran, que te vuelven irritable, que te enloquecen y eso es lo que te paraliza. Tienes miedo de lo que sientes porque no quieres sufrir más de lo que ya has sufrido.

Desde el momento que resumió mi vida, la pierna derecha comenzó un agitado movimiento, tan agravado que mi hermano tuvo que sentarse a mi lado y detenerla. ¡Maldita sea! ¿Por qué me conocía tan bien? Ni siquiera llevaba seis meses con ellos para que pudiera leerme de esa manera tan concisa.

—Te consideras inferior a Vicky —expuso con sutileza, observando mi reacción. El corazón me latía veloz. Irresoluto. El aire se aglomeró en mis pulmones, inhabilitando que no entrara ni una pizca más. Tenía la boca entreabierta y los ojos... ¡Malditos ojos que querían llenarse como un océano!—. Reparas en que ella merece algo mejor que tú. Un chico que vive en la sombra de su pasado y que ni siquiera se aclara con sus sentimientos.

Tragué con dureza e intenté esconder la ansiedad que me producía escuchar toda la verdad sobre mí, con la que pretendía abrimme los ojos de un plumazo. Porque eso es lo que hacen los hermanos, ¿no? Hablar con veracidad y ser fiel a la familia.

—Mi consejo es que te dejes llevar. —Dicho por él, incluso parecía sencillo. Pero no lo era.

Mi mente era demasiado abrumadora—. Es difícil, no imposible. Descubre los sentimientos a medida que avanzas con vuestra relación o lo que sea que tengáis. No te prives de sentir, ni te consideres menos persona porque no lo eres.

Un bufido en modo sonrisa se reflejó en mi cara. Agaché la cabeza durante un segundo para retomar aire, liberar mis pulmones de esa carga pesada y calmar las aguas.

—Ser parte de una mafia tiene sus ventajas —comentó divertido. Levanté una ceja con desconcierto—. Aparte de tener muchos recursos, ¡no veas lo que les pone! Sophia te lo confirma si...

—¡Vale, vale! Ya he tenido suficiente por hoy para también escuchar vuestras relaciones sexuales, ya tengo suficiente con los gemidos insufribles de Erik casi todas las noches. —Lancé los brazos hacia arriba y los coloqué tras la nuca. Cerré los ojos, respiré profundamente y decidí lo que iba a hacer. O lo que intentaría hacer—. Gracias por escucharme y aconsejarme.

William sonrió y golpeó mi codo con su brazo, el cual aparté del cuello para dejarlo caer sobre mi regazo.

—Por casualidad, ¿Sophia no tendrá algún juego de mesa? Tipo... ¿el *Cluedo*? —pregunté.

Este, curioso, me contempló con interés. Alzó animado las cejas con una sonrisa que se leía entre líneas lo que quería decir.

—Voy a ser el asesino que la cace.

∞∞∞∞

Puntual, llamé al timbre de Vicky cuando el reloj marcó las diez. Ni medio segundo pasó cuando esta abrió la puerta. Una sonrisa reflejaba la felicidad de tenerme allí con ella. Por haber cumplido con nuestra cita. Quedada. O como quisiera llamarlo.

«Sin etiquetas», me repetí.

Entré como si estuviera en mi propia casa. Dejé los juegos —que llevaba en las manos— sobre el sofá. Cuando me giré, Vicky estaba viendo cuáles había traído.

—No tendrías que haberte molestado en comprarlos, tengo algunos guardados. —Sonrió amable y le revolví el pelo, que todavía llevaba suelto.

Era extraño verla con el pelo suelto ya que, de normal, siempre llevaba un moño o una coleta. No aguantaba el calor. Se ponía nerviosa. Sudar la ponía de malhumor, siempre que no fuera por hacer deporte. Conocía sus manías y me detenía a observar cada uno de sus gestos; la mayoría ya me advertían lo que me venía encima.

—No los he comprado. —Caminé hacia la mesa que estaba preparada con cubiertos para dos—. Mi cuñada me los ha prestado.

—Este me gusta —una sonrisa ladeada asomó en mis labios cuando eligió el *Cluedo*—, aunque no he jugado mucho.

Lo dejó de nuevo en el sofá y se acercó a mí.

—Siéntate —hizo un gesto con la mano para que lo hiciera—, hoy eres mi invitado.

—Puedo ayudarte.

—Que te sientas y no hay más discusión. —Arrastré la silla con lentitud solo para molestarla, y ella se fue a la cocina diciendo lo cabezota que era.

Vicky se asomó por la puerta de la cocina y mostró dos botellas de vino. Elegimos el blanco. Me encargué de ponerlo en la cubitera que ya reposaba sobre la mesa mientras ella sacaba la cena. El olor que inundó la estancia era sabroso con una esencia de tomillo. Cuando dejó el plato

delante de mí, me humedecí los labios. Tenía una pinta exquisita.

—Espero que te guste.

—No sabía de tus dotes culinarios —confesé. Tomé la botella de vino y eché en ambas copas—. Huele estupendo.

—Me gusta curiosear en la cocina, así que pruebo recetas de todo el mundo. —Levantó los hombros como si no fuera nada interesante—. Es ternera a la jardinera con patatas, por si te lo preguntabas.

Pinché con el tenedor uno de los trozos de ternera —bañado en salsa— y me lo metí en la boca. Lo degusté en silencio, aunque estaba demasiado gustoso como para no emitir ningún gemido placentero. Discreto, pero le arrancó una mueca de júbilo en la cara.

—Está delicioso, Vicky.

—Gracias —respondió con una pizca de timidez.

Por un momento, su mirada se perdió por el comedor hasta que agarró el tenedor. Movié la cabeza, como si los pensamientos la hubieran avasallado, y comenzó a cenar. Entendía esa sensación. No hablamos mucho durante la cena hasta que decidí romper el silencio para centrarme en lo que me había propuesto. Bebí un sorbo de vino, más bien, casi terminé mi copa. Vicky echó un poco más para ambos. Sonreí como agradecimiento y ella me hizo una cara extraña a modo de «de nada». Me gustó.

—¿Conoces el juego de las cinco preguntas? —Asintió—. ¿Te apetece que juguemos mientras terminamos de cenar?

—Me parece bien, ¡empiezo yo! —gritó entusiasmada.

Reí ante su impulsividad y dejé que ella diera inicio al juego. Se puso en modo pensativa, con los dedos golpeando ligeramente su barbilla. Las cejas se levantaron en un aviso de tener la pregunta. Se agarró de las manos y dejó los antebrazos apoyados en la mesa, con tranquilidad.

—¿Has tenido alguna relación seria? Justifica tu respuesta. —Sonreí. Chica lista. Parecía un examen de instituto.

—No. —Medité cómo explicar sin entrar en detalles específicos del por qué—. Mi vida se ha basado en entrenar y trabajar para los Strong, así que solo me permití el sexo ocasional.

—¿Nunca te has enamorado? —preguntó curiosa.

—Eso ya sería una segunda pregunta —respondí risueño—. ¿Es lo que quieres?

—No, es tu turno.

—¿Cuál es tu mayor sueño?

La pregunta le pilló por sorpresa y la reflexionó durante unos instantes. Me hacía gracia ver cómo levantaba una ceja de manera inconsciente. Cómo movía la cabeza afirmando o cómo reía al imaginárselo.

—Mi mayor sueño sería dar la vuelta al mundo y recopilar las leyendas de amor más bonitas, al lado de la persona que conquiste mi corazón. —Sonrió tímida—. Las leyendas siempre me han llamado la atención, sobre todo las románticas. —Levantó los hombros para restar relevancia—. Será que soy una romántica empedernida. Supongo que también es una excusa para viajar y vivir la experiencia en pareja.

—Corroboro lo de romántica empedernida. Estoy seguro de que serías la protagonista de cualquier libro. —Le guiñé un ojo juguetón—. La protagonista del corazón que conquistes.

«Ojalá el tuyo», alcancé a escuchar cuando lo susurró. No supe por qué me quedé callado. Tal vez las palabras se aglomeraron en mi garganta, o el miedo me había paralizado. No lo sabía. Lo dejé pasar y la animé a preguntar mientras terminaba mi copa.

—¿Dónde te hiciste la herida del pecho? La pequeña cicatriz. —Señaló el lugar exacto sobre

su piel—. La de aquí.

Tragué con rigidez. Los recuerdos amotinaron mi mente y un escalofrío me recorrió la espalda. Me tensé.

—Si no quieres...

—Me la hizo mi hermana. —Un silencio angustioso se quedó entre los dos hasta que lo rompí—. Mi exhermana. —Solté todo el aire retenido en mis pulmones—. Es una historia delicada... —Me revolví el pelo nervioso. Volvía a bloquearme. Estaba a punto de levantarme e irme. ¿Por qué había propuesto ese juego tan estúpido? Ella agarró mi mano y todo ese nervio, esa agonía, se hizo más soportable. Su mirada fue como la entereza que necesitaba para continuar—. Sus padres, los Strong, me secuestraron cuando era un recién nacido. Me criaron lleno de maldad, de resentimiento, de odio. Odiaba a William porque había sido el elegido por sus padres. Por nuestros padres. —Vicky asentía ligeramente con la cabeza. Comenzaba a entender muchas cosas de semanas atrás—. Años después, Emma comenzó a salir con William y lo dejaron tiempo después. En esos momentos, los arrebatos de Emma eran coléricos. —Noté cómo hacía círculos en el dorso de la mano en un amago de tranquilizarme. Lo agradecía—. En uno de tantos, la vi espiarme mientras me duchaba. La pillé, y ella... —cerré los ojos por un momento— me dejó una marca de por vida. Me recuerda que tengo que ir en cuidado con ella.

—Zarrapastrosa... —El tono enfadado que Vicky utilizó me hizo soltar una carcajada—. Ahora tienes a tu familia, y te adoran. —Detuve el movimiento de su mano para entrelazar sus largos y delicados dedos con los míos. Qué se sentía bien cuando los uníamos—. Y yo también.

Acerqué su mano a mis labios y la besé. Un simple gesto que le gustó, tanto que se ruborizó hasta las orejas. Tenía un efecto en ella de lo más dulce.

—Es mi turno —apreté los labios en una línea pensativa—, ¿cuál es tu secreto inconfesable?

—Tendría que matarte si te lo confesara. —Se levantó y me pidió un minuto mientras sacaba el postre. Natillas—. Si quieres conquistarme, te aconsejo hacerme natillas de por vida. Son mis favoritas. —Anoté el dato mientras la ayudaba con los platos sucios y los llevábamos a la cocina. Aunque refunfuñó, me dio igual—. Pruébala.

Una cucharada tras otra. No me detuve hasta terminarla. Estaba, igual que la cena, exquisita. Ella gimió de placer al terminarla. Un sonido al que podría acostumbrarme y que me ponía dura la entrepierna. «Joder, Derek, cálmate». La miré esperando su respuesta y ella resopló.

—Pensaba que te habías olvidado, pero ya veo que un Wright nunca olvida. —Jamás—. Me hubiera follado al desconocido con el que discutí en el ascensor del hotel de Miami. —El rubor encendió su cara. Ya no solo en las orejas, sino también en las mejillas, la frente y la barbilla estaban prendidas en llamas—. Eras... Eres tan misterioso que desprendes una desmedida atracción. Y me pones, Derek, no es ningún secreto.

Me tiró la servilleta hecha en una bola.

—No te hagas el sorprendido. Lo sabes. Lo has sabido siempre —afirmó—. Estoy segura de que se han peleado por ti con uñas y dientes. Por hacerte suyo. Por tenerte, aunque solo fueran unos minutos.

—No creas todo lo que ves o percibes, Vicky. —Estaba halagado por ponerla de ese modo, que fuera yo a quien quería follar. Me gustó la confesión. Demasiado, a decir verdad—. No he sido un picaflor que cortejaba mujeres. —Y era cierto. Si tenía ganas de follar y desahogarme, lo hacía en el club; a excepción de la taxista y de Fournier, ella solo fue un extra en esa misión—. Nunca ha sido mi estilo.

—¿Pagabas a una mujer de compañía? —Asentí—. ¿Te llenaba?

—Me satisfacía, que era lo que buscaba en aquel tiempo —confesé sincero.

—¿Y ahora?

—Eso son tres preguntas, y he sido muy considerado en regalarte la respuesta de las dos primeras.

Un gruñido se atascó en su garganta e hizo una señal con la mano para que le preguntara.

—¿A qué le tienes miedo?

Chasqueó la lengua. Entrelazó sus dedos y me miró con firmeza. Su mirada acaramelada penetró en el océano de los míos. Un golpe seco detuvo mi corazón.

—De sufrir por amor... otra vez.

La voz temblorosa despertó un nuevo instinto en mí. Me acerqué al borde de la silla y alargué el brazo hasta acariciar su mejilla con delicadeza. Ella recostó su cara en mi mano mientras ambos disfrutábamos del primoroso roce que avivó los latidos de quien bombeaba la sangre en nuestro cuerpo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Me enamoré perdidamente de un compañero de universidad que jugó conmigo durante los dos años que le quedaban para terminarla. —Sonrió con amargura—. Pensaba que nuestra relación era sincera. Leal. Fiel. Pero nada más allá de la realidad, era toda una farsa. Una apuesta de amigos donde los únicos afectados fuimos mis sentimientos y mi corazón, que quedó destruido por completo.

Tiré de su mano, que estaba aferrada a la mía, y volteó la mesa para sentarse en mi regazo. Tal y como le indiqué. Frente a frente. Mimé con frágiles halagos a su piel.

—Me sentí estúpida porque creí sentirme querida cuando él solo estuvo fingiendo. ¿Y sabes lo más triste? Me prometió, dentro de esa estafa, que quería casarse conmigo y que tendríamos cuatro hijos. —Rio sin ganas. Las lágrimas se le acumularon en los ojos y vi la endeblez en ellos. Su corazón también tenía miedo de amar de nuevo—. Y me lo creí, fantaseaba con ello cada noche. Imaginaba cómo me pediría que me casara con él, dónde lo haría, cómo serían nuestros hijos. Vi una vida junto a él. Mi vida.

Cerró los ojos y dos únicas lágrimas bañaron su cara. Las borré a besos y ella se dejó. Aparté los mechones de cabello para dejarlos descansar detrás de sus orejas. Acuné su cuello mientras rozaba la yema de mis pulgares en sus mejillas. Disfruté de ese contacto. De la corriente que nos atravesaba a ambos.

—Mírame, Vicky. —Abrió los ojos y su mirada se perdió a través de la mía. Toda esa tristeza ya no estaba, solo había deseo. Amor—. Soy el maldito *Cluedo* de tu rompecabezas. —Acorté la distancia entre nuestros cuerpos y provoqué a sus labios, tan hambrientos como los míos, a degustarse una vez más. Pero no lo hice. Por el contrario, atrapé su cara entre mis manos e hice que me prestara toda su atención—. Dame tiempo y te enseñaré cómo ama mi corazón.

Capítulo 19

A la moda

DEREK

Era irreal.

No sabía cómo había pasado ni cómo me había dejado convencer ante las súplicas vergonzosas de Vicky durante ese mes entero. A ello, mi hermano se sumó que —con gran alevosía— consiguió su propósito. Ambos unidos con un mismo plan, cuya víctima no cedía ante su insistencia: yo. Hasta que caí. Hasta que la inquisitoria mirada de *jueves*, acompañada de su brujería hipnótica, logró que le respondiera a mi hermano un «Sí» como una catedral.

Y ahí estaba. Sentado en una silla acolchada. En primera línea del desfile de moda de *Design Enterprise*. Después de que Sophia le contara a William sobre su blog y el increíble trabajo que hacía, a mi hermano le pareció una gran idea que ella fuera la encargada de redactar el apartado de moda de la empresa. Renunciar a su antiguo trabajo no fue fácil. Aunque trabajara de manera telemática, su jefe siempre se comportó muy bien con ella. Sin embargo, William le ofrecía un salario mucho más elevado. Uno donde vivir mejor. Además, era prácticamente de la familia. Mi mosca cojonera, y la persona de la que me estaba enamorando. Bueno, ¿a quién quería engañar? ¿Acaso no lo estaba ya?

Por suerte, o para mi desgracia, Erik también fue invitado. Estaba sentado justo a mi lado mientras observaba con detenimiento nuestro alrededor. Puede que creyeran que contemplaba el lugar, pero nada que ver. Sus ojos se dispersaban en cada mujer —joven o adulta— que se paseaba por allí. Vicky, a mi otro lado, tenía apoyada una libreta en sus piernas en la que anotaba frases cortas. Entre sus dedos, el bolígrafo con mensaje «Eres gilipollas y lo sabes», repiqueteaba contra las hojas a la espera de que comenzara el desfile.

—¿Era necesario ese mensaje subliminal? —Arrebaté el boli de su mano y lo miré con el ceño fruncido—. ¿No tienes suficiente con llamarme así en directo?

—Perdería la gracia. —Lo agarró de nuevo y levantó las cejas chulescas—. Tómallo como un halago —sonrió con ojos de corderito—, es como si siempre estuvieras conmigo.

—Me ruborizas, *jueves*. —Puso los ojos en blanco cuando le recordé su mote—. Con tanto halago no sé si seré capaz de sobrevivir.

La imitación de voz fue pésima y, a mi lado, Erik estalló en carcajadas. Se reía tan fuerte que la gente de nuestro alrededor nos miraba sin entender qué estaba ocurriendo. William, desde arriba de la pasarela —hablaba con la mujer encargada de presentar el desfile—, nos lanzó una mirada que no supe descifrar. Por el contrario, Vicky se cruzó de brazos y piernas, con el morro enfurruñado y los ojos entrecerrados. Su mirada, lejos de estar enfadada, me producía ternura. Solo para hacerla rabiarse más, la agarré del moflete y lo apreté al estilo abuela-nieta. Ella los hinchó como un globo, lo que me provocó una grave carcajada que reprimí para no llamar la atención. Me sacó la lengua, cual rabieta de niña pequeña, para embadurnarme la cara con crema de manos.

—Te has pasado, ahora voy a oler a flores.

—Eres la flor más bonita de mi jardín, Derek. —Recortó la distancia entre los dos. Pegó su

pecho a mi brazo y su boca llegó a mi oído. Su olor a melón me inundó las fosas nasales, como cada vez que se aproximaba a mí. Me alejaba de la realidad, ahuyentaba los males y nos hacía volar en nuestra burbuja—. A la única que quiero.

Si no hubiese sido entrenado para ser un gélido bloque de hielo, el rubor se hubiera extendido por toda mi cara al escuchar esa confesión de manera tan pública. Sophia, quien acababa de llegar, nos miró embelesada. Erik dejó su cara recostada en mi hombro. Edward y Angy sonreían desde unos asientos más a la derecha. ¡Éramos una maldita estampa! Muy ridícula, a decir verdad. Aunque debía admitir que me elogiaba ser la única flor de su vida.

En los días previos al desfile, Vicky había estado más intensa de lo normal. No solo por su insistencia en que fuera con ella, sino por etiquetar nuestra relación. Necesitaba tiempo. Todavía no estaba preparado para formalizar nada con nadie, ni siquiera con ella. El miedo me paralizaba y me obligaba a hacer gilipolleces como la de salir huyendo. No era un cobarde, a no ser que habláramos de amor. Ese sentimiento tan poderoso que me embriagaba sin cordura. Recordaba las palabras de mi hermano, también las de ella diciéndome que esperaría. Aun así, los días pasaban y seguía siendo el mismo pusilánime del principio.

Noté la mano de Vicky sobre la mía. Un ligero apretón que me devolvió a la realidad. Su mirada fue quien formuló la pregunta de si me encontraba bien, y mi sonrisa le respondió que sí. Un sí que fingía estarlo porque, puestos a ser sinceros, mi mente se inmiscuía en las obligaciones del corazón.

Las luces se apagaron de golpe. William ya no estaba en medio de la pasarela, tampoco la mujer. Ella se encontraba al lado derecha del escenario mientras unos círculos blancos la enfocaban. De fondo, sobre las telas blancas, se plasmó el logo de *Design Enterprise*.

Erik se acomodó en la silla. Vicky agarró el bolígrafo con fuerza y prestaba atención a la presentadora. Sophia miraba el móvil, entretenida. Edward y Angy comentaban la presentación por lo bajo. Me aburría sobremanera. Las jóvenes modelos —contratadas por la empresa de mi hermano—, de todo tipo de tallaje, comenzaron a modelar para los asistentes. Ni más ni menos que un centenar. La nueva colección de otoño estaba siendo un éxito. *Trending topic*, según Twitter, tal y como anunció Sophia.

—Nunca entenderé cómo pueden andar con esa endereza sin romperse la crisma en el intento —comentó Vicky. Me miró y sonrió graciosa—. Yo no hubiera dado ni tres pasos.

—No todos estamos hechos para el tacón...

—¿Acaso lo has probado? —cuestionó. Impúdica, levantó las cejas al mismo tiempo mientras me miraba con diversión—. Eso quiero verlo.

Acorté la distancia para susurrar en su oído.

—Jamás he experimentado lo que es —rocé adrede mis labios en el lóbulo de su oreja. Se estremeció—, pero me encanta el poder que tienen en la cama.

Sus ojos se abrieron como platos. Ladeó la cabeza y nuestros labios, por poco, se besan. Moví la cabeza. Rocé la punta de mi nariz con la suya y un fugaz beso en ella la mimó. Vicky se aclaró la garganta y me miró confusa. Erré cuando me perdí en sus ojos una vez más. Cuando lamí sus labios para humedecerlos y cuando abandoné mi compostura para tentarla un poco más.

—¿Te gusta el sexo duro, Derek? —La pregunta no me sorprendió. Su curiosidad innata era capaz de todo. Ante mi silencio dio por hecho que sí me gustaba. En parte era cierto. Me gustaba. El rubor llegó a sus mejillas hasta implantarse en sus orejas—. Ya veo...

—¿Te asusta? —Pasé un brazo por detrás de su silla y me acomodé en la mía. Chulería y prepotencia a todo pronóstico—. ¿Lo has probado? —La timidez le tiñó hasta la frente—. ¿Acaso te pone estar aquí hablando de sexo conmigo? —susurré en su oído.

Tragó con dificultad y se irguió en su asiento. Me lanzó una mirada de desaprobación. No era el momento ni el lugar, pero me lo estaba pasando muy bien. Le di espacio para que se tranquilizara. Estaba alterada. La rojez de su cara todavía reflejaba la tensión sexual que había entre los dos. Sentí la tirantez en mi entrepierna en numerosas ocasiones. Estaba jugando con fuego y era consciente de que podía quemarme.

Cuando la gente comenzó a aplaudir, mis manos también lo hicieron de manera inconsciente. William caminaba por la pasarela saludando a todos y haciendo un gesto con las manos en modo agradecimiento. ¿Ya se había terminado? ¿Tanta parafernalia para eso? Erik, con una diabla sonrisa en el rostro, me golpeó el brazo para que mirara en la dirección que me enviaba. Una morena —con un vestido que no dejaba mucho para la imaginación— se levantó de la silla, en la otra parte de la pasarela, para alabar el gran trabajo de la empresa. Intuí que era empresaria por cómo hablaba con el chico, vestido de traje, que estaba a su lado. Señalaba la libreta de este con énfasis. Tal vez le había gustado mucho alguno de los modelos o las modelos.

—Esta noche ponte tapones, amigo —advirtió seguro de que conseguiría seducirla—. Se me pone dura solo de pensarlo.

—¿Qué dice de dura? —preguntó Vicky que no alcanzó a escuchar a mi amigo.

—Que debe de ser dura la vida de las modelos —respondí con lo primero que se me vino a la mente. Iba a privarla de los comentarios de Erik, sobre todo si hacían referencia al papichulo que aparecía por las noches.

—No he dicho eso —reprochó Erik, que se levantó para ponerse delante de nosotros. Hice lo mismo y le reprendí para que no dijera nada, pero ¿alguna vez me haría caso?—. Voy a ligarme a aquella chica de allá —la señaló—, me la voy a llevar a la cama y follaremos como animales salvajes.

—¿A él también le gusta el sexo duro? —Vicky apretó los labios en una delgada línea que me imposibilitaba ver la jugosidad en ellos—. ¿Es cosa de amigos?

—Hemos follado juntos en alguna ocasión...

—¿Có... cómo? —tartamudeó sorprendida—. ¿Vosotros dos...?

—No, claro que no —gruñí enfadado. Erik, en cambio, se burló—. Hemos compartido chicas. No nos hemos acostado juntos, ni siquiera lo hacíamos en la misma cama.

—¿Os habéis visto follar? —Sophia se unió a la conversación. Divertida, se puso a mi lado y me agarró del brazo.

Dos pares de ojos me miraban a la espera de una respuesta. La diversión por parte de mi cuñada y la singularidad de Vicky. Era bochornoso estar hablando de sexo cuando, minutos previos, estábamos incitándonos.

—Íbamos al mismo club y reservaba una de las zonas solo para nosotros —explicó Erik. Para una vez, estaba siendo sincero—. Nos hemos visto en los preliminares. —Levantó los hombros quitándole importancia—. Luego, él se iba con la chica a otra habitación continúa a la mía. —No entendía cómo podíamos estar hablando de esas cosas y que, además, Vicky y Sophia estuvieran tan interesadas—. Lo que pasa es que, en más de una ocasión, mi compañera y yo íbamos a cotillear por qué la chica gritaba como nunca... y ¡normal!

—¿Tienes buen falo, cuñado?

—Pero ¿os estáis oyendo?

—¿Qué pasa? —reprendió Sophia—. Es un tema común —objetó—. Dinos, cuñado, ¿es grande o no?

—¿Dudas de la genética de los Wright? —respondió William, que se agregó a la conversación por sorpresa—. Nos parecemos en todo. Y cuando digo todo es... *todo* —repitió con ego.

—Corroboramos, entonces, que es grande. Como amigo íntimo de William, la he visto —añadió Ed, quien también se unió.

Por Dios. ¡Lo que me faltaba!

—¿Ahora quién es el que se ruboriza? —Por favor, Tierra, trágame—. ¿Me acompañas? Quiero hacer unas entrevistas.

No me dio tiempo a responder, simplemente me cogió de la mano y me sacó de aquella conversación incómoda. Había jugado con fuego y me había quemado. Jamás pensé en tener que compartir esa intimidad de la que no me enorgullecía. Solo había follado para divertirme. Para desestresarme. Para desfogar la saciable sexualidad. No sabía lo que era hacer el amor con alguien especial, y eso me acojonaba.

Vicky me guiaba hacia unos empresarios que habían al otro extremo de la sala, charlando entre ellos de manera animada. Miraban a las modelos e, incluso, alguno se atrevió a señalar alguna. Reían y asentían. No sabíamos de qué estaban hablando, pero nos hacíamos una idea. *Jueves*, dispuesta a escribir un excelente apartado de moda, quiso indagar sobre las opiniones de otros grandes empresarios del país; luego entrevistaríamos a las modelos. Antes de que pudiéramos saludar, escuchamos la voz de mi hermano por los altavoces. Giramos en su dirección y lo vimos con el micrófono en la mano.

—Lo que le gusta un discurso a este hombre... —comenté en un susurro.

Vicky me pegó una palmada en el costado y puse los ojos en blanco ante su amonestación.

—Un año más quería agradeceros vuestra participación, sobre todo a los que habéis venido desde Nueva York para el primer pase de modelos en Ámsterdam. —Sonrió ante los aplausos e hizo un gesto con la mano para restar importancia ante el subidón de ego—. Vuestra confianza y colaboración nos expande a un futuro inminente, donde queremos que se acepten todos los cuerpos. Es hora de hacer frente a esa muralla que mucha gente sufre, a la que mucha gente le acompleja.

Vicky silbó ante los aplausos. Me gustaba su manera de ver el mundo y la labia con la que hablaba. Los presentes no perdían detalle de sus palabras. Lo adoraban. Se prendía un brillo especial en los ojos de las modelos y sonreían emocionadas. No cabía duda de que William cuidaba a sus empleados.

—No me voy a extender mucho más —continuó mientras buscaba por el público a alguien—. Quería presentaros a un nuevo miembro del equipo, mi hermano: Derek —mencionó, una vez me visualizó. Movié la mano y me animó a subir con él al escenario. Sentía todos los ojos sobre mí, y lo odiaba. No me gustaba ser el centro de atención—. Algunos ya lo conocíais; otros, en cambio, estaréis flipando margaritas. Sí, somos iguales. —Rio—. Es una larga historia que contar, pero no lo voy a hacer. Lo siento por los medios de comunicación que perderán una gran exclusiva. —Se oyó la marabunta de gente susurrando, sobre todo los periodistas que refunfuñaban molestos—. Quería anunciar que, a partir de hoy, Derek será el nuevo director general de ventas de *Design Enterprise*.

El grito eufórico de Vicky sobresalió por encima de los aplausos. Ella lo hacía con gran entusiasmo y que, si no llega a ser por mis reacciones innatas, me hubiera quedado clavado en medio del escenario. Los saludé e hice una pequeña reverencia colocándome la mano en el pecho mientras me giraba para verlos a todos. Después abracé a mi hermano, a quien le susurré:

—Si te levantas muerto, he sido yo.

—Que mal matas, entonces, Derek. —Me dio una palmada en la espalda y, al separarnos, me sonrió como solo lo hacían los hermanos. Volvió a poner el micrófono cerca de su boca y anunció—: Ahora dejaremos los negocios para mañana y entremos en la sala del fondo, donde

los aperitivos y la buena música amenizarán la noche.

Vicky se quedó sin entrevistas, así que tendría que dar pie a su imaginación para bordar el apartado de moda. Confiaba en ella y sabía que sería excelente. Aunque fuera una cabra loca, se tomaba muy en serio su trabajo. Era una grandísima profesional.

Sophia la agarró del brazo y se la llevó hacia la sala que William nos indicó. Él se quedó rezagado hablando animadamente con Edward. Angy se agarró del brazo de Sophia y esta le dio un beso en la sien cariñoso. Ambas se veían muy bien juntas. Un trío amistoso muy variado. Me giré para buscar a Erik, pero este ya había encontrado entretenimiento, así que no lo molesté. Él era mayorcito para saber lo que hacía y, para mi desgracia, su propósito de esa noche lo cumpliría.

Un ligero pinchazo en el centro del pecho me hizo darme cuenta de lo solo que estaba y lo poco que congeniaba con la gente que había a mi alrededor. Yo tampoco había dado pie a entablar conversación con alguien y no era que me importara. Si acepté trabajar con mi hermano fue para tener una tapadera a la que aferrarme. Volvía a ser un lobo solitario, así que me acerqué a la barra y pedí una copa. Tal vez ese era mi destino: permanecer solo. Alcé el vaso hasta mis labios y bebí. El alcohol quemó mi garganta, aunque dejó un sabor dulzón en mi boca. No estaba nada mal. Había *caché*.

—Aquí estás. —Una mujer pelirroja se acercó hasta situarse a mi lado—. ¿Te acuerdas de mí, William?

Levanté una ceja, curioso. Una sonrisa ladina se plasmó en mis labios y concentré toda mi atención en ella. ¿Quién era y qué cuenta pendiente tenía con mi hermano?

—¿Cómo no acordarme de ti, preciosa? —Altiya, sonrió con poderío—. ¿Quieres tomar algo? —Asintió con la cabeza y recortó la distancia entre los dos con un paso. Contoneaba las caderas con elegancia. Sensual. Se mordió el labio inferior cuando le entregué la copa que me dio el camarero—. Por nuestro encuentro.

—Por nuestro encuentro.

Sin perder el contacto visual, con parsimonia, se llevó el vaso a los labios y bebió. Se los lamió después de degustar el contenido y avanzó un paso más hacia mí. Si quería provocar algún tipo de emoción en ello, no lo consiguió. Solo Vicky fue capaz de ponerme a cien bebiendo de mi coctel en Miami. Con su mirada clavada en mis pupilas y el corazón bombeando fuego sin cesar. Esa simple acción de mimar su propia boca, queriendo ser yo el que la poseyera. Eso era lo que Vicky me provocaba.

William se aproximó a nosotros con una expresión chulesca y divertida. Levantó las cejas por un momento y se colocó a mi lado. La mujer lo miró con confusión y observó su cuerpo con detenimiento, tan parecido al mío. Se dio cuenta del tatuaje y mordió su labio de nuevo.

—Tú eres el hermano de William —conjeturó en una afirmación—. Derek, ¿verdad?

—Rubia, William soy yo. —Varias carcajadas emanaron de mi boca al ver la explosión mental que le provocó a la mujer—. Ponme una como a él.

Mi hermano chasqueó los ojos delante de esta, que comenzó a entrecerrar el entrecejo. Molesta por jugar con ella. A leguas se veía lo que quería, aun sabiendo que William estaba muy comprometido con Sophia. Y yo tenía mejores planes para esa noche. Una morena de ojos caramelo, quien no perdió detalle de nuestra charla y que me observaba con determinación. Me apoyé picarón en la barra y la escruté con interés. Los celos se reflejaban en su cara y me divertía. A ella le mandaban flores, y a mí me sobraban los piropos.

La melodía alegre cambió a una más sensual. La lentitud de las notas comenzó a penetrar en la piel de la gente. No supe cuál fue la razón por las que mis piernas caminaron con lascivia hacia

Vicky. Le tendí la mano, que agarró sin mucho meditar. Ella volteó sobre sus pies antes de pegar su espalda en mi pecho y que mis manos acariciaran sus brazos desnudos. Compenetrados, nos movíamos al son de la música. Elegantes, nos desplazábamos hacia los lados. Sin alejar nuestros cuerpos del frenesí que provocaba ese delicioso movimiento. Con un inminente erotismo, descendimos unos centímetros hacia abajo. Vicky apoyó la cabeza en mi pecho, escondió su cara en el hueco de mi cuello y lo besó. Cada fibra nerviosa que me recorría convulsionó. Mi corazón acelerado se detuvo y el mundo dejó de existir. Inspiré su aroma y le mordí el cuello con lujuria. Con un ágil movimiento, la hice girar para retenerla de frente. El rubor en sus mejillas me agradaba. Puso los brazos por detrás de mi cuello y la aproximé más a mí. Nuestros labios casi podían rozarse y se estuvieron tentando por unos segundos. El fuero interno se prendió. Los ojos cubiertos en llamas quemaban mi sangre, que hervía candente.

Me arrimé a su oído para susurrarle algo que se quedó incrustado en la garganta. Mi cuerpo cesó clavado en el suelo. No podía ser. No era real. Vicky, rodeada por mis brazos, quiso apartarse para comprobar qué estaba ocurriendo. La sonrisa maliciosa que nos observaba desde la entrada se expandió cuando la vi.

Emma.

Vicky se removía inquieta. Escuchaba cómo pronunciaba a malas penas mi nombre hasta que lo oí con firmeza. Quería escapar de mí. De mi contacto, sin embargo, la apreté con más fuerza en un amago de protegerla. Provoqué lo contrario. Sus manos comenzaron a temblar a un ritmo enloquecido y sus piernas fallaron. La sostuve en mis brazos. El labio le temblaba y veía cómo los rasgos de su cara se unían a ese tic nervioso mucho más agravado de lo común.

—Vicky. Vicky, mírame. —Lo hacía. Entreabría los labios, pero no hablaba. Solo emitía sonidos guturales—. Te voy a llevar al médico.

Levanté la mirada para buscarla. Emma ya no estaba, pero ese era el peligro que ahora Vicky corría. Sabía quién era mi debilidad y jugaría con ello. William, que se percató de la situación, se acercó con rapidez. Cargué a Vicky en brazos mientras le contaba a mi hermano lo que había ocurrido. No tardó ni un segundo en avisar al resto.

—Todo va a salir bien. —El caramelo se deshizo. Las lágrimas lo hundieron y la frustración de no controlarlo habitaba en ellos—. Estoy a tu lado.

Movió la cabeza con dilación. A golpes. Cerró los ojos hasta llegar a mi pecho, dispuesto a protegerla y a ser su confidente. William le indicó a Edward lo que debía hacer y él vino conmigo. Mi hermano fue quien condujo para que yo pudiera estar con Vicky en el asiento de atrás. Acariciaba con afición la piel descubierta de su vestido. Besaba sus manos, que seguían temblando con rigidez. Borraba sus lágrimas con la yema de mis dedos o algún beso que ella recibía con gratitud.

«Vicky, no te estoy haciendo bien».

Una bocanada de aire me hizo abrir los ojos, que ni me di cuenta de que cerré, y la vi intentando hablar. Sabía lo que iba a decirme, pero moví la cabeza. Me recompuse. Me necesitaba.

—No te preocupes, no me voy a ir de tu lado.

Mimé sus mejillas con caricias y besos hasta que llegamos al hospital. Entramos a toda prisa en urgencias.

—Avisaré a...

—No, ella es quien debe elegir una vez se encuentre bien. —William asintió.

Una enfermera se acercó y nos indicó que la siguiéramos. Llegamos a una consulta y dejé a Vicky en la camilla. El médico entró tras el grito de la mujer que nos acompañó. Nos apartaron

en una esquina mientras veíamos cómo Vicky no dejaba de temblar. Me di cuenta de que su cuerpo convulsionaba entero, no solo las manos y las piernas.

—Por favor, acompañadme —dijo una enfermera que nos invitó a salir—. Van a hacerle unas pruebas y tenéis que esperar en la sala de espera.

—Ella tiene tics nerviosos, está diagnosticada —le comuniqué.

La enfermera agradeció la información y nos fuimos a la sala de espera, donde el tiempo se hizo eterno. Yo lo quise así y, como siempre, lo hacía todo mal.

—No te sientas como si fueras el culpable de su estado. —William me apretó el hombro y se puso tal como yo estaba, con los codos en las rodillas y los brazos caídos—. Podía haberle ocurrido en cualquier otro momento.

—¿No te parece mucha casualidad que fuera cuando Emma apareció? —Presioné mis ojos con los dedos. Una presión delicada. Exhausta—. Sabes que no nos va a dejar en paz, ¿verdad?

—Lo sé. —Vi reflejado en el azul carpiano de sus ojos el cansancio que acumulaba de ese mundo criminal. Formaba parte de nosotros, pero ¿cuál era el precio a pagar?—. Todavía no sabemos cómo ha burlado la seguridad. Tal vez haya encontrado a algún aliado o se haya disfrazado. Lo importante, ahora, es que están atendiendo a Vicky y estás aquí con ella. —Miré el suelo para deshacer el nudo en mi garganta y las olas revueltas en mi mirada—. No hagas la misma estupidez que yo. No la apartes... —Noté la calidez de su mano en la nuca. Parecía mentira, pero su aplomo aliviaba parte de ese alboroto—. Ella te quiere, Derek.

—No puedo ofrecerle nada.

—Le puedes regalar el mundo si te lo propusieras. —Se levantó cuando vio que el médico se acercaba a nosotros.

Yo también lo hice.

—Vicky está estable. Comprobamos la información que le diste a la enfermera. —Asentí—. Seguramente ha sido una convulsión nerviosa producida por ansiedad, estrés... ¿Tiene una vida muy ajetreada?

—No —respondí.

—Puede que haya pasado por un momento, que ustedes no sepan, de frustración o de estrés. Tal vez esté pasando por una mala situación... pueden ser muchas cosas las que lo hayan provocado —intentó justificar—. De todos modos, las convulsiones nerviosas, en muchas ocasiones, se desconoce la causa por las que ocurre. Este tipo de episodios se puede tratar. No le va a quitar los tics, pero sí la ayudarán en los más agudos. —Hizo un gesto con la mano para que lo siguiéramos mientras seguía explicando—. Normalmente clasificamos este tipo de convulsiones en dos tipos: Las focales, que son cuando se pierde la consciencia; y, las generalizadas, que afectan a la parte muscular. Por eso no podía andar, ya que perdió la fuerza. Y los espasmos en el resto de los músculos es otro de los síntomas. Le hemos puesto un tranquilizante y está dormida.

—¿Va a pasar la noche en el hospital? —preguntó William.

El médico decantó la pregunta.

—En un primer momento, le voy a dar el alta. —Entramos en su consulta y se sentó en la silla. Comenzó a teclear en el ordenador—. Le vamos a dar la medicación cuando despierte y les daré cita, dentro de dos semanas, para ver cómo está. Si vuelve a mostrar este episodio de convulsiones y la duración es de más de cinco minutos, directos aquí. —Asentimos—. Pero creo que el tratamiento le funcionará. Tomad.

Nos entregó los papeles con la medicación y la próxima visita. Los doblé y los guardé en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Puedo verla? —pregunté.

—Claro —nos miró a ambos—, aunque solo puede entrar uno en la habitación.

Me levanté para ir con él, y William palmeó mi brazo antes de marcharse en dirección a la sala de espera. Perseguí los pasos del médico hasta llegar a la habitación donde se encontraba Vicky, dormida.

—No tardará en despertar.

Y se marchó.

Entré con miedo hasta situarme a su lado. Parecía tan delicada. Tan frágil. Acaricié el dorso de su mano con blandura. Le habían quitado el vestido y ahora llevaba una bata de hospital, que le hacía la piel más pálida. Entrelacé mis dedos con los suyos y me quedé ahí. A su lado. Con mis labios custodiando su mano. Besé su sedosa piel y esperé a que despertara, perdido entre pensamientos. Entre recuerdos.

«Vicky... llevas haciéndome cosquillas en el corazón desde que te conocí».

Capítulo 20

Cartel luminoso

DEREK

Vicky despertó dos horas después. Desorientada.

Observó la pequeña habitación con parsimonia. Se le cerraban los ojos, todavía por la medicación. Aun así, luchó por mantenerlos abiertos hasta que encontraron a los míos preocupados. Noté la leve presión de sus dedos aferrados contra los míos y un amago de sonrisa que teñía el desánimo de su rostro. Acaricié su cabeza con afecto y me acerqué a ella para besar su frente.

—¿Qué ha pasado? —Apoyó las manos alrededor de su cuerpo y se acomodó. Apreté el botón para incorporar la parte de la espalda y lo agradeció con una endeble sonrisa—. ¿Por qué estoy en el hospital, Derek?

—Has tenido una crisis nerviosa, pero no te preocupes. Tienes guardaespaldas gratis. —Le guiñé un ojo y apreté el botón para ponerme en contacto con las enfermeras. No tardamos en oír su voz por el altavoz—. Ha despertado.

—De inmediato avisamos al doctor, señor Wright.

—Siento haber estropeado la noche. —Agachó la mirada y la volví a alzar cuando levanté su barbilla para que me mirase—. Lo último que recuerdo fue estar bailando contigo.

—No pienses así... —Sonreí—. Hay muchos días para seguir bailando. Juntos. Solos.

—¿Es una cita? —preguntó con una pizca de humor.

—Si te digo que sí, ¿dejarás de pensar que lo has arruinado todo?

—¡Obvio!

—Es una cita.

—¿Tenéis una cita en el hospital? —La voz de mi hermano interrumpió nuestra conversación. Se había colado en la habitación. Nos miró con una ceja alzada y de rasgo picarona—. Puedo ofrecerme a ser el taxi.

—El taxi que los lleve a casa —comentó el médico que entró justo en ese momento—. ¿Cómo te encuentras, Vicky?

—Cansada, como si me hubiese caído encima el Empire State.

Puse los ojos en blanco al oírla. William retuvo una carcajada y ella me miró chistosa. Aunque su aspecto fuera de una persona exhausta, sus cómicos e irónicos comentarios relucían su personalidad.

—Veo que no has perdido el humor, eso es genial. —Se aproximó a ella y comprobó sus constantes—. Es evidente que estás mucho mejor. Es normal que sientas agotamiento durante los primeros días. Las crisis nerviosas consumen toda la energía del cuerpo. Tal y como les expliqué a ellos, debes tomar la medicación que te he prescrito. En caso de que tengas otra crisis, aquí directa.

—Solo son tics...

—Esta vez ha sido más que eso, Vicky. No hay que tomárselo a la ligera. —Me tendió una hoja con el medicamento y cómo debía tomárselo—. También pone el día y la hora de la cita.

Antes de daros el parte del alta, me gustaría saber si te ha ocurrido alguna vez más.

—Sí, hace un año, en Nueva York.

La preocupación se instaló en mi pecho.

—¿Cómo fue?

—Recorría las ajetreadas calles de la ciudad y, en menos de lo que tarda un aleteo de pestañas, me encontré en el suelo. No sentía las piernas, como si hubiesen dejado de funcionar. Las manos se movían muy rápido. Noté cómo el corazón se aceleraba. La vista iba y volvía. —Agachó la cabeza cuando se percató de la intensidad y la intranquilidad de mis ojos—. Un matrimonio me cogió en brazos y me apartó de todo el gentío. La mujer llamó a la ambulancia mientras el marido intentaba tranquilizarme. Tampoco podía hablar. Quería decirle que tenía tics, pero abrir la boca era inalcanzable.

—¿Qué te dijeron los médicos?

—Nada que no supiera. —Levantó los hombros—. Que los tics iban aumentando y que la ansiedad y el estrés de la ciudad no los favorecían. —Rio sin ganas—. No estaba estresada. Tal vez un poco con tanta gente chocando conmigo. Solo estaba agobiada, pero he estado agobiada muchas veces y no me ha pasado.

—No siempre estamos igual, Vicky. Hay días en los que nuestro cuerpo se cansa de ser fuerte y necesita un respiro. —Agarró su mano y la apretó. Gesto que hacía yo con la mano, a la que seguía agarrando, para que no se escapara—. Tómate la medicación y, por favor, nada de estrés. Debes estar tranquila y evita cualquier tipo de exaltación: deporte, discusiones, sexo...

Vicky me miró cuando dijo esa última palabra. Ambos lo hicimos. La tensión entre los dos era demasiado grande para que no se palpara en el ambiente. El médico sonrió y añadió:

—Estoy seguro de que el joven Wright será prudente y mantendrá a raya cualquier encuentro sexual.

—No lo dude.

El médico nos tendió el alta y se despidió con un apretón de manos, a Vicky le dio ánimos y la alentaba a verla recuperada en las próximas semanas. Cuando salió por la puerta, Vicky soltó mi mano, se cruzó de brazos y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Qué? ¿En serio? —William se puso al otro lado de la cama. Nos miraba expectante—. ¿Cómo puedes ser así de frívolo conmigo?

—¿Se puede saber qué he hecho ahora? —rebatí conteniendo mis ganas de gritar.

¿Por qué siempre conseguía agitar mis emociones?

—¿En serio le has dicho: «No lo dude»? —contraatacó—. Solo me falta un cartel luminoso donde ponga «Derek, quiero acostarme contigo». O, mejor aún, «Derek, quiero que me folles sin piedad».

William estalló en carcajadas.

A Vicky solo le faltaba que le saliera humo de las orejas. Estaba molesta conmigo. Por tres palabras. ¡Tres malditas palabras! ¿Quién era capaz de entenderla? Porque yo no.

¡Maldita sea! Había comenzado mi tortura...

∞∞∞∞

Al llegar a su casa, encontramos a su hermana y a John esperándonos en el sofá. Sophia les había informado de la situación y les había pedido que no fueran al hospital, sino que esperaran en casa de Vicky. Pasé de ser su protector a ser solo la persona que la visitaba por las noches, ya que

Alison se instaló con ella hasta la cita con el doctor. A Vicky no le pareció bien. Se enfadó y, no solo con ella, sino también conmigo por no ofrecerme a cuidarla. El cabreo le duró una noche. La misma noche que salté de balcón a balcón, me colé en su habitación y acepté ver —acostado junto a ella— películas de amor durante dos semanas. En una de aquellas noches, mientras Ámsterdam era gobernada por la lluvia, nos quedamos sin luz. Y, por ende, sin ver el desenlace de *Cartas a Julieta*. Vicky estaba muy indignada, así que le propuse continuar con el juego de las preguntas que dejamos a medias el día de nuestra primera cita.

—Tan solo nos quedan dos preguntas, ¿eso no es suficiente! —se quejó. ¡Esta intensa la muchacha!—. Empiezo yo.

—Las damas primero.

En la oscuridad de la noche y sin ninguna Luna que iluminara sus bellos ojos, disfrutaba de las caricias furtivas cuando me agarraba de la mano. De la voz que emanaba de sus labios. De su compañía.

—¿Qué valoras más en una persona?

—La lealtad y la sinceridad. Me gusta la gente leal que no te echa de su vida a la primera de cambio. Me gusta la gente que está ahí, a tu lado, en las buenas y en las malas. Que no le importa decir la verdad, aunque sepa que va a doler. —Suspiré mientras notaba cómo Vicky se acomodaba en mi pecho y mi brazo, inconsciente, la arropaba—. No necesito gente que me mienta, de esa ya he tenido suficiente.

—Yo soy leal y sincera. —Reí despacio y besé su cabeza—. Te toca preguntar.

—¿Cómo te definirías en una sola frase?

—Definirse es limitarse y yo no me quiero limitar, aun así, seré considerada e intentaré definir la infinidad.

—¿Estás haciendo un trabalenguas?

—Estoy ganando tiempo para pensar. —Ambos reímos—. Soy un alma libre que disfruta del viento al volar.

—Te describes a la perfección, aunque te falta añadir que estás loca.

—¿Que estás loco por mis huesos? ¡Eso ya lo sabía, Derek! —exclamó atrevida—. Es mi turno. —Escuché el *mmm...* como si estuviera pensando—. ¿Qué pensaste cuando me viste por primera vez?

—Que estabas loca —respondí sin tapujos—. Ah, sí. Y que tenías los ojos en el culo.

La carcajada limpia inundó la habitación con su risa.

—Sabes que lo nuestro son los choques fortuitos. —Delineé su brazo con delicadeza y asentí. El simple gesto de asentir, lo notó. Apoyó su barbilla en mi pecho y, aunque no pudiera verla, me miraba entusiasta—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Cuál es el olor que más te excita?

—Wow... Eso sí que no me lo esperaba. —Sonreí perverso—. Es un aroma suave y, al mismo tiempo, intenso. Cuando llega a mí, siento la necesidad de olerlo más. De acercarme a él. De poder comerlo, saborearlo. De adherirlo a mi piel, que me recorra lento y, a la vez, salvaje. Podría ser la profundidad del océano. Esa parte oculta que tanto me atrae. Para simplificar, yo lo llamaría perfume masculino. El tuyo, Derek, me seduce.

Con suavidad, la rodeé con mis brazos hasta quedar sobre ella. Adulé su rostro con una delicada caricia que lo contorneaba y rocé mis labios con los suyos, deseosos —tanto como los míos— ser cautivos de un fervoroso beso.

—¿Sabes cuál es el olor que más me excita? —pregunté mientras mi dedo descendía por su cuello hasta llegar a su clavícula, donde estampé un beso.

—No. —Ni tan quisiera su voz vibró, fue un fugaz susurro que apenas oí.

Continué grabando su cuerpo con la yema de mis dedos.

—El balsámico. —Me acerqué a su oído—. Inicia con un olor suave, el cual se vuelve agudo hasta que se enfunda en una excitación que te quema. Más ardua. Más difícil de soportar; pero que, de un modo u otro, te polariza. Todos tus sentidos son exclusivamente para ese olor. Para esa persona que es capaz de alborotarte la vida con una incisiva mirada.

Esboqué una sonrisa cuando, al trazar mis dedos por el ángulo de sus pechos, jadeó.

—Sin embargo, el olor que ha conseguido cautivarme de manera abismal ha sido el aroma a melón de tu sedosa piel.

Le robé un beso. Un beso ardiente que se tornó volcánico cuando nuestras lenguas se regalaron su primera y última caricia. Me levanté de la cama y salí sagaz por el balcón, escuchando a mis espaldas:

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, *gilipollas*.

Capítulo 21

Hook a mi corazón

DEREK

Esperé la llegada de Vicky, bastante nervioso, después de su visita al médico. Su hermana fue con ella. Las vi salir charlando amigablemente mientras *jueves* se giraba para hacerme caras amenazantes por lo de la noche anterior. Fui malvado con ella. Debía admitirlo. Sin embargo, si me hubiese quedado, las llamas del infierno se habrían quedado a la altura del betún ante nuestra inminente tensión sexual. Tal vez estaba exagerando, pero el sexo hubiera sido épico. Estar con Vicky era como acariciar el delirio. Como saborear la lujuria sin tener el control. Ella me volvía loco, pero el sencillo pensamiento de que podría sufrir daño alguno estando en mi vida me atemorizaba. ¿Acaso eso era el amor? ¿Tener miedo por las personas a las que... amamos? ¿Estaba admitiendo que la amaba? ¿Era lo mismo querer que amar? Estaba hecho un lío. Todavía, por las noches, divagaba entre razonamientos lógicos e ilógicos. Las conversaciones con mi hermano se hacían presentes. Intentaba ser coherente, pero ¿había coherencia en el amor? El galope de mi corazón me nublaba la vista cada vez que Vicky estaba cerca. Cuando la sentía. Cuando la rozaba o besaba. Era frustrante venir de un mundo donde solo había espacio para la ira, el odio y la venganza. La paleta emocional me bateó como el bate a la pelota de béisbol. Directo al centro para largarse volando y hacer una carrera completa. Ella volaba a mi corazón mientras yo huía corriendo por temor.

¿Desde cuándo Derek sentía miedo? ¿Desde cuándo dejé que tomase el control de mi vida?

Aparté todos los pensamientos que comenzaban a aglomerarse en mi cabeza y fui a la cocina, donde Erik estaba bebiéndose un triple —por lo menos— café en una de sus tazas con frases. El eslogan de hoy era: «Deja que me tome el café, luego fóllame».

—¿En serio? —Él miró la taza y sonrió con impudicia—. Estás obsesionado.

—¿Por tener una vida sexual activa?

—Eres un obseso sexual.

—¿Y tú no te mueres de ganas por hincarle el diente a Vicky? —Entornó los ojos escudriñando mi reacción. Detuve el impulso de arrancarle la cabeza, pero me controlé.

—No es un trozo de carne a la que hincar el diente. —Me senté enfrente de él y le di la vuelta a la taza para no leer más esa absurdez.

—Aun así, te gustaría estar entre sus piernas.

—¿Puedes dejar de decir tonterías?

—¿Acaso tengo opción de hacerlo? —Apreté las manos en puños—. Me encanta molestarte, y sabes que tengo razón. —Puse los ojos en blanco. Él, en cambio, me sirvió un café en un vaso normal y corriente. Fuera de eslóganes—. Te jode que tenga razón. —Sonrió con prepotencia—. Y voy a ser muy claro contigo, Derek Wright.

—Vaya, nombre y apellido. Se vuelve seria esta conversación... —vacilé.

Rodé los ojos cuando vi hacia donde se dirigían sus manos. Cogió las gafas de sol y, con un movimiento lento, se las puso. Sensualidad ante todo y hacer el tonto, también.

—Derek Wright nunca ha amado a nadie que no fuera a él mismo. Derek Wright se ha

enamorado. Derek Wright tiene miedo de hacerle daño a la persona que ama. Derek Wright no cruza una línea tan íntima porque considera que es lo mejor para ambos. En conclusión: Derek Wright es tonto de remate. —Esa vez no pude pararme y le pegué un mamporro en la cabeza. Erik se recolocó las gafas y acusó con el dedo—. Vuelve a tocarme y te meto en la cárcel. Soy Horatio Caine, recuérdalo.

—Vuelve a apuntarme con el dedo y descubrirás el poder de los huesos rotos.

—Cállate, estoy en medio de mi discurso. —Susurró un leve *gilipollas* que me recordó a Vicky. Ella era la única que me llamaba así—. Como decía, eres tonto de remate. —Esquivó un nuevo golpe para acomodarse en el taburete de la isla. Apoyó los codos en la madera, con las manos delante de su boca. Seguramente buscaba las palabras adecuadas para que no volviera a pegarle—. ¿Sabes por qué eres tonto? —Levanté una ceja amenazante a la espera de una respuesta—. Te intentas autoconvencer de que le harás daño a ella, pero la realidad de todo este asunto es que tienes miedo a sufrir tú.

Una verdad a gritos que me cayó como un jarro de agua helada. Sentí la escarcha sobre mi piel y el corazón latir con premura. No iba a dejarle entrever que su afirmación me había hecho un nocaute. Sonreí vil. Quería demostrarle que se equivocaba. Aunque, quizás, quería demostrármelo a mí.

—Sufrir describe mi vida, Erik. —La perfilada mirada de mi amigo me intimidó, no supe por qué razón él estaba actuando de ese modo conmigo—. Ella no entendería este mundo, ni tan siquiera lo compartiría. ¿Ves a Vicky haciendo las mismas cosas que Sophia? ¿La ves empuñando un arma?

—Nunca lo sabrás si no le das pie a ello... —Resopló un tanto molesto—. Das por hecho cosas que no sabes, Derek. No eres un brujo que adivina el futuro. No tienes esa magia, a no ser que la tengas y no me lo hayas contado y me cabrearé porque siempre he tenido curiosidad por saber cómo hacen trucos de magia. ¿Cómo sacarán a las personas descuartizadas antes de descuartizarlas?

—¿Cómo quieres que te tome en serio?

—Forma parte de mí. No puedo resistirme a la tentación de sacarte de quicio... Sin embargo, piénsalo, ¿por qué redimirte al sexo por un temor que, según tú, no te afecta?

—¿Por qué tienes tanto interés en que me acueste con Vicky? ¿Qué te importa si...?

—Porque así no estarías siempre de mal humor. —Curvó sus labios hacia arriba hasta que volvió a la seriedad—. Porque, en el momento que dejes de torturarte, de pensar en el futuro y te centres en lo que tienes ahora, serás feliz. —Golpeó la mesa para darle más énfasis a sus palabras. Hablaba con serenidad, su voz se volvió más grave y profunda—. Todos merecen sentirse queridos, Vicky y tú no sois la excepción. Hasta un idiota se daría cuenta de cómo se encienden vuestras miradas al cruzarse. No hace falta que os prometáis amor eterno, ni tan siquiera es necesario que habléis. Encajáis tan a la perfección que habláis por sí solos. Te busca. La buscas. Estáis enfadados, pero seguís quedando para ir a correr. Lucháis por ser el primero en salir a la calle, como si fuerais adolescentes. ¡Dime que no es un síntoma del amor!

Me quedé callado. Escuchaba con atención todas y cada una de las reprimendas que se apilaban en mi cuerpo. En mi mente. Todo se volvía pesado.

—Te escapas por las noches para estar con ella. Lo hacías incluso antes de darle una oportunidad a que te conociera. —Bebió un sorbo de su café antes de dejarlo sobre la isla—. Estás celoso porque le envían flores y, lo que todavía es peor, la espías para ver qué ponen las notas. Te he visto en más de una ocasión, por si te lo preguntabas.

Entorné los ojos. Sentía una furia inminente en lo más hondo de mí que amenazaba con salir y

arrasarlo todo. No obstante, era consciente de que no mentía. Sus palabras no lo hacían.

—Llegará el día en que se cansará de esperar y le dará una oportunidad a la persona que hay tras esos regalos. No parece ser de los que se rinden. Lleva mandándole flores desde que llegó.

—Ella piensa que soy yo, aunque le haya dicho mil veces que no.

—Vicky se aferra a ello con todas sus fuerzas. Se niega a sí misma que no seas tú...

—¿Y cómo sabes eso? —inquirí. Su vista se deslizó por la puerta que daba al comedor y volvió a mirarme—. ¿Erik?

—Ella me cuenta cosas...

—¿Como qué?

—Los amigos no desvelan los secretos de otros. Si quieres saber más, deberás preguntarle a ella. Solo te advierto que, en el momento en que Vicky se cansa de esperar, pasarás a ser la única persona que no busque.

Terminó su café de un trago y dejó resonar la taza contra la isla. Perdí la mirada por la ventana que daba a la calle y la vi llegar con su hermana. Ambas reían y mis piernas tomaron la decisión —sin mi consentimiento— de levantarse y salir a la calle como si fuera a algún sitio. *Mentiroso*.

—Derek. —Su voz me recorrió la columna vertebral en una oleada intensa de electricidad. Un poder que ninguna mujer tuvo efecto en mí, pero escuchar mi nombre en sus labios era pura impudicia—. ¿Te vas? —sonó desesperada por escapar del agarre de su hermana. Tal vez le estaba cayendo algún tipo de regañina.

—Sí.

No di más explicación, pero bastó para cambiar el brazo de su hermana por el mío. Una sonrisa burlona apareció en su cara y le hizo un gesto con la mano para despedirse. Se me alzó la ceja sola llena de interrogantes. Ella me sonrió.

—John la espera, ¿a que sí, *hermanita*? —Esta se cruzó de brazos y reprobó su comportamiento. Vicky tiró de mí—. Derek me cuidará bien, no te preocupes. Además, ya oíste al doctor. ¡Estoy bien!

—Sí, pero...

—Pero nada, John te está esperando. Habéis retrasado una escapada juntos por mí. Ve y deja que no me sienta tan mal.

—Está bien, pero...

—Pero nada —la interrumpió de nuevo—. Cuando vuelva, quiero ver una nota en la mesa para decirme que no te llame hasta que no vuelvas de tus días románticos.

Reí al ver cómo levantaba las manos en son de paz y dio media vuelta para no discutir más con Vicky. Esta, por su parte, me apretó más del brazo y me instó a caminar junto a ella en dirección a nuestra cafetería. *Nuestra*. ¿De verdad, Derek? La conversación con Erik me había nublado el juicio. Decidí evadirme hablando con la persona que caminaba junto a mí con una sonrisa imborrable en el rostro. Y yo no quería ser quien cambiara eso.

—¿Y bien? —pregunté llamando su atención—. ¿Qué te ha dicho?

—Que estoy muy bien. El medicamento ha hecho su efecto y, por precaución, lo alargará una temporada más. —Sonrió con calidez—. Puedo volver a mi rutina normal. Por lo que, señorito, tú y yo ya podemos salir a correr de nuevo. El *tic* va a estar ahí —le restó importancia con un gesto de hombros—, pero ahora ya tengo algo con lo que hacerle frente.

Me hubiera gustado decirle que yo estaría ahí para ella, que podía contar conmigo, que no la dejaría sola. Sin embargo, en vez de eso, deslicé mi mano hacia el bajo de su espalda para acercarla más a mí. Ella agradeció el gesto y apoyó su cabeza en mi torso.

—¿Te gustaría conocer un poco más de mí? —Creí que me había vuelto loco en ese mismo

momento. No fui consciente de ello hasta que lo dije en voz alta.

—¿Es una cita?

—Tómalo como un regalo por tu recuperación.

—De acuerdo.

Ni curiosoé ni me atacó a preguntas. Se mantuvo en silencio mientras dábamos la vuelta en dirección a la casa de mi hermano. Aunque en mi sótano tenía un gimnasio para entrenar cada día, el de William era mucho más acogedor. Además, siempre lo invadía. Si perdía esa rara costumbre, no estaba siendo yo mismo.

—¿Por qué vamos a casa de tu hermano? —La pregunta llegó y le coloqué el dedo índice sobre los labios. Estaban húmedos, dispuestos a llamarme a gritos si lo pedía—. ¿Vamos a hacer cosas turbias? —Su mirada se oscureció, incluso parecía gustarle la idea de hacer cosas morbosas en casa de otro. Pero no la había llevado allí con esa intención.

Di un paso más adelante. Sus pechos chocaron con mi duro torso y mis labios se acercaron a su oído. Rocé, adrede, el lóbulo de su oreja.

—Hay muchas maneras de volver turbio un momento. Déjame mostrarte esa parte de mí...

Un escalofrío la recorrió. La piel se le erizó y sus ojos brillaron llenos de voluptuosidad. Atrapó su labio. Lo encarceló entre sus dientes blancos y perfectamente alineados. Me acerqué lo suficiente para liberarlo y dejarle una delicada caricia que borró el viento.

Entramos en la casa de William sin necesidad de cruzar por todo el comedor. En el recibidor, una puerta a la derecha nos conducía al gran gimnasio de la familia Wright. Por suerte, no nos interrumpirían.

—¿Sabe tu hermano que estamos aquí?

—¿No querías vivir experiencias nocivas? —Su ceja se levantó de manera inconsciente y me encantaba ese gesto que le salía tan natural—. Bienvenida a nuestro gimnasio.

Bajó el último peldaño y observó todo con gran detenimiento. Las máquinas deportivas estaban en la parte derecha. Había para entrenar cualquier parte del cuerpo. Las cuerdas estaban enrolladas en un círculo, así como las del techo danzaban lentamente por el aire acondicionado. En el centro, frente a un gran espejo, había colchonetas y varios *steps*. A Sophia le encantaba bajar a hacer un poco de deporte cuando nosotros estábamos. Nos retaba, aunque en realidad retaba a su marido. William y ella se picaban, aunque siempre terminaban igual: en la cama. Al fondo, a la izquierda, un considerable *ring*, donde William y yo entrenábamos muy a menudo. Había un saco de boxeo que colgaba y bajaba tras pulsar el botón que había en la pared próxima al *ring*.

—Esto es muy guay, ¿eh? —Sonrió mientras le daba la vuelta a la estancia—. Ya me imaginaba que entrenabas incluso después de salir a correr conmigo... —Sonrió con picardía—. Ese cuerpo se mantiene muy bien.

Me dirigí a un armario que había al fondo. Sophia guardaba *leggings* y tops deportivos —que no utilizaría por ahora a causa de su embarazo—, así que le entregué uno a Vicky, quien fue de inmediato a cambiarse en el cuarto de baño que estaba justo al lado de la cinta de correr. Comprobé, a través del brillo de sus ojos, que le hacía ilusión. Por el contrario, yo me cambié allí mismo. Me puse los pantalones cortos y le regalé mi torso desnudo cuando salió por la puerta, arreglándose el cabello con una goma. Se quedó clavada en el suelo durante unos instantes. Luego pareció reaccionar.

—Ven —obedeció mi orden y se puso a mi lado. Cogí una vena de algodón y la coloqué en su mano izquierda. Después, mimé a la derecha. Ella me observaba con detenimiento. Intentaba descifrar por qué la había llevado allí—. Cuando estoy enfadado o me irritan de más —la miré.

Una sonrisa contagiosa relució en sus labios al sentirse identificada ante mis palabras—, me subo al *ring* y le doy una paliza al saco. Digamos que es quien recibe todo mi mal humor, al que le rebato mis penas o mis dolores de cabeza.

—¿Algo así como tu confidente?

—Algo así... —Resté importancia a esa confesión—. Para algunos, su mejor terapia es escribir. Otros se evaden leyendo. Y yo lo hago golpeando a un saco.

—¿Y crees que tu saco —se aproximó a mi cuerpo después de que soltara su mano, la cual agarró la mía enroscando nuestros dedos— aguantará que una intrusa expulse sus arrebatos contra él?

Su mano libre vagó por mi abdomen hasta posarse sobre mi corazón. Acelerado y completamente ido. Esa locura ardía, como si estuviera en las mismísimas llamas del infierno.

—Hay algo mejor que mi saco... —humedecí mis labios y ella no perdió movimiento alguno de mi lengua—: mis manos.

Entrecerró los ojos y la comisura derecha elevó cierto grado hacia arriba. Le gustó la idea. La animé a subir al *ring* mientras me ponía las vendas. Estaba acostumbrado a hacerlo, así que no tardé demasiado. No era un experto en las técnicas del boxeo. Todo lo que aprendí fue a base de practicar y luchar contra Emma. Luego, contra William. Ambos teníamos una forma muy peculiar de movernos, pero juntos lográbamos ser invencibles. Encajábamos muy bien. Nos leíamos la mente. Estábamos coordinados. Aunque, según Sophia, eso era fliparnos mucho.

—El boxeo es una disciplina muy exigente a nivel físico y técnico, pero también te enseña a observar los gestos y el lenguaje corporal de tu adversario. —Ella me atendía con mucha atención—. La mayoría piensa que boxear es dar golpes al tuntún, pero es mucho más que eso. Siempre hay un trasfondo en el deporte.

—Como en la vida misma.

Asentí.

—La postura es muy importante. —Me coloqué detrás de ella, con su espalda pegada a mi pecho. Su culo rozaba mi entrepierna, que amenazó con despertar después de varios pinchazos—. Debes separar las piernas hasta situar los pies en paralelo con los hombros. —Con delicadeza, moví mi pierna para guiarla hasta posicionarse correctamente—. Flexiona un poco las rodillas —lo hizo— y curva ligeramente la espalda. —La acompañé con mi mano en una suave caricia. Observé cómo su respiración se aceleró ante el contacto. Por el contrario, yo reprendía a la mía por intentar desbocarse—. Con esto consigues bajar tu centro de gravedad —dejé mi mano entre el final de su abdomen y el principio de su intimidad— y disfrutarás de una mayor estabilidad a la hora de dar y recibir golpes —susurré cerca de su oído.

Sonreí cuando reprimió un jadeo. Alejé mis manos de su cuerpo y di un par de pasos atrás. Ella se irguió y giró sobre sí misma para mirarme.

—Eres malvado.

—No sabes cuánto.

—Te voy a machacar.

Se posicionó, tal y como le había dicho con anterioridad, y me animó a enseñarle más. Le expliqué lo básico: golpes rectos, como el directo y el *jab*. Golpes ascendentes, como el gancho o el *uppercut*; y, golpes laterales o curvos, como el *crochet* o el *swing*. Fue una clase productiva. Le enseñaba el movimiento y ella lo repetía. Así, varias veces, hasta que se acercaba a la perfección. Después, pensando en que lo tenía controlado y perfeccionado, se envalentonaba y me retaba a practicarlos en un simulacro de boxeo. No estaba preparada para ese tipo de entrenamiento y yo no era fácil de vencer. Tampoco me dejé, aunque lo medité mientras

intentaba alcanzarme con alguno de los golpes que había aprendido. Entendí que fue abrumador cuando cayó por enésima vez a la lona del *ring*. No se rindió, pero sí pidió un *break*.

Bajé del *ring* a por una botella de agua para que Vicky pudiera hidratarse. Ambos estábamos empapados en sudor y el jadeo de mi oponente anhelaba el agua como una adicta droga. Al subir, le tendí la botella que estampó contra sus labios. Gimió al terminar de beber. Suspiró y se echó hacia atrás, tumbándose de espaldas a la lona. Me senté a su lado, con una pierna doblada y la otra estirada. En pose chulesca, viendo cómo se aplanaba su abdomen y se incrementaba la curva de su cadera. Dudé en acariciarla. Detuve a mi mano, la cual se levantó por inercia para tocar su sedosa piel; pero, como de costumbre, no me hizo caso y adoré su vientre con una cuidadosa y ligera caricia. Vicky cerró los ojos. Disfrutó del contacto de mi yema vagando por su piel desnuda. Sudada. Atractiva. Deseada.

—Eres la viva representación de la tentación, Derek.

Una sonrisa malévola incrementó en mis labios. Con un movimiento ligero y pulcro, me tumbé sobre ella. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Tal vez, el delirio por fin escapara de mi control y me dejara llevar.

—Dímelo otra vez, pero mirándome a los ojos —la reté.

Vicky abrió sus ojos, despacio. Sus pupilas dilatadas me daban una idea de cuán excitada estaba y de cómo intensificar el deseo en el que estábamos sumergidos. Recorrí su cuello en un halago mientras nuestras miradas se comían la boca del otro. Fue ella quien, de un impulso, me hizo impactar contra la lona para apoderarse del control. Subida en mi regazo y rozando su delicada zona con la mía, noté cómo se endurecía bajo la tela del bóxer. Sonrió con malicia al ser la causante de tal provocación. Contuve un gemido en mi garganta y, en su efecto, emané un grave gruñido que captó con sus labios. Se lo bebió. No titubeé y busqué su lengua para que se enredara con la mía, la cual ansiaba encontrar. Cuando lo hizo, un estallido gobernó parte de mis sentidos. El beso se tornó más pasional. Salvaje. Desesperado.

Mis manos, ansiosas e intranquilas, bailaban sobre su cintura hasta que ascendieron por su abdomen y encontraban la goma de su top. Mimé sus pechos, erguidos y listos para que mi boca los hallara. Los atrapé sobre la tela y el jadeo de Vicky me nubló la cordura. Mordí el otro pecho mientras jugueteaba con el top que le quitaría. Despacio —y solo para torturarla un poco más—, lo retiré y lamí sus pezones una vez fueron libres. Otro jadeo mientras enredaba sus manos en mi pelo y guiaba mi cabeza para que succionara más sus pechos. Sonreí sobre ellos. Sus manos, en cambio, dejaron mi pelo para ceñirse a arañar con dilación por mi espalda. La contonearon hasta llegar a la cintura y el inicio de la perversión. Su mirada se cruzó con la mía durante un instante. Vi el mismo deseo que sentíamos. Sus labios entreabiertos gritaban a los míos volver a besarlos. Su lengua quería volver a bailar bajo la opacidad de un beso fervoroso y lleno de éxtasis. Explotar como mil fuegos artificiales bajo una noche oscura.

—¿Derek? ¿Eres tú?

Nos detuvimos al instante y Vicky se lanzó a por su top para ponérselo antes de que William bajara por las escaleras. Se apartó de encima y se sentó a mi lado, con la botella de agua en las manos y el tapón en la otra. No se le ocurrió nada más que tirarme un poco por encima.

—Para que vea que estás sudado —susurró y me guiñó un ojo.

Cogí la botella y se la eché encima. Vengativo.

—Te faltaba un poco de sudor, *jueves* —alegué travieso.

—*Gilipollas*.

Vicky dio un fugaz beso y un pellizco —no tan inocente— en mi entrepierna. Sonrió perversa antes de que William bajara el último escalón y le explicáramos nuestra piadosa mentira.

Si de algo estaba seguro, en aquel preciso momento, era que, desde el principio, Vicky me golpeó con un *hook* al corazón.

Capítulo 22

En el canal

DEREK

El cantar de los pájaros fueron las primeras voces que escuché nada más levantar. Salí al balcón para que los primeros rayos de Sol invadieran mi cara y me deleitaran de su fogaje. Cerré los ojos hasta que mi vecina me silbó piropeando. Ladeé la cabeza para verla recién levantada, con el pelo medio alborotado y una sonrisa bobalicona en el rostro. Gesto que me hizo sonreír. Habían pasado dos meses de nuestra *cita* en el gimnasio de mi hermano y seguíamos sin terminar lo que ese día empezamos. Puede que todavía no fuera el momento o que aquello solo fue un momento de lascivia descontrolado. Quién sabía.

—La bella durmiente hoy se ha levantado pronto —bromeé. Me acerqué al final de la barandilla y ella hizo lo mismo en su balcón—. ¿Necesitas un príncipe que te cobije en sus brazos?

—No quiero un príncipe, pero sí un villano que me invite a desayunar.

—¡Tienes un morro que te lo pisas! —Reí con ganas. Miré el reloj para luego volver a asaltar su mirada con desdén—. Tienes diez minutos.

Como si estuviéramos compenetrados, entramos corriendo a nuestras habitaciones para cambiarnos. Me vestí con ropa cómoda, deportiva. Revolví mi pelo delante del espejo, me perfumé y salí a galope por las escaleras hasta llegar a la puerta principal. Al abrirla, ella salía al mismo tiempo que yo.

—Algún día te ganaré —exclamó bravucona—. Estoy segura de que haces trampas.

—¿Cómo osas insinuar esas cosas de mí? —Me hice el indignado mientras bajaba los últimos peldaños hasta llegar a la calle.

Desde que llegamos a Ámsterdam y comenzamos nuestra rutina de deporte matutina, nos picábamos como adolescentes para comprobar quién era el más rápido de los dos. Una simple niñería que le daba esa chispa, llena de adrenalina por las mañanas, aunque sabía muy bien que esa adrenalina no era por correr y competir, sino por verla.

Vicky se aproximó con lentitud hacia mi cuerpo, que devoró con una mirada lujuriosa y llena de deseo. Cada vez era más difícil controlar la tensión que había entre los dos, quedó claro en el *gym*. En aquella sala de boxeo, donde casi perdimos el control. Solo los besos eran testigos de lo que ambos sentíamos y, aunque tuviera ganas de despojarla y hacerle el amor aquí mismo, me reprimía el deseo que comenzaba a ser insufrible. Tomé su barbilla y adoré, como cada mañana, los ojos que enloquecían mis nervios. Saboreé sus labios y le di los buenos días a su lengua, que me esperaba ávida. Dispuesta a retenerme con ella sin importar nada más que nosotros dos.

Un débil gruñido escapó de sus labios cuando nos separamos. Sonreí, yo también tuve que retener otro. Como si fuera un *repeat* de nuestro día a día, le tendí mi mano y se aferró a ella. Caminamos agarrados hasta llegar a la cafetería, que se encontraba nada más girar la esquina. Justo enfrente de esta, había un parque donde algunas tardes íbamos con Hugo, mientras Sophia y William se ocupaban de algunos, según ellos, «asuntos pendientes».

La dependienta nos saludó amable y señaló nuestra mesa, que ya estaba preparada con dos

pequeños manteles, cubiertos y vasos. Nada más sentarnos, la mujer se acercó para tomar la comanda. Vicky pidió dos tostadas con mermelada de frambuesa y un café largo. Por el contrario, yo pedí el almuerzo típico y un café con *Baileys*.

—¿Ya has descubierto quién te regala flores? Hoy no te las han traído —pregunté curioso.

—Así que me espías, ¿eh? —Levantó las cejas y le quité importancia con un gesto de hombros—. Tengo mis sospechas... —repitió el movimiento de cejas, haciéndose la interesante—, pero no puedo revelar mis investigaciones.

—¿Ni siquiera a mí? —Negó con la cabeza e hice un puchero que le pareció gracioso, aunque tampoco me reveló la persona que las mandaba—. Es injusto que no me lo digas.

—¿Me vas a decir con quién te vas tú por las noches sobre la una de la madrugada? —La miré desconfiado. Molesto.

La camarera nos dejó la comanda en nuestra mesa. Volvió con dos botellines de agua. No respondí a su pregunta, de igual modo que ella no lo hizo con la mía. Un incómodo silencio se alojó entre los dos, amargando el buen inicio de la mañana. Nos comimos el desayuno sin mediar palabra, pero nuestras miradas se reprochaban el comportamiento infantil con el que actuábamos. No obstante, ninguno dio su brazo a torcer. Me bebí el agua de un trago y levanté el brazo para que me trajeran el café. Ella dejó la tostada a medio comer y se cruzó de brazos, enfadada.

Su postura erguida me advirtió que no tardaría en abrir su pico de oro para estallar en una guerra de la que ninguno de los dos saldría bien parado.

—¿Te ves con otras mujeres? —Pero ¿qué cojones estaba diciendo? La cara de confusión por su repentina pregunta le respondió, aunque necesitaba escucharlo de mi boca.

—No quedo con ninguna otra mujer —confesé sincero.

Mi cabeza y mi corazón no pensaban en otra mujer que no fuera ella. Vicky estaba presente en mis pensamientos durante las veinticuatro horas del día. Incluso la Luna estaba celosa. No había cabida para nadie más.

—¿Y a dónde vas? —repitió la pregunta.

—Cuando me digas quién te regala flores, te lo diré.

Solo era una tapadera para inventarme una excusa creíble. No estaba preparado para contarle la verdad o, quizás, tenía miedo de perderla para siempre al confirmarle que no era tan bueno como ella creía.

—Deja de hacerte el ignorante, sé que eres tú desde hace un tiempo. —Cabreada, se acercó a la mesa y me miró de un modo que nunca creí ver en sus esferas castañas—. Cada mañana oigo tu puerta y, a los pocos minutos, la oigo cerrarse...

—Te aseguro que yo no soy. —Me miró interrogante, como si quisiera sonsacarme toda la información a través de mi mirada—. Te estoy diciendo la verdad.

Chistó la lengua.

—Tienes miedo de confesar que eres tú. —Me reí sin ganas ante su testarudez—. ¿Tan malo es tener un detalle con la persona que te gusta? ¿Por qué no lo aceptas de una vez?

—¡Porque no soy yo! —exclamé irritado.

—Lo que tú digas... —Cogió el vaso de café que le tendió la camarera y se lo agradeció con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Te toca.

—¿El qué? —aclamé airado.

—Decirme dónde vas en la madrugada.

Removió el café sin echarle el azúcar. Esa era su manía antes de bebérselo despacio. Ella nunca lo edulcoraba.

—Trabajo para Mason Wright, haciendo labores poco legales. —Llegado a ese punto de

enfado estúpido, decidí contarle la verdad y que pasara lo que tuviera que pasar—. Sé que no eres tonta —arrugó la nariz mientras me escuchaba atenta— y que algo sospechas.

—Específica «labor poco legal» —exigió como si ella tuviera el mandato.

—Es mejor que no sepas nada más. —Se enfureció. La cara se le tiñó de rojo y se levantó de un salto—. Vicky...

No me respondió, se dio la vuelta y —en un intento disimulado de estar bien— pagó su parte del almuerzo. La seguí e hice lo mismo.

—Vicky. —La agarré del brazo para que me prestara atención, pero estaba demasiado enervada para hacerlo y me dio un manotón para que la soltara—. Por favor.

—Sigue así, Derek. Sigue siendo un maldito témpano de hielo —me reprendió. Los ojos se le humedecieron—. Si tan lejos de ti quieres que esté, ¿por qué no dejas de buscarme?

—No es eso... —Me revolví el pelo frustrado. Quería encontrar las palabras adecuadas para no hacerle daño—. Yo... —¡Joder! No sabía cómo hacerlo. Todas las palabras se me acumularon en la garganta—. Yo...

—Tú nada —me interrumpió—, eres igual de insensible que siempre. —Un puñetazo golpeó mi estómago con fuerza—. ¡No confías en nadie que no seas tú mismo! —gritó exasperada—. La gente, a veces, necesitamos escuchar cierto tipo de cosas para saber que es real...

Ella se merecía el universo entero y se estaba conformando conmigo. Una puta luz pequeña que algún día se apagaría. Aun así, no podía obligarme a expresar lo que mi corazón sentía. De algún modo u otro, se lo mostraba con hechos.

—Pero también te lo demuestran los detalles —me excusé.

—¿Qué detalles? ¡Ni siquiera aceptas que me regales flores! —me rebatió.

—¿Cómo voy a aceptar algo que no hago? —Ya no solo estaba irascible ni frustrado, sino que la discusión con Vicky me hizo estallar como un volcán de nervios.

—Claro... él es así —se burló—. Él no se muestra cómo es. Él no dice lo que siente. Él solo te cuenta lo justo para que te calles...

—¡Vicky! —grité furioso—. Soy así. —Me señalé—. Sabías cómo era desde antes de volver a Ámsterdam. Nadie te obligó a venir, ni siquiera a seguir con lo que sea que tengamos.

—¿Lo que sea que tengamos? —preguntó ofendida—. ¿Qué soy para ti?

—No desvíes el tema, Vicky —respondí enfadado—. Sabes que...

—¿Qué sientes por mí? Eso es lo que quiero saber —exhortó cabreada.

La miré con el ceño fruncido. Me revolví el pelo otra vez, frustrado. Dejé que mis brazos cayeran a los lados y apreté las manos en puños. No entendía por qué teníamos que etiquetarnos cuando lo pasábamos bien juntos. Además, reclamaba que reconociera que era yo quién le regalaba flores cuando no era así. ¡Joder! Me encendían los celos cuando la veía con ese ramo y esas malditas notas con las que no dejaba de sonreír. Yo no era así. No era detallista. No me expresaba. No me declaraba. ¿Qué quería que hiciera?

—¿No piensas responder? —Cruzó los brazos por el bajo de su pecho—. ¿Tienes tan poca dignidad para no hacerlo?

—Vete a la mierda —zanjé la conversación y me di la vuelta.

Sin embargo, no fui yo quien dijo la última palabra. No esa vez.

—Eres un egoísta, un embustero y un arrogante. —Oí el rugido de su fuero interno y el aullido rabioso que emanó de sus labios rojos, repletos de cólera—. ¡Eres un engendro sin corazón, Derek Wright! —gritó a viva voz en medio de la calle.

Tal vez lo era. Seguí por la avenida y caminé junto al canal, donde la gente seguía navegando y los turistas capturaban sus mejores momentos. Paseé por calles transitadas, llenas de susurros,

risas, rabietas y llantos que armonizaban la zona más comedida de la ciudad, donde se sentaban con amigos o familiares para disfrutar del tiempo en familia. Me enfadé conmigo mismo por no tener la capacidad de expresarme sin miedo, por dejar que me bloqueara y no dejara fluir cada uno de los sentimientos que canalizaban mi sangre cuando estaba con Vicky. No sabía cómo hacerlo, y pelearme con ella no arreglaba nada. Caminé durante horas, muchas horas. No comí. Solo necesitaba caminar y estar en los lugares que más paz me transmitían. No me di cuenta de la hora que era. El Sol estaba cayendo, la Luna aparecía y las pequeñas motas de estrellas daban luz a un cielo que se oscurecía.

El móvil comenzó a vibrar en mi bolsillo. Cuando vi que era ella, la colgué tantas veces como llamé. William también lo intentó. Estarían preocupados, pero no me importaba. Terminé apagándolo. Si lo cogía, nos pelearíamos de nuevo y no quería otra riña entre los dos. Ella quería a un Derek que no existía...

Necesitaba alejarme de la realidad, disfrutar de la fría calidez del viento y relajarme con el sonido del agua, que recorría el canal por donde las góndolas navegaban cada día. Sentado en el muro, con las piernas colgando y las manos entrelazadas, me evadía mirando el cielo teñido por nubes grisáceas que cubrían a adormecidas estrellas que solo querían brillar.

Jamás tuve un momento en el que detenerme, observar el trayecto de mi vida y pensar qué haría en un futuro. Las conversaciones con William me retumbaban en la cabeza. También las de Erik. Presente. No pasado. No futuro. Mi mente era un huracán dispuesto a arrasarme conmigo mismo. Avasallaba mis recuerdos, mis remordimientos y la frustración por haber sido engañado, me mataban de un modo lento y tenaz. Erik tenía razón. No quería sufrir.

William y mi familia me habían dado una oportunidad; incluso Edward me hablaba cordial, aunque siguiera desconfiando de mí. Erik lo dejó todo para venirse a Ámsterdam conmigo, y Vicky... Vicky me volvía loco. Había días que estábamos bien; otras, en cambio, terminábamos discutiendo o ella yéndose decepcionada por mi cobardía cada vez que hablaba de una relación seria y estable. ¿Era necesario etiquetar lo que teníamos? En todo caso, ¿lo teníamos? ¿Por qué ella quería estar con una persona que la oscuridad y la frialdad todavía cubría su corazón? ¿Por qué conmigo cuando podría estar con otro hombre que se entregara al cien por cien sin miedo a nada? Yo no era merecedor de un amor tan puro como el de ella y, aunque estuviera enamorado como un desquiciado, quería ahorrarle el sufrimiento de compartir su vida conmigo.

La escuché carraspear detrás de mí. Esperó unos segundos, como dándome tiempo para asimilar que estaba allí. Luego se sentó a mi lado, con la diferencia de que ella tenía una pierna a cada lado del muro. Cuando mis ojos se reflejaron en los suyos, el mundo se detuvo. Ya no existía nada ni nadie más, y esa era la brujería a la que me tenía hechizado. ¿Que si quería huir? Sí, pero no podía. Algo, dentro de mí, tiraba hacia ella como un imán. Tuve la fortaleza —o, tal vez, la debilidad— de apartar mi mirada de la suya, a la que eché de menos tan rápido como quien cierra los ojos.

—¿Crees en el amor a primera vista? —Rompió el silencio con la pregunta que lanzó sin más.

—No.

—Vale —dijo con tono de no creerme—. Te planteo otra pregunta, entonces. ¿Crees en el amor?

Me estaba provocando y no tenía ganas de volver a discutir con ella, así que la única respuesta que obtuvo fue indiferencia al levantar los hombros.

—Repito: ¿crees en el amor? —Dejó su mano en mi muslo derecho. Esa maldita corriente eléctrica volvía a atravesarme entero. Sentía todas las partículas nerviosas de mi cuerpo revolotear felices por nuestro contacto—. Tomaré tu silencio como un sí.

—Ni creo ni dejo de creer. Solo pienso que el amor es de débiles porque, en el momento en que menos lo esperes, te hará daño. —Sus ojos se mantenían fijos, sin mostrar ninguna emoción que no fuera la de afecto—. Te destruirá de la peor de las maneras y...

—Y tú no quieres sufrir —terminó por mí—. Pero ¿sabes qué? Eso es la vida. Sufrir, reír, llorar, divertirse, enfadarse, amar...

—¿Por qué has venido, Vicky? Te recuerdo que hace unas horas me has llamado egoísta, embustero, arrogante y, la mejor de todas, engendro sin corazón. —Las comisuras se le elevaron en una sonrisa traviesa al escuchar su último insulto—. ¿Te parece divertido? Pensaba que te tomabas las cosas con seriedad.

—Y me las tomo, por eso he venido. —Le quitó importancia con un gesto de manos a toda aquella palabrería malsonante—. Cuando nos enfadamos, decimos cosas sin pensar. ¿Vas a ser tú quien me juzgue por ello? ¿Tú? ¿Quien está involucrado en una mafia? —La miré sorprendido por acertar de lleno con mi trabajo. En esa ocasión, fue ella quien apartó su mirada de la mía.

¿Cómo lo supo con tanta precisión?

Se arrepintió por lo que dijo y respiró antes de pedirme disculpas. No dijo nada que no fuese cierto, así que volví a perder mi vista por el agua. Oía su respiración, cómo frotaba sus manos contra los muslos. Volvían a temblarle. Estaba nerviosa. Solo quería arreglar *lo nuestro* a su modo, porque así era ella. Igual que te pegaba un guantazo, te regalaba la caricia más especial de tu vida.

—Para mí, el amor es como volar —confesó. Miró sus manos temblorosas y una sonrisa apenada asomó por sus labios—. El amor vuela libre como el aleteo de las alas, es apoyo cuando vuelan en bandadas, es fragilidad y sencillez, es fortaleza cuando el viento va en contra; pero, sobre todo, es calidez cuando vuelas al son del viento con la persona adecuada y quien te hace sentir la candente magia de la brisa rozando tu cara. Esa brisa que está llena de ternura, de estima, de sentimiento. —Miró al cielo y soltó todo el aire que había en sus pulmones—. Los pájaros pequeños tienen miedo a volar, aun así, lo intentan hasta que se dejan sostener por sus alas. —Se atrevió a coger mis manos, que arroparon las suyas, aunque se lo prohibiera—. Yo quiero tomar este vuelo contigo, Derek. A mí me da igual lo que hayas hecho. Es parte de ti, de tu pasado. Y yo quiero al de antes, al de hoy y al de mañana. —Apretó sus labios mientras los humedecía, me estaba volviendo loco por querer besarlos. Por querer sentirla—. Me enamoré de Derek, de todo él.

Su confesión me enmudeció. ¿Qué debía decir? Solo podía observar sus ojos llenos de esperanza, sus manos agarradas con fuerza a las mías. El amor que sentía por mí me embriagó, dejándome estático.

—Entiendo... —Suspiró con aflicción y retiró sus manos de las mías—. Si lo que quieres es que te deje tranquilo, lo haré.

Se levantó, pero se lo impedí. Alcé una pierna y la dejé al otro lado del muro para estar de frente, contemplando cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Cómo ambos corazones se saltaron un latido ante nuestro recién contacto. Delineé su cuello, su barbilla. Acomodé una mecha de su pelo tras su espalda y deslicé mi brazo hasta sus caderas. La levanté y la senté en mi regazo sin apartar mis ojos de los de ella. Volvía a adorarla, a beberme la sed de sus labios, necesitados de la ansiedad de los míos. Saciamos el anhelo de nuestra sangre y el latir de dos corazones que, de nuevo, volvían a ser uno. Cuando nos distanciamos, apenas unos milímetros para tomar aire, la volví a mirar.

—Eres tan peculiar, que te hace ser única. —Apretó los labios para luego atrapar el inferior con sus dientes. Lo liberé y lo acaricié—. Eres tan alocada, que te hace ser preciosa—. Acarició

mi mentón con delicadeza. Le gustaba la aspereza de mi barba de tres días—. Eres tan imprevisible, que te hace adicta. —Dejó sus brazos alrededor de mi cuello y le robé un beso—. Eres el cielo que me hace arder por dentro. —Sostuve su cara entre mis manos para que me mirase. Necesitaba decirlo. Dejarme llevar. Así lo sentía—. No eres como cualquiera. Eres especial. —Las mejillas se le tiñeron de rojo y, aunque la noche me impidiera verlo con claridad, supe que le ardían hasta las orejas—. Nadie es como tú, Vicky, y esa es tu magia. La esencia de la que me enamoré. —Sus ojos nerviosos penetraban los míos esperando aquello que tanto ansiaba—. Te quiero.

Capítulo 23

Dudas placenteras

DEREK

Me dejé arrastrar por la risa feliz de Vicky. De mi *jueves*.

Dejé que su mano tirara de la mía y me arrastrara por su casa, despacio, saboreando sus labios, los cuales se alejaban para avivar una llama que llevaba encendida desde nuestro enfrentamiento en el ascensor del hotel de John. Donde me desafió y cuyos ojos, radiantes como diamantes, penetraron en el lugar más insólito de mí: mi corazón.

Fui yo quien tiró de su mano para acercarla a mi pecho y ondear mi mano por su rostro en una delicada caricia. Atrapé la calidez con la yema de mis dedos. Su calidez. Me deleité de su olor a melón. Ese aroma que la hacía más dulce si fuera. Le aparté un mechón rebelde para recordar su rostro apacible y dispuesto a todo conmigo.

Aleje los miedos para enfrentarme a la realidad. Estaba enamorado de Vicky y, por mucho que quisiera negarlo, mis arrebatos solo habían demostrado lo contrario. No podía seguir huyendo. También tenía derecho a ser feliz. Nada me lo impediría.

Rocé mis labios con los suyos, que entreabrió para darme paso a su boca. Para volver a invadirla. Para explorarla y cautivarme un poco más. Hasta perder la razón. La besé con sosiego y le pedí jugar a su lengua de un modo más especial. Sintiendo la afable caricia que se regalaron al encontrarse. Pasó de un lento beso a uno más intenso. Pasional, cuyas ganas se expandieron por cada una de nuestras fibras nerviosas. Sus ojos, como dos bolas de fuego ardientes, abrasaban de un calor agradable mis sentidos, que estaban ávidos por sentirla contra mi cuerpo.

Le di poder a mis manos, que comenzaron a moverse por debajo de su camiseta. Recorrí su cintura y subí por su vientre hasta llegar a unos pechos desnudos, que reclamaban sus caricias a mis dedos. Toqué sus pezones erguidos con delicadeza. Alargué el recorrido hacia el otro, hasta que un gemido escapó de sus labios. Sonreí, y ella atrapó mis labios con desespero. Le correspondí. La arrastré contra la pared y la pegué contra ella, besándola como si nunca antes lo hubiera hecho. Esos besos eran distintos. No había miedos e inseguridades. Solo amor. Tiré del dobladillo de la camiseta y se la quité. Ella hizo lo mismo con la mía y la dejó caer al suelo con más sutileza, pues sus ojos estaban clavados en un torso trabajado y fornido. Un torso marcado por cicatrices y recuerdos desagradables. Nadie, jamás, me miró con tanta fragilidad como ella. Cuando devolvió la mirada a mis ojos, vi cómo le brillaban. No solo eran ganas de sexo, sino también de sentirse amados. Los dos. Sin condiciones ni restricciones. Compañeros de día, amantes de noche.

Entre besos desenfrenados, llegamos a la habitación. Nos dejamos caer en la cama, despacio. Adorné su cuerpo con mi lengua, que recorría vehemente su piel ardiente. Lanzándose al vacío desde sus pechos hasta su ombligo. Le desabroché el pantalón y ella me ayudó a quitárselo. La pierna derecha comenzó a temblar, así como sus manos. Cerró los ojos en un amago de pararlo con algún tipo de poder mental.

—Abre los ojos, Vicky. Mírame —ordené—. Es parte de ti.

Le levanté un poco la pierna e inicié un camino de besos, que se desprendían hasta su muslo

donde la miré pícaro, pidiendo permiso para ir un poco más allá. La deseaba, no sabía cuánto. El temblor se calmó, y su mirada aceptó mi petición. Enredé mis dedos con su culote negro y se lo quité con esmero. Desabotoné mis pantalones y me los quité, junto al bóxer, para quedarme completamente desnudo. Tal y como ella estaba. Volví a sentir la corriente eléctrica atravesar mi columna cuando puse mis labios sobre su sedosa piel. Mordí su muslo con ligereza y recorrí en sentido contrario el camino a lametones mientras acariciaba su intimidad de un modo gradual. Se le escapaban los gemidos. Las risas cuando descubrí las cosquillas que tenía en los costados. Devoré su pecho izquierdo, me alimenté del derecho y lo gocé en su boca, junto a su lengua que me esperaba apetente de libido.

Vicky estiró el brazo y abrió el cajón de la mesita para entregarme el preservativo, una vez rasgó el envoltorio. Me lo puse. La observé con detenimiento hasta que me perdí en ella. En su cara de placer. En su mirada, cuya tórrida llama los volvió negros. En sus labios, que hacían arder los míos de un modo enloquecedor. En nuestros gemidos, que se entremezclaban como una conmovedora canción. La intensidad se volvió más impetuosa. Su cuerpo, en sintonía con el mío, pedía más. Mucho más. Las embestidas incrementaron su ritmo hasta que sentí que estaba a punto de culminar en éxtasis. Gruñí de gozo en su boca, que lo recibió como gloria. Sin dejar de moverme, y también buscando su placer. Deslicé la mano hacia abajo, atravesando su monte de Venus hasta llegar a su clítoris. Jugueteé con él, sin prisa. Sin dejar de besar los labios de Vicky, de morder su cuello, su mandíbula y el lóbulo de la oreja. Noté cómo sus uñas se adhirieron a mi espalda, aferrándose a ella y arañándose cuando explotó de delirio.

El amor se envolvió entre cuerpos desnudos, respiraciones agitadas y un susurrado «Te quiero» que escapó de mis labios, justo sobre los suyos. Me dejé caer en la cama y Vicky no soltó mi cuerpo. Me envolvió entre sus brazos y apoyó su rostro justo en mi pecho izquierdo. Si yo era capaz de notar los golpes de mi corazón, ella los escucharía con claridad. Cerró los ojos. Una sonrisa brotó de sus labios y la tranquilidad la invadió. Irradiaba felicidad.

No sabía el tiempo que nos mantuvimos en silencio, pero fue cómodo. Agradable. La respiración se tranquilizó al compás de la suya, aunque sus suspiros me hacían sonreír. Era como si estuviera en el Edén y gozara del fruto prohibido.

—¿Sabes? —Abrió los ojos y apoyó su barbilla en mi torso para observarme—. Una vez leí que algunos desastres tienen una bonita sonrisa. No recuerdo al autor o a la autora, pero ahora lo entiendo. —Elevó la curva de sus comisuras hacia arriba. Me mostró sus perfectos dientes blancos que atraparon su labio, aunque fue efímero—. Tú, Derek, eres mi desastre favorito y tu sonrisa vuelve loca mi vida.

La curvatura de mis labios se ensanchó. Mimaba su espalda desnuda mientras Vicky retomó su postura inicial para escuchar los latidos de mi corazón, hasta que volvió a mirarme a corta distancia, después de robarme un beso más que complacido.

—Tengo una duda. —Rompió el silencio.

Apretó los labios pensativa. Apoyó su brazo en mi pecho y posó la mano bajo su barbilla, pegada a mi piel, mientras divagaba entre sus pensamientos.

—Yo tengo dos.

—Claro, tú siempre debes tener más.

Hice un gesto de suficiencia y ella hincó sus dientes sobre la piel de mi torso, justo al lado del pezón. La desafié y Vicky sonrió satisfecha.

—Las damas primero.

Rodó los ojos ante mi caballerosidad y se sentó a horcajadas sobre mí. Un movimiento poco oportuno para cómo estábamos, sobre todo por lo que acababa de pasar entre nosotros. El éxtasis

todavía me recorría por las venas y no cesaban las ganas de volver a hacerla mía. Vicky lo notó, pero se abstuvo de rozar nuestras intimidades y no avivar la llama que estaba —por el momento— calmada.

—Si tú no eras quien me manda flores, ¿cabría la posibilidad de que alguien de tu familia las enviara por ti? ¿Tu hermano? ¿Tu cuñada? A ella la veo capaz, la verdad —conjeturó en voz alta. Lancé un suspiro y negué con la cabeza.

—Sophia es capaz de muchas cosas, pero no actuaría de ese modo tan... —Me quedé en silencio, analizando la conversación que tuvimos esa misma mañana en la cafetería.

—No guardes información sobre quién ha estado engañándome.

—¿Quién es la única persona que vive conmigo, Vicky? —Frunció el ceño al percatarse. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo los celos pudieron cegarme tanto? Lo tenía delante de mis ojos. Él. No podía ser nadie más que él—. Se ha vengado por lo que pasó en Miami.

—¿Y qué pasó en Miami?

—¿No tenías solo una duda?

—Tú las incrementas. —Acaricié mis abdominales con parsimonia. Una caricia para nada inocente, que ascendió hasta la delgada línea que iniciaba mi clavícula—. Estaba tan cegada en que eras tú quien me mandabas las flores... que nunca di pie a esa opción. ¡Se va a enterar!

—¿Una venganza conjunta? —pregunté con perversidad. Me incorporé, acercando su pecho al mío y besando el centro de su garganta. Un leve gemido se perdió en ella—. Los dos unidos para un mismo fin. —Besé su hombro izquierdo—. Me gusta. —Saboreé con la lengua el recorrido hacia su hombro derecho, que mordí suave para luego besarlo—. Pero necesito que me expliques cómo supiste que soy parte de una mafia.

Soltó todo el aire retenido en sus pulmones, como si estuviera esperando que, en algún instante, lo pidiera. Tragó con dureza. Vi la fuerza con la que lo hizo y apreté su cintura contra la mía. Halagué la piel de su espalda con una rauda caricia que le erizaba la piel. No le reprochaba nada. Solo quería saber. Asentó sus manos alrededor de mi cuello, nerviosa. Respiró hondo por segunda vez y sus ojos se encontraron con los míos, que le transmitieron una calidez que no esperaba hallar. La tranquilizó y comenzó a hablar.

—Cuando estábamos en Miami, mi hermana se dio cuenta de que lo que sentía por ti era más que una simple atracción. Pero que quería echar un polvo con un desconocido era totalmente cierto. En cierta parte, te tenía muchas ganas. —Ambos dejamos escapar una carcajada que amenizó la confesión—. Hasta que, un par de días después, quiso convencerme de que estar lejos de ti era la mejor opción. No entendí su cambio repentino, cuando fue ella quien me animó a conocerte, aunque tú te negaras. —Sus manos se deslizaron hacia abajo, deteniéndose en la línea que separaba mi duro torso. Golpeó ligeramente mi pecho izquierdo, siguiendo el compás de mi corazón. Perdida entre sus recuerdos. Dejé que se tomara su tiempo para contarle. Mientras, adularía su piel lisa todavía con un suave tono carmesí—. Me dijo que no eras bueno para mí. Que había algo perturbador en tu mirada y que estaba segura de que me harías daño. —Rio sin ganas—. ¿Y ella qué sabía? Todos sus intentos fueron fallidos. Por una vez en mi vida, tenía muy claro a quién quería en mi vida. Y lo sigo teniendo claro —confesó.

Ahora fui yo quien le robó un beso y la dejé con la miel en los labios. Ella los lamió después y volvió a atraparlo entre sus dientes. El fuego se avivó en sus ojos, dilatados. Pero se contuvo.

—Ella estaba impaciente. Sus intenciones no funcionaban, así que lo soltó a bocajarro. John, presente en ese momento, me miraba esperando una reacción. Al principio pensé que era mentira, pero cuando vi el miedo y la desesperación en la mirada de mi hermana, entendí que era

verdad. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que me acojoné. —Me tensé bajo su cuerpo y ella lo relajó con una negativa que me decía lo contrario—. Tuve miedo en ese momento. Supongo que me vino grande por lo abrupta que había sido la información proporcionada. —Rozó la yema de sus dedos por mi mejilla y abrió la mano para que acomodara mi cara en ella. Así lo hice. Cerré los ojos y besé su palma antes de perderme en sus labios—. Por si no fuera suficiente, John me lo contó todo con gran detalle. Tuve la sensación de que quiso infundirme más miedo para que dejara de buscarte. Para que dejara de conocerte. —Besó mis labios en un casto beso y sonrió sobre ellos—. Pero, cuando te veía, mi corazón latía como si estuviera en una fiesta llena de euforia.

Me puso la mano en su pecho para que notara que mi cercanía seguía acelerándolo. Ambos corazones lo estaban.

—Encontraste a Hugo y a Sandy la primera vez que se perdieron en el hotel. —«El casi secuestro», recordé—. Le diste una oportunidad a tu hermano, al que ibas a matar. Y, aunque eso ya me advertía de que estabas metido en algo oscuro, lo ignoré. Salvaste a tu sobrino de las garras de esa gente depravada que quería vuestra destrucción. —Tragué con dureza. Recordaba cada momento de ira, de pesadumbre, de angustia. Una sensación de ahogo me invadió hasta que ella pasó las manos por mi pelo. Lo revolvió y clavó su mirada en mis ojos de un modo tan intenso que juré que el corazón se saldría de mi pecho—. Y me importa una mierda todo. Me da igual que seas parte de una mafia. Yo me enamoré de la persona, no de su trabajo. Porque te quiero. Te quiero a ti, Derek. Te elijo a ti entre todas las personas de este inmenso mundo y me da igual quien se interponga. Mi corazón siempre te va a elegir y va a luchar por ti. Por nosotros. Es difícil de explicar lo...

Interrumpí su explicación para atraparla entre mi cuerpo y el alboroto de sábanas.

—Ahora te voy a hacer el amor. Lento. Seductor. Rápido. Salvaje. —Recorrí el camino vertiginoso hacia sus pechos, que me metí en la boca. Saboreé y chupeteé. A los que abracé y apreté hasta que mi lengua siguió por su abdomen hasta surcar su ombligo y descender por su monte de Venus hasta su centro, al que deleité con un juego extraordinario que a su humedad le encantaba—. Luego preparemos una venganza para Erik.

Sonrió con malicia y apretó las sábanas con fuerza al notar mi dedo en su interior después de que la lengua lamiera su entrada. Cerró los ojos, cubierta de un aura de alborozo que se expandía por mi cuerpo, listo para el abordaje del suyo.

—Abre los ojos, Vicky —ordené—. Mírame.

Y me obedeció llena de libidinosidad. Emanaba gemidos que hacían palpar mi entrepierna de un modo demoledor. Me agarró del pelo. Lo revolvió. Tiró de él y no me detuve hasta que comenzó a llover entre sus piernas y me deleité de la droga más adictiva que jamás hubiera probado. Me deslicé en sentido contrario. Volví a llenar de besos la ardiente piel que contorneaba su cadera, su cintura, su ombligo. La delgada línea entre sus pechos hasta devorar su boca como si me estuviera poseyendo el mismísimo diablo. Me encantaba el vaivén de su cuerpo sobre el mío. Cómo encajábamos tan bien cuando recién empezábamos a descubrirnos. No solo nos hacíamos el amor al estar dentro el uno del otro. Cuando me acariciaba, también lo hacía. Cuando me besaba, también. En un aclamo por seguir quemándonos, su voz fogosa emanó una clara petición.

—Llévame al cielo, Derek.

—Mejor te bajo a los infiernos.

Capítulo 24

Abrázame fuerte

DEREK

Había una gran colección de eslóganes en el último estante de la cocina de mi casa. Recalqué esas últimas palabras: *mi casa*. No la del papichulo que seguía follando con a saber quién a las ocho de la mañana. Vicky se tapaba la cara escandalizada por todas las barbaridades que Erik soltaba por la boca y, siendo sincero, no entendía cómo su acompañante le seguía el ritmo con otras palabras extravagantes que sonaban mal hasta para mí.

Me paralicé cuando no solo escuché la voz de Erik, sino también la de otra mujer y otro hombre más. Me enfadé y vi la mandíbula de Vicky impactar contra el suelo. Una risotada, a los dos minutos del *shock*, fue lo que calmó mi ira. Tendría una charla con Erik. Eso debía de dejar de ser un prostíbulo. Si quería follar —y me parecía bien que lo hiciera— debía elegir otra destinación.

—Tu amigo es un semental —comentó después de bajar de uno de los taburetes que estaban alrededor de la isla. Se aproximó a mí y se acurrucó entre mis brazos mientras elegíamos qué taza escoger—. No podemos privar a la gente de su sensualidad echándole laxante al café.

—No, no me convence... —Chasqueé la lengua—. Eso me llevaría a darle créditos a mi cuñada. —Vicky me miró con la ceja alzada. Curiosa. Atenta. Reí—. Sophia y William tuvieron un roce poco amigable al principio de conocerse. Ella le ponía sal y laxante en el café, y él la dejaba en alguna cuneta perdida de Nueva York.

—¿Me estás vacilando? —preguntó incrédula. Negué la cabeza y alargué el brazo para coger varias tazas—. No me imagino a Sophia haciéndole eso. Al menos, no ahora.

—Créeme. Si tiene la oportunidad, lo hará. —Reí y le enseñé las dos tazas que más me convencían. Ella asintió satisfecha por la elección—. Sophia y William son peculiares. Hoy en día, se siguen picando para terminar revolcados en la cama. No han perdido la chispa que les unió, a la vista está. —Cogí la cafetera y el café para prepararlo. Ella me ayudó. Porque Vicky no podía estarse quieta. Porque no podía mimarla. Porque ella necesitaba hacer algo con sus manos. Quizás para no pensar en el temblor o en el miedo de que apareciera—. Han pasado muchas cosas juntos en muy poco tiempo. Este mundo es así. —La miré a la espera de algún gesto que me indicase temor. Pero no, seguía relajada—. Es muy imprevisto.

—Como la vida. No sabes lo que te deparará el futuro. —Me giré hacia ella y *jueves* hizo lo mismo—. No intentes convencerme de que tu mundo mafioso va a romper lo nuestro. Ahora que te tengo y que has aceptado estar conmigo, no permitiré, a no ser que te enamores de otra persona, que se acabe. —Alargó el brazo para coger mi teléfono. Entró en Spotify y puso nuestra lista de reproducción. O, mejor dicho, sus canciones favoritas.

—¿Sabes? Creo que deberíamos de hacer caso a este eslogan. —Señalé la taza. La picardía con la que sus ojos cruzaron los míos, me encendió—. ¿No crees?

—¿Aquí? —dudó—. ¿Ahora?

Con un ligero movimiento, atrapé su cintura y la subí sobre la encimera. El mármol frío caló en mis manos antes de abandonar su piel para aferrarse a unos muslos dispuestos a agarrar mi

cintura, atraparla entre sus rodillas y presionar una considerable erección en su zona erógena. Sonrió complacida.

—Nos pueden ver...

—Y nosotros oírlos —susurré sobre sus labios entreabiertos.

Acortó la poca distancia que había, pero me eché hacia atrás —ligeramente— para torturar a su boca.

—«El sexo es como el café. Amargo. Dulce. Fuerte. Caliente» —leyó el eslogan con sensualidad mientras su mirada penetraba en la más temible oscuridad de la mía. Lamió sus labios. Despacio. Poseyendo a mis ojos para que la mirase. Sonrió de medio lado cuando logró su objetivo—. Entonces tú, Derek, me sabes a café.

—Y, esta vez, ¿cómo lo quieres? —Mis dedos viajaron por el interior de su camiseta. *Mi camiseta*, aunque le quedaba mejor a ella. Hallaron sus pezones erguidos, dispuestos a ser devorados de nuevo, como lo estuvimos haciendo casi toda la noche. Tanteé la línea que ascendía a su cuello y la deslicé hacia abajo, deteniéndome en el elástico de su ropa interior. La única ropa interior que llevaba y que me separaba del delirio brioso de su intimidad—. ¿Amargo? —Negó con la cabeza. Traspasé la goma elástica y acaricié su monte de Venus con templanza—. ¿Dulce? —Rocé la yema de mis dedos por su clítoris, que se escabulleron más abajo. Otra negativa rodeada de un doloroso gemido. Sonreí perverso. Estaba mojada. Muy mojada—. ¿Fuerte? —Asintió. Y, con mesura, aparté el contacto bajo su atenta mirada llena de reproche—. ¿Caliente?

—Muy caliente.

Tiré de sus piernas para que quedara en el borde de la encimera y un gritito de sorpresa hizo que pegara las manos en el mármol liso. Estaba frío aunque, bajo nuestros cuerpos, ardía. Arrastré su culote con una lentitud que incluso a mí me quemaba, pero quería que ardiera. Su cuerpo me lo pedía a gritos. Su mirada estaba en llamas, y su boca... su boca expulsaba el único fuego al que concedía abrasarme.

Ella me lo pidió. Fuerte y caliente.

Estampé mis labios con los suyos. Busqué su lengua. Inquieta. Tórrida por sucumbir al deseo. Mis manos divagaron por su cuerpo. Lo apretó. Lo mimó. La exaltó. Introduje dos dedos en su intimidad sin mesura. Su grito. Joder, me puso mucho más. Pedía más. Mucho más. Le quité la camiseta, dejándola completamente a su merced. Ya no oía los gritos de Erik y sus amigos. Solo tenía sentidos para ella. Para Vicky. Repartí besos arduos por su cuello que hallaban el camino hacia la gloria. Lamí su pezón izquierdo para terminar mordiendo, con ligereza, el derecho. Jadeó. No dejé de mover mis dedos dentro de ella. Mi lengua grabó su cuerpo durante la noche anterior, pero más lo hizo en ese momento. A la luz del día, en la cocina de mi casa y con el morbo de que podían vernos. Me agarró del pelo cuando sintió mi boca en su clítoris, jugueteando con él. Lo chupé. Lo succioné. Lo lamí. Aumenté el ritmo de mis dedos que sentían cómo se venía.

—Derek...

—Solo para ti, nena. —Otro lametón y un movimiento aún mayor. Quería ver cómo se corría. Quería todo con ella.

Unos segundos después, llegó a un embelesado orgasmo que tuvo sus consecuencias: más sexo. Desenfrenado. Pasional. Caliente. Fuerte. E incluso dulce. Porque el café dulce también podía ser fuerte. Porque el café dulce y caliente también te llevaba al paraíso.

Di un pequeño sorbo al café de mi taza con una sonrisa tranquila y alborozada. Vicky, sin dejar de mirarme, mordía su labio con una pizca de vergüenza por lo que acababa de pasar. Era la primera vez que se exhibía de ese modo. En una casa ajena, donde todavía había gente retozando en la cama del piso de arriba. Poco nos importó cuando nos sumergimos en nuestra propia burbuja del placer. Me acomodé a su lado de la isla, todavía levantado. Apoyé un brazo en la consistente madera y dejé la taza al lado de la suya. Le aparté un mechón de pelo que se había escapado de su coleta y sus mejillas se tiñeron de un ligero color carmesí que le llegó a la nariz. Me enterneció.

—Eres aún más *sexy* cuando te sonrojas. —Me golpeó en el costado y ensanchó su sonrisa—. Eres preciosa, incluso cuando me llamas *gilipollas* y te enfadas.

—Tú, en cambio, cuando te empleas en el papel de *gilipollas*... —Alcé las cejas a la espera de alguna perla de las suyas, pero mis comisuras se elevaron hacia arriba cuando escuché—: Me pones estrepitosamente a cien.

Dio un pequeño giro en el taburete y se puso frente a mí. Volví a colarme en medio de sus piernas y besé sus labios con ternura. Todavía sobre ellos y adorando sus ojos de cerca, le propuse algo que sabía que le haría gozo escuchar.

—¿Te gustaría que tuviéramos una cita? —La ilusión se plasmó como un brillo de estrella en sus perlas castañas. Asintió con ánimo y gritó un «¡Sí!» como una catedral—. Entonces, lo prepararé todo para esta tarde. Nuestra primera cita será difícil de olvidar.

Ambos nos distanciamos un poco para seguir tomándonos nuestros cafés.

—¿Te vas a marcar una cita romántica como en las películas? —percibí el tono burlón en su voz y le respondí con un gesto irónico. Chisté con la lengua y ella rio—. ¿No me vas a llevar a cenar bajo la luz de la Luna? ¿Para qué hemos visto tantas películas, entonces?

—Seré romántico cuando deba serlo, de momento, confórmate en que vamos a tener nuestra primera cita. En un lugar maravilloso y con un *gilipollas* que hará que se te acelere el corazón.

—No me llevarás a una misión de las vuestras, ¿no? —Puse los ojos en blanco y ella golpeó juguetona mi pecho—. ¿Adónde me vas a llevar?

—Es una sorpresa.

—Si no me lo dices, no sé qué ropa ponerme.

Lo medité un instante. Donde quería llevarla no necesitaba estar elegante, más bien lo contrario, pero si se lo decía, divagaría hasta descubrirlo. Me arriesgué con algo neutro.

—Ponte cómoda. No hace falta que te pases cuarenta horas maquillándote. No te hace falta. Y deportivas, eso sí.

—¿Vamos a hacer turismo? ¿Una cita mientras vemos Ámsterdam? —Levanté los hombros para que creyera que sí. No iba a decirle nada—. ¡Cuando quieres hacerte el misterioso, no te gana nadie, *gilipollas*!

—Eres un *jueves* muy ansioso.

—¿Ya estáis discutiendo otra vez? —La voz de Erik nos hizo mirar en su dirección. Apareció solo con los calzoncillos de licra, que marcaban todo su paquete. Arquee una ceja con reproche, en cuya cara se plasmaba la frase «¿En serio?». Él la ignoró y se acercó a nosotros—. Veo que alguien también va ligera de ropa... —Vicky enrojeció. Erik abrió las puertas del armario y cogió una taza. Sonrió y admiró su eslogan: «Quiero que me folles hasta en sueños»—. ¿Algo que deba saber? —Giró en nuestra dirección y cogió el termo que habíamos preparado después de nuestro desenfreno sexual—. ¿Y esas sonrisas cómplices? ¿También tengo que sacarte —señaló a Vicky— la información con cuchillo y tenedor como tengo que hacer con este?

—Gracias por el apodo.

—*Gilipollas* te sienta mejor. —Vicky rio.

—Gracias por la parte que me toca.

Erik echó dos cucharadas de azúcar a su café y lo removió con interés hacia nuestra persona. Nos escudriñó con perspicacia y se dio cuenta de que la camiseta de Vicky era la que yo llevaba el día anterior.

—Espera, espera. —Hizo un gesto con la mano, como si fuéramos a hablar, aunque no era el caso—. La camiseta es tuya. No llevas pantalones, por lo que habéis pasado la noche juntos. Ella lleva el pelo revuelto en su coleta. Tú también. Además, tienes un recién morado en la clavícula. Te hace *sexy, my darling*. —Agaché mi vista hacia donde dijo y lo vi. Miré a Vicky, quien prefirió perder su mirada por la ventana como si la conversación no fuera con ella—. Vosotros dos habéis follado, pero no oí nada ayer. ¿Me lo vas a explicar o voy a tener que sacar la bola de cristal?

—Ayer no estábamos aquí, pero sí en su casa. Esta mañana nos apetecían aventuras fuertes y hemos saltado por el balcón. —Vicky apretó los labios en una delgada línea para retener una carcajada cuando Erik se llevó el supuesto café a los labios y lo escupió con rapidez al notar el gusto de tabasco en la boca. Lo odiaba. Erik era picante, pero por lo que respectaba en la comida, lo detestaba—. Ya que estamos de lleno en las confesiones... —Erik me fulminó como si tuviera el poder de estrangularme desde la lejanía. Abrió la nevera en busca de leche que calmara la angustia del picante en su boca. Su lengua ardía. La sacaba al exterior y refregaba el dedo por ella. Alguna que otra arcada amenazó con vomitar—. Quería decirte que Vicky y yo estamos juntos. No hace falta que te gastes más dinero en flores para hacerme creer que tiene un pretendiente.

Me lanzó la botella de leche y me agaché para que no impactase en mi cara. Todo quedó esparcido por el suelo. La quemazón que sentía no disminuía y Vicky se tapó la boca con la mano para no reírse.

—¿De verdad pensabas que no me iba a enterar? —le pregunté. Él, por el contrario, se movía de lado a lado, bebiendo agua. Empezó una nueva botella de leche, que bebió a grandes sorbos—. Solo ha sido una pequeña venganza.

—¿*Pequeña*? —La voz de Erik fue irreconocible. Los ojos le lloraban. No era para tanto, solo le echamos un tercio del bote, disimulamos el color con colorante y lo diluimos con bastante agua. Debía de estar asqueroso, sí. Pero se lo merecía—. Sabes que odio el picante.

Otra arcada le hizo agarrarse a la isla. Me compadecí de mi amigo y le saqué una cerveza bien fría, a la que le eché una pizca de limón que corté en ese mismo instante. Dudó en agarrarlo y beberlo, pero le insté a hacerlo.

—El peor error que has cometido es beber agua, eso altera más el sabor y te irrita. —Estaba rojo como un tomate—. Y come un poco de frutos secos, también ayuda.

—Has sido un niño muy, muy malo, Erik. —Vicky bajó del taburete y se acercó a él. Le acariciaba la espalda en un intento de calmar su conciencia. La acechaba el remordimiento—. Jugaste con mis sentimientos, y también con los de tu mejor amigo.

—Ahora mismo estoy reconsiderando —hizo una pausa tras angustiarse con otra arcada— ser su amigo. Si me quiere matar, lo está consiguiendo.

—Bebe cerveza y come almendras. —Golpeé su espalda para enderezarlo un poco y lo conseguí, aunque seguía aferrado a la madera—. ¿Dónde queda el inminente papichulo?

—No te burles de mí —amenazó con el dedo acusador.

—No me atrevería. —Puse la mano sobre su hombro y me miró con el ceño fruncido—.

Estamos en paz, ¿te parece? —Le tendí la mano y la miró dudoso. Vicky se colocó enfrente de nosotros viendo la estampa. A Erik se le llenó el pecho de aire como un pavo y ladeó la cabeza con orgullo sin mirarme—. *My darling*, ¿volvemos a ser amigos?

—Pensé que nunca me lo pedirías.

Se lanzó a mis brazos y besó mi mejilla. Rodé los ojos y él imitó mi cara de pocos amigos. Vicky estalló en carcajadas. Erik se unió e, irresistiblemente, yo también.

∞∞∞∞

Llamé dos veces al timbre y Vicky seguía sin dar señales de vida. Se fue de casa nada más comer. Quería prepararse para nuestra primera cita. La imaginaba de mil maneras. Desde ponerse un vestido con tacones hasta ir en ropa deportiva, la cual hubiese acertado. Quitado ese hecho, la imaginaba corriendo de lado a lado. Observando la paleta de maquillajes —esparcida por todo el baño— y probando mil combinaciones para ver cuál sería el elegido. Por no hablar del pelo. ¿Suelto? ¿Recogido? ¿Semirrecogido? Terminaría haciéndose una coleta o un moño, como solía hacer.

La escuché a la lejanía. Intuí que bajaba las escaleras a toda prisa. Solo por hacerla rabiar, llamé dos veces más.

—¡Que ya voy! —vociferó—. ¡Malditas *Converse*!

Abrió la puerta enfadada y con una *Converse* en la mano. Enfurecida por a saber qué, me hizo pasar para terminar de arreglarse. Antes de volver arriba, se sentó en el sofá a mi lado y se peleó con un nudo del cordón de la zapatilla. Retuve la risa. Estaba nerviosa y lo estaba pagando con algo insignificante. Que fuera sorpresa, tampoco ayudaba. Se la quité de las manos y, bajo su atenta mirada, deshice el enrevesado nudo. Se la devolví con una sonrisa de suficiente.

—Podía sola.

—Si quieres, anulamos la cita y dejo que te reconcilies con la zapatilla —propuse. Descartó de inmediato la oferta—. Ya me lo imaginaba.

—Lo siento. Estoy nerviosa... y todo es por tu culpa. —Entrecerré los ojos, escudriñándola. Eso la puso todavía más nerviosa—. Deja de mirarme así.

—¿Así como?

—Como si quisieras leer lo que pienso.

—Vicky, estás perfecta. Ponte la zapatilla, coge tu bolso y vámonos.

Respiró dos veces con profundidad. Cerró los ojos, expulsó todo el aire tras calmarse y subió a su habitación a por una mochila de cuero negro. Mientras bajaba por las escaleras, observé su vestimenta: vaqueros ceñidos y elásticos, una camisa blanca de seda blanca holgada y *Converse* negras, a juego con la mochila. El pelo que llevaba suelto se convirtió en una coleta alta. Estaba preciosa.

—¿Lista?

—Más que preparada.

Besé sus labios y nos fuimos a por mi coche. Por mucho que lo intentó, sus planes de conseguir información sobre adónde íbamos fueron en vano. Era una cita poco convencional, pero yo no me regía por reglas de citas románticas. No era mi estilo, aunque no dudaba en preparar —algún día— una cena especial bajo la luz de las velas, la Luna o cuán chorradas salieran en las películas que le encantaban.

No era lo que imaginaba cuando se me ocurrió cómo sería nuestra primera cita, pero

Ámsterdam no tenía ese tipo de diversión en un plano encandilador, como hubiese sido en mitad de la montaña. Aun así, la experiencia en pareja sería extraordinaria, a no ser que se negara a hacerlo. A medida que nos acercábamos a nuestro destino, Vicky comenzó a lanzar propuestas que, de antemano, parecían lógicas. Jugar a bolos. Salón de baile. McDonald's. Cine. Visitar pueblos cercanos. No acertó ninguna.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste ayer? —Frunció el ceño, pensativa. El día anterior dijo muchas cosas, pero hubo una en concreto que resaltó por encima de todas.

—Dije bastantes. —Torció los labios pensando en qué dijo. Una grúa de gran tamaño se hizo visible ante nuestros ojos y giró la cabeza incrédula —. ¿Es lo que creo que estoy pensando? —Asentí—. ¡Dios mío! ¿En serio? —Aplaudió entusiasmada. ¿Sinceramente? No esperaba esa reacción, sino todo lo contrario—. ¿Puedo amarte más? ¿Sabes las ganas que tenía de hacer *bungee*?

—No lo sabía, pero me estoy haciendo una idea. —Sonreí feliz—. ¿Te parece bien para nuestra primera cita?

—Creo que nunca superarás esta cita, Derek Wright.

—La segunda te toca a ti.

Le guiñé un ojo y detuve el coche en el aparcamiento de *Bungee* Ámsterdam. Estaba ubicado enfrente de la estación central y, cumpliendo con mi propósito, ofrecía una cautivadora experiencia haciendo *puenting*. Debido a la ubicación, distinta de otros lugares del mundo, llevaba el *puenting* a otro nivel.

Uno de los trabajadores se acercó a nosotros cuando estábamos próximos a la grúa. Nos preguntó los nombres y si habíamos reservado. Lo tenía todo bajo control. Vicky no cabía dentro de su asombro. Estaba muy emocionada. Mi conciencia me gritaba que ese tipo de alteraciones no eran buenas para ella, que podía recaer en una crisis nerviosa. No obstante, no quería privarla de la adrenalina de hacer aventuras juntos en pareja.

El muchacho, Neizan —creía recordar que se llamaba—, nos colocó los arneses. Estuvo explicándonos qué debíamos hacer y cómo sería el funcionamiento de esta experiencia. No había peligro alguno. Dejamos nuestras pertenencias en las taquillas de la oficina, al lado de la grúa. Una vez comenzamos a subir por la escalinata de hierro, Vicky se tensó y se detuvo. Llegué a su nivel. Al mismo bastón de hierro en el que se había quedado clavada.

—No va a pasar nada. —Le acaricié la espalda mientras me aferraba con fuerza al peldaño de hierro que estaba a la altura de mi pecho—. Estoy detrás de ti. Estoy aquí. Contigo.

—No me dejarás sola, ¿verdad? —Su voz salió entrecortada. Observé la ilusión en sus ojos y el miedo en su cuerpo.

—Nunca.

La besé con un suave y casto beso en los labios para animarla a subir. Una vez llegamos a la cima de la grúa, el hombre la preparó para saltar. Sin embargo, ante el nerviosismo y la alteración en la respiración de Vicky, lo detuve.

—¿Cabría la posibilidad de que nos tiráramos los dos juntos? —Neizan sonrió y asintió—. ¿Te apetece?

Un largo suspiro emanó de los labios de Vicky. Parecía que la calma la había invadido. El brillo se extendió, no solo en su rostro, sino que su cuerpo fluía con el frágil viento que ondeaba su coleta. Me abrazó mientras Neizan preparaba lo necesario. Desde allí arriba, a más de setenta metros sobre el nivel del suelo, se veía el centro de Ámsterdam. Era precioso.

Los brazos de Vicky me rodearon la cintura y su rostro quedó apoyado en mi pecho. Sí. Mi corazón también volvía a latir desbocado. Por la emoción de esa nueva aventura o, tal vez, por

tenerla tan cerca. Se ponía contento solo de inspirar su aroma a melón o de acariciarle la espalda con dulzura.

—Venid aquí. —Tendió una mano para que Vicky se agarrara a ella, luego me ayudó a mí a pasar a la zona de salto. Terminó de colocarnos toda la seguridad. Comprobó los cascos, las correas y los ganchos—. Ahora solo falta que disfrutéis. Antes de saltar, una foto.

De un salto volvió a la zona más segura de la grúa y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Un bolsillo con cremallera que lo resguardaba de cualquier caída. Al mirarnos a los ojos, el mundo desapareció. Ni siquiera le prestamos atención cuando nos dijo que ya podíamos saltar. Acaricié con ternura el contorno de su barbilla y besé sus labios. La apreté, un poco más si fuera, a mi cuerpo y rocé la punta de mi nariz con la suya.

—Estás completamente loco. —Me dejó ver su perfecta sonrisa una vez más.

—¿Acaso nuestra historia no lo es? ¿No ha sido una locura desde el principio? —Reí, acunando su cara—. Y pensar que todo comenzó por un choque fortuito.

—En un aeropuerto. —Dimos un paso hacia atrás.

—En Miami. —Otro más. Ya estábamos más cerca.

—En un ascensor. —Tembló y la agarré con fuerza.

—En Ámsterdam. —El último paso antes de tirarnos.

—En el canal —concluyó—. Abrázame fuerte. —La abracé, y no solo eso. Le dije que la amaba, una vez más, antes de dejarnos caer.

Capítulo 25

Me mata(s)

DEREK

Remoloneé por la cama al escuchar a Erik, quien cantaba a pleno pulmón por el pasillo de camino al cuarto de baño. Estaba acostumbrado a su vitalidad de buena mañana mientras yo me levantaba a regañadientes. Pero hacía semanas que era diferente. Una sonrisa brotaba de mis labios sin prohibirles a que lo hicieran. Escuchaba los delicados y graciosos ronquidos de Vicky a mi lado, y ¿para qué mentir? Me gustaba no sentirme solo recién levantado. Aunque antes lo hubiéramos hecho, la sensación que sentía era distinta. Quizás era porque dimos un paso más adelante y no tenía que reprimir mis sentimientos.

Desde que le confesé que la quería en el canal, no ha habido noche que durmiéramos separados. Algunas veces en la suya, otras en la mía, pero dejó caer que mi casa le gustaba más. Según ella, había una vibra diferente. Todo tenía una explicación: Vicky se llevaba muy bien con Erik, y este no trató de vengarse. El café, convertido en tabasco, le dejó claro que no había que jugar con fuego. Nuestra casa a tres, como ellos la llamaban, carecía de silencio. Incluso a veces lo extrañaba, aunque no me desagradaba el caos. Sobre todo, *mi caos* llamado *jueves*. Y, cuando un caos se juntaba con otro caos, la casa estallaba en locura.

Vicky y Erik, en sus arrebatos por hacer de *Sing Stars*, llenaban la casa de jolgorio. Cogían los micrófonos y se ponían a cantar las canciones favoritas de Vicky. Al final, hasta yo las tarareaba. Siempre las escuchábamos cuando corríamos. Esa rutina nunca cambió. Era *nuestra*. Incluso seguíamos compitiendo por ver quién de los dos ganaba al salir a la calle, aunque estuviéramos en la misma casa. Éramos peculiares, pero unos peculiares enamorados.

También se aliaban en mi contra para hacer una cosa u otra, aunque no ganaban en la mayoría y terminaban cediendo ante mi insistencia. Solo, algunas veces. Además, Vicky entendió —aunque hubiese sido suficiente el día de la venganza— por qué, por las noches, huía a su casa. Calificó a Erik de escandaloso y chistoso, sobre todo por su papichulo mientras se follaba a la chica con la que estuviera. Así era él, un alma libre dispuesto a conquistar el mundo del sexo. Por suerte, no hubo más orgías.

Sin embargo, la situación no era tan perfecta como parecía. Cada vez que tenía una misión, notaba la tensión en el cuerpo de Vicky. Sus rasgos se endurecían. Sus ojos se apagaban y la sonrisa era muy forzada. Ella sabía a qué me dedicaba desde el principio. Creí que lo llevaría bien. Parecía segura. No obstante, sus reacciones me afirmaban que me equivocaba y que el miedo tallaba sus huesos hasta que me veía entrar por la puerta. Su cabeza iba a una velocidad que ni siquiera la luz del rayo. Sus tics aumentaban y yo me sentía culpable. Era un monstruo por hacerle daño. Lidiaba con ese sentimiento en cada misión, aun así, luchaba por estar al cien por cien y que nada malo nos pasara a William o a mí. Tenía un motivo por el que volver a casa. Mi hermano era el único que me entendía, incluso me aconsejó que no me escondiera. Él lo intentó en muchas ocasiones. Apartaba a Sophia de su lado para protegerla y, en cambio, ella lo único que quería era estar a su lado y formar parte de todos sus mundos.

—Buenos días. —Bostezó mientras se desperezaba y se sentaba en la cama. Miró a su

alrededor desorientada. Tal vez, confusa. Todavía estaba somnolienta hasta que se reactivó y me sonrió cuando se abalanzó sobre mí—. ¿Cómo está mi *corazoncito*?

—¿En serio? ¿No había otro mote más ridículo? —Estalló en carcajadas, no solo por mi comentario, sino también por la cara de asco que puse. Inevitable ante tanto romanticismo. Abrió la boca para decir algo más, pero el dedo acusador la intimidó y la volvió a cerrar. Presionando sus labios—. Prefiero *gilipollas*, es más personal.

—Lo siento, *gilipollas* solo es cuando te comportas como tal... —suspiró después de poner los ojos en blanco—, como ahora.

Sentada como una jinete, escondió las manos por debajo de mi camiseta y recorrió mi abdomen de manera sosegada. La picardía le iluminaba los ojos que se prendía de desatino. La yema de sus dedos ardía sobre mi piel, deseosa de lujuria. Me aferré a sus caderas e imité su trayecto por su cuerpo; pero, por el camino, me llevé su camiseta para lanzarla y dejarla tirada en algún lugar de la habitación. Solo con el culote, adoré sus pechos erguidos y dispuestos a recibir mi boca que se acercó con recelo.

Y el maldito móvil sonó.

Lo hizo de manera insistente hasta que Vicky se deslizó por la cama para cogerlo. Era Sophia. Se sentó sobre sus pies mientras hablaba con mi cuñada. Tan oportuna ella... Me sobresalté cuando gritó enloquecida y, de un salto, se levantó de la cama.

—¿¡Qué me estás diciendo, Sophia!? ¿¡Es cien por cien seguro!?! Pero si, hace dos días, cotilleé en Twitter y no había nada. —Agarraba su cabello con una mano, el cual terminó echándolo atrás con efusividad—. ¡No me lo creo! —Se tapó la boca con la mano y comenzó a saltar como una niña pequeña—. Sophia, ¿sabes que te quiero? —Rio para luego morderse el labio y mirarme. Seguía sin entender nada. ¿Qué le habría dicho mi cuñada para que se pusiera de ese modo?—. Es una tarea difícil, pero creo que puedo conseguirlo. —Estalló en carcajadas mientras no perdía ojo de mis observaciones hacia su persona.

Me senté en la cama cuando colgó. ¿Qué podía conseguir?

—¿Y ese arrebató de felicidad? —pregunté curioso.

—Derek —se sentó sobre mis piernas, rozando a propósito su intimidad con la mía y pasó sus brazos por mi cuello mientras arrullaba mi pelo, adulona—, ¿qué estarías dispuesto a hacer por mí?

—¿Qué quieres? —Sus labios se curvaron por completo—. Sin rodeos, dímelo.

—¡Nos vamos de concierto! —Comenzó a aplaudir eufórica, saltando sobre mí y meneando su culo de un modo provocador, aunque no fuera su intención. O sí...—. ¡Y tú también vienes!

Mi primera reacción fue mofarme y morir de risa; la segunda, negarme rotundamente.

—¡Derek! —recriminó.

—¡Vicky! —rebatí con burla.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó. Hizo un puchero que no surtió efecto y se cruzó de brazos enfurruñada—. Sophia ya me dijo que eras un abuelo anticuado y que no podría convencerte.

—Eso te lo acabas de inventar tú. —Palmeé su culo para que se levantara, pero persistió en su postura—. Estoy seguro de que Sophia te preguntó si podrías convencerme. Tú te viniste arriba pensando que haría cualquier cosa por ti, pero te equivocaste.

—Pero ¡qué ataque! —Golpeó mi pecho—. Vale, si esas tenemos, pues... no habrá más sexo. —Reí ante su chantaje—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que me chantajeas con el sexo. —La agarré de los hombros—. Aguanté mucho para no acostarme contigo, ¿qué te hace pensar que no lo volvería a hacer?

—Ahora es diferente —replicó.

—¿Por qué?

—Porque ya nos hemos acostado y no podrías resistirte a mis encantos.

—¿Y por *encantos* te refieres a camelarme para que acepte a ir a un concierto donde, ya no solo tenga que escuchar las canciones de a saber quién, sino de miles de fans gritando y que me aturullen la cabeza?

—¿En serio vas a matar mis ilusiones de este modo tan grosero? —exageró sentirse ofendida—. Llevo esperando este concierto casi toda mi vida.

—Antes de nacer, ya lo esperabas... —ironicé y lancé la mirada al techo para cargarme de una paciencia que no existía.

—¡Deja de rebatirme de esa manera tan irónica! —gritó enfadada.

—Pues deja de intentar convencerme. No me gustan los conciertos...

—¿Acaso has ido alguno? —reprendió.

Touché.

—Derek, sé que es nuevo para ti, que te parezca una tontería, que pienses que seas un moñas... —Alagó mis mejillas con ternura en un intento desesperado de que dijera que sí—. Me encantaría compartir este momento contigo. —Lo medité durante unos segundos, pero descarté la oferta—. William también va, sería una cita a cuatro... Por favor, no me hagas que lo suplique.

—Eso, no la hagas sufrir... —Erik se unió a la conversación desde el marco de la puerta—. Vamos al concierto.

—A ti nadie te ha invitado, lárgate de la habitación —ordené mientras pegaba a Vicky a mi pecho, ya que iba casi desnuda.

—Por favor, Derek, ya le he visto las tetas... —Sonrió picarón.

—¿He escuchado bien? —Vicky miró de soslayo a Erik, quien seguramente había metido la pata con su secreto—. ¿Por qué te ha visto los pechos? —le pregunté a ella.

—El otro día, cuando fui a bañarme a la piscina y me lancé de cabeza, se desató la parte de arriba y salí sin ella. Él me la ató cuando la cogí... Además, solo son pechos. No te pongas celoso. —Fruncí el ceño. Me fue imposible no ponerme celoso.

—Prometo no fantasear con las tetas de tu chica, pero solo si aceptas ir al concierto con ella.

—Erik...

—Ella sin sexo y yo fantaseando con ella... —objetó—. Quién sabe, para saciar la sed, nos tenemos que acostar los dos...

—¡Erik! —gritamos Vicky y yo al unísono.

—*Porfa...* —Otro puchero. Sus manos agarraban las mías en un amago de súplica.

—¿Cómo se llama el cantante? —pregunté y el brillo iluminó sus ojos llenándolos de felicidad.

Lo que daría yo por ver todos los días esos ojos y esa felicidad en mi *jueves*. ¿Qué no haría yo por ella?

—No es solo un cantante, ¡es un grupo y se llama Meraki! El que escuchamos mientras corremos —exclamó entusiasmada.

Me abrazó efusiva y fue cuando miré a Erik, a quien amenacé con un gesto que intercalaba mis ojos con los de él. Él y yo... ya hablaríamos cuando estuviéramos a solas. Como si no hubiese ocurrido nada, se marchó vacilón de la habitación mientras bailaba a modo conga. Vicky saltó de la cama y comenzó a vestirse con rapidez.

—¡Tengo que buscar mi camiseta de los conciertos!

—Pero ¿cuándo es?

—¡Hoy! —gritó eufórica.

Me robó la camiseta que tenía en la silla. Le venía de vestido. Se puso las deportivas y se marchó, no sin antes darme un apresurado beso en los labios que no llegué a saborear. Volvió a entrar aturdida. Buscó por la mesita de noche. Encontró los pantalones y escudriñó los bolsillos.

—¿Has visto mis llaves? —preguntó mientras las buscaba. Las cogí de mi mesita de noche y las tintineé—. ¡Por Dios! —Las agarró con entusiasmo y volvió a besarme—. ¡Es que estoy nerviosa! ¡Que nos vamos a ver a Meraki! —gritó al salir por la puerta.

Suspiré.

Sin mucho más que hacer, bajé para tener una charla distendida con Erik. Confiaba en él, pero fue inevitable sentir esas ganas de partírla la cara. No quería ser posesivo, ni mucho menos. Si algo caracterizaba a Vicky era por ser un alma libre que se movía al son de los compases de su corazón, y yo no iba a controlar su libertinaje.

—Antes de que digas nada —Erik habló primero nada más verme entrar en la cocina—, que conste en acta que Vicky y yo solo somos amigos y medio compañeros de casa.

—Ahora es cuando me dices que no es tu tipo, ¿no? —Reí. Le quité el desayuno que tenía preparado en el plato, el botellín de cerveza y le guiñé un ojo—. Gracias.

—Mi tipo de chica no está definido, eso lo sabes. —Asentí—. Vicky es la clase de personas que quieres como amiga por la vibra que transmite, por lo leal, sincera y alegre que es. Además, somos algo así como confidentes.

—Explícate —exigí mientras saboreaba el bocadillo de beicon con lomo.

—Ella me cuenta sus dramas, y yo le cuento los míos. Aunque tú y yo siempre seremos uno, Derek. No estés celoso por mi relación amistosa con tu novia. —Me agarró de la mano y me miró como si estuviera enamorado de mí.

Le pegué un manotón y la apartó *ipso facto*.

—No cambiarás nunca...

—Es mi encanto, *my darling*. —Rio y se preparó otro bocadillo para él—. El día que te cases —casi me atraganté con el trago de cerveza que bebía en ese momento— iré vestido de Horatio Caine, y tú también.

—Primero, casarme no está en mis planes —un susurrado «Ya...» sonó su rebote— y, segundo, ninguno de los dos nos vestiremos de ese modo tan... hawaiano —comenté para no decir una barbaridad—. Además, el verdadero Horatio lleva traje, no va vestido de turista.

—Es que iba de incógnito... ¡no te enteras! —Lancé un rollo de papel y él lo cogió al aire—. Tocado, pero no hundido.

—Ese puede ser tu próximo eslogan. Al menos, variaría de todas las tazas que tienes de «Fóllame duro, nena» o «Soy todo tuyo. Aquí está tu papichulo».

—Lo que te decía: tocado, pero no hundido. Además, tienes celos de que sea tan original y divertido. ¿Acaso sabes lo que es divertirse?

Gruñí y él rio. Desistí de esa absurda conversación.

Al terminar de desayunar, me cambié para ir a casa de mi hermano y hablar sobre el concierto. La idea no me apasionaba, pero lo haría por Vicky. Debíamos hablar con nuestra seguridad para que —de incógnitos— estuvieran cerca de nosotros por si ocurría algún imprevisto. Solo pensar que Emma podía estar allí, me perturbaba. Conocía sus artimañas y su manera de actuar. Era peligrosa, sobre todo, después del enfrentamiento en el hotel de Miami y su aparición estelar en la gala de *Design Enterprise*. Un sentimiento amargo me recorrió por las venas.

Llegué a casa de William y abrí con la llave que me dio nada más aterrizar en Ámsterdam. Voceé su nombre, pero no obtuve respuesta, así que decidí quedarme hasta que llegara. Observé

los nuevos cuadros que habían colgado en la pared del salón y también los pequeños que adornaban el mueble blanco. Las fotografías de los más pequeños iluminaban la estancia, tanto como la de William y Sophia en el día de su boda. Un pellizco amargó mis sentimientos por lo que yo provoqué aquel día, aun así, en el retrato se veían muy felices y enamorados.

No obstante, la emoción embriagó mis sentidos cuando vi uno de los cuadros, donde yo aparecía junto a Vicky, Erik y Hugo. Este último se había lanzado a mis brazos después de llamarme *ono*, mi nombre para él. Era su mono favorito, y él el mío. La fotografía la tomaron en la celebración de la vuelta de Sophia, en la fiesta sorpresa. Irradiaba una sonrisa que jamás creí ver en mi rostro. La vida cambiaba, de eso estaba seguro. Juega con nosotros y nunca esperas lo que va a suceder. Tal vez momentos atroces o, por el contrario, los mejores instantes que pudiera regalarnos.

—William, en serio, ¿todavía estás enfadado? —La voz de Sophia llamó mi atención. En cambio, no escuché la de mi hermano—. William, te estoy hablando. —No me volteé, sino que me mantuve en mi posición para indagar qué había pasado—. Es la segunda vez que disparo en la diana, ¿qué quieres? ¡Será que tengo obsesión por tus pelotas! —La escuché maldecir por lo bajini—. William, ¡no seas crío! ¿Puedes hablarme?

Noté su mano en mi hombro y me di la vuelta. Al percatarse de mi peca, se tapó la boca con las manos y retuve la risa tras ver que mi hermano estaba detrás ella con el ceño fruncido.

—Me disparas en las pelotas y ahora me confundes con mi hermano. —Vi la burla en los ojos de William, sobre todo, cuando me guiñó un ojo—. ¡Esto es el fin! —alzó la voz en modo dramático con un acento de burla inmenso. Posó su mano en el corazón y se dejó caer en el sofá, como si hubiera muerto—. ¿Qué será de mi vida ahora?

Sophia arrebató contra él y le lanzó los cojines del sofá contigo.

—No se puede ser tan idiota... —comentó con indiferencia— ni más payaso.

—Ah, ¿sí? ¿Payaso? —La rebeldía en su mirada se incrementó al alzar la ceja izquierda y torcer la sonrisa malévola—. Con que esas tenemos...

Se levantó ágil para envolver a Sophia entre sus brazos y lanzarse de nuevo al sofá, donde la retuvo. Acostada boca arriba, sobre mi hermano, se le notaba más la barriga de embarazada.

—Derek, ayúdame —dijo mi hermano. Me señaló las pinturas de cara que había sobre la mesilla de delante del sofá y que los niños utilizaron la pasada tarde para pintarse. Las cogí y me paré enfrente de Sophia, que negaba cualquier intención de maquillarla—. Píntala como si fuera un payaso.

—¡No os paséis! —gritó—. ¡Soltadme! —Se zarandeaba intentando escapar, pero William sabía cómo inmovilizarla.

—Que yo sepa, solo te está cogiendo uno. Ahora, mi querida cuñada, deja de moverte. —Me acerqué a su cara mientras elegía de qué color pintar mi obra de arte. Agarré el rojo para decorar su nariz y su enorme boca de payasa—. Esto por interrumpir una sesión de sexo mañanero. —William retuvo la risa y, como consecuencia, una carcajada resonó en su garganta. Una vez terminé con el color rojo, pasé al azul. Unos rombos enormes adornarían sus ojos—. Esto va por obligarme a ir al maldito concierto.

—¡Te voy a meter un palo por el culo si no dejas de destrozar me la cara! —gritó enervada.

Sus movimientos eran más impetuosos.

—Cuñada, no tienes nada que hacer. —Sophia gruñó—. No te muevas de ese modo, no queremos que la bebé se contagie de tu mal humor.

Vi cómo apretó los labios y se mordió el interior de las mejillas. Se quedó quieta y aguantó como una campeona a que terminara mi obra. Después de los rombos, le pinté de amarillo lo que

le quedaban de ceja y, como toque final, el resto de la cara blanco.

—¡Qué arte tengo! —me felicité a mí mismo por el gran trabajo que había hecho.

William soltó a Sophia, se levantó rápido para verse frente al espejo de la entrada. Un grito retumbó en nuestros oídos y nos pusimos detrás del sofá tras escuchar los despropósitos que soltaba por la boca. Lo que para ella estaba siendo una discusión nivel ocho, para nosotros estaba siendo la escena más cómica que habíamos vivido.

—¡Sois unos niños! —Miró a su alrededor y se acercó al sofá para coger los cojines y lanzarlos—. ¡Sois unos idiotas! ¡Desgraciados!

—¿Cómo vais a llamar a la niña? —pregunté mientras esquivábamos los cojines que volaban en nuestra dirección.

—Todavía no lo hemos hablado, pero me gustaría que se llamara como su madre. —Sophia paró de repente y lo miró perpleja. No esperaba esa confesión—. Pero después de la salida de *Godzilla*, creo que mejor elegimos otro.

—Como si no tuviera bastante con un Wright, ahora tengo que lidiar con dos —gritó mi cuñada—. ¡Y, además, iguales!

Y un jarrón voló en dirección a mi hermano.



Horas después, mi hermano y yo nos encontrábamos dentro del coche con Sophia y Vicky muy emocionadas. En cambio, William y yo estábamos con los brazos cruzados. Bastante enfurruñados. Obviamente, mi cuñada iba a vengarse. Para ello, necesitaba a *jueves*, quien la había ayudado con su jugarreta. Si no tenía suficiente con asistir a un concierto, llevaba una camiseta puesta con el nombre del grupo y, por detrás *Love you*, con corazón incluido. Sophia compró cuatro camisetas hacía tiempo, por lo que le contó a Vicky en el coche. «Por si acaso», dijo. Han aprovechado la ocasión para ensuciar la que llevábamos y terminamos con esa camisa de fan empedernido. ¡Yo no era fan de nadie!

—Deja de fruncir el ceño —objetó mi cuñada—. Te van a salir arrugas.

—¿Igual que las tuyas? —repliqué. Sus gestos de diva se acrecentaron y se acarició el vientre con orgullo.

—El embarazo reluce mi belleza, *my darling* —se mofó llamándome como lo hacía Erik. ¡Maldito Erik, siempre tenía que estar por el medio!—. Que, por cierto, ¿no viene?

—No, está disfrutando de un tórrido romance en su cama... —respondí. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y temblé de desagrado al imaginármelo—. El papichulo.

Vicky estalló en carcajadas porque sabía lo que significaba esa palabra. Él era muy asiduo a decírla mientras lo hacía. Ella y yo lo escuchábamos a menudo, a no ser que estuviéramos en su casa. Las piernas comenzaron a temblarle. Las manos también. Estaba nerviosa, y su tic se intensificaba. Por suerte, alguno de los coches de William tenía cuatro asientos en la parte trasera. Dos frente a otros dos, aparte de los dos asientos de la parte delantera, donde conducía uno de los hombres de mi hermano. Por esa razón, el coche era un poco más grande y veía cómo movía las piernas de ese modo tan rítmico. Me desabroché el cinturón y me acerqué a ella. Le agarré de las manos y le acaricé el dorso con el pulgar para sujetarla con una mano y acariciar su muslo con tranquilidad. Sin dejar de mirar sus ojos y transmitirle una sonrisa que le produjera calma. Poco a poco, el baile de su cuerpo se detuvo. Asintió en modo agradecimiento y besé sus manos para reconfortarla.

—Disfrutemos de este concierto, por favor. —¿Cómo iba a negarme a esa mirada que

revoloteaba como mil mariposas en mi cuerpo?

—Eso también va por ti, *enfadica*^[3] —recriminó Sophia a su marido con un golpe en la espinilla.

—Pero ¿qué te he hecho yo a ti ahora? —cuestionó con cierto tono de irritabilidad.

—Pintarme de payaso, ¿te parece poca razón? —contradijo—. Y fuiste tú el que comenzó.

—Qué vengativa eres... —refunfuñó.

—Tendré a quien parecerme... ¿verdad, cielo? —Esa simple frase le hizo sonreír, aunque fingió no hacerlo y ella meneó su piel para rozar su pierna—. Te quiero —susurró tan inaudible como pudo.

Will le guiñó un ojo jovial para zanjar el tema de las venganzas. No podíamos escapar y, aunque quisiéramos, no lo haríamos. Ver el estallido de emociones que les produjo a ambas chicas, cuando bajaron del coche, fue como sentir la adrenalina al tirarte haciendo *puenting*. Nos contagió de un modo que, incluso, la sentí mía. Me veía reflejado en los ojos de Vicky que, por poco, casi liberan una lágrima emocionada. Se aferró a mi cintura y la atrapé entre mis brazos mientras nos dirigíamos a la zona VIP.

Allí había varios seguratas, quienes comprobaban que las entradas no fueran falsas y entregando la credencial para la pista de los afortunados que estaríamos casi rozando el escenario en primera fila.

Los hombres de mi hermano estaban distribuidos en zonas. Incluido los edificios de al lado para vigilar desde las alturas. Con nosotros había otros tres y, entre la seguridad del concierto, otros cuatro. Todo podía ocurrir, pero estábamos protegidos.

William se puso a mi lado, pues Sophia y Vicky se hacían fotos delante del escenario, y me enseñó una fotografía que Angy le había mandado. Hugo y Sandy estaban encima de Edward mientras este hacía de caballo y mi *ono* tiraba de su pelo como si fuera el agarre. La cara de Edward era un poema. Esos dos pequeñajos, sin duda, eran una alegría para la familia. Y también la que venía en camino.

Estuvimos esperando más de treinta minutos. Por lo que Sophia nos contó, el manager del grupo planificó ese concierto de un día para otro. Un poco irracional por su parte. Aun así, la jugada le salió bien. El estadio estaba a punto de estallar.

La gente se aglomeraba para estar en la valla que separaba la zona VIP. Los gritos no se hicieron esperar. La gente llamaba a Meraki. Sophia y Vicky gritaban a su son. Querían verlos. Lo deseaban. William y yo, al margen de los gritos, observábamos la situación que nos rodeaba. Me sentía extraño. Veía caras de ilusión, de pasión. Algunas chicas lloraban por verlos. Se alzaban pancartas con sus nombres. Muchos iban con camisetas parecidas a las nuestras; otros, en cambio, grababan la barbaridad de gente que el grupo atrajo hasta el recinto.

No supe por qué extraña razón se me erizó el vello cuando las luces se apagaron de repente. Y, a los pocos segundos, el sonido de un bajo inundó nuestros oídos. La batería se unió a él, haciendo un duelo, para luego incorporarse las guitarras que dieron el punto de inicio al concierto. Las luces se prendieron, los colores iluminaron nuestros cuerpos y, el que imaginaba que era el cantante, vociferó un: «¿¡Cómo estamos, Ámsterdam!?».

A Vicky se le iluminó la cara. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se mordía el labio, nerviosa. Lo tenía ahí. Cerca. Tanto que, si levantaba el brazo, podía tocarlo. Las melodías comenzaron a sonar, el cantante se colocó el auricular y se movió de un lado a otro. Sophia se abstuvo de saltar, aunque no fue por falta de ganas. Aun así, comenzó a bailar y a zarandear su cuerpo al ritmo de la música. Buscó a William, que la miraba embelesado y abrió sus brazos para atraparla en su pecho y bailar juntos. Por el contrario, fui yo quien busqué a Vicky cuando reconocí la canción

que estaban cantando.

Como ella dijo, conocía las canciones. Eran las que ponía cuando compartíamos los auriculares en nuestras carreras matutinas. La abracé y besé su mejilla con dulzura, antes de bailar juntos.

Era una explosión de sentimientos.

Gritos que cantaban canciones.

Voces que acompañaban a Dylan, el cantante que —en más de una ocasión— le guiñó un ojo a Sophia y Vicky. Ellas cantaban con un énfasis que no cabía en su pecho.

Canciones que vibraban junto a nosotros. Sobre todo, cuando comenzaron a tocar *Me mata(s)* [\[4\]](#).

Una corriente eléctrica me recorrió la espalda. La piel se me erizó de un modo más intenso que al principio. Vicky se giró hacia mí con una sonrisa que se expandía, más y más, con cada acorde. Parecía la canción, cuyas letras nos representaba, como si fuera *nuestra canción*.

—*Nunca imaginé que esto iba a pasar, con un verano te quedaste todo un año* —canté.

Me sorprendí cuando lo hice, pero Vicky era la responsable de que estuviera viviendo cosas comunes que nunca tuve. Quería liberarme. Quería ser *normal*, sin pasados oscuros, aunque solo fueran unas horas.

—*Nunca imaginé que un «Hola, ¿qué tal?» acabaría siendo «Si no estás, te extraño* —cantó Vicky. Y era cierto. Real.

Nosotros comenzamos con un choque fortuito. Un choque que provocó el destino. Un destino que quería que estuviéramos juntos, a pesar del mundo sombrío en el que vivía.

—*No te das cuenta de que te quiero y, si te cuento que te quiero, seré el idiota de este puto cuento* —volví a cantar.

Nos estábamos cantando. Era como complementarnos en el espacio. Me sentía tan identificado con la letra de esa canción que, si no fuera porque ya estaba escrita, diría que la hicieron pensando en nosotros.

—*Porque me mata estar contigo. Me mata dejarte. Me matas cerquita y me mata besarte.*

Su voz acariciaba mi alma. Mi corazón iba a salir del pecho mientras cantaba. La emoción se expandía mucho más allá de lo común. Nuestras manos aferradas. Nuestros ojos chispeaban con un brillo especial. Y estaba seguro de que nuestros corazones vibraban juntos. El mundo desapareció para nosotros cuando escuchamos las primeras notas. Solo estábamos ella y yo, la brisa de la noche y la melodía de fondo. Perdido entre la letra de *nuestra canción* y el amor que relucía como estrellas iluminando el cielo.

—*Porque me mata tu recuerdo. Me mata olvidarte. Me matas aún más si te tengo delante.*

Tenerla delante, viendo cómo abría los ojos al cantar. Cómo su boca vocalizaba a la perfección la letra. Cómo sus gestos, sus movimientos, profundizaban en cada palabra. Lo estaba dando todo. Estaba radiante. Feliz. Y yo me sentía feliz junto a ella. Me daba vida. Vicky le daba un aire fresco a una vida llena de amargura. Le daba lo que nunca nadie me dio: amor.

—*Me mata quererte porque me da miedo. Si de amor hay que morir, yo moriré el primero.*

A pleno pulmón, me cantó la última estrofa del estribillo.

La besé. La besé sin que lo esperase después de que nuestros ojos se observaran una vez más.

Yo también moriría de amor.

Pero de amor por ella.

Capítulo 26

Nos casamos

DEREK



Tres meses.

Tres meses faltaban para la boda de Edward y Angy.

Tres meses de estrés. De ansiedad.

Tres meses que pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

Y a veinticuatro horas del gran día, me encontraba en el gimnasio de William pegándole a la única cosa donde podía descargar toda mi ira. Una ira que ni el señor de la guerra sabría controlar.

Puño. Puño. Patada. Puño.

El sudor bañaba mi cuerpo. Ya ni siquiera llevaba la camiseta puesta. Relucía como si me hubieran echado por encima un litro de aceite. Me aferré al saco de boxeo y lo pateé con la rodilla. Lo estrangulé entre mis brazos.

Patada. Puño. Patada.

Habían sido dos meses y medio muy intensos. Al finalizar el concierto, fuimos a casa de William para tomar unas últimas copas antes de zanzar esa noche revueltos en la cama. Cada uno retozando en la suya, claro. Vicky estaba radiante. La viva imagen de la felicidad. Sophia era la que estaba más cansada, aunque era lógico y normal. William se ofreció a llevarla en brazos, pero ella desestimó la oferta. A testaruda no la ganaba nadie. Era una Wright más. Al entrar en el salón, Edward y Angy hablaban en susurros. Se tensaron al vernos. Había nervios. Dudas, quizás.

Edward se levantó con dos tarjetas en las manos y un brillo especial en los ojos. Juré ver llorar

a Angy. Sophia no tardó en darse cuenta de lo que se trataba. La sorpresa estrella de la noche de la que todos se alegraban, menos yo. Entendía que quisieran celebrar su casamiento con los amigos y la familia. Sin embargo, no era el momento para celebrar una boda. Aparte, las odiaba. Al parecer, solo Vicky vio reflejada en mi cara el desagrado por la noticia y me golpeó las costillas con el codo. Gesto que no le pasó desapercibido a William. Ni a Edward.

—¿Hay algún problema, Derek? —Con una mirada altiva que sobrepasaba mi hombro, entornó los ojos para rebuscar la respuesta que intuía que sabía.

—Ninguno.

Oí el suspiro disimulado de Vicky a mi lado. Sus dedos encontraron los míos. Juguetearon y supe que lo hizo para calmarme. No quería estropear esa magnífica noche, así que frené cualquier impulso de rebatir. Si algo tenía claro era que Edward y yo nunca seríamos amigos. Me invitó por quien era. El hermano de su mejor amigo y porque las chicas se llevaban bien entre ellas.

Patada. Patada. Patada. Grité. Golpeé con ambos puños el saco. Fuerte. Muy fuerte.

Eso fue el inicio de la vorágine. Angy le pidió ayuda a Sophia con los preparativos y, por ende, las dos le pidieron ayuda a Vicky. No podían hacerlo solas. Por si no fuera suficiente con el trabajo en *Design Enterprise*, después de la jornada laboral, se coronaron como diseñadoras de eventos. Aunque, en realidad, Vicky era quien estaba organizando toda su puñetera boda.

Puño. Puño. Patada. Doble puño. Grité rabioso.

Me opuse y se lo dije a Vicky. Y parecía egoísta por mi parte —que nos llevaron a varias discusiones—, pero eso la perjudicó. Aunque Vicky fuera perfecta para mí, para ella distaba mucho de serlo. Era autoexigente. Demasiado. Quería bordar los artículos. Quería que fueran atractivos y que William no se arrepintiera de contratarla. Quería el orgullo de mi hermano. A veces pensé que no se sentía suficiente para abordar ese trabajo. No se valoraba y no era consciente de lo buena que era. De las mejores. Por ello, me encargué de recalcarlo todos los días. Debía creer en ella misma. Debía valorarse. Debía amarse más. Por si no tuviera bastante, añadimos el peso de la dichosa boda.

Puño. Patada. Puño. Patada. Retuve el saco y lo golpeé con rapidez hasta gritar de rabia. Me quité uno de los guantes para abrir la botella de agua. Me eché un poco por encima y bebí. Volví a colocarme el guante y una nueva batalla estalló contra el saco.

Pues eso, que las bodas no me gustaban. No era un secreto, pero tenía que pasar por ello. Debía asistir a esa puñetera boda que llevaba de cabeza a Vicky. Llamaba a los hoteles a los que Angy quería ir mientras Sophia y ella se encargaban de elegir el vestido de novia perfecto. Adecuado e ideal. También se encargó de las flores y de la decoración interior y exterior. Y solo lo hacía para quitarle trabajo a mi cuñada. Sophia no estaba para organizar una boda. No estaba para ese tipo de eventos que llevan un gran peso hasta que se celebra. Un día la encontré agotada, acostada en el sofá. Mareada y sin ánimo. El embarazo de Sophia era inestable, no estaba siendo tan bueno como el de Hugo. Ella misma lo confirmó cuando nos la cruzamos un día por la calle, apoyada en un árbol. Pálida y sin fuerzas. Volvía a estar mareada. Me vomitó encima y, a día de hoy, sigue disculpándose por ello.

¿Y qué hacía Angy? Preocupándose por un maldito vestido que todavía no había encontrado. Me pareció egoísta.

Patada. Patada. Patada.

Por si no fuera suficiente, hubo problemas en la empresa a causa de un *hacker* informático y no supe qué rollo más. Edward y William pasaban gran parte del día allí. Luego intentaban ponerse al ritmo de la preparación de la boda. Comprobaban lo que faltaba y lo que no, pero

¿quién terminaba por hacerlo? Sí, Vicky; incluso yo. Me tomé las tardes libres para ayudar a Vicky en lo que fuera necesario. Adelantaba trabajo retrasado de la oficina y cubría las misiones de William. Y lo entendía, joder. Entendía que nuestra mayor tapadera no pudiera ser destruida por un problema como ese.

Si ya odiaba las bodas, en esa ocasión, todavía las odié más.

Puño. Puño. Gritos. Rabia. Ira. La furia en todo su esplendor.

Tuve que soportar que mi casa se llenara de pósits de colores. Abundaban los rosas —no tengo nada en contra de ese color—, pero me irritaba que Vicky empezara a pegarlos hasta en el baño. ¡Maldita sea! Que hasta yo tuve que poner algunos amarillos para recordarle a Vicky que debía comer, que debía respirar. Y no solo a ella, también iban dedicados a mí cuando se me olvidó entregar un informe importante de cuentas. William no objetó nada al respeto porque lo estaba cubriendo y llevábamos mucho a nuestras espaldas. Un peso que no merecíamos, todo por el encaprichamiento de celebrar la puta boda en tres meses.

Empujé el saco rabioso. Otro empujón. Golpe. Golpe.

¿Era necesario asfixiarla hasta ese extremo? Los tics volvieron. Día tras otro. Se le caían los vasos de las manos. Le temblaban hasta para comer. En las piernas aparecían moratones sin explicación. A veces, la cama, parecía un *jacuzzi*. Nervios. Estrés. Hasta que planté bandera. Se terminó organizar mierdas para los demás. Y Vicky se enfadó conmigo. Mucho. ¡Vamos que si se enfadó!

Puño. Patada. Patada. Doble puño.

Se enfadó tanto que se fue a su casa porque decía que no quería ver mi cara de feto apestoso. Egoísta. Testarudo. Y, ¿cómo dijo? ¡Ah, sí! Antirromántico de los cojones. ¿Quién me mandaría a mí enamorarme de una persona así?

Volvió a la mañana siguiente con un ataque de ansiedad. Lloraba desconsolada. Le faltaba el aire. El cuerpo comenzó a temblarle y mi mundo tembló de nuevo. La estreché entre mis brazos y mimé su pelo. Besé su sien y le pedí que se relajara. Que no pasaba nada. Nos sentamos en el sofá, abrazados. No me soltó ni para hacer la comida. Colgué todas las llamadas de mi padre. No haría nada más. No hasta que Vicky estuviera bien. Desvié las llamadas de Edward y de Angy. Estaba exhausto de esa situación. Los bloqueé para que no llegara ni un mensaje.

Vicky me pidió perdón por todo lo que dijo, aunque yo sabía muy bien que se arrepentía. Me quedó claro que, cuando se enfadaba, le salían virguerías por la boca. Escupía fuego como una dragona. Lo comprobé el día que me declaré y lo corroboré esa segunda vez. No reiteramos ninguna discusión más. Al menos, hasta el momento. Estábamos bien. Las aguas se tranquilizaron cuando, a tres semanas de la boda, Angy se presentó con los ojos rojos e hinchados de llorar; también traía consigo una cajita envuelta con papel de regalo. Me aparté para dejarla pasar y se dirigió al salón, donde se encontraba Vicky escribiendo un nuevo artículo sobre la nueva temporada de moda de *Design Enterprise*. Estalló en llanto nada más ver a mi *jueves* y esta, sin pensarlo demasiado, abrió los brazos y la recibió con un beso en la cabeza. La estrechó con fuerza para calmar su lloro.

—Lo siento. Muchísimo. —Hipaba. Le costaba respirar y fui a por un vaso de agua. Se lo tendí y lo agarró con fuerza después de dejar la cajita encima del sofá—. Os pido perdón a los dos.

—No te preocupes, Angy. —Vicky buscó pañuelos por los cajones y le tendió uno cuando los encontré—. Ya está, cielo.

—No, he sido una egoísta. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Contigo. Con los dos. —Me miró apenada—. Estaba tan ensimismada con el vestido y el apogeo de que, al fin,

nos casaríamos que no me percaté de que acarree a los demás con un trabajo que no le pertenecía. —Sorbió por la nariz. Volvió a estallar en llanto—. Por mi culpa tuviste un nuevo ataque. Por mi culpa os he dado más dolores de cabeza de los que ya tenéis. Siento... —Estuvo a punto de arrodillarse, pero la detuve—. Lo siento mucho.

La mirada de Vicky se cruzó con la mía y abracé a Angy para apaciguarla. Vicky solía decir que mis brazos eran capaces de calmar a las leonas más fieras y, aunque no era el caso, esperaba tranquilizar el llanto angustioso de la novia. De lo contrario, Edward me mataría.

—No te preocupes por eso, Angy. La boda está organizada y, dentro de tres semanas, te vas a casar con el hombre al que amas. —La sonrisa de Vicky se expandió y vi un brillo especial en sus ojos—. Estoy seguro de que tienes un vestido de novia que creará sensación y Vicky lo publicará en la revista de la empresa.

—De eso no te quepa duda. —dijo Vicky. Angy sonrió—. Todos hemos tenido un momento de ensimismamiento, donde no veíamos más allá de nuestra propia ilusión. Es normal...

—¿Y tú, cómo estás? ¿Te ha vuelto a pasar? —preguntó preocupada, todavía abrazada a mí. Estaba siendo un poco incómodo, pero a Vicky parecía divertirla.

—No, fue muy leve y tuve la suerte de contar con Derek. —La curva de sus labios sonrió tímida—. Siempre está para mí y sabe cómo calmarme. Como a ti.

Angy se dio cuenta de que ya no estaba llorando, ni siquiera hipaba. Dejó caer los brazos alrededor de su cuerpo y se peinó nerviosa el pelo con las manos. Sorbió un par de veces por la nariz y expulsó el aire retenido en sus pulmones con una bocanada.

—Os he traído esto. Es una tontería, pero me gustaría que lo aceptarais. —Nos tendió la cajita. Vicky fue la encargada de abrirlo—. No compensa lo que habéis hecho por nosotros, pero...

Los golpes en el saco disminuyeron. Sentía mis puños arder dentro de los guantes y la respiración se volvía más pesada ante los recuerdos. La impetuosidad comenzó a debilitar mi cuerpo.

Cuando Vicky abrió la cajita, se emocionó. Ambos lo hicimos. Eran dos llaveros que, cuando los unían, formaban un corazón y se admiraba la foto que grabaron en ella. Una foto que nos hicimos en el concierto, a punto de besarnos.

—¿Os gusta? —preguntó emocionada.

—Es precioso —comenté.

Angy saltó feliz y Vicky me abrazó efusiva.

—Gracias —susurró en mi oído antes de besarme.

—También quiero que sepas —esa vez solo se dirigió a mí— que habrá un par de juegos en el convite. —Levanté una ceja interrogándola—. Nos pareció una buena idea para animarnos con los chupitos. Uno de los juegos es lanzar dardos a la diana y, ¡adivina!, una de ellas tendrá la cara de Edward.

—¡Esa es la mía! —exclamé entusiasmado.

—¡Derek! —me reprendió Vicky.

—Es broma. —No lo era.

Angy se rio y nos dio un último abrazo.

—Gracias por todo, de verdad. Os quiero un montón, incluido a ti. —Me acarició el brazo y le sonreí con sinceridad.

Aguanté el saco para detenerlo. Pegué la frente en la lona que lo cubría. Necesitaba tomarme un respiro. Las cosas estaban bien entre Vicky y yo. Nadie nos molestó más con el tema de la boda. Pero me seguía quemando. Tenía un problema de irritación.

—Aquí estás.

Miré en dirección a las escaleras. Vicky vestía con un top deportivo morado y los *leggings* a juego. Llevaba consigo una botella de agua grande. Fresca. Me la lanzó y me refresqué con ella. Pasó entre las cuerdas y se puso a mi lado.

—Te he llamado tres veces. —Miré el teléfono que estaba sobre una silla en una esquina del *ring* y la miré preocupado—. No me pasaba nada, solo quería saber si estabas bien.

—Ahora lo estoy. —Me quité los guantes y los tiré a un lado en la lona—. Necesitaba estar solo y pasar tiempo con mi amigo. —Le pegué un puñetazo bastante flojo para todo lo que recibió. Se movió muy poco.

—¿Y yo puedo pegarte a ti? —Su ceja se levantó sagaz y se colocó tal y como la había enseñado en nuestra primera lección—. Creo que, esta vez, puedo ganarte.

—Ni siquiera estás vendada.

—Eso da igual. Venga, empecemos.

—Mandona.

—Listillo.

Me atacó con un par de puñetazos y golpeé su rodilla por detrás cuando giró para darme una patada que la hizo caer al suelo.

—*Gilipollas*.

—*Jueves*. —Le tendí la mano. Se aferró a ella y se levantó de un saltó—. ¿Vas a intentar tumbarme?

—No lo dudes.

—No lo hago.

Volvió a intentarlo, esa vez con un poco más de énfasis. Estaba picada y quería lograr lo que se propuso. Los golpes cada vez iban mejor destinados. Aguantaba el equilibrio, aunque dejaba muchos frentes abiertos. Pero no sería yo quien la privara de tumbarme en la lona, sobre todo, si luego se ponía a horcajadas sobre mi cadera.

—Sé que me has dejado tumbarte —sonrió astuta—, pero me da igual. La satisfacción de tenerte bajo mi cuerpo, bajo mi control es lo que más... —se acercó con placidez, arrastrando las manos por mi abdomen sudado mientras delineaba las líneas de los abdominales. Repasó el contorno de mis tonificados pectorales hasta pegar los suyos sobre ellos— me pone.

Mordió mi cuello con una chispa salvaje que me encendió como el roce de una cerilla. La piel me quemaba bajo sus besos. Sensuales. Imperiosos. Cada fibra nerviosa de mi cuerpo se prendió con un chasquido. Devoré su boca. Ansioso. El ritmo lo marcaba ella. Vicky tenía el control, y ¡joder cómo me gustaba que me poseyera de ese modo tan cautivador! Sus dedos se deslizaron con suavidad hacia la cintura del pantalón de entrenamiento. Rozó mi erección con la punta del dedo índice y sonrió perspicaz.

—Le he dicho a tu hermano que teníamos reservado el gimnasio hasta mediodía. —Comenzó el mismo recorrido por el que habían pasado sus dedos, pero esa vez con la lengua—. Que no nos quedábamos a comer. —Siguió más hacia abajo. Mi corazón iba a estallar de gozo—. Y que no interrumpiera nuestra segunda lección. Estoy muy dispuesta a vencer a mi oponente.

Introdujo la mano bajo mi bóxer y agarró mi pene con decisión. Lo movía con dilación. Me estaba torturando, como muchas veces hice yo. *Touché*, Vicky. Aunque eso no cambiaba nada. Seguiría probando su sabor en cualquier parte de la casa.

—No tienes por qué hacerlo —comenté cuando vi sus intenciones, pero lo tenía más que decidido. Nunca la obligaría a hacer nada que no quisiera.

Y, ¡joder! Los movimientos fueron intensos. Fogosos. Profundos. Jamás, en mi vida, nadie me había dado el placer que me dio Vicky tocándome. Tenía el vello erizado y el corazón a punto de

salirse del pecho.

De un bolsillo, ajustado en la parte trasera de los *leggings*, sacó un preservativo que ella misma se encargó de poner. Se quitó la ropa con desespero y, antes de que me cabalgara como una auténtica jinete, la detuve. Su mirada curiosa me escudriñó y yo sonreí perverso. Si quería que folláramos aquí, lo haría con una de mis condiciones. Nos di la vuelta con toda la intención de que ella se viera reflejada en el gran espejo que había colgado en la pared.

—Ahora puedes ver lo que yo veo. —Recorrí su piel desnuda, aferrada a mis caderas. Me moví rozando mi pene por su lujuria. Gimió—. Móntame. Hazme tuyo y mírate. Mírate con mis ojos. Eres *sexy*, preciosa y poderosa. —Me incorporé para llenarme la boca con sus pechos que me reclamaban a gritos—. Mira el placer que hay en tu mirada. Escucha el reflejo de los gritos en el cristal. —Mordí con suavidad el pezón izquierdo. Luego el derecho—. Hazme el amor, Vicky.

Arrastré la yema de mis dedos por su espalda hasta que se posaron en su culo. Ella se levantó un poco e introdujo mi pene en su interior despacio. Como si quisiera llenar todo el vacío.

—No cierres los ojos.

Comenzamos a movernos lento. Suave. Cada caricia prendía un poco más la llama. Ella lo hizo. Se miró. Miró su reflejo cuando el ritmo incrementó. Entreabría los labios. Se aferraba a mi cuello cuando la rapidez de las embestidas se transformó en dureza. Fuerte. Acalorado. Jadeos. Gritos. Gemidos. Todo. Hasta quedar completa. Hasta explotar en éxtasis. Los movimientos volvieron a ser muy lentos. Pausados. Su boca estalló contra la mía y nos cambié de posición. Ahora, frente al espejo, levantados, volvimos a corrernos envueltos por el ardor del averno. Placentero. Pasional y carnal.

Capítulo 27

Intromisión

DEREK

Estaba radiante.

Vicky se agarró el vestido a la espera de que la ayudara para subirle la cremallera. Nos miraba de soslayo en el espejo. Íbamos conjuntados. Ella lucía un vestido de palabra de honor, que descendía con un corte entre sus pechos y se unía con un pequeño lazo que le envolvía la cintura. Una caída elegante, que rodeaba sus piernas, se expandía en la parte de atrás como la capa de una reina. El color granate deslumbraba toda su esencia y destacaba su sedosa piel. Besé su hombro desnudo y apoyé la barbilla en él para vernos reflejados en el espejo.

Su sonrisa no podía resplandecer más. Mis comisuras también se elevaron y le mordí el cuello juguetón. Un ligero codazo en mi abdomen me echó hacia atrás, el cual aproveché para agarrar su mano y darle una vuelta digna de princesa. Preciosa toda ella.

—¿Te gusta el recogido que me he hecho? —Volvió a darse la vuelta por si no me había fijado bien. Asentí y le sonreí—. ¿No me he excedido con el maquillaje? No suelo maquillarme de este modo...

—Eres el vivo retrato de la belleza al natural y no te hacen falta maquillajes que adornen tu cara. —El rubor se acumuló en sus mejillas—. Pero hoy es un día distinto a lo habitual y estás realmente preciosa. —La agarré y volví a ponerla frente al espejo—. ¿Qué ves? Porque yo veo a una mujer increíble que tiene dotes de peluquera, esteticista, redactora, boxeadora... —Rio—. ¿Estás de acuerdo?

—Lo estoy —dijo mirándose con autoconvencimiento.

Y me hizo feliz ver ese brillo especial en su mirada.

—Mi *jueves* —hice una reverencia ante sus ojos—, ¿me acompaña a este casamiento?

La carcajada que no retuvo me hizo reír ante aquella estupidez, pero ¿quién no las hacía? El amor era capaz de todo. Y fue ahí cuando me di cuenta de lo equivocado que estaba cuando afirmaba que el amor no daba felicidad o que nos hacía débiles. Al contrario, el amor mueve mundos. Es fuerte. Y, a la vez, te hace sentir libre. Sonreí al recordar las palabras de Vicky. El amor es como volar...

—¿En qué piensas? Te has quedado... ¿ausente? —Se detuvo delante de mí para escudriñarme de un modo atento, como si fuera capaz de leer más allá de lo que mi neutra expresión mostraba—. ¿Estás cambiando de opinión respecto a que odias las bodas? —preguntó divertida. Puse los ojos en blanco y ella rio a carcajada limpia—. Ya lo sabía. —Me guiñó un ojo, juguetona—. Derek Wright y su «no» al matrimonio.

Rodé los ojos y adelanté mis pasos. Ella seguía tras de mí comentando que a muchas personas les hacía ilusión casarse con la persona a la que amaba. Decía que me entendía, que solo era un papel y un anillo en el dedo, pero ella se posicionaba en la afirmación de que dar el «Sí, quiero» significaba un paso más allá de lo común. Dejé de escucharla mientras bajaba las escaleras. Era un discurso que ya había oído antes y era fácil desconectar de ese tema.

Cuando llegamos al salón, Erik estaba tumbado en el sofá con el móvil en las manos y una sonrisa traviesa. Como si estuviera a punto de devorar la pantalla. Su mirada se desvió apenas un segundo, guardó el móvil en el bolsillo del traje y tiró de la americana gris para deshacer algunas

de las arrugas.

—Pero ¡qué guapo estás! —gritó Vicky a mi espalda. Erik, hinchado como un pavo, giró sobre sus talones para que lo viéramos al completo—. Desde luego, el traje gris te favorece.

—Soy lo mejor que verás en el día de hoy. —Rodé los ojos por segunda vez—. Tú tampoco estás nada mal, *my darling*. Tú serás mis mejores vistas.

—Déjame dudarlo.

—Lo serás.

—No.

—Sí.

—Me quieres.

—Te odio.

—¿Por qué no os calláis los dos? ¡Parecéis críos! —Ambos la miramos y ella levantó los hombros sin importarle que la miráramos mal—. Vamos a llegar tarde —se excusó, huyendo, mientras miraba el reloj.

—Menos mal que los críos somos nosotros y no la que se vuelve loca porque no he dejado el maquillaje en su sitio cuando se lo robo. —Parpadeé un par de veces antes de ladear la cabeza y mirar a mi amigo—. ¿Qué pasa? Las ojeras las tendré que disimular, ¿no crees? Uno no puede ir por la vida con ellas, sobre todo, si se llama Erik y está dispuesto a triunfar por las noches.

—No necesito oír más. Vámonos...

Vicky ocultó una risita con poco éxito. Estaba casi seguro de que Erik había puesto alguna cara rara burlona sobre mi decisión de no escuchar más estupideces. Me encaminé a la puerta de entrada y cogí las llaves del coche. No tuve que girarme para ver si me seguían. El ruido de los tacones de Vicky seguía mis pasos. Me detuve en el primer escalón después de abrir la puerta y separé mi brazo, en forma de agarre, para que Vicky se apoyara en mí. Como una princesa, introdujo su brazo entre mi codo y mi costado. Dejó su mano sobre mi brazo. Bajamos despacio. Mi *jueves* no dejaba de sonreír. Estaba radiante, y yo estaba loco y jodidamente enamorado de ella. Hasta con un trapo la hubiera visto hermosa.

—Por favor, dejad que os haga una foto. —Erik nos adelantó con un salto y se colocó en la calle. Nosotros nos quedamos en el último peldaño y nos miramos—. Otra. Otra —nos decía mientras los ojos de Vicky, vidriosos de emoción, me confesaban el amor que sentía—. Ahora miradme a mí. —Lo hicimos; pero antes de ello, la sostuve por la cintura y la acerqué a mí. Ella pegó su cara en mi brazo con una radiante sonrisa que estaba seguro de que alumbró la foto—. ¡Perfectos! Me tendría que haber dedicado a esto.

Vicky salió corriendo para verlas y sus ojos brillaron un poco más. Apretó los labios en una delgada línea para liberarlos en una hipnótica sonrisa que contagió a mis labios, que elevaron sus comisuras tras ver cómo abría los brazos ante mi cercanía. Admiré las fotos que mi amigo me enseñaba y un latido se detuvo para golpear el siguiente con fuerza. Juré que hasta Vicky lo oyó cuando acarició el lugar de mi corazón.

—¡Ono! —La voz de Hugo me hizo darme la vuelta y soltar a mi *jueves*. Lo agarré y lo lancé al aire, como siempre hacía. Lo sostuve en brazos para que me diera un beso en la mejilla y yo le hiciera cosquillas—. ¡Ono! —me reprendió.

Parecía un señorito vestido con ese traje hecho a medida. Sandy y él serían los encargados de llevar los anillos y un cofre con monedas. Sophia abrazó a Vicky cuando llegaron hasta nosotros. Lucía un vestido azul violáceo de tirantes gruesos que caía holgado hasta sus pies. Con zapatos plateados y un bolso diminuto —dudaba que le cupiera el móvil— de color plata. William, con esmoquin y pajarita a juego, me pegó una palmada en la espalda para saludarme.

—¿Cómo está de nervios? —preguntó Vicky a Sophia. Esta rodó los ojos y rio.

—Está histérica. —Reímos—. Jamás pensé verla de ese modo.

—Está todo controlado, que no se preocupe.

—El problema es que Edward está más insufrible que ella —comentó William—. Si no llega a ser por Sophia, le estampo el puño en toda la cara.

Retuve la risa. Mordí el interior de mis mejillas para no estallar en carcajadas. Un ojo morado hubiese sido la moda de las bodas.

—No seas malo —reprochó Vicky al darse cuenta de mi gesto, como si me hubiese leído la mente.

—No he dicho nada, ¿a que no? —le pregunté a Hugo, que estaba entretenido subiendo y bajando el cuello de mi camisa. Este negó con la cabeza—. ¿Ves?

Gruñó.

—Vigílalo... últimamente se está portando muy mal. —Hugo ni siquiera miró a su padre, sino que lo ignoró como todo un Wright. Adoraba a ese niño—. Se dedica a escaparse y a esconderse. Y, cuando lo llamas, no responde.

—¿Eso estás haciendo tú, campeón? —El azul carpiano de su mirada miró por un momento la mía—. A mí me vas a responder, ¿a que sí?

—Í. —Puso morritos para hacer un puchero que no le hacía falta.

—Eres todo un mafiosín^[5] —le susurré en el oído y este se rio. William bufó y me asesinó con la mirada—. Es un mini Wright, no sé de qué te extrañas. Sigue tus mismos pasos.

Creí ver algo en su mirada, algo que no era común en él. ¿Estaba pensando en no involucrar a su hijo en la mafia? ¿Por qué no me había dicho nada? Leyó mis dudas y preguntas en mis ojos. Él suspiró.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer. —Vicky asintió y yo también lo hice—. Nosotros llegaremos dentro de media hora con los novios.

∞∞∞∞∞

Mason y Julissa ya estaban donde se iba a celebrar la ceremonia. Todo estaba como debía estar. Vicky se cercioró de que todo estuviera en orden. La decoración estaba preciosa. Luces caían por las ventanas, las cuales llegaban al jardín mágico que había en la zona de atrás de *Sofitel Legend*. Los árboles también fueron decorados con luces. Bajo una carpa, de tela de tul con bastones de madera oscura, se encontraba un sillón antiguo de color rojo granate y dorado a la espera de la pareja. A su lado, un atril y una mesa, donde una mujer iniciaría la ceremonia. Frente a ellos, once sillas —dos de ellas pequeñas— estaban decoradas con una tela blanca y unas ligeras flores cosidas a esta. En el centro, flores blancas y rosas adornaban el pasillo desde la entrada hasta el altar.

—Ha quedado precioso, este jardín realmente es mágico —comentó Vicky a mi lado. Observaba todo con detalle. Quería que fuera perfecto, como si la boda fuese suya y no la de Angy—. Por cierto, ¿dónde está Hugo?

—¿¡Hugo!? —grité. Él asomó la cabeza por detrás de un arbusto—. ¡Muy bien, campeón! Puedes seguir jugando.

Erik, Sandy y Hugo estaban jugando al escondite. Hugo me odiaría si lo pillaran, pero tenía que cerciorarme de que no me hiciera lo mismo que a William.

—A mí me hace caso, no como a mi hermano. —Reí.

—Eres su tío favorito.

—Y él es mi sobrino favorito.

Sonrió melancólica. Sabía lo importante que era ese crío para mí. Después de todo, fue la primera persona que me vio bajo mi máscara. William entró en el jardín y Vicky ordenó a todo el mundo que tomaran asiento. Hugo vino corriendo a nuestro lado tras ver a su padre y se irguió como un chico bueno.

—¿Y Sandy? —me preguntó directamente—. Edward se ha empeñado en que su hija lo acompañe en el recorrido.

—Está jugando con Erik y Hugo.

Su mirada se puso en alerta.

Mi cuerpo se tensó.

Vicky se giró para mirarnos y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.

—¿¡Erik!? ¿¡Sandy!? —gritó.

Siguió mi grito y el de William. William agarró a Hugo y me miró con la misma mirada que yo.

Todos nos pusimos a buscar a Sandy y Erik, pero no los encontrábamos. Recorrimos planta por planta. Preguntamos a todos los trabajadores y a los camareros. Mason llamó a los francotiradores que aguardaban el lugar. William fue a mirar las cámaras y lo acompañé. No vimos nada extraño.

Sophia y Vicky se encargaron de que Edward y Angy no se enterasen. Al menos, de momento. Mi hermano llamó a los Bolton, quienes fueron los portadores de malas noticias. Las cámaras no detectaron nada porque Emma fue muy lista. Demasiado. Solo falló en una cosa, en la peineta de la cámara del restaurante que había al lado de *Sofitel Legend*.

—Debemos contarles la verdad. No podemos ocultar que Erik y Sandy han sido secuestrados por Emma.

William asintió y fuimos hacia donde estaban. Al ver nuestras caras, anticiparon la peor de las noticias. Edward se volvió loco. Angy cayó de rodillas al suelo, sobre su preciosa cola blanca de brillantes que tanto le costó elegir. Sophia se puso una mano en el pecho y William la agarró. Ese momento trajo muchos recuerdos dolorosos. Emma siguió los pasos de su madre. La boda era una mala idea desde el principio. Estábamos expuestos a eso. Esa era la razón que nunca mencioné.

—Los encontraremos —aseguré—. Traeremos a Sandy y a Erik de vuelta.

Angy lloró más y William detuvo a Edward cuando se acercó a mí. Sus ganas de agarrarme del cuello y estamparme contra la pared fueron anuladas por su mejor amigo.

—Él no tiene la culpa, solo Emma Strong.

—Iré con vosotros. —El cólera que sentía solo era fuente de adrenalina para la misión a la que nos enfrentábamos—. Lucharé por mi hija.

—Te quedas —William zanjó el tema y, por muchos improperios que Edward soltaba por la boca, sabía que era lo mejor. No estaba preparado para ese tipo de misiones.

Salí de la habitación a toda prisa y me dirigí hacia el jardín. Me asfixiaba. Erik, mi mejor amigo, estaba en manos de Emma. Sabía de lo que era capaz y juraba no saber qué le haría. Esa vez tenía dos rehenes y ella no era idiota. Era inteligente para saber que, si le hacía daño a Erik, si lo mataba, también mataría parte de mi vida. Necesitaba pensar con claridad. Poner en orden las ideas. William se puso a mi lado. Ni siquiera me había dado cuenta de que vino tras de mí.

—Encontramos a Hugo, y también lo haremos con ellos. No les va a pasar nada. Emma nos quiere a ti y a mí. —Solté todo el aire retenido—. ¿Estás conmigo?

—Siempre.

Mason se acercó a nosotros. No hizo falta que dijéramos nada. Sobraban las palabras. Íbamos a ir a por ellos. Una mirada fue suficiente para hacer que nuestra madre subiera escaleras arriba para controlar a Edward, quien estaba perdiendo los estribos. Se escuchaban sus gritos. Y lo entendía, no sabía cuánto.

Una palmada en el pecho me sacó del trance momentáneo que tuve y seguí los pasos de mi hermano y mi padre hacia la salida. Nada más cruzar la puerta, oí que gritaban mi nombre. Vicky.

—Ve arriba, te necesitan.

—No quiero que vayas, Derek. Podrías morir...

—Es un riesgo que correré. —Su labio temblaba. Lloraba asustada—. Volveré, Vicky.

—¿Y si no lo haces?

—Lo haré.

—No, ¡joder! —gritó y me empujó—. No quiero que vayas. No quiero perderte.

—No me vas a perder, he pasado por situaciones peores. —Me acerqué a ella y agarré sus mejillas. Las acaricié con los pulgares en un intento de tranquilizarla. Besé sus lágrimas para que se detuvieran—. Volveré, te lo prometo.

Un nuevo empujón me separó de ella.

—¡No prometas nada que no puedas cumplir! No sabes si sobrevivirás. Quiero que dejes esta mierda y te quedes conmigo.

—No puedo hacerlo. —Me escocían los ojos, pero no iba a llorar—. Si tengo que arriesgar mi vida por la pequeña Sandy y Erik, que así sea.

Y me fui.

—¡Derek! —voceó furiosa—. ¡Derek, joder! ¡No! ¡Para!

Y mis pies se detuvieron.

—¡Mírame! —Respiré antes de hacerlo—. No vayas, por favor.

Negué con la cabeza ante su petición. Iba a ir. No había elección.

—Entonces debes elegir: ellos o yo.

No respondí. No tuve fuerzas para hacerlo porque mi corazón estaba partido en dos. Puede que eligiera mal. Puede que nunca hiciera nada bien, pero no dejaría que Erik muriera.

Me di la vuelta y me encaminé hacia el coche de William. Los gritos y el llanto de Vicky a mis espaldas me rompían el alma. El desespero en su voz, el odio en sus palabras y el reclamo que llegó. Elegir entre ella y el mundo oscuro del que formaba parte. Aunque, a decir verdad, no me dolió eso; sino el veto de salvar a Sandy y a Erik. ¿Cómo pudo hacer algo así?

Cuando subí al coche, lancé una mirada por el retrovisor y la vi caer al suelo, arrodillada, con las manos sobre la cara. Sophia se agachó junto a ella y dejé de mirar. William, que estaba sentado a mi lado, se mantuvo en silencio. Lo agradecí. No quería hablar de lo que acababa de pasar. De la discusión más... más... ¿Acaso tenía fuerzas para combatir esa nueva guerra? Tan siquiera encontraba la palabra para describirlo. Me dejé llevar por el impulso, por mi carácter, por la desesperación de perder a dos personas importantes en mi vida. Quizá fui egoísta por pensar en ellos antes de salvar lo nuestro, pero nos necesitaban. Erik y Sandy estaban en peligro. Emma era capaz de todo. Los Bolton nos llamaron y William descolgó.

—Hemos localizado a Emma, se encuentra en *Waterland*, en una casa de madera. La zona está rodeada por cámaras que mi hermano está desconectando. —Oíamos las teclas a través de los altavoces del coche. Parecía que estuvieran con nosotros—. Fue bastante estúpida al hacer la peineta ante la cámara y no ocultarse del resto. En ningún momento se vio a más personas dentro

del vehículo.

—No fue estúpida —respondí. Quería concentrarme. Poner la mente en blanco e ir con los cinco sentidos al cien por cien—. Lo hizo adrede para que supiéramos que fue ella. Ha burlado nuestra seguridad.

—Ha sido descuidada al delatarse. La hemos encontrado...

—Y pagaremos un precio por ello. Es Emma, es de la misma calaña que Ava. —Respiré en un intento de congelar mi corazón, el cual no dejaba de batear con fuerza. Los ojos de Vicky volvían a mi mente y todavía lo fragmentaba más. Moví la cabeza para hacerlos desaparecer—. Tiene un plan y debemos ser más astutos que ella.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría hacer? —Negué. No lo sabía. La vi mil veces enfrentarse a los malos, pero nunca me enseñó su verdadera cara—. Derek tiene razón. —Nuestro padre se apoyó en el respaldo mientras se acariciaba la barba.

—Estaciona. —La voz de uno de los Bolton apareció de la nada—. Estáis cerca y es mejor que vayáis a pie. Mi hermano os guiará por una senda donde las cámaras tienen puntos ciegos.

Bajamos del coche. Mientras William y yo cogimos las armas, las recargamos y nos enfundamos otras, nuestro padre avisó a toda la caballería para que viniera a ayudarnos.

—Ellos deberían de quedarse en los alrededores —comenté—. Si entramos todos, será más fácil localizarnos.

Mason meditó durante unos segundos mi opinión y organizó a los pocos hombres que había con nosotros. Les indicó lo que debían hacer y cuándo tenían que entrar. No había ningún plan, era un sálvense quien pueda. Emma estaría dispuesta a todo con tal de vernos sufrir. Con tal de vernos muertos. Con el miedo calando mis entrañas, salté por donde los Bolton nos decían. Nuestro padre, testarudo, quiso acompañarnos. William intentó disuadirlo; pero, cuando a un Wright se le metía algo en la cabeza, no había persona en la faz de la tierra que lo detuviera.

—No os mováis. —Los tres nos quedamos clavados en el campo seco que rodeaba la caseta de madera. Cerca de esta, la verde hierba crecía justo al lado de una enorme piscina—. A vuestra derecha hay un sendero de árboles. Pasad de uno en uno a nuestra orden. —Un angustioso silencio se prolongó hasta oír la palabra—. Ahora. —De nuevo, silencio. William fue quien corrió hasta el siguiente.

Con cada «ahora» nos cobijábamos de un árbol a otro. Rodeamos la casa. El corazón me palpitaba avivado. La adrenalina me subió desde los pies a la cabeza. Los músculos se me tensaron y las ganas de matarla se incrementaron. Un destello, desde una de las ventanas de la caseta de madera, llamó mi atención.

—No os mováis —ordené. Los Bolton no dijeron nada más. Mi hermano y mi padre me miraban atentos—. Estoy seguro de que nos ha visto. He visto un destello en una de las ventanas.

—¿En qué estás pensando, hermano? —preguntó cuando observó que me quedé mirando las hojas de los árboles.

—Si conseguimos entretenerla, uno de nosotros podría correr tras los árboles hacia allí. —Señalé la esquina de la casa, la que estaba lejos de la piscina. La única esquina que tenía una ventana en la planta de arriba, pero no en la de abajo—. Es arriesgado y puede salir mal. Necesitamos que los hombres entren.

—Dispersaos por las distintas zonas de la casa. Dejad que os vea y haced como si os escondierais. —Le habló a su reloj y dejó caer el brazo. Era la hora de comenzar un juego del que ni siquiera sabíamos las reglas.

Mason se distanció de nosotros, haciendo el recorrido contrario. Se escondía detrás de los árboles, aunque un par de disparos —por la zona principal— nos alarmaron. Había entre dos y

tres hombres con ella. Seguramente, los hombres de los Strong huirían a otras mafias después de que termináramos con ellos. Fueron lo suficientemente listos para no quedarse con Emma, a excepción de los que estaban.

William y yo corrimos hacia la zona que indiqué. Nos detuvimos en uno de los grandes árboles cercanos a la casa. Miré mi vestimenta y maldecí llevar un traje en vez de mi ropa cómoda. Trepar un árbol con esos zapatos sería como deslizarse por el hielo. Sin mucho pensar, me descalcé y subí por él. Me acomodé en una de las ramas mientras mi hermano me imitaba. Desde allí vimos cómo, uno de nuestros hombres, corría por la zona opuesta a la nuestra. Mason seguía escondido detrás de la gruesa madera que forjaba su escudo.

—No perdamos más tiempo. —William se acercó a la rama más grande y gruesa, cercana a la ventana de la primera planta. No vio nada desde el exterior—. Demasiado sencillo, Derek.

—Mason, necesitamos un tiroteo.

Los disparos no tardaron en inundar nuestros oídos. William abrió la ventana con cuidado y comprobó que no había ninguna trampa en la habitación. Lo seguí una vez entró en la estancia, bastante desalentadora. Una miserable cama deshecha en un rincón y un armario viejo lleno de polvo. Se escuchaba el ruido de las hojas secas y rotas al chafarlas. Erik y Sandy debían de estar en la planta de abajo. Un lugar sin ventana y terrorífico. No obstante, me quedé mirando el suelo.

Había mucho polvo y huellas de zapatos, también ahora la de nuestros pies. Emma nos estuvo espiando desde aquí. Ladeé la cabeza y miré la puerta. Me acerqué a ella. Tomé el pomo con la mano y cogí el valor necesario para rodarlo y enfrentarme a mi falsa hermanastra, pero la puerta estaba cerrada con llave. Nuestra misión era abrirla. Debíamos ser muy cuidadosos, pues se escuchaban pasos acelerados desde el pasillo.

Un ruido proveniente de la madera vieja nos hizo girar con el arma al frente. No había cámaras en esa habitación, por lo que no sabían que estábamos allí. Fue lo primero que hice al entrar, observar cada rincón. Nos acercamos al armario, cada uno por un lado, y me encargué de abrir una de las puertas para comprobar qué había sido eso.

Mi mundo se desmoronó en un instante al escuchar un *clic* y ver a las dos personas que buscábamos.

Sandy, amordazada y con un pequeño hematoma en la mejilla. Erik, atado de manos y piernas, y con un artefacto explosivo envuelto por el cuerpo. Cuando vi sus ojos ahumados, mi corazón se rompió un poco más. El temporizador acababa de marcar treinta minutos y estaba en marcha atrás. Nosotros fuimos los causantes de que se activara.

Me agaché frente a él mientras William abrazaba a Sandy. Un abrazo que apaciguó el llanto desolador en el que se quedó sumida. Limpiaba sus lágrimas con afecto, susurraba en su oído y besaba sus mejillas.

—Te sacaré de aquí. —Observé todos los cables con detenimiento y lo desaté—. ¿Puedes aguantar en esa posición un poco más? —Asintió—. No te muevas. Cualquier movimiento podría hacernos volar por los aires.

No dijo nada, pero no hacía falta. Su mirada llena de súplica me pedía que lo ayudara y, desde lo más hondo de mi corazón, quería salvarlo. Salvarlos. William dejó a Sandy en el suelo y le pidió que se quedara con Erik. Ella sería su cuidadora antes de volver con Hugo, quien la echaba mucho de menos. Su carita se iluminó cuando mencionó a su mejor amigo. Asintió y se sentó al lado de mi amigo, que se mantenía en silencio.

—Tenemos que abrir esa puerta como sea. —Asentí. Pensaba como mi hermano. Para terminar con todo esto, debíamos abrirla y enfrentarnos a Emma—. Por suerte, a Angy le encanta hacerle recogidos a Sandy —habló en voz baja para que la pequeña no nos escuchara.

Con la horquilla en la mano, William se agachó a la altura del pomo para abrir la puerta con el delicado metal. Lo intentó muchas veces. Miraba el temporizador. El sudor, la preocupación y la ansiedad comenzaron a intensificarse. Quince minutos.

—Ya está.

—¡Maldita sea! ¿Cómo podéis ser tan zoquetes? —gritó Emma desde fuera—. ¿¿Cómo es posible que se os haya escapado ese vejestorio de Mason Wright!? ¡Buscad a sus hijos, deben de estar por aquí! —ordenó enfadada—. ¡Idiotas!

—¿Sería muy sencillo abrir la puerta y disparar como si no hubiese un mañana? —pregunté entre dudas.

Veía flaquear el plan por todos lados. Nervios. Angustia. Otra mirada al temporizador: doce minutos. William se acercó a Sandy. Le pidió que se tapara los oídos y que se girara de espaldas a nosotros. Él la ayudó a ponerse de ese modo y la pequeña lo hizo sin rechistar. Comenzó a llorar. Estaba asustada, muy asustada. William besó la cabeza de Sandy con delicadeza y miró con tristeza a Erik, a quien no estaba seguro de poder salvar.

Un nuevo grito de dolor estalló en mi corazón. Abrí la puerta sin pensar y apunté a Emma, quien estaba apoyada en la puerta de enfrente con un arma en la mano derecha.

—Vaya, vaya. —Sonrió—. ¿A quién tenemos aquí? —Se separó y dio un pequeño paso hacia mí. En cambio, yo di uno para alejarme de la puerta y que no se inmiscuyera dentro—. A mi hermanito querido.

—Hagamos esto como antaño. Como aquellas peleas que siempre fueron interrumpidas por tus padres. —Las diabólicas comisuras de su boca se elevaron hacia arriba, mostrando sus dientes blancos—. Nunca fuiste capaz de ganarme, ni lo serás.

Tiré el arma al suelo. Me arriesgué, aun sabiendo que ella tenía la suya en la mano. Un grito, de que habían atrapado a William Wright, la hizo sonreír todavía más. Y, aun así, sabía que podíamos ganar.

—Te has metido en la boca del lobo, hermanito. Vas a morir como tendrías que haber muerto en aquella redada. —Tiró el arma al suelo y se posicionó para dar comienzo al combate.

Lanzó la primera patada, que esquivé con éxito. La oscuridad se plasmó en sus ojos oscurecidos por las ganas de venganza y odio. Vi el reflejo de mi pasado en ellos. Un alma que vagó perdida entre mentiras. Una que luchaba con todas sus fuerzas para sobrevolar el cielo y llenarse de luz. Nos vimos enredados en una pelea en la que ambos queríamos ganar. Ella para culminar la misión de hacer desaparecer a los Wright, y yo para terminar con la pesadilla del pasado.

La patada en la cabeza me desorientó durante unos segundos. Unos segundos en los que aproveché para atacarme de manera abrupta. Sus puños golpeaban mi cara, mi pecho y estómago. Sin cesar. Sin dejar que un ligero aliento llenara mis pulmones de aire. Dolía. Pero más dolía lo que había perdido por elegir salvar a Sandy y a mi amigo.

—Es tu fin, Derek. Has perdido. —Escupí la sangre que se acumuló en mi boca y nos di la vuelta de repente.

No supe de dónde saqué fuerzas, ni cómo —con una costilla rota— me senté sobre su cintura, rodeé con mis piernas las suyas y me aferré a sus muñecas como si no hubiera un mañana.

—Un Wright nunca pierde. No deberías habernos subestimado, Emma Strong. ¡Ahora! —grité.

William salió de la habitación a paso ligero y se arrodilló a nuestro lado. Mi hermano entendía mi estrategia. Necesitábamos despistar a Emma, y qué mejor que una lucha para vencerme. En cuanto a ego, mi exhermanastra siempre perdía. Mi hermano sacó la horquilla con las puntas

afiladas. Era temerario y me gustaba. Sujetó una de las muñecas de Emma mientras intentaba zafarse de mí con todas sus fuerzas. Cuerpo con cuerpo. Siempre la gané con ese tipo de técnicas. Tuve muchas oportunidades para ahogarla y matarla, pero nunca lo hice.

—Has sido una rival fácil de vencer, Emma. —William cortó por la zona de las muñecas y sus venas comenzaron a liberar la sangre que ya no corría por ellas—. Lástima que vayas a morir tan rápido. —Introdujo la horquilla de manera punzante en su cuello, varias veces, justo por donde estaba la aorta.

Cuando el metal salió de su piel. La sangre nos salpicó. Salió disparada a bañar las paredes e impregnar nuestros cuerpos. La solté cuando la oscuridad de sus ojos se apagó.

—Coge a Sandy e iros. Todos.

—Derek. —Me agarró del brazo y me zafé de su agarre—. Derek...

—¡Largaos, joder! —Tan solo quedaban dos minutos.

William agarró a Sandy y ordenó la retirada inmediata. El llanto de la pequeña se distanciaba. Erik también lloraba. Tragaba con dureza porque, tanto su vida como la mía, podía terminar ahí.

—Derek, vete. Solo tenemos minuto y medio.

—Lo lograremos juntos, ¿de acuerdo? —Miraba los cables que unían los artefactos al temporizador—. No te voy a dejar solo.

—Estás herido y ahora tienes una razón por la que volver. —Erik levantó la cabeza con la intención de evitar que las lágrimas siguieran bañando su cara, pero fue en vano—. Derek, solo queda un minuto.

—Me da igual. Eres mi mejor amigo y te quiero. —De sus labios temblorosos verbalizó un «yo también»—. ¿Cable rojo o azul?

Cerró los ojos.

—Rojo. —Suspiró intranquilo. Quince segundos—. Si salimos de aquí, créeme que lo primero que voy a hacer es... —Tiré sin pensar del cable azul y vi cómo los números en rojo se detuvieron a los cinco segundos antes de ponerse a cero. Abrió los ojos, abrumado—. Besarte, joder. Te voy a dar el mejor morreo de tu vida.

—Ni se te ocurra, Erik. —Aparté sus manos que se dirigían para cogerme la cara. Las palmeé cuando lo intentaron de nuevo—. Estate quieto, intento quitarte esto.

—Gracias. —Su voz rasgada me advirtió que las lágrimas volvieron a aparecer. Sorbió por la nariz y echó todo el aire que había en sus pulmones—. Has arriesgado tu vida por mí, Derek.

—No podía dejarte aquí, tú nunca me has dejado solo. —Lo agarré del cuello para que me mirase—. Seré un asesino, un hombre frívolo. Sin embargo, cuando este de aquí —me señalé el corazón— se empeña en querer a alguien, lo hace de verdad.

No dijo nada más. Se limitó a quedarse quieto mientras le quitaba la bomba que rodeaba su cuerpo. Con cuidado de no tocar lo que no debía, terminé alejando ese artefacto de la vida de mi amigo. Salimos fuera, donde todos nos estaban esperando.

—Si hubieras tirado del rojo, habríamos muerto. Doy gracias que no me haces caso nunca. —Besó mi cabeza y saludó a todos como si hubiera ganado un combate de boxeo. Levantó las manos hacia el cielo y gritó eufórico—. ¡Estoy vivo, joder!

Un coche apareció a gran velocidad y se detuvo delante de William, quien nos miraba sonriente. Angy y Edward corrieron hacia su hija, a la que acogieron en brazos y besaron. Me hizo recordar el momento en que rescatamos a Hugo. Ese abrazo sanador que recomponía un alma rota.

Edward miró a William y él me miró a mí. Negué con la cabeza. En un par de zancadas, Collins se acercó hacia mí y me abrazó con énfasis sin importar que estuviera lleno de sangre.

Un gemido de dolor emanó de mis labios al apretarme en la costilla rota. No se separó. El muy cabrón siguió proclamando un repetido «gracias» que comenzaba a ahogarme.

—Siento haber desconfiado de ti, Derek. —Dejó sus manos en mis hombros—. Gracias por salvar a mi hija. —Me agarró del cuello y volvió a abrazarme emocionado. Volvió con la pequeña Sandy, que se lanzó de inmediato a sus brazos.

Un portazo llamó nuestra atención y vi que el cabello castaño de Vicky ondeaba su espalda. Se lo había soltado. Ese vestido realzaba no solo su belleza, sino también su esencia. Los ojos de mi *jueves*, cubiertos de un mar de lágrimas, se ahogaban en un océano que solo quería abrazar. Su aproximación me pareció una eternidad. Como si hubieran ralentizado el vídeo.

Tuve miedo. Miedo de que el punto final a nuestra historia se hiciera realidad. Miedo de no volver a verla más. Ni disfrutar de su compañía. Ni de su amor.

Miedo de no notar a mi corazón cabalgar cuando ella se acercaba o escuchaba su voz. Ese tipo de sentido que solo ocurre cuando te enamoras. Ese sentir hace que todo tu sistema nervioso se revolucione y sientas en todo tu cuerpo como si un millón de mariposas revolotearan por él.

Tuve miedo de perderla.

—Vicky —decidí romper el amargo silencio que había entre los dos—, yo...

—Podrías haber muerto —me reprochó con resquemor—, y te dio igual dejarme sola.

—Vicky, es complicado. No podía dejar que Erik y Sandy murieran a manos de Emma — intenté justificar mi respuesta, aunque nada de lo que dijera sería suficiente. Estaba dolida.

—No podías dejarlos a ellos, pero...

—No. No vayas por ese camino, Vicky. —Di un paso adelante, pero ella lo dio hacia atrás. Quería mantener las distancias—. Igual que arriesgué la vida por ellos, la habría arriesgado por ti.

Me revolví el pelo frustrado.

—Vicky, te quiero, pero soy así. Este mundo forma parte de mi vida desde que nací y me arriesgaría por toda persona que ame. —Quiso decir algo, pero no la dejé. Esa vez me escucharía primero—. He cometido muchos errores en mi vida y, sin lugar a dudas, te puedo asegurar que este no lo ha sido. Lo volvería a hacer mil veces más. —Mi cuerpo quería acercarse, aun así, me mantuve firme en mi sitio—. Sin embargo, no puedo elegir entre mi familia y tú. No es justo, Vicky.

¡A la mierda la distancia, joder! Me aproximé a ella y acuné sus mejillas con delicadeza.

—He vivido veintiséis años sumido en una cruel mentira. Donde mis días solo se alimentaban por odio y venganza, por oscuridad y penumbra. Un lugar donde no había cabida para el amor. Ningún tipo de amor. —La acariciaba con ternura con el pulgar—. Hasta que, en un vuelo a Miami, mi corazón se quedó descolocado con una morena que casi lo azota con un bolso en mitad de la calle. —Por fin, sonrió—. Desde ese momento no fui el mismo, como tampoco lo fui cuando encontré a Hugo buscando a Sandy. Me negaba, día tras día, sentir algún tipo de emoción que no fueran los que me habían inculcado. ¿Y sabes qué? Que, mirándolo en perspectiva, solo eran celos porque lo eligieron a él y a mí me desecharon como un pañuelo usado. Yo también quería tener una familia que me protegiera. Que me quisiera. También quería vivir un amor, como el de ellos —los señalé—, pero no sabía cómo hacerlo. Sigo sin saberlo. No sé si te amo bien. Si te hago feliz o, simplemente, la estoy fastidiando a cada paso que damos. Tengo miedo, Vicky. Miedo de no ser suficiente para ti, ni para ellos.

—Derek... —me interrumpió.

—No me hagas elegir, Vicky, porque me rompes en pedazos. —Retuve las lágrimas que se acumulaban en mis ojos. Aguanté la compostura tanto como pude—. Por favor...

—Te quiero como eres, Derek. —Entrelazó sus manos con la mía, todavía en sus mejillas. Las besó y se las puso en el pecho—. Me dejé llevar por el miedo. Dije cosas que no pensaba y la cagué. A lo grande. Me llevaría el premio a la más gilipollas del día.

—No digas eso, *jueves*. —Limpié las lágrimas que caían por sus párpados húmedos.

—Siento mucho haberte hecho elegir entre tu familia y yo. Siento haberte hecho daño, en ningún momento fue mi intención.

—Lo sé. —Se abalanzó sobre mi cintura y otro gemido de dolor escapó de mi boca.

—Joder. Lo siento, Derek. —Quiso apartarse, pero no se lo permití. No ahora que la tenía conmigo—. Tenemos que ir al hospital.

—Contigo voy al fin del mundo si me lo propusieras.

—¿Incluso volar hasta la luna?

—Volar hasta la luna, la única que sabe cuántas veces miré el cielo pensando en ti.

Y me besó. Como ella solo sabía hacerlo. Dejándome sin palabras y con un cosquilleo en mi estómago que se extendía por el cuerpo.

—Te quiero, *jueves*.

—Te quiero, *gilipollas*.

Capítulo 28

Pruebas

DEREK

Me levanté de la cama ante los gritos lacerantes de Vicky en la planta de abajo. Nada más cruzar el umbral de mi habitación, Erik apareció por la suya con un pantalón de deporte y una camiseta grisácea. Solo cruzamos una mirada. Bajamos con rapidez hacia Vicky, quien seguía voceando mi nombre con desespero y dolor. Estaba en la cocina. Corrí los pocos metros que nos separaban y me arrodillé frente a ella. Se encontraba en posición fetal, abrazada a sus piernas.

—¡Me duele, Derek! ¡Me duele! —otro grito desgarrador me arañó el fuero interior—. Haz que pare, por favor. ¡No puedo más!

—Llama a mi hermano, que avise al doctor Davis. Vamos para allá.

—Voy con vosotros.

No me opuse y asentí. Agarré a Vicky por la curvatura de sus rodillas y debajo de su axila. Su cara, empapada en lágrimas, impactó contra la piel de mi cuello. Se cobijaba en busca de no sentir más dolor, pero yo no tenía ningún superpoder para evitar que no lo sintiera. Gruñía. Seguía llorando.

—Haz que pare, por favor. Haz que pare...

Sus súplicas retumbaban en mis oídos como tiros en blanco que no fallaban. Mis emociones eran las dianas y las flechas las atravesaban. Debía ser fuerte. Por los dos.

—Te vas a poner bien. —Besé su frente y subí al coche en la parte trasera junto a Vicky, que seguía en mis brazos, cuando Erik nos abrió la puerta—. Gracias.

Le acaricié el pelo con ternura. Los movimientos de las piernas incrementaron. El pecho le palpitaba con fuerza. Las manos le temblaban y un nuevo grito estalló contra mi cuello, al que se aferró como un salvavidas. No pude más que estrujarla contra mí, evitando que esos movimientos le hicieran más daño. Lloraba desolada y me sentía un completo inútil por no hacer nada. Había tomado la medicación, tal y como le indicaron, pero algo en mis adentros me advertía de que esa reacción fue una consecuencia de lo ocurrido. Por bien que hubiesen salido las cosas, a ella le había afectado.

De pronto, los movimientos cesaron. Las piernas cayeron de golpe sobre las mías. Quietas. Su pecho se relajó y un suspiro impactó en mi piel. Sentí la calidez de su respiración. La observé. Era extraño. Vicky tenía los ojos abiertos y me miraba con extrañeza. No se movía, se limitaba a observarme.

—Estamos llegando —nos avisó Erik, quien condujo sin apartar la mirada de las calles sombrías de Ámsterdam pese a lo que estaba ocurriendo en la parte de atrás.

Vickyladeó la cabeza para mirarlo e hizo una mueca que no supe muy bien cómo descifrar. Estaba siendo todo muy inusitado.

—¿Te encuentras mejor, Vicky? —Giró la cabeza para mirarme—. ¿Todavía sientes dolor? —La pregunta era estúpida, pero quería comprobar que no quedaba ni un resquicio de ese arduo dolor que sintió y que la crisis nerviosa había terminado. Al menos, de momento—. ¿Vicky?

—¿Adónde vamos? —preguntó confusa, como si no entendiese dónde nos dirigíamos ni el por

qué—. ¿Por qué vamos los tres en pijama? —Sonrió vergonzosa—. No será una de tus bromas, ¿no? —le preguntó a Erik, que también se había quedado estupefacto ante los acontecimientos.

—Vicky, ¿recuerdas algo de hoy? —Mi pregunta la pilló por sorpresa y me escudriñó unos segundos antes de responder.

—¿Debía recordar algo importante? —cuestionó insegura—. Todos los preparativos de la boda están listos. Entregué el artículo a tu hermano. Comimos solos. Salimos a correr y me preparaste una excelentísima cena con la que todavía sueño. ¿Me he olvidado de algo? —Había retrocedido dos días atrás. Tal vez la crisis nerviosa fue tan fuerte que decidió bloquearla en algún lugar oculto de la mente—. Me estás preocupando, Derek.

Aparté mis pensamientos y me centré en ella. Le acaricié la mejilla con ternura y sonreí para tranquilizarla. Una sonrisa que ocultaba lo nervioso y preocupado que estaba. La anterior crisis no fue tan fuerte. No gritó de dolor. En esta ocasión, parecía que la quemaran viva.

—No te preocupes. —Besé sus labios en un casto beso y decidí ser sincero—. Has tenido una crisis nerviosa, por ese motivo hemos venido al hospital.

Hice un movimiento de cabeza para que viera que decía la verdad.

—Creo que la estaba esperando por estos meses de agobios. Me dio un aviso y ahora ha atacado sin piedad. —Una pizca de amargura atravesó sus ojos. Sabía lo que pensaba y no lo permitiría.

—No, ni se te ocurra pensarlo... Te lo dije una vez. —Le coloqué un mechón rebelde detrás de la oreja, aunque tenía el pelo un poco alborotado de los vaivenes agudos de los meneos de la crisis—. Es parte de ti, y te quiero así.

Erik nos abrió la puerta. Vicky bajó por su propio pie, aunque se agarró de mi amigo. Las piernas le fallaban. Podría ser adormecimiento de tanta agitación. Cuando bajé, la volví a sostener en brazos y entramos. El doctor Davis ya nos esperaba e hizo que Vicky se sentara en la silla de ruedas que llevaba una enfermera.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó cuando la vio serena.

—Le ha dado una fuerte crisis nerviosa. —Erik me tendió mi móvil. Mi amigo había sido listo al cogerlo, a mí se me había olvidado. Le mandé todos los informes que teníamos de Vicky, incluida la receta de la medicación—. Nunca la había visto de ese modo. Estamos acostumbrados a que los movimientos sean esporádicos, pero jamás la habíamos escuchado con tanto dolor. Tras unos minutos, paró. Se quedó aturdida. Confusa. Y luego nos dimos cuenta de que no recordaba nada.

El doctor Davis asintió con tranquilidad. Ojeó desde la *tablet* los informes que el médico de urgencias nos dio y también el de su visita rutinaria. Se quedó pensativo durante unos segundos antes de observar a Vicky, quien se apretaba las manos para que el temblor se detuviera. No me pasó desapercibida la mueca que hizo Davis. Se volteó hacia mí.

—Quiero hacerle unas pruebas. No quiero desestimar el diagnóstico que le hicieron, pero ese temblor en las manos no es síntoma de una crisis nerviosa. Más bien de Parkinson.

—¿Es posible a edades tan jóvenes? —preguntó Erik.

—Es inusual, pero es posible. —Bloqueó la *tablet* y tomó aire—. A veces, somos ese dos por ciento. Esos pequeños porcentajes que no aseguran al cien por cien que la enfermedad la puedas padecer a partir de cierta edad.

—Doctor... —La voz de Vicky nos hizo girar hacia ella. Lo había escuchado todo—. Hágame las pruebas que sean necesarias, quiero saber qué tengo. Siempre me han dicho que era un tic nervioso hasta que, hace poco, dijeron que eran crisis nerviosas. —Respiró, todavía con las manos agarradas con fuerzas—. Si Derek confía en usted, así como toda su familia, yo también

lo hago. Sé que conseguiré averiguar qué es lo que me pasa.

Asintió. La enfermera le entregó unos papeles que leyó y firmó. Todas y cada una de las diferentes pruebas.

—¿Y por qué no recuerda? —pregunté una de las tantas preguntas que rondaban mi mente—. ¿Por qué el cuerpo, prácticamente, salta cuando le dan esos ataques?

—No puedo responder sin tener todas las pruebas en las manos. Lo que sí puedo decirle es que la mente, ante ciertas situaciones altamente estresantes, digamos que las *oculta* o *elimina* para que no vuelva a pasar por lo mismo. Dentro de un tiempo, tal vez, vuelva ese recuerdo que tan doloroso fue para ella. —Apretó mi hombro izquierdo con una ligereza reconfortante—. No se preocupe, señor Wright, averiguaremos qué ocurre y lo abordaremos.

—Gracias, doctor Davis.

Antes de que se llevaran a Vicky para hacerle todas las pruebas, me arrodillé delante de ella y la agarré de las manos. Las tenía frías y, por un momento, dejé de sentir su temblor cuando el contacto de nuestra piel se acomodó al del otro. Besé su dorso.

—¿Y si descubren algún tumor? O...

—No anticipemos acontecimientos, tal vez no sea tan grave como pensamos. —Quise tranquilizarla; aunque, más bien, lo dije para mí. Estaba preocupado. Mucho. Pero ella no merecía ponerse más nerviosa de lo que ya estaba—. No hay que perder la esperanza y confío en el doctor Davis.

—¿Te apetece que apostemos? —La petición de Vicky me sorprendió. La miré con una ceja alzada y ella sonrió con afabilidad. Un tono rosado se implantó en sus mejillas y las adoré por un segundo. Asentí y le pedí que continuara—. Si averiguan lo que es, te casas conmigo. —Rodé los ojos y me reí. En cambio, ella le dio un apretón a mis manos, que le correspondieron del mismo modo. No dije que sí, pero ella no dejaría de insistir—. Si es algo menos grave, iremos de viaje a México, Roma y China. Si es algo grave, dejo que tú elijas destinación.

—¿Por qué esos lugares?

—Siempre he querido visitarlos. —Levantó los hombros sin más—. Ya he ido a Roma, pero será romántico ir contigo.

—Eres una chica muy perspicaz. Si averiguan lo que es y no es muy grave, quieres ir a esos sitios para que te pida que te cases conmigo en Roma. —Vicky dejó ver una amplia sonrisa que le iluminó los ojos—. Malvada.

—Me adoras.

—Más que eso.

—Perdonen, tenemos que comenzar a hacerle las pruebas.

Asentí. Vicky me agarró de la mano y tiró de ella. Me agaché hasta que mi cara estuvo frente a la de ella y le di un beso lleno de valor y afecto. Un beso corto, pero que le dio fuerza para aventurarse a todas aquellas pruebas. Le sonreí cuando la enfermera empujó la silla y nos distanció. Ella me lanzó un beso al aire antes de desaparecer por el pasillo de la derecha. Un suspiro ahogado se me escapó y Erik chocó su brazo contra el mío. Un ligero empujón que me hizo contemplar la tristeza que sus ojos emanaban.

—¿Vas a pedirle matrimonio si averiguan lo que es? —preguntó incrédulo mi amigo, seguramente para burlarse o reírse a mi costa—. ¿Pedirle matrimonio en Roma? ¡Necesito ver eso!

—No estás invitado, además, no hemos dicho cuándo. Tal vez pase cuando tenga noventa años...

—¡Ya! Más te gustaría a ti creerte eso... —Erik me golpeó la espalda y se sentó en una de las

sillas de la sala de espera—. Harías cualquier cosa con ella... hasta anteponer tus razones en contra del matrimonio para que ella fuera feliz.

—Parece que soy el Grinch del matrimonio.

—Te lo has ganado a pulso.

—Ya veo...

Me senté a su lado y deslicé la espalda por el respaldo hasta quedarme en una posición despreocupada, aunque no fuera despreocupación lo que sintiera. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Los nervios ocupaban gran parte de mis emociones y me frustraba.

—¿Contemplas todas las opciones? —El silencio se hizo hueco entre los dos. Ninguno quería contemplar la última opción, pero debíamos de ser conscientes de lo que estaba en juego—. Saldrá bien, ¿verdad? —Un deje de ahogo vibró en su voz. Apretó los labios en una delgada línea y parpadeó rápido para apartar las lágrimas que, como a mí, se aglomeraban en los ojos.

Palmeé su muslo y me erguí en la silla para responder.

—No puedo responderte a esa pregunta, pero es lo que más ansío.

Y el silencio volvió a apoderarse de los dos. Nos detuvimos a ver cómo las enfermeras pasaban de un lado a otro. Cómo la gente entraba y salía. Cómo algunos médicos cogían un café de las máquinas que había a nuestras espaldas. Charlaban y se iban. También entraron dos niños en busca de un paquete de patatas fritas. No llevaban suficiente dinero y Erik les proporcionó el resto.

Me crucé de brazos mientras observaba el cuadriculado reloj que colgaba de la pared de enfrente. Cada *tic* con su *tac*. Lento. El tiempo parecía no pasar. William entró en la sala de espera con cara de pocos amigos y se sentó a mi lado preguntando cómo se encontraba. Vicky estaba todo lo bien que podía estar dentro de esa situación. Vicky nos hacía ver la parte risueña. La fuerte. Pero, conociéndola como lo hacía, estaba muerta de miedo y me mataba no estar con ella. Aunque solo fuera para sostenerle la mano.

La vida daba muchas vueltas y nunca imaginé encontrarme en esa tesitura.

—¿Hoy nos darán los resultados? —preguntó Erik después de zamparse dos paquetes de KitKat.

—No lo creo —respondió William—. Partimos del sistema nervioso y estoy seguro de que le estarán haciendo todas las pruebas que hay sobre ello. Tardarán algunos días e incluso semanas.

Asentí. William tenía razón.

—¿Sabes que Derek va a pedirle a Vicky que se case con él? —soltó mi amigo con una sonrisa estampada en la cara. Me guiñó un ojo y le hice una mueca de desagrado.

Gruñí.

—Pero, vaya, ¡qué callado lo tenías!

—No ha sido así —rebatí y apunté a la boca chancla que tenía como amigo—. Además, la apuesta es entre Vicky y yo. No se han concretado fechas.

—¿Una apuesta? —La cara de confusión de William me hizo gracia. Era como ver la mía en el espejo, aunque él tenía más ojeras que yo.

—Sí, solo a Vicky se le ocurren estas cosas...

—¿Y no piensas contarme nada? —reprochó mi hermano. Se cruzó de brazos y esperó atento.

—Mejor te dejo en la intriga.

—¿Erik? —William lo miró y este se sentó en la silla de al lado, emocionado por contarle nuestra apuesta. La sorpresa invadió su cara y una sonrisa perversa y pilla se asomó por ella cuando lo supo todo—. Tu chica es muy sagaz.

—Demasiado. —Sonreí a malas penas.

—¿Adónde la llevarías tú? —La pregunta temida llegó. No sabía en concreto ese último punto. Ni quería pensar en él, pero debía hacerlo. Pensé dónde podría llevarla. Qué lugares le harían ilusión—. Se lo está tomando en serio —susurró a mi hermano.

—Escocia, su película favorita transcurre allí^[6]. —Levanté los hombros—. Y tal vez, solo tal vez, también iríamos a Roma.

—¡Lo sabía! —añadió mi amigo junto a una palmada emocionada—. Harías lo que fuera por ella, ¡hasta depilarte los huevos!

—¿Te depilas los huevos? —preguntó William entre risas.

—No os lo recomiendo... —Como si fuera tan natural estar hablando de partes íntimas mientras a Vicky le están haciendo pruebas—. Solo quería que te rieras. Que te distrajeras por un momento, así que deja de poner los ojos en blanco. Das miedo, pareces uno de esos muñecos asesinos.

—Puede que pronto cometa un crimen.

—¡Qué humor! —Erik levantó los brazos en son de paz y se sentó enfrente de nosotros. Estaba nervioso y, cuando le evadían los nervios, decía más tonterías de lo normal—. Aun así, pienso que es todo un detalle.

—Aquí el príncipe del romance es William. —Este rodó los ojos y una sonrisa melancólica se tiñó en sus labios ante los recuerdos de la pedida—. Yo soy más clásico.

—¿Clásico en qué? —La voz de Vicky nos hizo mirar hacia ella. Plantada al lado del médico con una sonrisa que brillaba por sí sola. ¿Cómo lo conseguía?—. ¿Derek?

—Que a mí me gusta el arte clásico, y Erik es más extravagante. —No quedó muy convencida, pero asintió sin llegar a hacerlo.

—Entonces yo soy de los suyos, señor Wright. —Sonreí al doctor Davis—. Le hemos hecho varias pruebas para descartar tumores, enfermedades autoinmunes, enfermedades inflamatorias, para los nervios... entre otras. Los resultados estarán, máximo, de dos a tres semanas. —Expulsó el aire retenido en los pulmones—. Tengo un gran equipo detrás que hará todo lo posible para tenerlos cuanto antes. Nada más tenga los resultados, los llamaré. Por el momento, tal y como le he dicho a la señorita, reposo, tranquilidad...

—Y muchos mimos. —Sonrió divertida.

Dio unos pasos contentos hacia mí y me abrazó. Sus labios me dejaron un sonoro beso en el cuello.

—Tendrás que mimarme, mucho, mucho —dijo en un susurro—. Solo a mí. —Mordió el lóbulo de mi oreja y me estremecí. Se separó a escasos centímetros—. ¿Maratón de series románticas?

Y se lo concedería porque, cada vez que sonreía, no sabía quién de los dos era más feliz.

Capítulo 29

Corazón malherido

DEREK

Fueron los catorce días más largos de toda mi vida. Catorce días en los que me dediqué a cuidar y a mimar a Vicky. Como William auguró, me tomé la libertad de teletrabajar desde casa para estar al pendiente de ella. Podía cuidar de sí misma, pero desde la fuerte crisis, el miedo a que volviera a ocurrir se instaló en mi pecho y me provocó cierta ansiedad con la que debía lidiar.

Vimos un porrero de series y películas románticas. Me cedió dos días para que viéramos lo que a mí me gustaba y así parar de despotricar en susurros por las incoherencias de algunas escenas. En el fondo, lo hacía para hacerla rabiar. También nos aventuramos a los juegos de mesa, a los que Erik se unió.

Los días fueron concurridos por quehaceres, pero también por una preocupación constante en cada uno de nosotros. Erik se tomaba el café con vaso de cristal —que ya era extraño, aunque supuse que no tenía humor para las tazas con frases—. Vicky, a veces, parecía aturdida. Confusa. Se abrazaba a sí misma, se sentaba en el sofá y perdía su mirada por las fotos que colgamos encima de la televisión. Fotos que creí que la animarían. Y yo... yo me pasaba el día observándola. Me equivoqué un par de veces con las cuentas y tuve que hacerlo de nuevo. Estaba despistado. Necesitaba el resultado de esas pruebas cuanto antes. De lo contrario, terminaría volviéndome loco.

La llamada llegó y el nudo que sentía en el estómago subió hasta apretarme el pecho. Inquietud. Intranquilidad. Todo se aglomeró en un cúmulo de angustia y exasperación cuando pisamos la sala de espera, donde estaba la consulta. Por suerte, William y Sophia tenían una revisión para ver a la bebé y fuimos todos juntos. Quizá, estar arropado por mi familia, calmaba la impaciencia de saberlo todo.

Vicky reía junto a Sophia. Hablaban de nuestra apuesta y Sophia bromeaba con verme vestido con esmoquin para nuestra boda. Les hacía muecas de disgusto hasta que observé a Vicky temblar. Mis dedos buscaron los suyos y se entrelazaron al mismo tiempo que el doctor Davis pronunció su nombre.

La mirada de Vicky se perdió nada más cruzar el umbral de la puerta de la consulta. El médico nos hizo un gesto con la mano para que nos sentáramos. Él tomó asiento en el sillón de enfrente, con un montón de papeles esparcidos sobre la mesa.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral cuando lo miré a los ojos, cuya luz se empañó de amparo. Se agarró las dos manos, tal vez buscando las palabras correctas para empezar.

Tomé la mano de Vicky, que se aferró anhelante a la mía. Tenía miedo, y yo también. Por primera vez, sentí esa maldita sensación recorriendo mi cuerpo de manera audaz.

—Diga algo, doctor —Vicky rompió ese terrorífico silencio que nos rodeaba y que comenzaba a perturbarnos—. Lo que sea...

Este abrió una carpeta y nos mostró el resultado de lo que parecían ser los análisis.

—La razón de sentirte agoniosa y cansada, por lo que me comentaste mientras te sacamos sangre, no era por tener las defensas bajas, sino porque estás embarazada.

—¿Embarazada? —preguntamos al unísono.

Nada apuntaba a estarlo pues, además de usar protección, ella se tomaba anticonceptivos. Nuestras miradas se cruzaron.

—¿Cuándo tuviste tu último periodo, Vicky? —Parecía confundida. Sacó el móvil y lo buscó en la *app* donde lo registraba.

—Hace tres meses...

Miré el calendario que me enseñaba y caí en la cuenta de que fue cuando empezaron todos los preparativos.

—Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me vino. Esos tres meses fueron caóticos... se me olvidaría reflejarlo.

—No podías reflejar nada que no tuvieras. —El doctor respondió ante las palabras de Vicky —. En periodos de estrés puede pasar y, a veces, los métodos anticonceptivos fallan.

—¡El concierto! —dijimos Vicky y yo al unísono.

—Me recriminabas la actitud que tuve con la noticia de la boda de Edward y Angy.

—Me explicabas tus razones de por qué no te gustan las bodas.

—Eran contundentes.

—Eran absurdas.

—Y todo pasó muy rápido. No utilizamos preservativo.

—Y yo me olvidé de tomar el anticonceptivo.

—¡Joder! Vamos a ser padres. —No supe qué pasó en ese momento, pero mi reacción fue la de abrazarla lleno de ¿felicidad? ¿De verdad me hacía tan feliz tener un hijo?

—Vamos a tener un bebé. —La voz de Vicky, rasgada por la emoción, me impactó contra el cuello. Me dio un casto beso en los labios y yo besé el dorso de sus manos, que me apretaban con entusiasmo—. No lo esperábamos.

Fue un momento exultante que disminuyó la angustia de escuchar los resultados de las demás pruebas. Esas que nos estuvieron aturullando la mente durante días.

—La llegada de un bebé siempre es motivo de felicidad. —Ambos miramos al doctor. Se quedó en silencio por un instante. El suficiente para que nuestro cuerpo se tensara y apretara su mano contra mi pecho. Siempre hay un *pero* después—. Sin intención de amargar este mágico momento, me temo que uno de los resultados que le hicimos no...

—Déjese de florituras —exigí para no alargar la angustia. Fuera lo que fuere, lo superaríamos juntos—, díganos los resultados.

El médico suspiró con afluencia. Volvió la vista a los papeles y tomó aire antes de hablar.

—Descartamos posibles tumores, enfermedades autoinmunes e inflamatorias. No tienes Parkinson ni crisis nerviosas. Para nuestra sorpresa, detectamos uno de los genes infrecuentes que causa el Alzheimer. —Perdí la fuerza de mi cuerpo. Los sentidos se nublaron. Mi corazón se detuvo y mis ojos enmudecieron igual que los de Vicky, quien se quedó ausente. Sin habla. Sin respiración—. En esta neuroimagen —le dio la vuelta a la hoja que sostenía en las manos— observamos un cúmulo excesivo de beta-amiloide en el cerebro de la paciente. Es una de las características más clave de este tipo de enfermedad. —Volvió a tomar aire mientras nosotros lo asimilábamos. ¿Alguien podía despertarme de esa pesadilla?—. Dada la edad temprana, con tan solo veintitrés años, el Alzheimer está avanzando a pasos rápidos. —Tragó con dificultad. A Vicky le temblaba el labio con los ojos aguados y llenos de llanto. Los míos, en cambio, se oscurecieron. Tensé la mandíbula. No podía estar pasando—. Sé que es una noticia dura. Nadie espera que a los veintitrés años te diagnostiquen este tipo de enfermedades, pero la triste realidad es que siempre hay un uno por cien al que le pasa.

—¿Y por qué tengo temblores? ¿Por qué me dan esas fuertes crisis? —preguntó confundida—. Yo no tengo olvidos... o... —Se dio cuenta de que sí los tenía y yo fui consciente junto a ella en ese puto momento. Por eso utilizaba los posits. Por eso no se anotó los días de período. Por eso no encontraba las llaves de casa cuando las había dejado encima de la mesa de noche. Por eso nos miró confundida y olvidó lo que ocurrió la misma noche de la crisis. Ahora todo cobraba sentido. No nos dábamos cuenta de los olvidos porque todo lo achacábamos al estrés.

El doctor Davis asintió con lentitud dándole a entender de que sí los había tenido. Suspiró ahogado en tristeza.

—Es una enfermedad que se sigue estudiando y, en ocasiones, provoca síntomas inusuales. En este caso, los tics o las crisis. Luego se unió la pérdida de memoria. Aunque ahora no es continua, lo será, sobre todo ahora que tu cuerpo está en un estado hormonal elevado. —Vicky agachó la cabeza y dejó que las lágrimas cayeran sobre su pantalón. Gota a gota, lo bañaban—. No es irreversible y creo que sois conscientes de ello. Aun así, hay una medicación que alargaría, digamos, esos efectos que...

—No. —La voz rotunda de Vicky me despertó del mundo paralelo, ausente, en el que me encontraba. Su voz me devolvió a la realidad. Incrédulo a sus palabras—. Quiero seguir adelante con el embarazo y no me quiero tomar la medicación.

—Pero... —no me salían las palabras, estaban atascadas en la garganta. Notaba cómo mi pecho subía y bajaba de manera acelerada. Esa vez, miré a Vicky, que miraba al médico con serenidad y predeterminación— ¿qué estás diciendo, Vicky?

Giró la cabeza para responder. En sus ojos había miedo. Tristeza. El agua, que en ellos habitaba, comenzó a deslizarse por sus mejillas. Las apartó con el dorso de su mano y endureció los rasgos que maduraban su rostro. Ese gesto me enfadó, aún más lo hizo que tomara una decisión sin consultarme.

—Voy a tener a nuestro hijo y no intentes convencerme de lo contrario —dictaminó como si yo no tuviera ni voz ni voto en esa discusión.

—¿Convencerte? —pregunté con una falsa risa que impactó en el techo cuando lo miré—. ¿¡Convencerte! —repetí la pregunta, enfadado.

Me levanté y tiré la silla contra el suelo. Furioso. Fuera de mí. Apoyé mis brazos en la pared y pegué mi frente para notar su frialdad. La empecé a golpear con mi puño. Una vez tras otra. Y otra vez. Y otra vez.

Quería llorar.

Quería morir en ese jodido momento.

No quería asimilar el diagnóstico del médico ni la situación real que estábamos viviendo. Me negaba a admitirlo.

—Derek... —Su voz sonó menos autoritaria. Más dulce. Con más paz—. No quiero ser presa de una medicación. Quiero vivir mi vida sabiendo que voy a dejar a nuestro hijo en buenas manos. Tarde o temprano llegará el día, con o sin medicación...

—Vicky —fue el médico quien intervino—, es verdad que la medicación afectaría al bebé. No obstante, en caso de no tomarla, el proceso se aceleraría. Te estoy hablando de que tu vida será más corta de lo que piensas.

—Es un riesgo que asumiré, pero quiero tener a mi bebé. ¿El sufrirá? ¿Tendrá algún efecto de que padezca la enfermedad?

Miré de reojo la cara del doctor. Se irguió en su sitio y entrelazó las manos.

—No, el bebé no padecerá ninguno de tus síntomas. Sin embargo, tiene un cincuenta por cien de posibilidades de sufrir la misma enfermedad a edad temprana.

No podía escuchar más. No era capaz de soportar el dolor que se instaló en mi pecho de ese modo tan cruel. Cada golpe contra la pared era más fuerte que el anterior. Surrealista. No nos estaba pasando. A nosotros no. Imposible. «Si es una pesadilla, quiero despertar», me repetía. ¡Quería que alguien parase de ejecutar mi corazón! Y, por si no fuera suficiente, nuestro hijo también podría sufrirla.

Dolía.

Dolía la palabra de ese diagnóstico.

Dolía pensar que Vicky se olvidaría de mí y de nuestros momentos.

Dolía imaginar un mundo en el que no estuviera.

Dolía que mi hijo o mi hija pudiera ser portador de la enfermedad.

Caí de rodillas al suelo y volví a rozar mi frente contra la pared. La única que me sujetaba y se empañaba de las lágrimas que había dejado libres. Solo quería que parase ese dolor. Retroceder en el tiempo y que se detuviese en aquel «Te quiero» en el canal. Ahí quería vivir, en el mismo instante donde me sentí pleno y feliz.

∞∞∞∞

Escuché cuando volvieron a poner la silla en su sitio y noté la mano del médico en mi hombro. Respiré antes de levantarme y enfrentarme a la realidad, a esos ojos que me esperaban anhelantes de fuerza para persistir a su lado. Me senté cansado. Ahogado de sufrimiento. Aun así, el amor que sentía por Vicky no iba a cambiar ni un ápice. La amaba y estaría a su lado hasta su último suspiro. Ella y mi futuro hijo o hija eran mi mayor tesoro. Mi mejor vida. Lucharía por y con ellos. A su lado.

Le tendí mi mano y no tardé en notar su calidez sobre mi piel, junto un amago de sonrisa agridulce dibujarse en su cara. Vicky me necesitaba, y yo a ella. Si la vida había decidido que encauzáramos ese camino, lo haríamos. Juntos. La haría disfrutar cada puto minuto de su vida, me lo juré a mí mismo.

—Os voy a dar fecha para el mes que viene. Mi intención es verte cada mes para comprobar tus síntomas y, junto a mi compañera, ver cómo está el bebé.

Nos regaló una delicada sonrisa que no llegó a sus ojos, que aun así agradecíamos. Escribió la fecha y la hora en un papel y lo agarré cuando me lo tendió.

—Gracias por todo, doctor Davis.

Apenas oímos la voz de Vicky. Habló en un susurro y el médico volvió a sonreír. El cuerpo de mi *jueves* se amoldó al mío en un abrazo antes de salir a la sala de espera y encontrarnos con William y Sophia, quienes nos esperaban nerviosos. En ese instante, noté cómo mi labio temblaba y mis ojos se empañaban de agrías lágrimas que liberé sin importarme nada más que la mujer a la que abrazaba.

Sophia abrió los brazos y Vicky se unió a ella. Mi hermano hizo lo mismo conmigo. Me arropó de un modo que jamás sentí tan reconfortante. Sostenía mis pedazos sin decir palabra alguna. No sabía cuánta falta me hacía.

—Tiene Alzheimer —le susurré. Este apretó más su agarre y me transmitió más apoyo del que podía darme—. Y está embarazada.

Se separó a escasos centímetros y rodeó mi cuello con sus manos.

—Repíteme eso.

—Vamos a ser padres.

Escuchamos el llanto desolador de Vicky a nuestro lado y, por primera vez, observé las

lágrimas de mi cuñada que se aferraba a los brazos de la única persona que fue capaz de enamorarme. Ella también se lo había dicho.

—Los dos sabéis que nos tenéis aquí para todo lo que haga falta, ¿verdad? —Fue Sophia la que se tragó sus lágrimas y nos confirmó lo que ya sabíamos. No dudamos ni una pizca que tendríamos a mi hermano y a su mujer a nuestro lado—. Vamos a estar junto a vosotros. Siempre.

El nudo en mi garganta seguía impecable en su empeño de derrumbarme, aun así, saqué fuerzas de donde no las había y le tendí la mano a Vicky para atraparla entre mis brazos y seguir dándole amor. Besé su cabeza y ella se acomodó en mi pecho.

Nos fuimos del hospital con el corazón encogido y un áspero silencio que permaneció hasta llegar a casa. William y Sophia nos dejaron espacio y lo agradecí. Era momento de poner en orden todos mis pensamientos, de dejarme sentir ese dolor que me atormentaba y dejar que ella hiciera lo mismo. Vicky se sentó en el sofá, hecha un ovillo de lana. Lloraba, se calmaba, volvía a llorar. Erik entró por la puerta y se lo contamos todo. Lloramos los tres, juntos y por separado.

Salí al jardín cuando Vicky se quedó dormida en el sofá y me senté en uno de los sillones que estaban enfrente de la piscina. La Luna se reflejaba en el agua y, cuando se distorsionaba por el viento, parecía triste. Era una estupidez, pero todo me provocaba tristeza. Había dos cosas ciertas: el amor, si era correspondido, te daba la vida; y la vida se encargaba de arrebatártelo. Más tarde o más temprano, lo hacía.

Inspiré y exhalé varias veces. No me relajé, pero la soledad me servía para reorganizar todo el caos que habitaba mi interior. Debía asimilar lo que había sucedido y determinar mi objetivo, que era cuidarla y amarla hasta el final, junto a nuestro hijo o hija. Fui consciente del peso que conllevaría y, ahora más que nunca, debía reunir toda la fuerza de la que era capaz para sobrellevarlo de la mejor manera posible.

En una de tantas vueltas que le daba a la cabeza, me acordé de nuestra apuesta. Por desgracia, fue la peor de todas. La llevaría de viaje, pero no donde les dije a Erik y a mi hermano. Iba a darle la vida de cuento de hadas que le encantaba admirar en las películas, en las series y en los libros románticos. Ella merecía su final feliz, aunque lo olvidara en algún rincón de su cosmos. Decidí que visitaríamos los lugares donde ocurrieron hechos que se convirtieron en leyendas de amor. Sería como estar en una película. Su película romántica. Vicky era la excepción a todo eso que dije que nunca haría. Porque, si por ella debía filmarla, lo haría. Porque, si por ella debía viajar hasta la Luna y volver, lo haría. Puede que fuera un dramático, pero conociendo nuestro futuro, nunca habría tiempo suficiente para disfrutarlo a su lado.

Capítulo 30

Primer destino

DEREK

—¿Estás seguro?

William se sentó a mi lado y miró la pantalla con todas las destinaciones en diferentes pestañas.

—No he estado más seguro en mi vida —confirmé—. He hablado esta mañana con el doctor Davis y no me ha rebatido nada, siempre que no falte a su chequeo mensual. Mi intención es pasar tres semanas en cada ciudad. Volveremos la última para la revisión de Vicky, descansaremos unos días y volaremos a otra destinación.

—¿Vicky está de acuerdo?

—Todavía no sabe nada. —Se quedó pensando unos segundos mientras ojeaba la primera pestaña: México—. Sé que estás pensando que es una locura —su cara me transmitió su «obvio»—, pero conozco a Vicky y sé que le encantará la idea.

Expulsó el aire lentamente. William no dejaba de darle vueltas. Conocía a mi hermano y solo pretendía que fuera realista.

—¿Y si se adelanta el parto?

—Tengo todos los hospitales localizados.

—¿Y si empeora de repente?

—Volveremos.

—¿Tienes respuesta para todo? —vaciló.

—Son dos de las muchas preguntas que me he hecho durante la noche. —Un suspiro cansado ahogó las penas que arrastraba desde el día anterior. Hice lo que tuve que hacer: llorar, pensar, planificar y volver a llorar—. Vamos hacia una cuenta atrás sin retorno. Esta vez no puedo cortar el cable rojo y detener la bomba. No puedo hacer nada...

—Ya lo haces permaneciendo a su lado.

—¿Qué iba a hacer sino? ¿Huir? —Me reí sin ganas—. Eso es de cobardes y, quien ama de verdad, no escapa de los problemas.

—Porque un Wright nunca se rinde —dijo en honor a nuestro lema.

La curvatura de mis labios se inclinó hacia arriba. William me agarró de la nuca e hizo que lo mirase.

—Voy a estar a tu lado para todo lo que necesites. No te voy a dejar solo y sabes que siempre vas a tener mi mano tendida. —Los ojos se me humedecieron. Apreté la mandíbula. No, no iba a llorar de nuevo—. No eres un ser débil por derrumbarte, Derek, tampoco por mostrar cómo te sientes. Es una situación inesperada. Cruel. Arrebatadora. Lloro y agárrate a las manos que te tendemos para levantarte.

—Gracias.

La palabra se quedó estancada en mi garganta. Una voz ronca se perdió con ella y junto a las lágrimas que no pude retener. Porque seguía doliendo, joder. Demasiado. Mi hermano tiró de mí y apoyé la frente en su hombro, dejando que mi llanto cayera al vacío en el que me recogería.

Estaba muerto de miedo. No supe cuánto tiempo estuve llorando, ni cuándo las lágrimas cesaron. Aun así, todavía me costaba respirar y el dolor en el pecho seguía intacto. Exhalé con contundencia y me erguí en mi sitio. Era el momento.

William me observó y asintió al comprender la importancia de esos viajes. Le di a «Comprar» a cada una de las destinaciones justo cuando oímos unas risas en la entrada.

—Creo que las chicas acaban de llegar —anunció mi hermano echando la vista atrás. Me limpié la cara, cerré todas las pestañas del ordenador y me giré para verlas entrar—. ¡Vaya dos! —bramó William con chulería—. ¿Qué es eso?

Mi mirada se dirigió al brazo de Vicky, que estaba envuelto con plástico transparente. Se había hecho un tatuaje. Sophia enseñó su tobillo, también envuelto.

¿Era un sueño o una broma?

¿Cómo era capaz de sobrellevar esa situación?

¿Recordaría el diagnóstico?

Ayer estuvo llorando toda la noche y hoy irradiaba felicidad en cada poro de su piel, también una pizca de travesura en sus ojos. Cuando Vicky cruzó su mirada con la mía, lo supo. Supo que yo había estado llorando. Solo ella se daría cuenta de que mis ojos todavía escocían. Se acercó y me dio un abrazo de los que recogen los pedazos y los unen. De los que curan las cicatrices del alma o, al menos, las hacen más llevaderas. Nuestros papeles estaban invertidos. Yo era el que debía ser fuerte. Protegerla, animarla y mimarla. No al revés.

—No te machaques —me dijo como si leyera mis pensamientos—. Juntos nos complementamos.

Besé su cuello e inundé mi cara en él por unos minutos. Escuchaba de fondo a William, que intentaba averiguar el tatuaje que su esposa se había hecho. Me hizo sonreír.

Mis dedos jugueteaban con los de Vicky, que intentaban animarme. Los deslicé hacia su muñeca para encontrarme con el plástico transparente que envolvía su antebrazo. Me separé a escasos centímetros para centrar mi atención en las letras grabadas en su piel. Alcé una ceja, divertido, al leer la frase que se tatuó. Ella estalló en carcajadas, lo que provocó que mi hermano y Sophia giraran hacia nosotros.

—¿En serio? —pregunté incrédulo—. *La piel tiene memoria y el alma nunca olvida. Te quiero, gilipollas.* —Y, justo al lado de las letras, dos corazones entrelazados con un infinito y nuestras iniciales.

—Te gusta —afirmó. Entrelazó las manos detrás de mi cuello y me acercó a su cuerpo—. He visto el brillo de tus ojos al leer *gilipollas*.

Y la besé.

—Te quiero —confesó Vicky sobre mis labios. Los lamió y sonrió—. Mucho. Mucho.

—No más que yo a ti.

—Oh, ¡qué bonito! —La voz de Sophia se hizo hueco entre nosotros y a Vicky se le tiñeron las mejillas de rojo. Un color que adoraba ver en su piel. La abracé por la espalda y apoyé mi barbilla en su cabeza—. Estáis para una foto. Saca el móvil, Will.

—Pero ¡si tienes el móvil en las manos! —exclamó con obviedad. Sacó el suyo y mi cuñada le hizo una mueca graciosa—. ¡Hormonas!

—No te metas conmigo.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

Una risa retenida resonó por debajo de mí. La apreté un poco más contra mi pecho y besé su cabeza.

—Es para hoy... —comenté.

—Cállate. —William colocó el teléfono frente a nosotros e hizo la foto. Varias, a decir verdad.

La notificación saltó en nuestros teléfonos de inmediato. Me guiñó un ojo y volvió a guardarlo. Sophia, indignada porque no se las había enseñado, se sentó en el sofá con un berrinche jugueteón que no quise saber cómo terminaría.

Vicky y yo nos fuimos a nuestra casa, agarrados de las manos y con una sonrisa impregnada en nuestros labios, aunque por dentro fuera una cascada desbordada que amenazaba con salir en cualquier momento. Nada más cruzar la puerta principal, oímos el café recién hecho. Erik estaba en la cocina recién levantado, en calzoncillos y con la mirada perdida en la máquina de café.

—¿Estás son horas de levantarse? —Alcé un poco más la voz. Este cerró los ojos ante la evidente resaca y giró sobre sus talones para mirarnos con los ojos entrecerrados—. ¿Papichulo tuvo una tórrida noche de sexo desenfrenado?

Vicky comenzó a reír y se sentó en uno de los taburetes de la isla. Siempre se sentaba en el mismo y yo hice lo mismo con el taburete de al lado. Erik hizo una mueca burlona y señaló las tazas. Solo Vicky accedió a beber un poco de café.

Mi amigo sacó la taza y la puso frente a ella: «No dejes para mañana la follada que puedas tener hoy». Puse los ojos en blanco y Vicky soltó una carcajada impropia de su dulce voz. Estalló contra todos los cristales, muerta de risa, para mirarme y levantar las cejas al mismo tiempo. Insinuaciones que llevarían a algo más si no dejaba de mirarme de ese modo feroz y dejaba de rozar su pie por mi pierna.

—Eres malvada —susurré.

—No sabes cuánto... —Me guiñó un ojo, pícara, y cogió la taza cuando Erik le echó un poco de café—. Será mi último café, he leído que las embarazadas solo pueden tomar una taza al día con cafeína.

—¿Sabéis cómo vais a llamarlo? —preguntó Erik, sentándose enfrente. Rodeó las manos alrededor de la taza y la giró para que leyera su taza: «Nunca es tarde». Y sonreí. Él me conocía. Vicky no alcanzó a verlo. Estaba ausente mirando el interior de la taza, al mismo tiempo que la zarandeaba en círculos para observar el mar revuelto del café—. ¿Queréis que sea chica o chico?

—No tengo preferencias en el sexo del bebé, y tampoco sé cómo lo llamaremos. —Fue Vicky la que le respondió, aunque yo iba a decir lo mismo. Sus comisuras se elevaron para dejarnos ver sus perfectos dientes blancos alineados.

—Creo que Erik sería un buen nombre —propuso mi amigo con orgullo.

Entrecerré los ojos, observándolo. Este alzó los hombros al aire y rio. Volvió a dejar los brazos sobre la mesa y se mantuvo en silencio. Vicky volvió a quedarse ausente, aunque no perdió su sonrisa en ningún momento. Sabía muy bien que, detrás de esa máscara llena de felicidad, habitaba el mismo abismo que en mi interior. La diferencia era que ella, en algún momento, lo olvidaría. Ella se iría apagando y yo debía ser la llama que nos iluminara a los dos. Y nunca faltaría ese fuego, ni esa luz. Mi amor por ella era incondicional. Hacía menos de veinticuatro horas que nos habían dado la noticia y mi cabeza seguía sin asimilar que fuera verdad.

—¿Te apetece que nos fuéramos de viaje? —lancé la pregunta sin pensar. Erik me miró con sorpresa y Vicky se detuvo para escudriñarme por mi impulso—. Me toca elegir destino, ¿no?

—Creí que te interpondrías a nuestra apuesta...

—¡Por favor! —interrumpió Erik—. Estás hablando de Derek. Siempre cumple con su palabra, aunque sea una idea descabellada. —Se levantó y dejó la taza en el lavavajillas—. Últimamente haces muchas locuras. ¡Me gusta, *my darling*!

—No es una broma, ¿no? —Quería cerciorarse de que decía la verdad. Jamás había estado tan seguro de hacer algo como aquello—. ¿En serio? —Su cara se iluminó y se lanzó a mis brazos afable. Casi caímos—. ¡Ay! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —Me repartió besos por todo el rostro. Me abrazó fuerte. Feliz. Radiante—. ¿Dónde vamos?

—Lo sabrás cuando lleguemos al aeropuerto. —Me hice el misterioso—. No voy a revelar ninguno de los lugares y, con esto, ya te lo he dicho todo.

—¿Así que hay lugares? —Un grito eufórico nos ensordeció—. ¿Cuándo nos vamos?

—Esta noche.

Y le faltaron piernas para correr escaleras arriba y comenzar a preparar su equipaje.

∞∞∞∞

A Vicky poco le importó gritar en medio del aeropuerto cuando comprobó nuestra primera destinación: México. El primer lugar que iniciaría su película romántica. Antes de irnos, comprobé con disimulo —para que no se sintiera incómoda— que llevaba todo lo necesario y que no se le había olvidado nada. Me sentía mal por invadir sus cosas. Si se dio cuenta, no dijo nada.

Nos sentamos en los incómodos asientos de la sala de espera después de registrar las maletas. El aeropuerto estaba repleto de gente, quienes danzaban de un lado a otro. Jóvenes tirados por el suelo, a la espera de su vuelo. Adultos que charlaban entre ellos o que corrían hacia las puertas de embarque por llegar tarde.

La recepción estaba abarrotada y me maldecí por no utilizar nuestro *jet* privado. Vicky apoyó la cabeza en mi hombro y cerró los ojos. Todavía faltaba una hora y media para el inicio de nuestro vuelo. Habíamos llegado con bastante antelación. Aproveché que Vicky descansaba la vista para releer lo que debía aprender y ser un excelente guía turístico. Era consciente de que mi cultura por el romanticismo iba a ampliarse a niveles que jamás imaginé. Cualquiera que leyera mis pensamientos se sorprendería, pero tenía ganas de hacerlo.

—¿En qué piensas? —preguntó Vicky aún sobre mi hombro.

—En muchas cosas.

—¿En concreto?

—Estoy pensando en ti.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé.

Besé su cabeza y ella se acomodó en el asiento, con una pierna tirada sobre las mías y el tronco pegado a mi costado. Un camino lento desde mi brazo hasta mi pelo fue el recorrido que sus dedos realizaron hasta enredarse en él.

—No cualquier persona te deja un buen recuerdo. —Crucé mis ojos con los suyos que pronto se abrazaron como si nunca se hubiesen visto—. Pero estoy segura de que vas a grabar cada uno de ellos a fuego en el alma.

Acaricié mi mentón para robarme un beso. Uno que me sacó una sincera sonrisa y apartó un poco las penas que seguían embriagándome los sentidos. Un beso que enlazamos con otro. Y otro. Y otro. Hasta que escuché por el altavoz el vuelo a México y la puerta de embarque y me levanté.

Vicky agarró su maleta de mano y comenzó a andar con alegría entre el gentío. Un señor mayor tropezó con ella y esta se quedó quieta. Se giró como si estuviera desorientada y la agarré

de la mano, dedicándole una tierna sonrisa que pareció relajarla. La cara de confusión me confirmó que no sabía dónde iba, así que entrelacé mis dedos con los suyos, los besé y tiré de ella para que me siguiera. Entregué los pasajes y cruzamos la pasarela que nos llevaba al interior del avión. Por primera vez en toda mi vida, cogí la zona de turista. Vicky estaba encantada. Su asiento estaba junto a la ventanilla y, su primera reacción, fue la de asomarse en esta. Guardé su maleta de mano y me senté a su lado.

Once horas y media.

Once horas y media que nos mantuve despiertos para no sufrir las consecuencias del *jet lag*. A Vicky no parecía importarle cuando la molestaba para que no cerrase los ojos. Le pesaban y estaba haciendo un esfuerzo sobrenatural por no dormirse. El único modo que se me ocurrió para que no pasase fue la de encender su pantalla —pegada al asiento de delante— y poner una de las películas románticas que proponían.

—Ahí has estado avispado. —Besó mi hombro antes de acomodarse sobre él y atender a la película—. No es de mis favoritas, pero tiene muchas escenas graciosas.

—Yo soy más gracioso que ese tío —rio—, y más guapo.

—Y tienes un culo que él jamás tendrá. Y unos ojos preciosos. Y una boca llena de frenesí. Y una personalidad intensa y apasionada. Muy impulsiva. —Asentí conforme—. Ser *gilipollas* no está al alcance de todos.

—Y ser un *jueves* tampoco.

—Así me quieres.

—Así me quieres tú.

—Déjame ver la película que, al final, le quitarás el título a tu hermano.

Reí al recordar el mote que Sophia le puso a William. No podía ser *rompemance*^[7] y *gilipollas* a la vez. Estaba muy lejos de mi categoría. Dejé que viera la película sin inmiscuirme. La veía observarme de reojo para comprobar que seguía despierto. Y lo estaba, aunque las pestañas quisieran impedirlo. Me entretenía mirando el móvil o me perdía en mis pensamientos agotadores sobre la realidad que nos envolvía.

Recordaba una y otra vez el momento en que todo estalló. Volví a sentir las lágrimas de Vicky llorando a mares en el sofá. La cara de Erik al enterarse. El ahogo en mi pecho, las lágrimas que volvían a aglomerarse en mis ojos... Ni siquiera me di cuenta de que tenía la mirada perdida en la pantalla, que se había terminado la película y que Vicky me miraba sin entender qué me pasaba. Lo aparté todo de golpe y porrazo. Le sonreí y busqué otra película con la que entretenerla, pero ella me detuvo.

No dijo nada, ni tampoco me forzó a hablar. Me tendió un auricular y encendió Spotify. Levanté una ceja suspicaz y ella me prometió que no se dormiría. Al ponerme el auricular, sonreí. Era nuestra lista para salir a correr. Y todo pareció más sencillo escuchando las canciones que componían nuestra banda sonora. Todo parecía ser menos doloroso.

∞∞∞∞

Después de largas horas y peleándonos sobre qué canciones incluir en nuestro repertorio, llegamos a México. La una de la madrugada. Vicky se levantó enérgica de su asiento y me instó a levantarme para colarme entre la gente que se abarrotaba en el pasillo.

—No tengas prisa, el hotel no se va a ir.

—¡Estoy emocionada! —Se tocó la barriga, todavía no estaba muy abultada—. Rectifico:

¡estamos muy emocionados!

También la acaricié y besé su nariz.

—Mañana... —lo medité—. Hoy será el inicio de tu gran película romántica. —Me reí—. Le he robado la cámara a Erik.

—¡Dime que has borrado lo que fuera que tuviese la cinta! —Su risa salió tan natural. Se la veía tan feliz, que parecía que ni siquiera se acordaba de su enfermedad.

«Tal vez no lo recuerde», me dije a mí mismo.

—Está todo borrado. Prometido. —Levanté la mano y ella la chocó efusiva—. Venga, vamos.

Cogí su maleta de mano y salimos en dirección a coger nuestras maletas. Una vez parados, delante de la cita que las transportaba, Vicky hizo el amago de agarrar dos que no eran nuestras. Entrecerró los ojos para averiguar por qué la había detenido. Cuando las vi, las señalé y agarró la mía y yo la de ella.

Observé a la gente y busqué los carteles de salida para orientarme. Una vez los visualicé, tiré de su mano para que me siguiera. La acumulación de gente parecía despistar a Vicky y eso nos ralentizó un poco más. Tuve que colocar su maleta de mano encima de la que arrastraba para entrelazar nuestros dedos y que no se quedara atrás. La notaba incómoda. Embarullada. No pensé que este tipo de ajetreo pudiera afectarla más. Un ligero apretón me hizo girar hacia Vicky. Sonreía y se adelantó a mis pasos cuando salimos.

—Bienvenida a México.

Dejó la maleta a nuestro lado y se tiró a mis brazos regalándome un afectuoso beso que me quitó hasta el hipo.

—Te quiero, Derek. —Volvió a besar mis necesitados labios de los suyos—. Gracias por hacer esto posible. Gracias por mimar mis recuerdos. Por cuidar mi vida. Puede que me olvide de esto en unos meses, semanas... o lo que sea, pero lo que importa son los momentos vividos en el aquí y en el ahora.

—Entonces... viviremos hasta quemarnos.

—En el más puro infierno, tomando un café. —Atrapó su labio inferior con los dientes, reteniendo una sonrisa lobuna—. Caliente.

—Suave.

—Fuerte.

—Amargo.

—Dulce.

Liberé su labio a un abismo de enloquecer. Su boca me pedía ser devorada, pero me contuve. Todavía nos quedaba un breve recorrido hasta el hotel. Pero, cuando llegáramos, le haría el amor tantas veces hasta que su sonrisa dijera basta.

Capítulo 31

Los volcanes Popocatepetl y Iztaccíhuatl

DEREK

—Coge la chaqueta.

Vicky refunfuñó entre dientes, ya que decía que tenía calor. ¡Cómo no tenerlo! Si comprobamos, de primera mano, que las paredes de la ducha son muy resistentes a los empotramientos. El recuerdo de lo que había sucedido en la ducha —hacía escasos minutos— volvía a excitarme. Sonreí cuando la vi haciéndome una mueca burlona con la chaqueta en mano y dispuesta a ser la primera en salir de la habitación. Con pasos firmes y decididos, se enfundó por el pasillo —sobre la moqueta roja— hasta detenerse delante del ascensor. Pulsó el botón y esperó. Me coloqué a su lado y sus dedos comenzaron a tantear con los míos. Los rozaba para luego distanciarlos. Los golpeaba con un débil movimiento. Vi su sonrisa juguetona y pasé mi brazo por detrás de su cuello. Aproximé su cuerpo tanto como pude al mío y la besé sin dilación. Solo para torturarla un poco. Al separarnos, lamí su labio. Adrede. A sabiendas de lo mucho que le gustaba ese simple roce. Gruñó justo cuando las puertas se abrieron.

—¿Y si volvemos a la habitación? Nos volvemos a meter en la ducha y me lo haces —bajó el tono de voz para que nadie la oyera— salvaje, como si fueras un león hambriento. —Me miró con ojos llenos de súplica ardiente y, aunque la oferta era de lo más tentadora, la decanté.

—Vamos, anda.

Le di una palmada en el culo y entró en el ascensor con resignación.

—Pero, tal vez, al volver —susurré después de sonreír pervertido. Me acerqué a su oído y procuré que nadie nos escuchara—, no solo me comeré tu boca o tus pechos, sino que te comeré el centró. Lo lameré famélico hasta que grites mi nombre con delirio.

La rojez de sus mejillas se extendió por sus orejas y su cuello. Se lamió el labio, despacio, y tragó con dureza.

—Y luego te haré el amor como te gusta. ¿Sabes qué, Vicky? —Ella movió la cabeza de manera negativa—. Tu cuerpo sabe a café recién hecho. A sexo. A amor. A vida. Y eso... —mordí el lóbulo de su oreja sin ser visto— me pone a mil.

El sonido del ascensor nos avisó de que ya habíamos llegado. Sonreí al separarme de ella y le tendí la mano. Estaba excitada. Mucho, a decir verdad. No supe cuántos improperios soltó por la boca antes de aferrarse a mis dedos y dejarse llevar.

En la puerta principal, un taxi nos esperaba para llevarnos hasta Tlamacas, en concreto, a Paso de Cortés. Estábamos a noventa kilómetros de nuestro destino, pero valía la pena viajar hasta allí. Vicky, como era de esperar, comenzó a hacer preguntas de hacía dónde íbamos. Esquivé cada una de las preguntas y ella se enfurruñó, así que decidí grabarla en ese estado *enfadica*^[8] y que me hacía tanta gracia.

—No sé por qué te ríes —me reprochó cruzándose de brazos y mirando en dirección opuesta a la cámara.

—Eres una impaciente. Va, mira a la cámara para que todos puedan ver los labios aplastados, tu ceño fruncido y tus ojos colerizados. —Reí y ella se giró para mirarme de la peor de las

maneras—. No sabes cómo me pones cuando te enfadas.

—Pues te advierto de que lo del baño ya no me apetece tanto...

—Eso está por verse... —Me sacó la lengua y volvió a observar la naturaleza que nos rodeaba.

Aproveché para grabar el paisaje verde, lleno de árboles, de flores, de tranquilidad. Abrí un poco la ventana para que el aire impactara en mi cara y notar el frío de aquella temperatura tan baja. Me encantaba. Además, olía a paz. Sentí la mirada de Vicky en mi cuello y me giré. La pillé sonriéndome.

—Sin lugar a dudas, el lugar al que me llevas debe de ser precioso.

—Y peligroso —añadió el taxista. Solo le bastó una mirada por el retrovisor para que dejara de meter la pata—. Aunque ahora no lo es tanto —intentó apañar.

—¿Peligroso? —cuestionó ella sin entender.

—Me he cerciorado. No es peligroso... —Al menos, de momento, pero eso me lo guardaría para mí—. Te lo prometo.

Sondeó mis palabras con determinación hasta que una bonita sonrisa asomó por sus labios. Entrelacé nuestras manos y seguimos disfrutando del paisaje hasta que el taxista se paró enfrente de una valla, donde indicaba que no había paso.

—Quédese aquí, por favor, no me importa el dinero que deba pagar después. —El hombre asintió y Vicky y yo bajamos del vehículo.

Vicky se acercó hacia mí y dio una vuelta para observar todo con gran detalle. Cerró los ojos y rodó como si pudiera fusionarse con la naturaleza. El aire la embriagó. Sonrió casi de inmediato al sentir cómo acariciaba su cara, cómo sus manos se alzaron a acariciarse el cuello para luego abrir los brazos al recibir su entrañable abrazo. Grabaría cada uno de esos momentos y los veríamos juntos cuando no recordase nada.

—¿Te apetece que te cuente una historia? —Abrió los ojos al instante. Curiosa.

—¿Derek Wright sabe historias?

—Y de amor, que conste.

Una sonora carcajada inundó el lugar, expandiéndose por el aire hasta rozar las altas montañas que nos rodeaban. Ignoré su irónica sonrisa. Hace unos meses, si me lo hubieran dicho, también me hubiese reído como ella. Incluso más. Le tendí la mano y ella aceptó. Cruzamos la barrera — en la que nos advertían que no había paso— y seguimos caminando unos pocos metros hasta visualizar el volcán Popocatepetl. Uno de los volcanes más activos del mundo y la segunda montaña más alta de México. Un volcán con una historia de amor.

—Te presento los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, la segunda y tercera montaña más altas de México. No hace falta recalcar que es uno de los paisajes más icónicos de aquí.

—Es precioso.

Contempló la zona que nos rodeaba, llena de frescor y un intenso verde que hacía ese momento más romántico si fuere. Acaricié su mejilla sonrojada y volvió a prestarme toda la atención.

—Cuenta la leyenda —vi cómo sus ojos chispearon de emoción y su sonrisa se ensanchó— que estas dos montañas representan a una joven doncella y a un joven apuesto guerrero de Tlaxcaltecas. Todos los conocen como Popocatepetl e Iztaccíhuatl.

—¿Por qué les pusieron sus nombres a las montañas?

—Impaciente. —Golpeé con ligereza su nariz y, después, le dediqué un dulce beso en la punta. Ella sonrió—. Iztaccíhuatl era la princesa Tlaxcalteca más bella que jamás, nadie, ha visto. Ella se enamoró locamente de Popocatepetl, un extraordinario guerrero que no le temía a nada.

—Tiré de su mano para introducirnos en una pequeña arboleda y rodearnos todavía más de la esencia del lugar—. Dicen que, antes de partir a la guerra en la que Tlaxcalteca se encontraba contra los aztecas, Popocatépetl pidió a su cacique de su pueblo la mano de su hija. De la princesa. Este se la concedió a cambio de una única condición.

—¿Cuál?

—Qué volviera sano y salvo de la guerra y, de ese modo, desposarla. —Vicky frunció el ceño por la condición, aun así, no dijo nada—. El guerrero partió a la batalla mientras que la princesa esperaba el retorno de su único y verdadero amor. Sin embargo, la lengua viperina de un celoso rival de Popocatépetl, con toda la mala fe, engañó a la princesa y le informó de que su amado había muerto en combate.

—¡No me lo puedo creer! —Estaba enfadada, como si de verdad le hubiera afectado que esa tercera persona se inmiscuyera en la relación de dos personas que se amaban. También se indignaba cuando veía las películas. Maldecía a esos protagonistas cuyo único objetivo era romper la relación, interponerse e incluso hacer una barbarie para que no estuvieran juntos. Ella, mi justiciera—. Los odio, a todos.

—Lo sé.

—No te burles de mí.

—No lo hago.

—Sí lo haces, pero sigue —me pidió con cierta aproximación por su parte. Por la mía, la cobijé contra mi cuerpo mientras observaba a la lejanía el delineado del volcán bajo los rayos del sol.

—Iztaccíhuatl no pudo soportarlo. Arrastrada por el desconsuelo y por la gran tristeza que le inundaba el corazón, la princesa murió por la gran pérdida de su amado. —Un «Qué trágico» salió de sus labios. Pegó su cara a mi pecho y notó cómo mi corazón cabalgaba por ella. La abracé—. Poco tiempo después, Popocatépetl regresó victorioso y dispuesto a tomar matrimonio con la princesa, tal y como acordaron antes de su marcha. No obstante, a su llegada, recibió la funesta noticia de su fallecimiento. —Vicky me apretó un poco más a ella. Ya no quedaba espacio entre los dos. Comenzaba a dudar de si había sido una buena idea contarle esta leyenda... o todas las que me había preparado—. Durante varios días y noches, cuentan que el joven, abatido, vagó por las calles hasta encontrar la manera de honrar al gran amor de su vida y que, aun estando muerta, sentía que se profesaban.

Nos conduje hasta casi el borde, viendo la gran altitud a la que nos encontrábamos y donde el sol podía alcanzarnos. Besé su cabeza y ella se limitó a atender el final de la historia.

—Popocatépetl ordenó erigir una gran tumba bajo el sol, amontonando diez cerros para levantar la enorme montaña. Una vez construida, tomó el cuerpo inerte de su princesa y, recostándola sobre la cima de la montaña, la besó por última vez.

Se me encogió el corazón al ser consciente de la humedad en los ojos de Vicky y cómo destellaban bajo el sol que nos iluminaba. Sonreí con calidez y ella besó mi mano cuando volvió a mimar su mejilla.

—Después de besarla, antorcha humeante en mano, se arrodilló a velar su sueño eternamente.

—Qué bonito...

—Desde entonces, permanecen juntos. Uno frente a otro. —Señalé a cada uno de ellos—. Con el tiempo, la nieve cubrió sus cuerpos e hizo que se convirtieran en dos enormes volcanes que permanecerán inmutables hasta el final de los tiempos.

—Quiso morir junto a ella. Lo dejó todo por ella... —Vicky rozó mi piel helada por el frío con sus yemas. También tenía las mejillas teñidas de un ligero color carmesí y ella las estaba

adorando—. Tú también lo estás dejando todo por mí.

—Te quiero y voy a hacer de tus días una película digna de ser contada. —Le robé un beso—. ¿Te cuento el final?

—¡Por supuesto!

—Dicen que, cuando el guerrero Popocatepetl se acuerda de su amada Iztaccíhuatl, su corazón, que guarda el fuego de la pasión eterna, tiembla y su antorcha vuelve a incendiarse. Es por ello por lo que aún, hoy en día, el volcán Popocatepetl continúa arrojando fumarolas de humo. —Y ahí iba mi invención, solo para crear más ambiente romántico—. Han visto, solo unos pocos, que el humo delinea la forma de dos personas. —La agarré como a una recién casada y esta dio un gritito de sorpresa—. Justo así. Ella en sus brazos y él prometiéndole amor eterno.

—Y tú, Derek, ¿me prometes amor eterno?

—Contigo lo quiero todo. Un amor infinito hasta la eternidad.

Capítulo 32

El Callejón del Beso

DEREK

—¡He perdido el móvil! —gritó Vicky desde la habitación. Me encontraba en el baño cuando la oí. Asomé la cabeza y la vi poniendo toda la estancia patas arriba—. ¡Derek!

—¿Has mirado dentro del bolso? —Llevábamos dos semanas en México y los olvidos más obvios comenzaron a aparecer. Ahora era consciente de ello. Si no era el móvil, era la tarjeta del hotel, el cargador, el cepillo para el pelo...—. Ayer, antes de subir a la habitación, lo metiste ahí.

Cogió el bolso y lo sacó soltando un suspiro tranquilizador. Me susurró un «Gracias» y se sentó a ojearlo mientras yo terminaba de afeitarme. Expulsé el aire retenido en mis pulmones, como hacía cada vez que ocurría. No podía evitar tensarme y preocuparme. Cada día le prestaba más del cien por cien de atención para que, cuando pasara, cuando ella olvidara cualquier detalle, tener la respuesta a su problema.

—Me gusta tu barba de varios días, te hace estar más sexy. —La voz de Vicky me sacó de mis pensamientos. Noté la yema de sus dedos recorrer mi espalda de un modo sensual—. Muy, pero que muy sexy.

Su voz erótica, su lascivia caricia peregrinar mi piel, tiró de mi entrepierna, que no era inhume a sus encantos. Me giré sin que lo esperase, la alcé y ella envolvió con firmeza sus piernas a mi cintura. La besé con ferocidad. No fue suave ni dulce. Fue embriagador y contundente. Nuestras lenguas se enlazaron, se gritaron y jugaron con fuego muy dispuestas a quemarse con la llama de la pasión. Jadeó excitada y, desesperada, tiró de mi camiseta para librarme de ella. Cuando lo consiguió, desabotoné mi pantalón para agacharlo —junto al bóxer— y liberar mi notable erección. Se mordió el labio al comprobar que estaba más que listo. Lujuriosa y tentada por el deseo, se quitó el jersey rosa pastel para exponer un provocativo sujetador de encaje —del mismo color— que marcaba el color de sus pezones dispuestos a una guerra contra mi boca. Con un sencillito movimiento, lo desabroché y sus pechos quedaron a mi entera disposición. Aproximé mi cara a su piel. La arrullaba con mi nariz. La lamía. La recorría con mi lengua, despacio, premioso. Jugué con su pezón izquierdo. Me lo metí en la boca. Lo saboreé. Me lo comí y luego hice lo mismo con el otro mientras mis manos grababan en su cuerpo la memoria de sus huellas. Tiré sus pantalones al suelo una vez emprendí el viaje hacia su centro. Necesitaba probarla de nuevo, ver su cara explotar de placer y oír los gemidos que era incapaz de reprimir. Le quité la única prenda que le quedaba y hundí mi lengua en su ser. Sus manos agarraron mi pelo. Tiraba de él. Se aferraba a la pieza de mármol de la pila. Succioné su clítoris con extrema dilación. Relamía deteniéndome en cada milímetro de su sexo.

—Por Dios, Derek... Me vas a matar. —Sonreí al conseguir mi propósito—. Te deseo. Ya.

Me incorporé para atrapar su boca. Para beberme su alma mientras mi pene rozaba su entrada. Una y otra vez, sin llegar a hacerlo. Gruñó. La martiricé un poco más hasta que no pude retenerme. La embestí lento y la llené de mí. Echó la cabeza hacia atrás, aferrada a mi cuello. Sus uñas se clavaban en él hasta que comencé un rítmico y sosegado movimiento que hizo que me arañara la espalda deseosa de mucho más compás. Nuestros cuerpos se complementaban a la

perfección. Ellos mismos se conducían al mismo fin mientras cada uno de los invites era más feroz que el anterior, más rápido, más rudo, más frenético.

Vicky buscó mis labios. Lo mordió y luego, en compensación, lo lamió traviesa. Descendió sus besos hasta mi cuello, que succionó por un leve instante y supe que me dejaría marca. Me dejó marcado. Solo y para ella. Entre las embestidas y la poca cordura que me quedaba, bajé mis dedos para acariciar su clítoris al notar cómo se contraía contra mi miembro. Sus caderas se impulsaban contra las mías en un movimiento activo y coordinado. Sus gemidos se cubrían y se entrelazaban con los míos hasta explotar de júbilo. La aferré entre mis brazos y apoyé mi frente junto a la suya. Nuestras respiraciones agitadas se mezclaban.

—Creo que el embarazo me pone muy cachonda.

Me reí a carcajada limpia al oírla y la miré con una ceja alzada por su comentario. Atrapé sus labios para zanjar —o dar comienzo— a un nuevo juego que retomamos en la ducha. Confirmamos que sí, la ducha nos ponía como una moto a los dos.



Horas después de nuestro tórrido momento en el baño, cogimos un taxi que nos condujo hasta Guanajuato. Una ciudad que parecía sacada de un cuento de hadas, y no era para menos. Su centro histórico era cautivador gracias a sus fachadas y estrechos callejones llenos de vida, luz y color. Sin embargo, no solo eran sus calles ni sus balcones con plantas y enredaderas que hacían aún más especial y viva la zona, sino por sus leyendas. Por esa razón, aprovechando que nos encontrábamos en México, elegí el Callejón del Beso para darle voz al amor que los protagonistas se profesaban porque, algunas veces, lo damos todo por la persona a la que amamos.

—Prácticamente pueden tocarse desde los balcones.

Ambos teníamos la mirada levantada hacia ellos. Acerqué el cuerpo de Vicky al mío y la insté a seguirme. Era una zona muy visitada por los turistas; pero, por suerte, ese día no había demasiada gente.

—¿Quieres que subamos? —le pregunté. Vicky observaba con detenimiento cada detalle del lugar y asintió feliz a mi pregunta—. Ven. —Tiré de ella hasta llegar a las puertas de las casas principales y donde todo ocurrió—. Tienes que subir por esas escaleras y te llevarán a ese balcón. —Lo señalé—. Yo estaré esperándote en el de enfrente.

No dudó ni un instante y entró en la casa para subir. Yo hice lo mismo. Una vez nos encontramos en los balcones, pudo comprobar que sí. Podíamos tocarnos, incluso podía saltar sin miedo a caerse. Estaban muy cerca.

—¿Te apetece escuchar otra leyenda? —No hizo falta que me respondiese a viva voz. Su postura. Sus labios elevados y curvados. Sus ojos llenos de emoción me indicaron que sí—. Doña Carmen era la hija de uno de los hombres más violentos y autoritarios de la ciudad. Ella tenía un romance con don Luís, quien la cortejaba cada día con bellas palabras y gestos de amor. —Vicky suspiró encandilada. Se agarró a la barandilla de metal y me miró como si fuera el único que habitaba en ese lugar, siendo la persona a la que más amaba en el mundo—. Doña Carmen y don Luís estuvieron juntos a escondidas y, cuando el padre de ella se enteró, quiso encerrarla en un convento y casarla con un viejo rico español. —Vicky frunció el ceño y me reí sin evitarlo. Ella me sacó la lengua—. Don Luís, al enterarse, pensó en muchas alternativas para evitarlo, para verla una vez más y... ¿sabes qué hizo?

—¿Qué hizo?

—Don Luís compró la casa que estaba justo enfrente de la suya.

—¿Donde estás tú? —Asentí—. Entonces, esta era la casa de doña Carmen. —Sonrió con entusiasmo—. Tú eres mi don Luís.

—Y tú eres mi Doña Carmen.

—Sigue, por favor. ¿Qué ocurrió entre ellos?

—Como puedes comprobar, si estiraban sus brazos, podían tocarse por la proximidad de sus balcones. —Eso hizo, dejar el brazo colgando en el aire hasta que agarré su mano y entrelazamos nuestros dedos—. Doña Carmen, al verlo en la casa de enfrente, se emocionó y tuvieron unos minutos llenos de cariño y sintiendo todo el amor que avivaba su fuero interno hasta que escucharon los gritos furiosos del padre de ella. Aporreaba la puerta. Gruñía furibundo. Antes de que volviera a separarlos, ambos se dieron un suave y afectuoso beso en los labios. —Me aproximé a su balcón. Vicky me miraba con los ojos ahumados y una sonrisa anhelante de mis labios. Se acercó y recreamos ese beso que tan famoso se volvió. Un beso tierno, acaramelado, y que duró apenas unos segundos—. El padre consiguió entrar, después de golpear a la sirvienta que trabajaba para ellos. Entró colérico a la habitación y le clavó una daga en el pecho a su propia hija y se marchó. Don Luís saltó al balcón de su amada —y así lo hice. Salté para estar junto a mi gran amor— y la sostuvo en sus brazos —como yo lo hacía ahora con ella—, enmudecido por lo que había pasado. Acariciaba su bello rostro, sus últimas lágrimas y le dejó un delicado beso en los sonrosados labios de doña Carmen, quien soltó un último suspiro y un «Te quiero» antes de morir.

—No entiendo por qué las leyendas tienen que ser tan tristes... —Escondió su cara en el hueco de mi cuello y besé su sien—. Aun así, son preciosas y me encantan. Como tú.

—¿Yo te encanto? Pensaba que me odiabas —ironicé. Soltó una risita graciosa al acariciar la marca que me dejó en el cuello.

—Es verdad, te odio. —Se separó a escasos centímetros de mí—. Te odio tanto que eres la única persona que ocupa mis pensamientos las veinticuatro horas al día.

Me reí.

—Ya sabes lo que dicen: del odio al amor solo hay un paso.

Y nos besamos como solo nuestros labios sabían hacerlo, haciéndose el amor. Lento, sincero y directo al corazón.

—¿Te apetece hacer un poco de turismo? —propuse después de separar nuestras bocas, bajar a la calle y caminar sin rumbo.

—¡Por supuesto! —Vicky me pasó el brazo por la cintura y se agarró a mi costado—. ¿Nunca te he contado que mi hermana y yo queríamos venir a México?

—No, pero estoy dispuesto a escucharte sin interrupciones.

—Ja, ja, ja... —rio irónica—. Yo no te interrumpo cuando me cuentas las leyendas. —En mi cara se reflejó la palabra «¿En serio?» y ella rio alegre—. Un poco, tal vez.

—¡Ya! Tal vez... —La pegué más a mí y seguimos caminando—. Cuéntame, ¿por qué querías venir a México?

—Prométeme que no te vas a enfadar...

—¿Por qué iba a enfadarme? —No entendí a lo que se refería. Si ni siquiera sabía que fuera un plan de hermanas, a no ser que...—. ¿Has fingido no saber la leyenda del beso?

Asintió.

—No me voy a enfadar, pero ¿por qué no me lo has dicho?

—Porque lo que estás haciendo es lo más bonito que nadie, jamás, ha hecho por mí en la vida.

Además, me encanta cómo cuentas cada historia. El acento, la entonación que les das. Cómo me miras. Cómo me tocas mientras narras... —Su piel se erizó por el simple hecho de recordarlo—. Quiero vivir esos momentos a tu lado. No quiero estropearlo...

—No estropeas nada, Vicky. Sin ti, este viaje no tendría sentido. —Me robó la cámara de la mano y la encendió. Se apartó de mí y subió un par de peldaños para estar más alta—. Vicky...

—No siempre voy a salir yo. Además, quiero que me prometas que me enseñarás estas grabaciones cuando no recuerde nada.

Sus palabras me apuñalaron en el centro del corazón. Dolió, aun sabiendo que eso pasaría y que yo no podría hacer nada por remediarlo.

—Derek, prométemelo.

—Te lo prometo.

—Ahora... ¿le dedicas unas palabras a la cámara? ¿Quieres hacer la pasarela de escaleras para que las jóvenes de allí —las señaló con la cabeza— sigan babeando por el novio más guapo del mundo?

—¿Estás celosa? —Levanté con ritmo las cejas acompañadas de una mirada pillas que fue correspondida por una mueca de «No me importa». *Mentirosa*—. Entonces, quieres que modele... ¡Claro! ¿Por qué no?

—¿En serio?

—¿Lo dudas?

—No te atreverías —rio—, Derek Wright no hace esas cosas.

—Atenta.

Alzó una ceja graciosa y levantó la cámara risueña. Esperaba que me detuviera en el último momento, pero no lo hice. Empecé mi camino hacia el grupo de jóvenes que me miraban de reojo. Caminé sensual y con toda la chulería del antiguo Derek. Me detuve delante de ellas y me acerqué a una hasta que mis labios rozaron su oído.

—No te sorprendas —ordené. Fingí una voz ronca, *sexy*—. Mi novia piensa que no era capaz de venir y coquetear contigo. Sonríe como si te hubiese dicho algo gracioso. —Lo hizo, incluso sus mejillas se tiñeron de rojo—. Te doy mil pesos por una foto contigo y un beso en la mejilla.

—Claro. —Sacó el teléfono y nos hizo un *selfie*.

—¿Te apetece? —Me acarició el bíceps aprovechando la situación y me lanzó una mirada cómplice.

—Por supuesto.

Le cogí el teléfono y nos hice una fotografía, para luego rematarlo con un beso en la mejilla. Un beso que enfureció a Vicky, que estaba arriba de las escaleras. Puse los mil pesos —con disimulo— en el bolsillo trasero del pantalón de mi copartícipe y se lo hice saber. Sin importar el estado de mi novia, me acerqué a ella como todo un modelo. Un modelo que ella pidió.

—Creo que todavía tengo *sex-appeal*. —Le guiñé un ojo y le robé la cámara para enfocarla. Ella antepone las manos para que no lo hiciera—. ¿Sabes? ¡Me encanta verte enfurruñada!

Me sacó la lengua, burlona, antes de darse la vuelta y seguir subiendo las escaleras. La risa inundó el callejón. Ella se volteó para enfrentarme y acorralarme contra la pared en uno de sus delicados empujones. Me moví porque quise, no por la fuerza que empleó. Con su dedo índice como bandera, me apuntó y retuve la risa para que no se enfureciera más.

—Eres *gilipollas*.

—Y tú un *jueves* que no debería retarme. —Gruñó y movió las manos con los puños apretados.

—¡Ah! ¡Me sacas de las casillas!

—¡Bienvenida a mi mundo!

—Te odio.

—Me amas.

—Si no fuera porque hay gente...

—Te follaría aquí mismo y, como testigo, tendría la magia del Callejón del Beso.

El color carmesí se acrecentó en sus mejillas y no pudo evitar la intensa y apasionada sonrisa que iluminó de nuevo su cara.

—Sabes cómo jugar sucio, Derek Wright.

—Tú eres la que perviertes mi mente, *jueves*. —No fue necesario que mis manos tiraran de su cintura para que se acercara. Su cuerpo lo supo y nos unió, como el hilo rojo une a las parejas aun estén en la otra parte del mundo. Me dejé envolver por sus brazos, que rodeaban mi cuello, y sus labios, que tentaban los míos—. Ya que no puedo hacerte el amor, al menos, confieso, aquí, delante del amor de doña Carmen y don Luís, que te amo.

—¿Sabes? —La mirada que me profesaba se endulzó. Un brillo tintineó en ellos y un ligero temblor se impuso en sus manos. Las mimé hasta entrelazar mis dedos con los suyos, apoyándola—. Me gusta que no me mires con lástima. Es que ni siquiera la siento...

—No te tengo lástima, Vicky. —Apoyé mi frente contra la suya. Inspiré y halagué su nariz con la mía en un beso gnomo—. Eres la persona más fuerte que conozco. Tu manera de ver y vivir la vida es extraordinaria. —Nuestras miradas se tornaron más intensas. Sentía cómo me penetraba el alma—. Lo dejaste todo y te viniste a Ámsterdam. Por nosotros. Porque tú veías que era posible cuando yo estaba muerto de miedo. —Dejé sus manos para posarlas sobre sus mejillas—. Eres mi mundo, Vicky. Te quiero más de lo que jamás he querido a nadie. Eres mi primer amor y la persona que me enseñó a amar.

Vicky me arrebató un beso de los que escuecen y te provocan placer al mismo tiempo. De los que anhelas una vez se separan. De los que proclaman a los cuatro vientos la necesidad de poseerlos y decirles que son su complemento perfecto. Y yo suspiraría por ellos en el momento que ella no me recordase. Porque, maldita sea, pasaría. Porque el tiempo volaba y, sin medicación, todavía iría más rápido. Volví a notar la punzada angustiosa en el pecho. La que no dejaba de oprimirme la respiración y que aceleraba mi corazón. En mi mente se batía una lucha entre dejar de pensar y hacer todo lo posible para que Vicky fuera feliz. Me hubiese gustado presionar un botón y desaparecer.

¡Joder! Me sentía perdido. ¿Qué se hacía en esos casos? Era un maldito saco de escombros que no sabía qué hacer. Así que, por primera vez, fui un cobarde por no querer pensar en lo que me atormentaba. Fui un cobarde y escapé de la situación lo más audaz que pude; porque si seguía contemplando el dulce rostro de Vicky, con esos ojazos escudriñando mis emociones, caería de rodillas llorando. Suplicándole a quien fuera que hiciera desaparecer esa horrible enfermedad. Así que le propuse un plan al que no se negaría y que nos turbaría, al menos, un par de horas.

—¿Te apetece que vayamos a comer y, después, hagamos turismo? No solo mis tripas están hambrientas.

—¡Obvio! ¡Tengo mucha hambre! —Se tocó la barriga mientras lamía sus labios glotona. Posé mis manos sobre ella y sonreí al pensar en nuestro hijo o hija—. ¿Sabes lo que llevo esperando probar las enchiladas mineras? —dijo con total emoción—. Mi hermana me va a envidiar. —Rio con una risa malvada típica de las villanas y se descojonó por mi cara de sorpresa—. No me juzgues... Es amor de entre hermanas, tú me entiendes.

Le hice cosquillas en el costado y ella saltó para evitarlas. Si alguien podía minar el dolor que, hacía un instante sentí en el pecho, era ella. Su risa calmaba mi ansiedad.

—¡Pues vamos a por esas enchiladas! —exclamé con acento mexicano.

Vicky me imitó y estalló de nuevo entre risas. Risas que me contagiaron y me hicieron vagar por una aurora alegre sin preocupaciones. Una risa que me hacía sentir que alcanzar la felicidad era fácil. Y, mi felicidad, en aquel momento, era verla reír y vivir.

Capítulo 33

Amantes mariposa

DEREK

—Me hace tan feliz que William y Sophia ya hayan tenido a la pequeña Sophia. ¡Qué bonita es!

—Miramos embelesados la foto que mi hermano nos mandó—. Va a ser la mimada de papá.

—Todos lo sabemos. —Reímos—. La niña de sus ojos.

Vicky se levantó y observó su reflejo.

—Cinco meses... —Acarició su barriga—. Crece muy rápido.

—¿No te gustaría detener el tiempo? —le pregunté después de abrazarla por la espalda y que ella dejara caer su cuerpo sobre mí. Acomodó su cabeza y nos miró en el reflejo con una sonrisa. Negó con la cabeza—. ¿No te hubiese gustado detener el tiempo en algún momento de tu vida?

—¿No te conformas con un no? —Ahora fui yo quien le dio la negativa y ella sonrió—. Hubiese detenido el tiempo el día que nos hiciste volar.

Besé su hombro por encima del jersey y apoyé mi barbilla en él, grabando ese instante tan nuestro en mi retina para no olvidarlo jamás. Abracé más fuerte a Vicky cuando noté que sus piernas flaquearon. Ella se agarró a mis brazos azarada.

—No te preocupes —besé su mejilla—, no te dejaré caer nunca.

—Me han fallado las piernas —confirmó lo que ya sabía.

—El doctor Davis dijo que podía pasar. —Delineé su vientre abultado y la giré despacio. Me agaché frente a ella, levanté el jersey y le di un beso sonoro sobre la piel—. Tenemos que decidir un nombre. —La ilusión volvió a sus ojos y me deshizo el pelo alegre. Ella no recordaba la conversación con el doctor que, junto a la matrona, llevaban el caso de Vicky.

—De eso no te quepa duda.

Arrancó una hoja de papel de un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. ¿En serio? Vicky se acomodó en un pequeño escritorio al lado del balcón. El hotel donde nos hospedábamos en China era acogedor. La habitación era cálida con tonos rosas y blancos, colores semejantes a los cerezos que adornan lugares de la ciudad. Las cortinas blancas, de sedoso tejido, bailaban en ondas acompañadas por el viento. Salí al balcón mientras Vicky seguía haciendo cuadrados de papel y apuntaba nombres. O, al menos, eso imaginaba.

Descalzado y sobre el frío suelo, me empapé de los ajetreos de la gente que recorrían las calles. Del álgido clima que embriagaba mi piel y cautivaba mis sentidos. Era como estar flotando en una aurora sin vaivenes. Sin curvas. Sin cuestas. Navegar a la deriva hacia la tranquilidad.

Cerré los ojos e inspiré. Encontré el punto exacto en el que mantenerme presente, pero con la mente divagando por un camino de ruidosos pensamientos que ya tenía un poco más asimilados. Se podría decir que, el doctor Davis, casi me arrojó al acantilado de la realidad mientras le hacían una serie de análisis y pruebas para cerciorarse de que el bebé estaba bien. Vicky había empezado a olvidar recuerdos. Las crisis habían cesado, pues no había ocurrido ningún altercado ni situación violenta que los provocase. Solo aparecían los tics nerviosos de vez en cuando.

Las palabras del doctor Davis fueron contundentes: «Debes prepararte psicológicamente para

lo que vendrá. No será fácil y puede que, en un futuro, necesites ayuda. No podrás hacerte cargo tú solo, más teniendo a vuestro hijo. Su enfermedad no cesará, sino que avanzará súbita. Es hora de que empieces a asimilar que olvidará hasta de cómo caminar».

Y esas palabras se clavaron en mi pecho rasgando el único músculo que nadie fue capaz de alcanzar, excepto ella. Sería fuerte. No tenía otra opción y, de camino, venía un ser lleno de vida que endulzaría el dolor. Comencé a ahogarme, pero no quería preocupar a Vicky. Entré con discreción mientras ella observaba con detenimiento lo que sí eran nombres. Me encerré en el cuarto de baño y me aferré a los bordes de la gélida pieza de mármol blanca. Frente al espejo, contemplé mi mirada llena de lágrimas. El labio me temblaba y un aullido lleno de desconsuelo se escondió en mi garganta. Me lamenté en silencio, llorando por un futuro incierto que no podía prever. No podía hacer nada y eso me estaba matando a fuego lento, como cuando pasas el dedo por encima de una llama y esperas a quemarte porque llega un momento en el que detienes la yema de tu dedo justo encima. Y sientes que te quemas. Que duele. Pero eres obcecado y sigues esperando para averiguar cuánto aguantas. Y te jode vivo.

Abrí el grifo del agua fría y me lavé la cara dos veces. Volví a perder mis ojos en la persona que se veía reflejada. Me palmeé las mejillas dándome ánimo para seguir. «Has sobrevivido a mil batallas, puedes con una más», me dije en silencio.

—Yo puedo —susurré después de secarme con la toalla y fingir que no había pasado nada.

Al salir del baño, mi móvil comenzó a sonar y la atención de Vicky se dispersó hacia mí. Cuando vi quién era, una sonrisa se plasmó en mi rostro.

—¿Me echabas de menos? —le pregunté a Erik, que respondió con una carcajada exagerada.

—*My darling*, a ti siempre te echo de menos. —Reí y Vicky me hizo un gesto con la mano para que me acercara—. ¿Cómo se ha adaptado a China? —preguntó preocupado.

—Bien... —suspiré—, como siempre.

—¿Es Erik? —Vicky me robó el teléfono y lo puso en manos libres—. ¡Hola, Erik!

—¿Cómo está la mujer más guapa de la vida de Derek? —Ambos rodamos los ojos al escucharlo. Oímos el tintineo de la cuchara golpear la taza y sonreímos.

—¿Estás utilizando la taza que te regalamos de México?

—¡Obvio! —exclamó enérgico—. «Bájese los calzones, hijo de la chingada, ya sabe bien qué hacer». ¡Es muy yo! —Reímos juntos—. Soy un friki raro por tener tazas de este estilo, pero hace que tenga personalidad.

—¿Te estás tirando flores a ti mismo? —Chasqueó la lengua—. *My darling*, eres nuestro friki favorito.

—Eso es cierto. —Vicky asintió mientras volvía su vista a los nombres esparcidos sobre la mesa—. ¿Sabes que estamos eligiendo nombre?

—¿Y el grandullón que tienes al lado te deja elegir? —Un puñetazo es lo que le hubiera dado, si la posibilidad de traspasar pantallas, existiera—. Es broma, no te enfades.

—No me enfado.

—Sí lo está. Tus dientes están rechinando, Derek. —Miré a Vicky con una ceja alzada con cara de «No me ayudas si no me defiendes»—. No pongas esa cara, tu amigo tiene razón. Además, has mirado con mala cara a toda esta hilera de nombres.

—Es que no me gustan.

—¿Y es preciso poner cara de pedo maloliente? —Parpadeé incrédulo por la comparación de Vicky, que estalló entre risas junto a Erik que repetía las dos últimas palabras—. Creo que está a punto de estallar.

—Por eso han dicho en las noticias que China será incendiada. —Se desternillaron a mi costa.

Me crucé de brazos y me senté en la silla malhumorado—. Derek está a punto de explotar.

Lo afirmaba. Le hubiese golpeado hasta que su boca confirmara lo idiota que era. Vicky se levantó el jersey y se secó las lágrimas que se le escapaban con tanta risa. Mi pierna comenzó a moverse inquieta y ella se percató. Quiso menguar la risa; pero, cada vez que me miraba, estallaba a reír.

Me estaban tocando bastante las narices.

—¿Por qué no le ponéis Erik? —Un sonoro «Ja» salió de mi garganta en una clara negativa a la propuesta de mi amigo. Vicky me apoyó—. Tenéis muy mal gusto.

Vicky se acarició la barriga y miró —una vez se le pasó el momento de risa floja— con ternura los cuadrados de nombres. La ayudé a descartar algunos. Erik, desde la otra parte de la línea, intercedía hasta que llamaron al timbre y escuchamos la voz de una mujer. Colgó al instante.

—No cambiará.

—Eso es que no ha encontrado a la persona indicada.

—Puede ser...

—El nombre de nuestro hijo debe tener un significado especial, ¿no crees?

—Sí. Nuestro hijo, al fin y al cabo, fue hecho con mucho amor. La mejor sorpresa de nuestras vidas.

—Sin duda, aunque encontrarte es un regalo que me ha dado la vida. —Me dedicó una tierna mirada hasta que algo cruzó por su mente—. ¡Claro! ¡Eso es! —Saltó contenta de su silla y me abrazó efusiva. Se sentó sobre mí y miró todos los nombres que había sobre la mesa. De repente, se detuvo y agarró un trocito más pequeño que el resto—. ¿Qué te parece?

—Que Daryl^[9] es el nombre perfecto para nuestro hijo.

—Sí —lo pegó a su pecho y cerró los ojos—, siento que es el indicado.

Mimé su vientre con caricias largas y pausadas. Bordeaba su ombligo y delineaba la longitud de su piel delicada, fina y dulce. Una piel que le daba calor a mi cuerpo cuando más la necesitaba. Como en ese momento que, sin tener que decir nada, me abrazó. Dentro de la situación en la que nos encontrábamos, éramos afortunados de tenernos y, dentro de unos meses, de tenerlo a él. La luz de nuestras vidas.

—Todavía no me has contado ninguna leyenda...

—¿Te gustaría?

—Me harías muy feliz.

Agarré su cara entre mis manos y le regalé un primoroso beso lleno de cariño. Antes de separarnos, oteé sus ojos vidriosos de emoción. Apretó los labios en una delicada línea y la atrapó entre sus dientes. Chica mala. Lo liberé con mi pulgar y los tracé con la yema de mis dedos. Eran apetecibles e indomables. Sedientos de sed. Hambrientos de pasión.

—¿Vamos?

—Estoy más que lista.

∞∞∞∞∞

Desde nuestra estancia en la región asiática, fuimos a varios lugares emblemáticos y zonas asombrosas en las que nos hubiéramos quedado todo el día. Sin embargo, me estaba reservando el viaje a los canales de Suzhóu y Zhouzhuan, también apodadas como las dos Venecias. La cara de Vicky, al descubrir dónde íbamos, fue de completa emoción. Hasta que no puso un pie en

tierra y admiró el paisaje, no paró de hacer grititos de exaltación. Mi intención era visitar las dos Venecias en un mismo día, pero como todavía no nos íbamos, la llevaría a la mañana siguiente.

Los dedos de Vicky se entrelazaron con los míos cuando paramos frente al canal de Zhouzhuang, el único canal capaz de trasladarnos a la China milenaria, cuyas calles se recorren mejor en un bote de madera.

—Sé que me estaré repitiendo un montón, pero es precioso. —Adoraba ver a Vicky así de radiante, sin confusiones. Sin dejar de ser ella. Besé su cabeza y la insté a seguirme hasta que llegamos a un joven que estaba frente a un bote—. ¿Vamos a subir? ¿Vamos a pasear por los canales?

—Por supuesto, ¿qué esperabas?

—Lo que no hemos hecho en Ámsterdam, lo vamos a hacer aquí.

Su comparación me hizo reír, aunque no se equivocaba. Suponía que el destino quiso que, nuestra primera vez en bote, fuera en otro lugar. Solo nosotros dos y una aventura en el camino.

El joven ayudó a Vicky a subir y luego lo hizo conmigo. Ambos nos acomodamos en los asientos y nos dejamos arrastrar por él. Surcábamos aguas tranquilas mientras admirábamos la conservación de sus residencias como antaño las tenían. El color blanquecino de sus paredes se elogiaba con las decoraciones orientales que había grabadas en ellas. El tejado, cuyas cuatro esquinas se elevaban al cielo, se oscurecía por un cobre pintado en sus tejas que se armonizaba junto a las barandillas de su pigmento arcilloso. Zhouzhuang era declarada un área escénica por su formidable legado cultural, impregnado de los muros que cobijaban el hermoso lugar en el que nos encontrábamos.

Vicky recostó su cabeza en mi hombro y la abracé por la cintura. Hacía círculos por encima de su jersey hasta que mis manos se abrigaron bajo este para deleitarme de la calidez de su piel. Fue, entonces, cuando comencé a relatar la leyenda de los amantes de la mariposa.

—Hace muchos, muchos años, en la ciudad de Hangzhou —el joven que navegaba la barca sonrió al escuchar dicha población— vivía la joven Zhu Yingtai. Era una chica curiosa y con muchas ganas de estudiar; sin embargo, en aquellos tiempos, era difícil. Comprendió que, la única manera de conseguirlo, era haciéndose pasar por un hombre. —Vicky arrastró su cuerpo para pegarlo más al mío. Nuestros muslos se rozaban, y su mirada fisgona quería saber más. Continué—. Zhu Yingtai se hizo un disfraz. Uno que fue tan convincente que, hasta sus propios compañeros, no se dieron cuenta de que era ella. Tan siquiera Liang Shanbo, el joven más especial que había conocido y con el que pasó muchísimo tiempo. —Un suspiro romántico resonó en la boca de Vicky que miraba las aguas, embelesada, mientras me escuchaba atenta, al mismo tiempo que entrelazaba la mano que tenía apoyada en su pierna—. Los años pasaron, terminaron los estudios y llegó el momento más temido: la despedida. La joven Zhu, ante el miedo de no volver a ver a Liang, le ofreció a su hermana en matrimonio para que entrara en la familia.

—No has mencionado nada de que Zhu tuviera una hermana.

—Esa es la cuestión: Zhu no tenía hermana. —Vicky se tapó la boca e hizo un grito lleno de emoción—. Su intención era que Liang supiera que era una mujer y que estaba enamorada de él.

—Dime que su plan salió bien.

Asentí al ver la sonrisa de felicidad en su rostro.

—Los planes de Zhu salieron bien y Liang descubrió que también estaba enamorado de ella.

—No... —Se enfurruñó—. Ahora viene el drama.

Me reí y ella me golpeó.

—Resultó que los padres de la joven ya le habían concertado un matrimonio. Ella no lo amaba, pero no podía hacer nada por evitarlo. Solo podía cumplir con su deber y casarse.

—No es justo.

—¿Qué es justo en esta vida?

Vicky se apartó y penetró mis ojos de un modo voraz. Escudriñó el mar que habitaba en ellos y me acarició la mejilla. No, por supuesto que la vida no era justa. Joder. Si fuera justa, ella no...

—Pero nos hemos encontrado antes de olvidarte. —No me di cuenta de que estaba reteniendo el aire hasta que me faltó el aliento—. Y me has hecho feliz. Me estás haciendo feliz. No quiero que lo olvides nunca, Derek. —Lancé mi mirada al cielo, apartándola de la suya. Reteniendo estas inmensas ganas de llorar. ¿Cuándo dejaría de sentir esa maldita opresión? ¡Maldita sea! Debía ser fuerte. Era fuerte—. Derek. —Me agarró la barbilla para que la mirara de nuevo—. Sé que no es justo, pero así es la vida, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. —Mis pensamientos rebobinaron hasta el canal. Ella fue muy clara. Vivir era reír, llorar, amar...

—Vivamos hoy... el futuro ya llegará, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora sigue con la parte dramática.

Se volvió a acomodar mientras les arrebatava el movimiento a mis dedos intranquilos. Se aferraron a los de ella como un último ahogo de esperanza para tranquilizarse.

—Liang, cuando se enteró del compromiso de Zhu, cayó en un abismo de tristeza que lo llevó hasta la muerte. Por consiguiente, cuando ella se enteró, perdió las ganas de vivir. No le quedaba nada. Aun así, siguió adelante con su vida y dispuesta a casarse. —Besé su cabeza al notar cómo asentía con orgullo por la protagonista de esa historia—. Llegó el día más esperado: la boda. Mientras Zhu caminaba en compañía del cortejo municipal, cuentan que, en cierto punto del camino, se levantó un enérgico viento, en remolinos, que no la dejaba avanzar hasta su prometido. Fue entonces cuando descubrió la tumba de su enamorado, Liang, el joven que murió de pena al no poder estar con ella hasta el fin de sus días. Dicen que la tumba se abrió y que Zhu entró en ella al tiempo que dos bellas mariposas de vivos colores salían de ella.

Los ojos de Vicky se abrieron por la sorpresa y me miró esperando más.

—Eran sus dos almas que, por fin, eran libres para estar juntas para toda la eternidad.

—Son el vivo ejemplo de que hay amores que son para toda la vida —afirmó con un brillo especial en los ojos.

Adulé su barbilla para trazar su perfecto y atractivo perfil. Besé sus labios de un modo fugaz, tanto que fue ella quien repitió mi gesto. Los dos sonreímos. Los dos nos mirábamos como si nadie más hubiera en ese cautivador lugar. Los dos sentimos el latir de nuestros corazones a un mismo compás.

—Son el ejemplo de que el verdadero amor es para toda la perpetuidad.

—Como tú y yo.

—Como tú y yo —repetí.

Capítulo 34

Nomeolvides

DEREK

—Tranquila. Tranquila —repetía una y otra vez al mismo tiempo que le acariciaba el pelo—. Pasaré.

Otro grito de dolor ahogado en mi cuello. Sus piernas temblaban de un modo abismal. En el momento que se desplomó sobre la cama, me coloqué a su lado y la acerqué a mi cuerpo para que oprimiera su dolor y aullidos contra mí. Me tenía ahí para ella. El temblor de sus manos había disminuido, pero lo demás seguía igual.

—Pasaré, cariño. Te lo prometo.

Su respiración entrecortada impactaba sobre mi piel cálida, que le proporcionaba cierta calidez que agradecía. Poco a poco, se fue tranquilizando, aunque sus manos todavía se aferraban con ferocidad a mis brazos. Tumbados y observando cada detalle en su mirada cansada, la besé en la nariz con ternura. La mimé con la mía hasta que una sonrisa agotada asomó por sus labios.

No era el lugar ni tampoco el momento, pero mi impulso hizo que comenzase a narrar otra de las leyendas que nos conducían a viajar por todo el mundo.

—¿Sabías que las nomeolvides son unas flores que evocan los pensamientos del verdadero amor dentro del lenguaje de las flores? —Me oteó interesada y me acarició la cara con una sonrisa mucho más feliz. Negó con la cabeza y esperó a que siguiera relatando la leyenda de las nomeolvides—. Estas flores son salvajes, llamativas, de un color azul-violáceo precioso. Es más, en el parque de Ámsterdam, está escrita su leyenda. —Abrió los ojos sorprendida y, aunque no dijera nada, le apasionaba que le diera ese tipo de detalles—. Las nomeolvides representan otra historia de amor. ¿Quieres escucharla?

—Por favor. —Su voz sonó como un susurro en el eco de la opacidad. Estaba exhausta a causa de esa última crisis. No esperaba vivirlo una vez más, pero era un toque de atención: no debía olvidar lo que Vicky tenía—. Cuéntamela.

—Cuenta la leyenda que un apuesto caballero fue recogiendo flores para su dulce amada mientras volvía de un largo viaje. —Vicky, exhausta, se acomodó sobre mi cuerpo y escondió la cara en el hueco de mi cuello. Se me erizó la piel cuando sentí la delicadeza de las yemas de sus dedos acariciar mi brazo con elegante sosiego—. Antes de llegar hasta su amada y entregarle el ramo de flores, vio unas a la vera de un acantilado, cuyas paredes arenosas eran las fortalezas de un pobre río. Este, pensando en ella y en la felicidad que su regalo evocaría, se acercó para cogerlas con tan mala fortuna que tropezó y cayó por el precipicio. —No comentó nada, se limitó a apretarme más contra ella. Noté cómo mi piel se bañaba por sus lágrimas, así que la abracé con más fuerza. Con más amor. Besé su sien y me aferré a su alma—. El caballero, mientras caía, gritó «No me olvides» antes de morir.

Ambos permanecemos en silencio. Mis ojos se empañaron en lágrimas al escucharla susurrar «No quiero olvidarte». ¿Un corazón podía romperse aun estando roto? Las palabras de Vicky me hirieron como nunca antes, pero más me dolió ver el miedo en sus ojos por perder unos recuerdos que la hicieron tan feliz. No obstante, Vicky se separó por sobresalto y me miró como

si hubiera cometido el mayor de mis pecados.

—¡No hemos elegido el nombre del pequeño!

Y vuelta a empezar.

∞∞∞∞

Llegábamos tarde. Vicky, después de elegir por segunda vez el nombre de nuestro hijo, se tumbó para dormir y yo custodié su sueño por si volvía a tener una crisis. Cuando me di cuenta, eran las tres del mediodía. La desperté sin sobresaltarla demasiado. La ayudé a vestirse —pues se levantó perezosa— y, después de que el taxista nos dejara a un par de metros del Castillo de Masino, Vicky persiguió mis pasos riendo porque no entendía a qué venía tanta prisa. ¡Si ella lo supiera, caería en una burbuja de romanticismo de la que me costaría sacarla!

La primera noche que nos instalamos en Hotel Miramonti, aprovechando que dormía, llamé para prepararlo todo. Ya le advertí que iba a vivir su propia película y, el momento que íbamos a experimentar, era digno de ello. Jamás imaginé tener esos detalles románticos con nadie, pero Vicky lo merecía todo. Por suerte, el chico que me atendió, grabaría toda nuestra ruta —por decirlo de alguna manera— y así tendríamos la grabación para verla cuando queramos.

—Ni siquiera nos estamos percatando del bonito paisaje en el que estamos.

—Luego nos detenemos, ¿vale? Nos tumbaremos sobre la hierba y hablaremos de lo que quieras.

—¡Estás muy intenso, Derek Wright! —reprochó.

—Te prometo que la intensidad valdrá la pena, cariño. —La agarré de la mano y esperé a que llegara a mi lado.

—¿Vamos a ver el castillo por dentro?

—No, hoy no.

—¿Puedes decirme de una vez de lo que se trata?

Se detuvo y se cruzó de brazos, apoyándolos sobre la barriga que ya se marcaba en su ropa. No pude evitar sonreír al verla tan enfurruñada por la intriga, con esa pose tan tierna. Me agaché hasta la altura de su vientre y acerqué mis labios a él.

—No le hagas caso a mamá, hoy está muy quejica. —La escuché gruñir y la besé con ternura—. Daryl, tú y yo sabemos que, aunque mamá esté frunciendo el ceño, se le escapa la sonrisa tonta de los labios. —La miré de reojo y vi cómo lanzaba la mirada al cielo y sonría más ampliamente—. ¿Ves? No puede resistirse a nuestros encantos.

—Eres muy tonto, que lo sepas.

—Pero soy un tonto al que adoras. —Me levanté para estrujarla entre mis brazos y que ella se hiciera la remolona para escapar, pero desistió cuando posé mis labios en su sien—. Y yo te adoro a ti.

Nos quedamos unos segundos disfrutando del abrazo, de la suave brisa a naturaleza y del olor a tierra húmeda mientras escuchábamos el canto de los pájaros a nuestro alrededor. Sobrevolaban nuestras cabezas y se dejaban mecer en las ramas de los árboles. Me apetecía que el tiempo se detuviera en cada instante para deleitarla un poco más. Pero la hora corría en nuestra contra y debíamos llegar a la zona que me habían especificado, que estaba en la parte trasera del castillo. Cuando decidimos emprender nuestros pasos hacía allí y Vicky descubrió mi sorpresa, un grito eufórico y lleno de exaltación llamó la atención de varias personas.

—¡No me lo puedo creer! ¡Madre mía, Derek! ¿Es real?

—Descúbrela tú misma.

Aceleró sus pasos para llegar hasta la zona, donde los globos estaban tendidos con sus respectivas cestas ya preparadas para ponerse en marcha. Cuando uno de los instructores nos vio, se acercó.

—Buenas tardes, ¿tenéis reservado? —En la mano llevaba una hoja con un listado de nombres y un bolígrafo, aunque su atención no estaba puesta en mí, sino en Vicky. La escudriñó hasta que me devolvió la mirada—. La señorita no podrá subir.

—¿Cómo que no? —cuestioné malhumorado—. Llamé para contratar un globo para nosotros dos. Informé de nuestra situación y usted, o su compañero, dijo que no ocurría nada. —Vi la desilusión en los ojos de Vicky y eso solo aumentó mi enojo—. Concretamos la hora e hice el pago. ¿Y ahora viene usted a decirme que no puede subir? ¿Me está vacilando?

—¿Señor...? —Ni siquiera respondí, este miró la hoja y vio mi reserva. Pagué el triple para ir en solitario, junto al instructor, en ese vuelo—. Señor Wright, entiendo que se sienta engañado, pero nuestra política no deja que las mujeres embarazadas participen en este viaje. Por protección. Dudo mucho que mi compañero haya hecho tal afirmación.

—¿Me está llamando mentiroso?

—¿Y si hace una excepción? —intervino Vicky—. No va a pasarme nada. He viajado en avión hasta... —Me miró confundida por no saber dónde estábamos. Se acercó a mí y me abrazó fuerte. Estaba tenso. Molesto. Hundido. Y ese gilipollas solo lo estropeó todo—. Derek.

—Ven aquí. —Respondí a su abrazo y besé su cabeza mientras ella seguía con la cara pegada en mi pecho.

—Lo siento, pero son las normas.

—Está bien. Quiero el triple de lo que yo he abonado, por el viaje y por las molestias. Así es cómo me pagan los estafadores.

—Entiendo su enfado, señor Wright, pero no somos unos estafadores y no puede pretender que le devolvamos más dinero del que usted ha pagado.

—*My darling* —imité a Erik siendo bastante irónico. Vicky rio—. No sabes quién soy y tampoco te favorece saberlo. Quiero el ingreso y te doy dos días para hacerlo. De lo contrario, nos veremos las caras y esto va tanto para usted como para su compañero.

—¿Me está amenazando? —Su voz se alzó y un par de chicos levantaron la cabeza de los teléfonos para mirarnos.

—Yo no —susurré—, solo es una advertencia.

Me fulminó con la mirada y sonreí malévolamente.

—Dos días —dije en voz baja.

Los chicos se acercaron tras ver que el instructor se acercaba a nosotros. Una muchacha gritó el nombre del susodicho para que se detuviera al observar cómo, de sus manos, cayeron el papel y el bolígrafo al suelo.

—¡Eres un cabrón! ¿Quién te piensas que eres?

—¿Este es el trato que reciben unos recién casados por querer disfrutar de un paseo en globo? —Me puse en el papel de víctima. Vicky se plantó delante de mí y miró al hombre con desagrado.

—¿Usted quién se cree que es para hablarnos de ese modo? ¡Quiero poner una reclamación! —Buscó a la chica que había gritado y que terminaba de llegar hacia donde estábamos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la instructora, quien se interpuso por delante de su compañero—. ¿James?

—Yo no he hecho nada... —Chasqueó la lengua, irritado—. Ha sido ese capullo que me ha

amenazado.

—¿Perdone? —Me hice el ofendido—. Contraté un viaje en globo como regalo para mi esposa. Informé de que está embarazada, y de que quería el globo solo para nosotros. Hice un triple ingreso por ello, lo pueden comprobar. —Me dirigí a la muchacha—. Venimos y no se puede hacer el viaje... ¿Yo le he amenazado? Al contrario, solo estoy pidiendo que me devuelva el dinero, además de la hoja de reclamaciones por el mal trato recibido.

—Venga conmigo, señor Wright. —La joven nos hizo una señal para que fuéramos con ella—. Encárgate de aquellos dos grupos, ya hablaremos más tarde. —James hizo mala cara y yo moví los labios para recordarle: «Dos días»—. Siento mucho el comportamiento de mi compañero, está pasando por una mala racha... Les haremos un reembolso. Siento mucho que mi compañero, no sé si James o Carlo, les dieran una información errónea. —Vio la decepción en los ojos de Vicky y le acarició el brazo—. No queremos poner en peligro la vida de la madre y del niño. Dependemos mucho del estado meteorológico y sería un desacierto incumplir nuestra propia norma. Espero que lo entienda.

—Lo entiendo.

—Aun así, déjenme recompensarles. Tengo un amigo que trabaja en el departamento de turismo de Milán. No es volar, pero sí es un recorrido bonito. ¿Qué me dicen?

—No tiene por qué...

—Sí, me siento responsable por la mala actitud de mis compañeros. Denme un minuto.

Entró en una pequeña sala del castillo y esperamos en la puerta. Vicky se volteó para ver cómo la gente entraba en las cestas. Cómo el fuego le daba vida al globo y se alzaban con lentitud. Hubiese sido maravilloso compartir esa experiencia con ella. Una lágrima traicionera recorrió su mejilla y la borré con mi pulgar. Ella me sonrió como si no pasara nada, pero sí pasaba.

—¿Sabes? Creo que deberíamos dejar el hotel e irnos a Milán —me propuso—. Aprovechemos lo que nos dé como recompensa por esto y que les den por el culo.

La miré con una ceja alzada, incrédulo. ¿Acababa de decir «Que les den por el culo»? Me carcajeé por su cambio de humor repentino y revolví su pelo juguetón.

—Toda una Wright.

—Al menos no te he pedido que los...

Tapé su boca, pues vi cómo la joven se acercaba a nosotros y le hice una cara graciosa a Vicky mientras señalaba con la mirada hacia el interior. Esta rio y me apartó la mano. Sonrió cuando la muchacha nos tendió un papel con dos pasajes para los Canales de Milán y el acuario.

—¡Muchísimas gracias! —agradeció una efusiva y emocionada Vicky—. Hemos estado hablando y no pondremos la reclamación.

—Ah, ¿no? —pregunté sin estar de acuerdo con su decisión.

—No, usted es buena gente... —Abrazó a la joven, me agarró la mano y tiró de ella para que la siguiera—. ¡Hasta luego!

—Buen viaje —respondió para luego encaminarse hacia la zona de los globos.

—No hay quién te entienda —repliqué—, los envías a tomar por culo y luego les perdonas.

—Hay que hacer el buen acto del día.

—Pues tenlo conmigo.

—Tú eres *gilipollas*, lo tengo siempre.

—Y tú un *jueves* bipolar.

—Son las hormonas.

—Excúsate con ello, pero no vale como respuesta.

—*Gilipollas*.

- Trasto.
- Imbécil.
- Loca.

Sin esperarlo, me empujó contra la pared del castillo y se aproximó tanto que sentí su respiración sobre mis labios. Su mirada lascivia poseyó la mía como un remolino que desmoronaba el mundo. Entreabrí los labios y ella se mordió los suyos. Vicky, ¡joder! Mis manos se adueñaron de su cadera y la acerqué a mi cuerpo. Noté su vientre abultado rozando mi abdomen. Sonreí y, por un segundo, aparté mis ojos de los suyos para ver la graciosa distancia que nos separaba.

—Seré loca, pero tú estás jodidamente enamorado de mí, por lo que te convierte en mi prioridad más anhelante. —Y mis labios no se resistieron a apoderarse de su boca ávida que deseaba encontrarse con la mía. Sus labios jugosos llenos del licor más ardiente y excitante. Su lengua buscando la mía para retozar juntas en una vertiginosa danza que hablaba sin palabras. Besarla no me quitaba las ganas de dejar de hacerlo, sino de seguir haciéndolo. Cada día. En cada momento. Vicky sonrió sobre mis labios—. ¿Sabes? Al principio, cuando todavía no éramos pareja y tú me huías... yo te espiaba. O, si estaba con Sophia y Angy y te veía, en mi cara se postraba una sonrisa tontaina que no podía evitar. —Sonrío tímida y ese simple gesto me enterneció. Acaricié su vientre y ella ensanchó sus labios—. Eras, eres y serás mi sonrisa cuando los demás me interceptaban con la mirada perdida y me preguntaban «¿En qué piensas, Vicky?» Y se reían sabiendo la respuesta. Y yo lo único que pedía, nada más levantarme, era «Ojalá te vea hoy».

- Y me veías.
- Tantas veces como tú, que me espiabas desde el balcón.
- Y lo volvería a hacer.
- Volvámonos locos en Milán. Disfrutemos. Solos...
- Tú y yo.

Capítulo 35

Sí, si es contigo

DEREK

«Íbamos por carriles completamente opuestos, pero chocamos. Y ese fue el accidente más maravilloso del mundo».

Leí la cita que Vicky había anotado en el móvil mientras el taxi nos llevaba a Milán. Estaba curioseando por una aplicación llamada Pinterest y le daba corazón a muchas frases románticas que nos describían. Me había pillado observándola en muchas ocasiones, pero ¿qué más daba? Me hice adicto a contemplarla en silencio. Con su sonrisa pintada en la cara. Con sus ojos llenos de brillo. Con su incentivo y constancia para que me gustasen las películas románticas. ¿Acaso no adoraba lo suficiente a esa mujer para que llegara a agradarme? Llegó el punto de ser yo quien detuviera su dedo en la pantalla para que leyera las líneas que definían lo que ella me hacía sentir: «Te amo, quién sabe hasta dónde».

Agachó la mirada con el rubor teñido en su cara y levanté su barbilla para que me mirara. Quería ver la ternura en su delicada piel, en cómo se le extendía hasta las orejas y parte del cuello. Toda ella era preciosa. Acuné su mejilla con delicadas caricias que me instaron a robarle un beso. Vicky era el significado de amor en miles de idiomas, y yo la amaba como un loco dispuesto a bajarle el firmamento si me lo pidiera. Solo pedía que nos dejaran disfrutar de la noche, de la locura de vivirla sin crisis. Sin olvidos. Era surrealista y estaba pidiendo un imposible, pero era lo que más deseaba.

—¿Dónde quieren que les deje?

—En el primer hotel que encuentre.

—No me quiero meter donde no me llaman —levanté la mirada y observé cómo sus ojos sonreían—, pero los he escuchado antes y me gustaría llevarlos a un hotel que podría gustarles.

—Adelante, donde usted quiera. Hemos venido a vivir una nueva aventura —respondió Vicky alegre, animándolo a llevarnos a saber adónde.

Vicky apagó el teléfono y se detuvo a curiosear los admirables monumentos de Milán por la ventanilla. La belleza inundaba las calles más íntimas de la ciudad, penetradas por turistas indiscretos que tomaban fotografías de cada rincón oculto. Los ojos acaramelados de Vicky se humedecieron al ver de cerca a las góndolas que vagaban por las aguas tranquilas de los canales de Milán o, como también era conocido, por su pequeña Venecia. Su mano, pegada al cristal, dejó la marca de sus huellas al quitarla y girarse hacia mí. Emocionada.

—Este es el mejor viaje de mi vida.

—Espera. —Encendí la cámara y ella sonrió con rubor en el rostro. ¿Podría, algún día, resistirme a no comérmela a besos cuando se sonrojaba?—. Repítelo.

—Este es el mejor viaje de mi vida.

Y, de nuevo, su afirmación me llegó al corazón. Saber que, en ese preciso instante, ella recordaba dónde estaba y con quién. Todo lo que estaba haciendo por ella valía la pena. Me pasaban las noches llorando por la asfixia de ver cómo, poco a poco, los olvidos eran más evidentes. Cómo las crisis la desmoronaban. La rompían. Nos rompían. Cómo volvía a elegir el

mismo nombre para nuestro hijo... Un latigazo en el pecho amenazó a mis ojos, cubiertos de un mar revuelto, en volver a llorar.

¿Cómo podía tener a Vicky tan cerca, pero a la vez tan lejos? Era como juntar a enero y diciembre. Uno al lado del otro, pero con la distancia de doce meses.

Noté cómo me quitaban la cámara de la mano y observé a la culpable. Vicky comenzó a grabarme y a fisgarme con su mirada intensa y curiosa. Si quería ver lo que había tras mis ojos, solo encontraría amor. Hice lo que jamás nadie consiguió: hacer el idiota. Puse morros, cara seductora, como si me hubiese convertido en modelo y ella rio. Fuerte. Sin miedo. Feliz. Joder, sí, sobre todo, feliz y llena de alegría.

—Cuando tu hermano vea esto...

—Mi hermano nunca verá nada.

—¡Ya te digo yo que sí! —Se carcajeó mientras sacaba el móvil y se ponía un recordatorio. La miré con cara de «¿En serio?», a lo que ella respondió—: Es mi chantaje para cuando no quieras hacer algo que yo sí quiera.

—Estás jugando con fuego, señorita.

—No me digas...

—¿No tienes miedo a quemarte?

—Me encantaría quemarme.

—¿Mucho?

Deslicé mi mano por el asiento hasta llegar a sus piernas. Una holgada caricia recorrió su muslo, de arriba abajo, hasta delinear la curvatura hacia su zona más intrínseca. Atrapó su labio inferior con dureza y sonreí. Ojeé el retrovisor para cerciorarme que el hombre seguía inmerso por las calles de Milán y no descubriera lo que le estaba haciendo a mi *jueves*. Ella, atrevida y sensual, puso su mano sobre la mía y apretó justo donde ella quería. Sonreí pervertido y serpenteé su zona inquisidora, llena de lujuria. No logré detener mi impulso y me acerqué a ella tan rápido que la punta de mi nariz rozó la suya. Entreabrió los labios y pasó su lengua por ellos. Hambrienta. Sentía el deseo que emanaba y al que no podía resistirme. Le haría el amor ahí mismo si no fuera porque el taxista carraspeó para distanciarnos. Vicky se colocó el pelo detrás de las orejas y sonrió nerviosa. Apartó la mirada de mí y volvió su vista al exterior del taxi.

—Hemos llegado. —El hombre bajó del vehículo y se dirigió al maletero para sacar nuestras pertenencias.

Antes de bajar, tomé la mano de Vicky y la apreté. Ella miró nuestras manos unidas con confusión y levantó la mirada para encontrarse con unos ojos desconocidos. La apartó con pulcritud. Había desconfianza y algo de ¿temor? Un sentimiento amargo volvió a invadirme.

Dolía.

Dolía mucho, ¡maldita sea!

Bajé del coche. Me interpuse en su camino y ella se detuvo. Saqué el teléfono con manos temblorosas y le enseñé una fotografía de los dos juntos. No sabía si funcionaría, si empezaría a gritar, si volvería a tener la lucidez de hace unos segundos.

—¿Quién eres? ¿Por qué estoy contigo? —Señaló el teléfono.

—Soy Derek, tu novio. —Tragué con dureza y con el suplicio de haberme bebido cristales rotos—. Hemos venido de viaje, querías ver Italia.

—¿Me has regalado un viaje? —El pavor desapareció en su mirada, ahora era curiosa—. ¿Cómo sé que me dices la verdad?

—Tengo la prueba aquí. —Le señalé la cámara de video—. ¿Quieres que la veamos juntos en aquel banco?

—Sí.

Me giré al taxista, quien nos miraba con amargura. Saqué la cartera para pagar y este se negó.

—Disfruta de cada momento con ella, ese es mi precio... —La mirada del hombre se nubló con lágrimas de aflicción—. Sé por lo que estás pasando, aunque ella es demasiado joven.

—Demasiado...

Mi voz apenas salió. El nudo en mi garganta me lo impedía.

—Derek, tienes que ser fuerte —me repetía una y otra vez en mi cabeza—. Vicky te necesita. Tu hijo también.

—¿Estás bien?

Me giré hacia Vicky y le sonreí como mejor pude. Asentí y le señalé el banco que había justo delante del canal. Cogí las maletas y las puse a nuestro lado antes de sentarme junto a ella.

—Toma. —Le entregué la cámara y comenzó a ver trozos de video que habíamos grabado—. Hemos estado en varios lugares del mundo.

—¿Es nuestra luna de miel? ¿Estamos casados? —Se miró las manos, pero no vio ningún anillo y me miró confundida—. No tengo anillo.

—No me gustan las bodas, así que no estamos casados. No viajamos porque sea nuestra luna de miel, sino porque queríamos ver mundo. Estábamos haciendo tu película de comedia romántica favorita.

—¡Eso me gusta! Espero que en esta película no haya drama... Debo confesar que, a veces, me salto esas partes porque me da mucha tristeza y prefiero los finales felices.

—No habrá nada de drama. —Se me quebrantó la voz e inspiré para tranquilizarme—. Si mi chica no quiere drama, no habrá drama. Solo risas y amor.

—Risas y amor, lo esencial para la vida. —Sonrió al seguir ojeando el video. Reía con algunos trozos y, en otros, se me quedaba mirando como si fuera la persona más frágil del mundo. Ella era el amor de mi vida, y yo empezaba a convertirme un extraño en la suya—. Derek, ¿qué hacemos viendo el video en vez de estar reservando un hotel? Se nos hará de noche...

La analicé. Quería estar seguro de que volvía a la vida presente, a la Vicky que todavía recordaba lo que éramos. Ella hizo lo mismo en un intento de averiguar por qué la miraba de ese modo.

—¿Tengo sucia la cara? —Levantó una ceja y se le cerró el ojo, como de costumbre—. ¿Derek? ¿Hola? —Movié la mano por delante de mi cara para devolverme a la realidad.

—Vicky. —Me levanté echo un puñado de nervios, con el corazón roto y acelerado, con la tristeza embriagando mi alma y la esperanza luchando contra un imposible—. Eres la única persona, la única mujer, que ha conseguido que yo mismo rompiera mis propias normas. Recuerdo mucho cómo empezó nuestra historia, cómo nos cruzamos sin esperarnos, cómo te comencé a querer sin darme cuenta. —Sorbí por la nariz. Me daba igual llorar. Me daba igual todo. Lo que no me daba igual era que nos olvidara y perdiéramos lo que teníamos—. Te has vuelto lo más esencial de mi vida, y no sé que voy a hacer... —Las lágrimas de Vicky comenzaron a bañar su perfecta y sedosa piel. Borraba las huellas de aquel riachuelo con el dorso de su mano, sin dejar de perderse en mí—. Te quiero, Vicky. —Me arrodillé delante de ella y abrí la cremallera del pequeño departamento de la maleta. Saqué una cajita de terciopelo roja y la sostuve con las manos. Ella se tapó la boca, sorprendida, y la abrí para que viera el anillo que guardé con sumo cuidado. Aquel que compré en México, aprovechando que ella dormía una placentera siesta—. ¿Quieres compartir tu vida con la mía? ¿Que vivamos mil y una aventura más hasta decir basta?

—Sí, si es contigo.

Cogí su mano con delicadeza y se lo puse. Ella miró su mano con adoración y se abalanzó efusiva sobre mi cuerpo. Caí de espaldas y se enganchó como un koala para no soltarme. Comenzó un recorrido de besos por toda mi cara. De un modo muy gracioso, que me enterneció.

—Jamás imaginé que me pedirías que me casara contigo. —Parecía ser cierto aquello que decían, que las sonrisas tenían nombre y apellidos. Y que también hablaban por nosotros—. Te quiero, Derek. No lo olvides nunca.

—Tú tampoco. —Rocé el centro de su pecho con la yema de mis dedos y noté mi labio temblar—. Te entrego mi corazón, custódialo con todo el amor del tuyo.

—Mi amor será eterno para ti.

Y me bebí su mar lleno de amor y miedo, lleno de amargura y felicidad. Lleno de un futuro incierto al que juntos lucharíamos. Porque, lo verdadero, jamás termina.

Capítulo 36

Sí, Sol y Luna

DEREK

—¿Cómo está? —El doctor Davis se sentó con aflicción en la silla que había frente a la mía, eso me advirtió de que no eran buenas noticias—. ¿El bebé está bien?

—Está perfectamente. Cuando terminemos con las pruebas, le harán una ecografía 5D donde podrá estar con ella.

Asentí con el corazón partido en dos.

—¿Y Vicky?

Un incómodo silencio ahogó la habitación y mi vida entera. Lo miré esperando una respuesta que no llegaba. El Dr. Davis miraba los papeles que sostenía entre las manos y su rostro se afligía más. Cada vez más. Mi corazón comenzó a acelerarse. Los nervios impusieron un tic nervioso en mis piernas, las cuales eran presionadas por las manos para detenerlo. La respiración agitada comenzó a desquiciarme y, de no ser por la mano que sentí en mi hombro, me hubiera levantado y lo hubiera destrozado todo a patadas. William consiguió que no lo hiciera.

El mismo día que llegamos a Milán, por la noche, cuando Vicky se estaba duchando, llamé al doctor Davis para comentarle lo que había sucedido. Vicky tenía olvidos tontos por momentos, pero no al punto de ni siquiera recordar quién era. Era la primera vez que me olvidaba, aunque fueran por unos malditos minutos. Me recomendó volver a casa y dejar los viajes a un lado, ya que podría empeorar en cualquier segundo. Necesitaba hacerle unas pruebas para comprobar en qué punto se encontraba y cómo estaba el bebé. No tuve más remedio que hacerle caso. Guardé la poca ropa que Vicky sacó de la maleta, la ordené y me tumbé en el sofá. No supe en qué jodido momento me quedé dormido; pero, cuando me desperté, Vicky estaba acostada a mi lado con las manos llenas de tinta y papeles esparcidos por el suelo. Estaba seguro de que estaba eligiendo —de nuevo— el nombre de nuestro hijo. Era su mayor bucle. Repetía ese instante, una y otra vez. Y yo no dejaba de llorar por dentro, no sabía cómo afrontar esa situación...

Agradecí que William fuera quien viniera a por nosotros al aeropuerto al día siguiente. Necesitaba el abrazo de mi hermano. Necesitaba apoyarme en alguien y que me entendieran. Él lo hacía. Erik también, quien se alegró de vernos y de tenernos en casa. Vicky no lo reconoció y, en sus ojos, vi la tristeza por perder a una amiga. La compañera alocada que seguía sus juegos, con la que cantaba a todo pulmón en el karaoke improvisado del salón mientras observaba su *show*. Percibí lágrimas traicioneras que descendieron por su cara, las cuales apartó en un amago para no mostrar debilidad. Él no era así, él mostraba sus sentimientos. Me acerqué, clavó su mirada acristalada en la mía y estalló. Se rompió. Ni el sonido del rayo sonó tan acongojante como su lamento. Vicky no entendía nada y, cuando volvió en sí, nos inventamos una excusa para no decirle la verdad.

—Hay una gran diferencia desde su diagnóstico hasta el día de hoy. —El doctor Davis me devolvió a la realidad y le presté atención. Ambos lo hicimos cuando William lo miró con gran preocupación—. En la neuroimagen vemos que hay un cúmulo mucho más excesivo de proteína beta-amiloide en todo el cerebro de Vicky. —Nos enseñó la imagen, señalando todo. Me quedé

sin aliento—. A partir de aquí y sin medicación, irá a mucho peor.

—¿Y, después del embarazo, no hay posibilidad de tomar alguna medicación que reduzca la evolución de la enfermedad? —preguntó William con un fino hilo de esperanza.

Antes de que respondiera el doctor, lo hice yo:

—Vicky no quiere tomar medicación y yo cumpliré con su deseo. Ella no quiere ser presa de unas pastillas. Unas pastillas que alarguen su vida durante ¿un par de meses? ¿unos años? Dice que terminaría igual, así que prefiere disfrutar de una vida sin depender de fármacos. —William asintió y apretó de nuevo mi hombro—. ¿El bebé está en riesgo?

—No, solo estamos a dos meses de cumplir los nueve y está perfecto. —Retiré una lágrima que escapó de mis ojos y solté todo el aire retenido en mis pulmones—. Señor Wright, me gustaría que las revisiones fueran semanales y, cualquier contratiempo, me lo comunicase de inmediato. —Asentí, dispuesto a salir de aquella instancia que me ahogaba—. Va a necesitar ayuda y tenemos un programa...

—No se preocupe, podré encargarme de todo.

Salí de allí y me detuve en mitad del pasillo, con las manos apoyadas en la blanca y fría pared y la cabeza gacha. Respiraba profundamente cuando vi los pies de mi hermano a mi lado. Se apoyó en la pared, con los brazos cruzados. En silencio. Sabía que estaba a mi lado y me auxiliaría si fuera necesario. No precisaba de sus palabras para saber que estaría ahí para mí. La conexión de gemelos seguía intacta.

—Necesito un juez para hoy y me da igual la cantidad de dinero que deba pagar, pero debe ser hoy...

—¿Qué planeas?

—Casarme con ella. —Me recliné sobre la pared y dejé caer los brazos a mis costados—. Quiero aprovechar que todavía no se ha ido del todo... No quiero nada más. Firmar los papeles y que su hermana y tú seáis los testigos. Es lo mejor para Daryl.

—¿Daryl? —Recordé que todavía no le había dicho el nombre de nuestro hijo. Sonrió en medio de la penumbra—. Me gusta, es muy de Vicky.

—Lo es.

—Yo me encargo, ¿de acuerdo? —Asentí y cerré los ojos por un segundo. Notaba mi cuerpo exhausto, cargado de ansiedad, lleno de sufrimiento—. Por ahí viene tu *jueves*.

Sonreí al escuchar el apodo. Abrí los ojos y la vi acercarse radiante de felicidad mientras se acariciaba la barriga. Sin ordenarlo, mis brazos se extendieron y la estrujaron contra mi torso una vez llegó a mi lado. Nos balanceé con mimo y besé su cabeza.

—¿Sabes? El doctor Davis me ha dicho que van a hacernos una ecografía 5D para ver a nuestro pequeño, ¿te apetece?

No hizo falta más que su grito emocionado para conocer su respuesta. Sonreí con los ojos ahumados. William también lo hizo y vino con nosotros cuando la enfermera nos trasladó a la zona de las ecografías. Sentados en la sala de espera, charlábamos de temas *random* que Vicky sacaba. Eso no cambiaba. Seguía siendo la misma atolondrada y alegre chica de la que me enamoré. Nos repitió cuatro veces la ruta que hizo con su hermana en París, que se resbaló en un charco y, por ende, terminó recostada en otro lleno de barro. Y también su hermana. William explicó su aventura con Edward, y volvió a darle pie a Vicky para contar de nuevo su ruta.

La mirada de William oteaba la mía con pesadumbre. Imaginé que, en ese instante, entendió la dura realidad que me envolvía. No era que antes no lo comprendiera, sino que, cuando lo vivías de cerca, era más doloroso. Más intenso. Más angustiioso.

—¿Vicky? —preguntó la enfermera nada más salir de la sala de ecografías—. ¿Estáis

preparados?

—¡Sí! —La efusividad de Vicky nos hizo reír y me levanté tras ella para acompañarla y ver la cara de nuestro hijo—. ¡Te lo enseñaremos al salir, tío William!

—Espero con ansias ver a esa pequeña carita —respondió mi hermano con el móvil en las manos—. Estaré fuera.

Cuando entramos, Vicky se tumbó en la camilla. La enfermera lo preparó todo para cuando llegara el obstetra, así como la doctora que controlaba el embarazo de nuestro pequeño.

—Hola, Vicky. ¿Cómo estás? —saludó alegre—. Hoy vienes muy bien acompañada.

—Siempre. —Me tomó de la mano y me la llevé a los labios. Besé su dorso y la sostuve. Siempre estaría ahí para ella.

—¿Qué tal lleva los síntomas del embarazo? —me preguntó directamente a mí. La matrona estaba informada de nuestra situación—. ¿Náuseas? ¿Mareos? ¿Dolores?

—Todo muy bien en ese aspecto.

—Mejor. —Sonrió tranquilizadora—. Ahora te vamos a subir un poco la camisa y te vamos a bajar los *leggings* para ponerte este gel. Lo encontrarás bastante frío, ¿de acuerdo?

—Sí.

Le apartó con delicadeza las prendas de ropa y echó el contenido del recipiente sobre su vientre. Cogió la sonda convexa del ecógrafo y lo esparció por su piel. Comenzó a observar la pantalla sin dejar de moverlo.

—Mirad. —Nos señaló la pantalla donde, por primera vez, vimos la carita de Daryl.

Noté las lágrimas mojar mi piel y me llevé la mano de Vicky a los labios. Sentí que mi cuerpo temblaba como una puta gelatina. El deseo de caer de rodillas al suelo y gritar de alivio porque esa pesadilla terminara. Porque nuestro hijo nacería y su madre no lo recordaría. Porque nuestro hijo la necesitaba tanto como yo. Estaba emocionado de verlo. Emocionado de escuchar sus acompasados y rápidos latidos. Unos latidos que jamás olvidaría.

—Derek, ¿estás llorando? —Me limpié las lágrimas y Vicky tiró de mi mano para acercarme a ella. Apoyé la frente junto a la suya, que besé después de perderme en su mirada y en su radiante curvatura—. Te quiero.

—Y yo, pequeña. —Rocé sus labios—. No sabes cuánto.

La enfermera carraspeó y me erguí al lado de Vicky. La obstetra sostenía la ecografía de Daryl en su mano. La cogí y adoré —por segunda vez— la cara de nuestro niño. Se la enseñé a Vicky, quien movió las manos afables con su típico gritito de exaltación. La enfermera le limpió la barriga y le agachó la camiseta, después Vicky se arregló los *leggings*. Antes de salir e ir a buscar a William, la matrona me llamó.

—El doctor Davis me ha comentado lo ocurrido y quiero que estés tranquilo en cuanto a lo que al bebé respecta. Está perfecto. No puedo asegurarte si cumplirá con todas las semanas de embarazo o si se adelantará...

—Gracias. —Sonreí en modo agradecimiento—. Si es como su madre, nacerá cuando menos lo esperemos.

—Ya te estás metiendo conmigo.

—Solo digo la verdad. —Levanté los hombros sin importar la indignación divertida de Vicky—. Es muy intensa.

—¡Habló el señor Wright!

—No, ese es mi hermano.

—¡Habló el cataclismo del hijo mayor de los Wright!

La matrona rio al ver nuestra escena cómica y me despedí con un «Hasta la próxima». Vicky

seguía chapurreando sus cosas cuando se paró frente a la máquina de las chocolatinas.

—Quiero una.

—Dos —ironicé.

—Pues mejor.

—Era ironía.

—Cómprame una. Anda, míname... —Me hizo un puchero gracioso al que no me pude resistir—. Vamos, Derek.

—¿Qué me das a cambio?

Me agarró de la camiseta y estampó sus labios contra los míos en un fervoroso beso que hacía tiempo que no degustaba. Su lengua le inquirió a la mía ser follada como los mismísimos dioses y, si no fuera por la situación en la que nos encontrábamos, le hubiera hecho el amor allí mismo.

—¿Te parece bien el cambio?

—¿Se puede repetir?

—Solo si yo repito chocolatinas.

—Malvada.

—Perversa.

—Te quiero.

—Te adoro.



Cuando volvimos a casa, Sophia iba de lado a lado con la pequeña Sophia en brazos, mientras tiraba pétalos de rosa azulada por el césped del jardín. Sonreí al comprender lo que todos estaban haciendo: organizar una boda exprés. No era lo que había pensado; sin embargo, todos sabían por qué lo estaban haciendo y me agradó la idea. A Vicky le hubiese gustado. Angy apareció por la puerta de la cocina con un vaso de agua y una sonrisa inmensa. Abrazó a Vicky, quien seguía en su mundo de confusión y olvido. No la rechazó, pero tampoco habló. Desde nuestra salida del hospital, se había sumido en un silencio ensordecedor que helaba mi sangre.

William, que venía detrás de nosotros, nos adelantó para ir con su esposa. Había comenzado a mover el brazo de un modo eufórico. Mi hermano agarró a su hija en brazos y le dio un dulce beso en la frente mientras la miraba con adoración. La pequeña le había robado el corazón por completo. Acompañé a Vicky al sofá. Miedosa, se sentó al lado de Edward y este le sonrió con pena.

—Derek. —Mi hermano me llamó desde el jardín y me dirigí hacia ellos. Cuando salí, comprobé lo hermoso que lo habían dejado, incluso la piscina tenía pétalos de rosa de distintos colores. Un arco sencillo rodeado de telas anunciaba el compromiso que nos uniría de por vida—. El juez puede venir cuando quieras. Todo lo demás está preparado.

—Derek. —Mi cuerpo reaccionó al escuchar la voz de Vicky. Se quedó clavada en el sitio al ver lo sencillo y bonito que habían decorado nuestro jardín—. ¿Qué es todo esto?

—Digamos que me han entrado unas ganas locas por casarme contigo —respondí—. Si tú quieres.

—¿Dónde hay que firmar? —No había hueco en su bella cara para tan grande sonrisa—. ¿Me da tiempo a ponerme un bonito vestido?

—Lo tienes arriba —confirmó Sophia con alegría—. Vamos, te ayudo.

Las dos subieron apresuradas hasta la habitación, donde imaginé que se prepararían. William

me pasó el brazo por detrás del cuello y me arrastró —junto a sus pasos— a la habitación de invitados que había cerca de la cocina.

—¿Pensabas que solo ella se vestiría? Sé que no te gustan los trajes, pero la ocasión lo requiere.

Un traje blanco y corbata azul cielo colgaba —fuera del armario— de una percha, envuelto por una cubierta transparente. Mi corazón se aceleró y las lágrimas volvieron a gobernar mis ojos, donde las olas albergaban toda la cavidad.

—Disfruta de este momento. Lo recuerde o no, ya has visto la ilusión que siente. —La pequeña Sophia comenzó a remugar y abrió sus pequeños ojitos azules para enamorarnos un poquito más—. Hasta tu sobrina quiere verte con ese traje.

—Que así sea, entonces.

Me cambié mientras William terminaba con las últimas llamadas. Erik entró en la habitación para no perderse el momento y para darme envidia de haber visto lo preciosa que estaban vistiendo a Vicky. Aunque ella no necesitaba un gran cambio para estarlo, ya lo era en cualquiera de sus vertientes. Mi amigo me cogió la corbata de las manos para hacerle el nudo.

—Creo que estás haciendo lo correcto, Derek. —La ajustó a mi cuello sin ahogarme—. Vicky siempre soñó con casarse y, que vayas a cumplir ese sueño, renunciando a tus ideales, es un detalle que solo muestra lo que yo ya sabía: que tienes un gran corazón.

—¿Te vas a poner melancólico? —Erik me sacó la lengua burlona y apretó la corbata un poco más. Por el contrario, yo la aflojé—. Si pudiera, los cumpliría todos, pero no puedo y esto es lo mínimo que puedo hacer.

—No estás haciendo un mínimo, Derek. Alguien que solo da un mínimo no va a dar la vuelta al mundo, ni se aprende leyendas de amor, ni se graba haciendo el gilipollas, ni se preocupa al máximo por su bienestar y el de su hijo. —Arregló el pañuelo azul del bolsillo de la americana y me agarró el cuello con sus manos—. Piensas que tuviste suerte al encontrar a Vicky, pero también deberías pensar que ella tuvo la gran osadía de hallarte y de vivir este tiempo a tu lado. Te puedo asegurar que ha sido lo mejor de su vida.

Imité su gesto de manos, aferrándome a su cuello y mirándolo a los ojos. Unos ojos que ocultaban lágrimas, tristezas y gritos de rabia.

—Gracias, Erik. —Tomé aire y lo lancé para calmar los nervios—. Por no irte nunca, a excepción de tu desaparición de semanas.

—Te lo tenías merecido. Aun así, los buenos amigos no se van... están ahí, aunque no los puedas ver. En las buenas. En las malas. Y en las terribles.

Nos fundimos en un abrazo lleno de cariño y luego quitó las arrugas con la palma de su mano como si pudiera plancharlas.

—Una novia te espera.

—Sí.

Nada más salir de la habitación, Hugo y Sandy robaban golosinas de una mesa pequeña que estaba justo al lado del ventanal que nos separaba del jardín. Mi padre y mi hermano los ojeaban y actuaban como si no vieran nada; en el fondo, les gustaba mimarlos. Angy y Edward hablaban con William, quien seguía meciendo a su pequeña en brazos. John hablaba con un señor mayor, quien auguraba que era el juez y preparaba —en una mesa contigua al arco— unos papeles con un bolígrafo dorado.

Mi hermano se acercó cuando nos vio salir y me llevó hacia donde estaba John, quien nos sonrió amable.

—Él es mi hermano, Derek. —El juez me tendió la mano y se presentó—. Queríamos pedirle

que fuera una ceremonia bastante rápida por la situación que ya sabe.

—John también me lo estaba comentando... Lo agilizaré si es como desean. —Le sonreí a modo de agradecimiento—. Creo que alguien ya está preparado para volar.

Nos giramos y Sophia anunciaba que ya podían sentarse. Estallé de nervios. ¡Ni siquiera me había preparado un discurso! Además, yo no era de palabras bonitas frente al resto del mundo. ¿Qué iba a decir?

—No te agobies, deja que este hable. —Señaló mi corazón.

Cerré los ojos.

Respiré profundamente.

Asentí.

Y los abrí.

Todos esperaban de pie a que la novia apareciera. Escuchaba los latidos de mi corazón golpear mi caja torácica con fuerza. Relamí mis labios. Apreté la mandíbula y, cuando salió con aquel vestido sencillo de manga larga que ondeaba su cuerpo, el tiempo se detuvo. Mis ojos buscaron a los suyos, que respondieron con la misma impetuosidad. Se añoraban. Estaba preciosa con esas ondas que navegaban con la ligera brisa del viento. Con ese vestido a juego con el mío, blanco y azul cielo. Con aquella sonrisa que iluminaba mi vida. Con aquella mirada que se clavaba en mi corazón.

Llegó a mí con pasos lentos, acompañada por su hermana, quien la miraba con adoración. Ambas estaban radiantes, pero ella... ella era el Sol que quería ver todos los días de mi vida. El Sol que calmaba la atormentada vida de un ser oscuro que ya no lo era tanto. El Sol al que quería aferrarme porque su calor no me mataba. Le tendí mi mano cuando estaba a mi lado y se ciñó a ella. Con nervios. Con cariño. Con pasión.

El juez pidió que todos se sentaran y comenzó la ceremonia. Fue breve, tal y como pedimos. Sin embargo, antes de lanzarnos la pregunta, Vicky lo interrumpió.

—Me gustaría decir unas palabras.

—Adelante —el juez la animó con un movimiento de manos.

Vicky se giró hacia mí, con la luz prendida en sus preciosos ojos que me miraban embelesados. ¿Cabría más amor en ellos?

Estaba nerviosa. Se mordió el labio un par de veces antes de abrir la boca y sonreír, mostrando sus perfectos dientes.

—Todos los aquí presentes sabéis de mi enfermedad. Algunos me miráis con tristeza, otros con lástima, pero quería pedirlos que no lo hagáis. Porque las cosas suceden así, sin explicación ni tienen que responderte a ningún por qué. —Levantó los hombros para calmar un poco la amargura de la situación que vivíamos—. La historia de Derek y mía. Nuestra historia —me miró— se asemeja a la del Sol y la Luna. El Sol y la Luna eran dos enamorados, cuyo amor no tenía límites. Provocó que Afrodita sintiera celos, deseando sentir un amor tan grande como el que ellos tenían. Intentó conquistar y seducir al Sol, pero este, colmado del amor más puro, la rechazó. Así pues, cubierta de malicia, ordenó separarlos para siempre. Sin embargo, Zeus, sin anular la orden de Afrodita, les permitió verse durante unos segundos ocasionando los eclipses de sol.

Y ahí se encontraba Vicky, narrando una leyenda de amor tal y como yo hice meses atrás. La similitud en la historia era certera. Los eclipses de Sol eran la viva imagen de su vuelta a la realidad cuando los celos de Afrodita se reflejaban en olvidos. Y nosotros dos, Sol y Luna, evidenciábamos amor.

—Derek —la miré—, jamás pensé que alguien pudiera llevarme al cielo con una mirada. —Ya

con su inicio, me hizo apretar los labios para no derrumbarme. No pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas emocionadas—. Me enamoré de ti aun sabiendo que estabas roto. Que tu corazón y tu alma seguían vagando por una soledad abrupta llena de opacidad que te asfixiaba. Pero ¿sabes qué? —Susurré un ligero «¿Qué?»—. Que el amor, que el verdadero y más puro amor, no siempre está entero. Y me encantaba llenar ese vacío de oscuridad con luz. De buscarte en cada rincón para cuidar y mimar cada una de tus cicatrices. Para sanar un alma con las alas rotas y volar juntos, complementándose sin obligaciones. —Borró la lágrima que se me escapó con su pulgar y le sonreí. Porque ella era el motivo de mi felicidad. De mis sonrisas—. Y fui feliz cuando me dijiste que me querías. Y fui feliz cuando me dejaste entrar en tu vida. Ser parte de ti. —Agarró mis manos temblorosas para fortalecerlas juntas—. Soy feliz porque nadie me ha entregado tanto amor como lo haces tú que, aun siendo consciente de todo lo que nos está pasando, sigues a mi lado luchando conmigo. Sin soltarme. Sin dejar que te anhele. Simplemente, amándome. —Dio un paso hacia mí y rompió la distancia que nos separaba—. Te quiero, Derek. Soy feliz de estar recitándote mis votos, sin olvidarme, y de estar declarándome a la persona que amo. A la persona que odia las bodas y que me ha pedido que me case con él. A la persona que nunca, jamás, dejaré de amar. Tal vez no lo recuerde en unas horas, unos días o unos meses, pero quiero que sepas que repetiría nuestra historia mil veces más si me dieran la oportunidad.

—Te quiero, *jueves*.

—Te quiero, *gilipollas*.

—Derek, ¿quieres dec...

—No es necesario que lo haga, él lo ha estado diciendo todo el tiempo. Que esté aquí, parado frente a mí, con nuestros testigos y nuestra familia, es su mejor declaración de votos.

—Apareciste en mi vida cuando menos lo esperaba y cuando más te necesitaba y, aunque me sacaras de mis casillas y me hiciera creer que te odiaba, era imposible. ¿Cómo podía odiar a la persona que más me hizo sentir? —Fue ella la que susurró mi nombre. Fue ella la que me dijo que no era necesario el discurso. Sin embargo, quería hacerlo—. En mis planes jamás estuvo contemplado amar a alguien, creo que incluso nos viene de herencia, ¿verdad, hermano? —Todos rieron—. Pero ya se sabe lo que dicen: «El amor no se busca, se encuentra en el lugar menos idóneo». Como en nuestro caso: en un aeropuerto. Tampoco consideré declararme ni hacer discursos delante de la gente, pero hay personas que merecen saber que se las ama con todo el corazón. Que te amo con toda mi alma y que, si por ti tengo que cruzar un océano, lo cruzo. Y que, si por ti tengo que volar hasta el espacio, vuelo.

—Derek... —Las lágrimas emotivas de Vicky bañaron su piel sonrojada. Las acaricié. La mimé y le besé las manos con ternura.

—Me enseñaste qué es el amor. Lo veo en tus ojos, en tus labios, en tus caricias... en tu voz cada vez que pronuncias mi nombre. Yo no quería arriesgarme, pensaba que el amor solo dolía. Pero no es así, el amor te completa. Eres mi salto al vacío de espaldas, Vicky. Y gané al atreverme, al crear un mundo contigo. Te quiero, Vicky, lo recuerdes o no.

—Sí, quiero. —Miró al juez, que estaba emocionado y asintió conforme, aunque no formulara la pregunta.

—Sí, quiero. —Me acerqué a mi esposa y acuné su cara entre mis manos—. Te amaré por siempre, Vicky.

—Por siempre.

Capítulo 36

Amor eterno

DEREK

Habían pasado dos semanas desde la boda. Dos semanas donde los olvidos eran cada vez más persistentes y los momentos con Vicky se reducían a instantes. Me sentía en una montaña rusa a nivel emocional. A veces me costaba mantenerme estable. Insistiendo en ser fuerte cuando lo único que quería era derrumbarme en un arcén y llorar. Vaciar toda la tristeza que recorría mis venas.

—Eres una buena persona. —Vicky me acarició el brazo mientras paseábamos por el parque cerca del canal—. Se te nota en los ojos. —Sonrió con ternura y amabilidad—. No deberías estar tan triste.

—¿Tanto se nota que estoy triste? —pregunté después de sentarme en el banco de madera, enfrente de un arenero, donde los niños jugaban a armar algún monumento digno de su imaginación.

Ella se sentó a mi lado.

—Sí, tienes lágrimas en los ojos y no son de felicidad... —Suspiró como si quisiera indagar más en mi vida—. ¿Quieres llorar? —cuestionó escudriñando mis azules mares que tanto le gustaban. Antes de que respondiera, continuó—: No me vengas con el cuento de que los hombres no lloran porque te pego un bofetón. —Rio con su propia advertencia—. Los hombres sí lloran, también tenéis sentimientos. —Hice el intento de responder a su comentario, pero volvió a impedir que hablara. Aunque no lo recordase, seguía siendo la misma de siempre—. Te voy a contar una historia que leí cuando tenía miedo de quedarme sola.

—¿Cómo sabes que uno de mis miedos es quedarme solo? —El movimiento de manos marcó un «Obvio» en su cara.

—Leo a la gente a través de sus ojos. —Me hizo recordar la primera vez que ella me vio bajo todo ese embrollo de enredaderas y espinas—. Escúchame atento. —Asentí y la animé para que me la contara—. Antes de que hubiera día y noche en el mundo, uno de los dioses más arrogantes, llamado Tecuciztécatl, decidió alumbrarlo. No obstante, necesitaban a otro Dios, pero nadie quería. Hasta que le preguntaron a Nanahuatzin, un Dios de apariencia fea, pero callado y de humilde corazón. Nanahuatzin aceptó de buena voluntad. —Me cogió de las manos como si tuviera la confianza necesaria para hacerlo y mi corazón bateó con fuerza—. Ambos dioses hicieron penitencia para llegar puros al sacrificio. Después de varios días, se reunieron alrededor de una gran hoguera, cuyas llamas lanzaban pequeños destellos al cielo oscuro. Luces que se impregnaban como estrellas. —Se le iluminó la mirada—. Tecuciztécatl, el primer Dios elegido, debía tirarse primero. Sin embargo, tuvo miedo y no se atrevió. En cambio, Nanahuatzin, lleno de valentía, se lanzó sin pensarlo. Tecuciztécatl, tras ver el coraje de su compañero, se avergonzó y se aventó al fuego. —Soltó una de mis manos para apretar mi muslo—. Nadie puede mirar al Sol porque nos lastima a los ojos. Está solo en ese azul cielo, parecido al de tus ojos, pero no llora por no tener compañía. Es feliz alumbrándonos la vida. —Su voz calaba en cada poro de mi piel. Se me erizó el vello. Se me encogió la vida—. Y luego está la Luna, que también parece

sola, pero está con muchas pequeñas estrellas que le sonríen.

Me limpié una lágrima rebelde que se escapó. Vicky me abrazó sin pensarlo y la escuché llorar. Se me rompió el corazón.

—Vamos a tener una pequeña estrella a nuestro lado. Una estrella de vida eterna y con la que disfrutaremos de su compañía.

Me separé a escasos centímetros de ella para observarla. Vicky había vuelto. Le limpié las lágrimas. Ella sonrió con afecto y cierto atisbo de melancolía. Quise besarla, pero me detuve al ver cómo bajaba la cabeza hacia sus piernas. Dirigí mi mirada en su misma dirección. Había roto aguas.

—Tranquila, no pasa nada... —Me levanté como alma lleva el diablo. Lleno de nervios. ¡Daryl estaba en camino! Llamé a mi hermano—. Necesito un coche a la dirección que te envió. Vicky ha roto aguas.

Se la mandé mientras escuchaba lo feliz que estaba por ver pronto a su sobrino favorito. Colgué cuando me avisó de que estaban llegando. Por suerte, la distancia que nos separaba no era mucha.

—Están a punto de llegar. Tranquilidad, todo va a salir bien...

—Me estás estresando, Derek. —Vicky apoyó el brazo en el respaldo del banco para levantarse y la ayudé—. Daryl... —Se agachó dolorida. Se agarró de la parte baja de la barriga y yo me agaché con ella—. Creo que viene.

—Respira. —La mirada que me lanzó fue suficiente para que mantuviera la boca cerrada—. Ya están aquí. —Moví la cabeza hacia William, quien bajó del coche para abrir la puerta trasera.

Haciendo nombre a su cabezonería, Vicky se negó a que la cogiera en brazos. Quiso ir a pie hasta el coche mientras yo la agarraba de la mano y de la cintura. Se acomodó en el asiento mientras soltaba aire por la boca con la esperanza de aliviar los dolores de las contracciones que parecían acortarse. Si en algún momento sintió dolores previos no lo dijo. No como ahora, que gruñía cada cierto tiempo. Que me apretaba la mano con fuerza.

Al llegar al hospital, el Dr. Davis, junto a la ginecóloga y la matrona, la llevaron a una sala para examinarla. Yo no pude entrar. Me quedé en el pasillo, yendo de un lado a otro. William entró corriendo hasta situarse a mi lado y detenerme.

—Va a salir bien, Derek. —Apreté mis hombros con sus manos. Reconfortante, pero no tranquilizante—. Está en buenas manos.

—Tengo miedo. No quiero que les pase nada.

—No les pasará nada. Van a estar bien.

A los pocos minutos, Erik y nuestros padres se acercaron a nosotros justo cuando la matrona me llamaba para entrar en la sala.

—Vicky está en el paritorio. Venga, usted puede estar presente. —Sonríó con alegría y una pizca de nostalgia—. Se tiene que poner la bata, los peucos por encima de las zapatillas, los guantes y el gorro. Son normas —informó al ver la expresión de mi cara al entregarme todo—. No se preocupe, todo estará bien.

Una vez vestido como si fuera un sanitario más, entré con ella al paritorio. Lo primero que vi fue el dolor en los rasgos de Vicky y me acerqué con rapidez para cogerle la mano.

—En su estado, no le hemos puesto la epidural. —Asentí mientras observaba cada uno de los movimientos de los presentes. El doctor Davis se puso al otro lado de Vicky. En alguna que otra ocasión, le acariciaba el pelo, que comenzó a estar empapado de sudor. Gruñía. El labio le temblaba y las manos las tenía blanquecinas de la fuerza que ejercía—. ¿Estás preparada, Vicky? —Mi esposa asintió y yo la miré con toda la admiración y todo el amor que fui capaz. La

ginecóloga colocó un espejo en un punto estratégico para que fuera parte del proceso. Vería el nacimiento de mi propio hijo—. Es la hora. Tienes que ser fuerte y hacer todo lo que te diga, ¿de acuerdo? —Al unísono, le respondimos un «Sí» temeroso—. Empuja. —La fuerza ejercida, el grito lleno de suplicio penetró en mi cuerpo como un rayo. No supe en qué momento solo me centré en el espejo y vi asomar la cabecita de nuestro pequeño—. Ya casi lo tenemos. Sigue así, Vicky. Lo estás haciendo muy bien.

—Lo estás haciendo increíble, mi amor —la reconforté.

No podía apartar la mirada de aquel reflejo. Como, de un momento a otro, el cuerpo ya estaba fuera y su llanto colmó de gozo nuestros corazones. Lloré como aquel niño que la ginecóloga sostenía en brazos. Vicky también lloraba, más incluso cuando se lo dejaron en el pecho. Me recosté a su lado en la camilla. Admiré a nuestro hijo con adoración. Era tan pequeño. Tan inocente. Tan puro.

—¿No te parece guapísimo? —le pregunté a Vicky emocionado sin apartar los ojos de Daryl. Él que nos iba a dar la vida.

—Me parece que será un clon de su padre. —Vicky rio al responderme y asintió contenta mientras pegaba sus labios sobre su cabecita. Lanzó un suspiro melancólico al cielo cuando la enfermera nos informó de que tenían que llevárselo para hacerle unas pruebas—. Vamos a ser felices, ¿verdad?

No supe muy bien qué responder, así que opté por la opción más fácil. La abracé para que nuestros corazones se rozaran, para que se abrazaran y se regalaran un «Te quiero» en cada latido. Besé su nariz y sonreí sobre sus labios. Contemplé el rostro sonriente de Vicky, alegre por mi respuesta sin voz. Adoré cada peca que adornaba su pequeña nariz. Cada destello dorado de sus acaramelados ojos que enamoraban como los campos Elíseos. Era una Diosa. La Diosa que conquistó un corazón gélido sin armadura. Grabé su sonrisa en mi retina para que jamás se me olvidara lo feliz que era en ese momento.

Después de hacerle unas curas, nos llevaron a una habitación privada, donde estaríamos muy bien atendidos. Al llegar, Erik y mis padres se encontraban sentados en el sofá de la habitación. Se levantaron nada más entró la camilla con Vicky, que se quedó dormida en el corto trayecto. Estaba exhausta.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mi amigo, poniéndose al lado de mi esposa. Le acarició la cara y sonrió—. ¿Cómo ha sido?

—Ha ido todo muy bien. —Sonreí—. Y ha sido extraordinario ver el nacimiento de mi hijo. No tengo una palabra para describirlo... Es tan mágico.

—Lo es —confirmó mi madre, que me abrazó con gran ilusión—. Tenemos muchas ganas de conocerlo. —La caricia que me regaló calmó las ganas de llorar que sentía. Sabía que era emoción. La adrenalina. Los nervios—. Serás un padre maravilloso, Derek. No tengo duda de ello.

—Y yo también lo creo —añadió Erik, quien se sentó otra vez en el sofá—. Y yo seré el tío postizo favorito. Lo mimaré y le enseñaré a chingar a su padre.

—No esperaba menos de ti.

Erik me guiñó un ojo y ambos reímos. Sin soltar los brazos de mi madre, me giré hacia la puerta.

—Tenemos visita.

Hugo entró corriendo y levantó los brazos para que lo alzara. Lo cogí y le di un sonoro beso en la mejilla que recibió con gusto.

—¿Cómo está mi mono favorito?

—Muy bien, *ono*.

—Pero eso no es todo...

William volvió a llamar nuestra atención. La enfermera arrastraba una cuna que colocó al lado de la cama de Vicky. Sonreí feliz al verlo de nuevo. Estaba durmiendo, tan dulce, tan calmado que me enterneció. Julissa se acercó fugaz a la cuna y lo adoró. Mi padre hizo lo mismo. William se colocó a mi lado. Erik, en cambio, esperó a los pies de la cama hasta que dejaran el acceso libre para ver al pequeño.

—Los abuelos son unos acaparadores...

—Es nuestro tercer nieto, ¿qué esperabas? —protestó mi madre—. Ya tendrás tiempo después.

—¡Esto es indignante! —alzó un poco la voz y se tapó la boca al ver que Vicky se movía inquieta por la cama.

La tomé de la mano y, justo cuando entrelazaba mis dedos con los suyos, abrió los ojos aturdida. Apartó su mano de la mía y su respiración se aceleró. Dejé a Hugo en el suelo, al que William se llevó fuera de la habitación. Intenté calmar a Vicky, pero ella me huía.

—Vicky, soy yo, Derek. Tu esposo.

—No te conozco. Te tengo miedo...

Me dolía hasta respirar. Como si tuviera las costillas rotas. Pues así me dolía el corazón. Roto a pedazos. Y sobreviviendo en silencio.

Capítulo 38

Nuestra historia

DEREK

Un año después

Después del parto, todo se complicó.

Vicky, en pocas ocasiones, volvía a recordarnos. Y, si lo hacía, eran momentos muy fugaces. A veces seguía siendo la chica curiosa y alegre que bailaba por casa, que cogía a su hijo para contarle un cuento o la que intentaba conquistarme de nuevo. Otras, en cambio, lloraba muerta de miedo porque pensaba que queríamos matarla. Porque se imaginaba que vendría un ladrón y le haría daño. Se desorientaba en nuestra propia casa. Se perdía en ella. Tuvimos que instalar más cámaras para vigilarla. Mi madre venía todos los días para ayudarme con Vicky y con Daryl, aunque el pequeño era muy bueno. Comer y dormir fue su pasatiempo favorito hasta que comenzó un gafeo explorador que nos obligaba a hacer mil carreras. Erik también me ayudó muchísimo. Si no fuera por él, no sabría qué sería de mí.

En ese año, me di cuenta de que el tiempo era demasiado efímero. Volaba. Desaparecía. Y Vicky se desvanecía con él. Comenzó a caer al caminar. Dejó de hablar o gritar, a solo decir frases o palabras sueltas. Algunas de ellas, ni siquiera las entendíamos. Se quedó inmóvil; aunque, a veces, te agarraba las manos y no te las soltaba. Las apretaba. Las crisis no aparecieron más. Al menos, en ese aspecto, no sufríamos.

En los últimos días, Vicky estaba más tranquila. La sentaba en el sofá o nos íbamos de paseo por los alrededores. Erik era, según él, el paseador oficial. Yo llevaba a Daryl, quien también nos acompañaba. Estaba casi seguro de que Daryl le daba armonía a Vicky. Siempre que se giraba y lo miraba, le salía una inmensa sonrisa y oíamos un «Hermoso» apenas audible.

Me lavé la cara con agua fría y me miré —no sabía cuántas veces eran ya— en el espejo. Estaba agotado, consecuencia de no dormir por las noches. Las pasaba pendiente de Vicky, aunque solía dormir muy bien. Aun así, tenía miedo de quedarme dormido por si necesitaba mi ayuda. Volví a la cocina y cogí el desayuno de mi esposa. Lo dejé sobre la mesa del comedor, adaptada a la altura de la silla de ruedas, antes de ir a la habitación para despertarla.

Erik y Daryl estaban en la zona de juegos, situada en una esquina del salón. Mi pequeño se levantó del suelo y se acercó tambaleándose hasta que lo alcé en brazos. Él era quien me daba fuerzas para seguir adelante. Él era la esperanza de mi vida y quien me ayudaba a sobrevivir. Un niño tranquilo y de brillante felicidad que daba luz a la tenebrosidad. No podíamos negar que ese carácter fue heredado de su madre. Tan feliz. Tan radiante. Tan lleno de vitalidad.

—Voy a por mamá.

—Aaaa... —Le besé su cabecita.

—Sí, a por mamá.

Volvió con Erik y yo me dirigí a la habitación. Vicky seguía durmiendo, así que acaricié su brazo con delicadeza y susurré su nombre. Mimé su cabello rebelde y aparté un mechón que le tapaba media cara. Ella sonrió con cariño y abrió los ojos.

—Daryl.

—Está abajo, ¿quieres que vayamos a verlo?

—Sí —confirmó con decisión y entusiasmo.

Me dirigí al armario y cogí un chándal. Ropa con la que iba cómoda y también era más fácil de manipular a la hora de cambiarle el pañal. Llegó un momento donde se lo hacía todo encima. La cambié con halago. Despacio. Sin movimientos bruscos que la asustaran. La aseo y la perfumé un poco.

—Me gusta.

—A mí también me gusta. ¿Sabías que es tu perfume favorito?

—No.

—Lo comprabas cada tres meses. Te perfumabas hasta las puntas de los pies. —Le toqué los dedos de los pies al colocarle el calcetín y ella los movió juguetona—. Sí, hasta aquí.

Rio.

Y su risa fue música celestial para mis oídos. Hacía tiempo que no se reía de ese modo, tan de verdad.

—¿Me cuentas un cuento? —La miré sorprendido. La había entendido muy claro, todo lo contrario a lo que estábamos acostumbrados.

—¡Claro que sí! —exclamé contento—. Todos los que quieras.

—Uno de amor.

—Creo que sé cuál te voy a contar.

Busqué en el baúl que había al lado del armario y saqué los álbumes de fotos —que Erik imprimió semanas después de nuestra vuelta— y el video editado de nuestro viaje por el mundo.

—¡Cuántos! —bramó fascinada.

—Sí, vamos a desayunar y te los cuento.

Clavó sus pupilas en las mías y sentí que seguían amándome. Algo, dentro de ella, me lo decía a gritos. Me emocioné y, aunque tuve que retener un lamento, arrastré la silla con una sonrisa postrada en el rostro hasta llevarla al comedor. Desde sus primeras caídas, adaptamos una habitación en la planta baja para que no tuviera que subir y bajar escaleras y, de ese modo, evitar más disgustos. Daryl, enseguida que vio a su madre, vino con sus movimientos turbulentos y se abalanzó sobre sus piernas.

—Aaaa. —Vicky le acarició la cabecita con suavidad. Lo miraba con adoración.

—Qué niño más hermoso.

—Sí. Es hermoso, como su madre.

—Aaaa.

—Sí, como mamá. —Le acaricié la espalda y lo besé en la mejilla—. ¿Desayunamos?

—Cuéntame el cuento.

La acerqué a la mesa y, mientras le daba el desayuno, comencé a contarle nuestra historia a partir de los álbumes de fotos y el vídeo que visualizamos en la televisión. Daryl se sentó en el sofá para también ser partícipe de nuestra historia hasta que se quedó dormido. Erik, en cambio, nos dio intimidad y se fue a «comprar algunas cosas que faltan», según informó.

Vicky se reía al ver las payasadas que hacíamos. Al hacerle cambios de voces mientras veíamos las fotos o las caras graciosas que hacía. ¡Cómo echaba de menos esos momentos! ¡Cómo echaba de menos esa risa que me daba la vida!

—¿Por qué dejaron de viajar? —preguntó.

—Porque a *jueves* le diagnosticaron una enfermedad que hace que todos sus recuerdos se borren. —Su cara palideció, pero no permitiría que esa felicidad se agotara en ese instante, así que improvisé—. Pero ¿sabes qué hizo el *gilipollas*? —Negó con la cabeza—. Prepararle una

boda de cuento de hadas.

Y abrí el álbum que contenía las fotos de nuestra boda. El brillo especial que tenía ese día en sus ojos volvió a hacer acto de presencia en ellos. Brillaban como estrellas en la noche. Brillaban para avivar un corazón herido.

—Salimos guapos.

—Somos una pareja imperfectamente perfecta.

Vicky me agarró de la mano y se la llevó a los labios. La besó y la pegó a su pecho. No supe en qué momento me perdí en sus ojos, que bailaban con lágrimas en los ojos. Lágrimas no tristes, sino de emoción. Había ternura en su mirada. Afecto en sus labios.

—Derek.

—Dime, preciosa. —Fui yo quien besó su mano al acercarme a ella.

—Gracias.

Y seguí contándole nuestra historia.

Una historia de esfuerzo y delicadeza.

Una historia de apoyo y lucha.

Una historia que le mostró al mundo entero que, el verdadero amor, sí existe.

Capítulo 39

Eso es la vida

DEREK

La cálida luz comenzó a alumbrar la sombría habitación. Los pequeños agujeros de la persiana penetraban en las paredes, en el techo. Noté cómo mi cuerpo necesitaba un descanso. Seguía sintiéndolo pesado. Habían pasado muchos meses después de vagar por el mundo, donde vimos calles, lugares y las ciudades más románticas en busca de un delicado hilo de esperanza para que la enfermedad de Vicky no avanzara tan rápido.

Tapé mis ojos con el brazo libre y dejé la mente en blanco con el fin de retomar fuerzas y afrontar el nuevo día. Sin embargo, mi cabeza iba por libre pensando en todo y en nada a la vez.

Me encantaría repetir el día anterior, en el que Vicky y yo estuvimos horas viendo álbumes de fotos mientras le contaba nuestra historia. Se la veía tan feliz, tan radiante de luz, tan... ella. Volví a ver a la mujer de la que me enamoré. A esa joven loca con la que me crucé, a la que me perseguía en el hotel de Miami. La que me ignoraba cada vez que discutíamos, la que saltaba sobre mí sin esperarlo para robarme un beso o la que se iba corriendo para que no la atrapara entre mis brazos y la torturara a cosquillas.

Aprovechaba cada momento de lucidez para confesarle cuánto la amaba y que mi corazón, por más que lo olvidara, seguiría siendo suyo; que nunca me iría de su lado. Nos abrazábamos y nos besábamos como si cada uno de esos instantes fueran los últimos porque así era nuestra realidad. Eran los últimos después de que se olvidara de ellos.

Volví a dejar que la luz invadiera mis ojos para darme, de nuevo, los buenos días. Ladeé la cabeza hasta inundar mi nariz en el pelo de Vicky, donde inspiré su aroma para embriagarme de su olor a melón. Como de costumbre, las noches las pasaba en vela. Dormía tantas veces como me despertaba. La observaba. La adoraba. Estaba pendiente de ella durante las veinticuatro horas al día. Para ella, tenía todo el tiempo del mundo.

Vicky.

Jueves.

La única que consiguió llegar a mi corazón con una de sus flechas doradas.

Sonreí como un imbécil al darme cuenta de que ella tenía los ojos abiertos, apoyada en mi pecho con una delicada y feliz sonrisa en los labios. Con suavidad, acaricié su mejilla y un dolor inmenso se instaló en mi pecho al percatarme de que no pestañeaba, que su pecho no subía ni bajaba, que su corazón ya no latía.

No.

No podía ser.

Vicky no podía haberse ido de mi lado tan pronto.

No.

Jueves.

Por favor.

La abracé contra mí más fuerte, besando su frente. Acaricié su mejilla observando cómo los ojos sin vida de Vicky no brillaban. Aun así, su rostro transmitía paz y felicidad. Todavía estaba

caliente. No me pude despedir de ella. No pude declararle mi amor una vez más. Se fue antes de que pudiera hacerlo.

Sentía un gran vacío en mi interior. Mi corazón se había ido volando con el suyo. Me la habían arrebatado de mi lado sin miramiento.

No.

No quería admitir que Vicky ya no estaba conmigo. Me negaba a asimilar esa cruda realidad que la vida había escrito para mí. Recordé sus palabras: «Pero ¿sabes qué? Eso es la vida. Sufrir, reír, llorar, divertirse, enfadarse, amar...». No estaba preparado para dejarla ir. Era ese adiós que jamás sería capaz de decir.

Jueves.

Vuelve.

Con toda la sutileza que fui capaz, le regalé una caricia que llevaba impregnado todo mi amor por ella. Recorrí la piel de su brazo, de su cuello, de sus labios, de sus mejillas. Una voz, dentro de mí, me decía que ella la recibiría estuviese donde estuviese. Deslicé la mano por sus ojos y los cerré. Tal vez fui un imprudente o un irrespetuoso, pero besé sus labios por última vez. Y me arrepentí de no haberlo hecho más el día anterior. Aparté los mechones rebeldes de su pelo tras la oreja izquierda y delineé su cara.

No quería irme de su lado.

No quería dejar de observarla.

Siempre me repetía «una última vez». Pero nunca llegaba el momento hasta que tuve que hacerlo. Llamé a William para informarle de la muerte de Vicky y si podía venir a ayudarme con todos los preparativos.

Vicky se había marchado demasiado pronto.

La echaba de menos...

∞∞∞∞

William y Sophia no tardaron en llegar a casa. El abrazo instantáneo de mi hermano hizo que, de nuevo, todo el sufrimiento cayera sobre mis pies. Me arrodillé en el suelo y grité de dolor, porque es lo que sentía. Un dolor arrollador en el pecho que me mataba, que me asfixiaba.

Dolía.

Dolía mucho no tenerla aquí, a mi lado.

Dolía no oír su voz.

Dolía no soportar sus bromas.

Dolía no volver a sentir sus abrazos, sus caricias, sus besos, su amor.

Dolía el tener que alejarme de ella.

Sophia se arrodilló enfrente de mí, llorando, y me abrazó destrozada. Se habían hecho muy buenas amigas, aparte de ser unas cuñadas envidiables. Escuchaba cómo susurraba en mi oído que no era justo, que Vicky no se lo merecía. Solo era capaz de pronunciar su nombre en bucle. Sophia borraba el rastro de mis lágrimas. Lágrimas que se empeñaban en volver a recorrerlo. En volver a bañarlo. Me temblaban las manos. Estaba perdido. Joder, ¡cómo dolía!

Sophia nos levantó a ambos y me senté en la cama, al lado del cuerpo sin vida de Vicky. La agarré de la mano y seguí llorando en silencio mientras William llamaba al doctor Davis —se presentó a los quince minutos— y al resto de familiares cercanos.

La hermana de Vicky rompió en un llanto abrumador cuando cruzó la puerta y nos vio. El dolor golpeó más fuerte mis entrañas. Me curvé en un amago de coger aire para que esa presión

desapareciera. Nuestra relación era de lo más cordial, jamás me miró con ojos de cuñado, pero cuando la vi frente a mí, con ese dolor que entendía, me levanté y la abracé tan fuerte que noté una conexión inminente. Se había ido una de las personas más importantes de nuestras vidas.

—¿Cómo ha sido? —Acaricié mi mejilla con sus dedos temblorosos, llenos de desconsuelo—. ¿Ha sufrido?

—Cuando me he despertado esta mañana, seguía abrazada a mí. Era la misma posición con la que nos dormimos... No he notado nada. Nada. —Apreté los labios para retener otro llanto que quebrantara mi alma—. Al despertar, ya no estaba, pero se la veía tranquila. —La miramos—. Como ahora.

—Tiene una delicada sonrisa en los labios. —Sophia se acercó a nosotros y se apoyó en mi hombro—. Murió feliz.

—Y no sufrió —comentó el doctor Davis—. Debemos llevárnosla para hacerle la autopsia, pero estoy seguro de que fue un paro cardíaco.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Sophia tan abrumada como el resto—. Vicky...

Se le cortó la voz y la abracé con más fuerza. William parecía el más sereno de todos, pero se limpiaba las lágrimas cuando creía que nadie lo veía. Quería ser fuerte, pero nadie lo era.

—Sin la autopsia no puedo asegurarles nada, pero su enfermedad estaba muy avanzada. Que se le detuviera el corazón entraba dentro de esas posibilidades, que no siempre es así...

—Ella siempre fue ese uno por ciento.

—Perdimos a nuestros padres muy jovencitas, y yo la pierdo a ella cuando más feliz era.

No sabía qué decir, ni tampoco qué hacer. Simplemente abrazaba, lloraba o maldecía al mundo por arrebátarmela de mi lado.

—¡Derek! ¡Derek! —Los gritos de Erik se escuchaban desde la entrada. Sophia soltó mi brazo y la hermana de Vicky se distanció de mí para ir a los brazos de John—. ¡Derek!

Erik entró a la habitación sin aliento, con los ojos rotos, rojos y un mar de lágrimas arrullando su acongojada piel. Sin mediar palabra, sus brazos fueron testigo del dolor que emanaba mi corazón por la pérdida repentina de Vicky. Su desconsuelo agrietó lugares de mi alma que ni siquiera sabía que existían. El sufrimiento aumentó, todavía más, el vacío que *jueves* se llevó con ella. Vicky fue la manera más triste y hermosa que tuvo la vida de decirme que no se podía tener todo, que no la podía tener para mí solo. La aflicción del llanto ensordecedor de Erik rugió junto al mío cuando el doctor Davis anunció que la ambulancia había llegado. Erik no me soltó. Me siguió abrazando fuerte para no dejarme caer o, en su contra, para levantarme después de ese aterrador hecho.

No quería aceptarlo.

No quería una vida donde ella no estuviese.

Pero debía seguir adelante, ya no solo por mí, sino por mi hijo. Al que agradecía a Julissa por mantenerlo alejado de toda esta situación.

¿Cómo iba a responderle cuando llamara a su madre?

¿Cómo iba a ser capaz de cuidarlo cuando yo no me sostenía en pie?

¿Cómo iba a explicarle a un niño de un año que mamá ya no volvería?

Daryl era muy pequeño para tal explicación, que quizás ni siquiera lo entendiera hasta dentro de unos años. Aun así, se me hacía difícil. Mucho.

—Derek, tenemos que ir al hospital.

Erik se separó a escasos centímetros de mí y me miró a los ojos como solo hacían los amigos. Reconponiendo retales e intentando que el dolor fuera más llevadero, al menos, compartido para que pesase menos.

Seguimos los pasos de William y Sophia. Fuimos con ellos en el coche y lo agradecí, no tenía fuerzas para librar una batalla contra el tráfico de Ámsterdam. Y el camino fue lento. Eterno. La luz del sol me cegaba. Erik sorbía por la nariz. Sophia tenía la mirada perdida en las calles de la ciudad mientras seguía librando aquel líquido acristalado que nos cortaba la piel.

Al llegar, tuvimos que esperar en una sala, cerca de donde le hacían la autopsia. Todos estábamos sumidos en un silencio que helaba el alma. Ninguno miraba a nadie. Nos perdíamos en cualquier esquina de aquella sala de espera, como si fuera otro mundo paralelo donde el dolor te arropaba y las lágrimas te abrazaban. Notaba cómo cada cúmulo de agonizante emoción se aglomeraba en el pecho. Cada vez me costaba más respirar.

Sophia se levantó de la silla y se sentó a mi lado, me agarró de la mano y siguió llorando. William, el único que seguía de pie, se puso a mi lado y me apretó el hombro para darme la fuerza que yo no sabía ni de dónde sacar.

Me dolía el pecho.

Me dolía el alma.

Erik estalló en llanto y se me rompió la vida. Las lágrimas no cesaban, la agonía surcaba el daño que fragmentaba por mi cuerpo afligido y el desconsuelo atraía una vertiente opaca que se sumía a un mundo al que no quería volver: la soledad.

El doctor Davis, junto al médico forense, aparecieron unas horas después para confirmar lo que ya intuía: Vicky murió por un paro cardíaco. Nos aseguró que no sufrió. Se fue en un instante, tan rápido como pestañear. Y voló. Voló como tantas veces quiso hacerlo. Se fue volando con mi corazón, que la acompañaría de por vida.

Nunca sabremos cuál será el último adiós, el último gracias, el último abrazo, el último beso, la última sonrisa o la última mirada. Y, tal vez, debí abrazarla más fuerte. Besarla hasta que las ganas dijeran basta. Mirarla hasta dibujarla con los ojos cerrados. Decirle que ella siempre será mi estrella favorita.

Capítulo 40

Te quiero, gilipollas

DEREK

La noche cayó sobre nosotros sin apenas darnos cuenta. Entramos en casa, cansados y abatidos. Julissa y Mason nos esperaban en el sofá. Mi madre tenía los ojos rojos y la cara empapada. Fui incapaz de retener las lágrimas. La abracé y me dejé arropar como un niño que llora al caer. Vicky ya no estaba conmigo. Vicky se había ido para no volver.

—No puedo imaginar por lo que debes estar pasando, pero te toca ser valiente. Seguir adelante. Por ti. —Julissa me acarició el pelo y me hizo mirarla—. Por tu hijo.

—Y nosotros estaremos para apoyarte en todo, para eso está la familia. —Mason me apretó el hombro—. No vamos a dejarte solo y que sucumbas a una soledad que no mereces.

—Gracias.

Y ese «Gracias» solo me hizo recordar la última palabra que Vicky dijo. Como si el día anterior hubiese sido una despedida. Como si ella supiera que sería la última vez que nos veríamos. Como si la enfermedad le hubiese dado una tregua para recordar lo feliz que fue. ¡Joder! ¿Por qué?

¿Por qué me la habían arrebatado tan pronto?

—Llora lo que necesites, hijo. —Julissa me acunó la cara entre sus delicadas manos—. Llora.

—Tenéis que ir a descansar. —Le cogí las manos y las besé—. Estaré bien.

—Podemos...

—No. Id, tranquilos.

Besé su frente y terminó cediendo. Mason y Julissa se fueron. Yo me dejé caer en el sofá, mirando los cuadros que colgaban de la pared. Torturándome con recuerdos.

—Derek. —Erik se sentó a mi lado con un sobre entre las manos y con la cara bañada por el llanto—. Esta carta es para ti, Vicky la escribió en uno de vuestros viajes. Me la entregó cuando volvisteis.

—¿Cómo? —pregunté aturdido.

—Creo que es su carta de despedida. —Me la entregó y me dejó solo para que pudiera leerla.

Tenía miedo de hacerlo. La sostuve durante un buen rato entre las manos. Miraba su letra en el dorso, donde estaba escrito mi nombre y un corazón al final.

«¿Por qué, Vicky? ¿Por qué no me la diste tú?».

Apreté los labios reteniendo un gemido lleno de quebranto. Pegué la carta a mi pecho y respiré profundamente antes de abrirla y desdoblar el papel que en ella albergaba.

Derek, cariño.

Mi amor,

Posiblemente estarás sorprendido de que Erik te haya entregado esta carta. Incluso puedes pensar que la haya escrito él o sea una broma de mal gusto. Pero no. Soy yo. Vicky. Tu Vicky. En carne y hueso, todavía.

Si estás leyendo esta carta es porque mis recuerdos se han esfumado y, en algún momento, mi corazón dejó de latir y mi cuerpo dejó libre mi alma para que volase por los cielos.

Volar, qué maravillosa sensación. Me sentí como un pájaro en nuestra primera cita y no, ninguna posterior consiguió superarla. Cumpliste uno de mis mayores sueños. Y, aunque los viajes son extraordinarios, volar contigo fue el colmo de mi felicidad. Y, ahora, aquí estoy, empuñando un bolígrafo y lanzando al aire todas las palabras que salen de mi puño, aunque debo admitir que me está costando hacerlo.

Sé que llegará el día en que no recuerde nada, como muchas veces me pasa ahora y no soy consciente de ello. Tengo temor de escribir esta carta y parar por no saber qué estoy haciendo. Espero que la vida, y aquel o aquella que conceda deseos, me conceda dos privilegios. El primero, que no me olvide de todo lo que quiero decirte y, el segundo, que no te prive de volverte a enamorar.

Sí. Llámame insensible. Egoísta. Sin sentimientos. Llámame todo lo que quieras. Sé que estarás dolido. Mucho. Sé que estarás llorando en el sofá, mirando nuestra foto colgada encima de la televisión. Y estoy segura de que estás intentando no llorar. Porque Derek Wright no llora, pero yo sé que sí lo hace. Y eso está bien. Llorar. Desahogarse. No eres débil por ello. Ni un blandengue. Ni un ñoño, como tú y William soléis llamarlo.

Derek, cariño, tú me has cambiado la vida. La volviste loca desde aquel cruce en el aeropuerto de Miami. Con tu chulería que nunca detesté —tal vez a ratos—, pero me ponía como una moto a mil revoluciones. ¿Recuerdas cuándo querías matar a tu hermano y luego os aliasteis y fingiste tu muerte? Una parte de mi corazón se quebrantó. Ahí me di cuenta de que lo que sentía por ti no era una simple atracción. Era algo más fuerte. Creo que siempre lo he sabido, pero tenía miedo. ¿Ves? Yo también tengo miedos. Y cuando me llamaste «Ei, tú, asesina», mi corazón se detuvo al completo para luego galopar como un caballo salvaje en una pradera. ¡Joder! Todavía me sigue latiendo así. ¿Qué me has hecho, brujo?

¿Recuerdas la noche en la playa de Miami? ¿La de enfrente del hotel? Te habría hecho el amor mil veces, pero no. Derek se reprimía por miedo. Y no pasaba nada porque esperarí. Te esperarí. Te esperé.

¿Recuerdas aquella noche en el canal? ¿Cuando desapareciste sin responder a nuestras llamadas? Te encontré porque tu hermano me ayudó. Por mucho que me enfadara contigo —y te dijera de todo. Cosas que no pensaba, que quede claro—, no podía dejar de amarte. Mi corazón, de un modo u otro, siempre te perteneció. Ya lo cantamos juntos, acompañados de la mejor banda que existe: «Me mata olvidarte. Me mata(s) aún más si te tengo delante. Me mata quererte porque da miedo. Si de amor hay que morir, yo moriré el primero».

Te parecerá una tontería, pero no tengo miedo a morir. Sin embargo, lo que me aterra es olvidar todos esos momentos. Olvidarte a ti. A no recordar todas las noches que pasamos juntos. Todas las aventuras e instantes que hemos vivido durante este tiempo maravilloso. Me horroriza la idea de no volver a sentir ese hormigueo por el estómago al recordar nuestro primer beso. Nuestra primera caricia. La primera vez que hicimos el amor —que, joder, Derek, me hiciste la mujer más feliz del mundo—. Me hiciste sentir como una reina. Me hiciste llegar al cielo para luego bajar a los infiernos por tu perversión de follarme contra la encimera de la cocina. Y lo que me gustaba. Tal vez mañana te lo pida. Así que, si lo hicimos, es porque me acordé y te lo pedí. Y lo que me gusta ese café dulce. Amargo. Suave. Fuerte. Caliente. Muy caliente. Me asusta no recordar este viaje tan especial con nuestro bebé, al que temo no reconocer una vez nazca.

Y no quiero que te enfades por no habértelo contado en este mismo momento. Siento estar bañando el papel en el que escribo, pero no permitiría que sufrieras más de lo que ya lo estás haciendo. Porque sé que sufres. En silencio. Solo. Porque sé que, cuando te metes en el baño,

lloras. Maldices. Te frustra no poder hacer nada. Sentirte impotente. Y te entiendo. No sé si yo hubiese sido capaz de soportar lo que tú soportas. ¿Sabes qué hace Derek? Se mira en el espejo, se golpea las mejillas para animarse a seguir siendo fuerte y sale con una sonrisa que le provoca un vuelco a mi corazón. Y sonríes por mí. Y eres fuerte por mí. Y me haces reír. Y me haces completamente feliz. SOY FELIZ. La mujer más feliz del mundo y eso es gracias a ti. Te esfuerzas cada día por mantenerte en pie.

Luchas por los dos. Aunque luchar siempre se te ha dado bien, en ambos sentidos. En el literal, cuando me enseñaste boxeo —fue extraordinario y muy... seductor— y cuando entraste en aquella casa para salvar a Erik y a Sandy. Ahí no solo luchaste, sino que fuiste valiente. Ibas a entregar tu vida. Ibas a morir por tu mejor amigo. Ibas a morir junto a él. Y yo fui una egoísta por decirte que no fueras. Tuve mucho miedo de perderte, aunque ¿cómo olvidar vuestro lema? «Un Wright nunca pierde» y, ahora te lo digo en voz alta para que me leas y me escuches bien —porque seguro que estás leyendo esta carta con mi voz en tu cabeza—: un Wright tampoco se rinde. Y no quiero que te rindas. No quiero que dejes de luchar. Por ti. Por nuestra pequeña familia. No me cabe duda de que serás un padre increíble. Extraordinario. Inmejorable. Invencible.

La vida nos enseña muchísimas cosas, pero de ti he aprendido las más valiosas. Te caes, te levantas. ¿Tienes miedo? Le coges de la mano y avanzas. Y llegará un día que ya no lo tendrás sujeto porque lo has vencido. Porque lo has mantenido a raya. Contigo he aprendido a quererme. A cuidar de mí misma. A valorarme. Siempre me decías que no me hacía falta maquillarme, que mi naturalidad era la viva imagen de la belleza. Y yo me ruborizaba. Porque siempre que tenías un piropo o un halago. Se me teñían las mejillas de rojo. Me enseñaste a amar. De verdad. Con todos los sentidos. Y me he sentido amada. De manera infinita. De manera incondicional.

Deberías verte dormir. Sí, te estoy observando y no es la primera vez. Me encanta acariciar tu pelo, el contorno de tu rostro. Notar la aspereza de tu barba de varios días. Dejar mi mano en tu corazón y dormir escuchando tus latidos. Pareces un ángel. El mío. Mi favorito. El que me cuida en cada momento. Me das tanta paz... que ni siquiera puedo describirlo. Del mismo modo pasa con el amor, aunque es verdad que te lo describí en el canal. Lo comparé con volar y sigo con esa descripción romántica que podría salir en cualquiera de las películas de romance que tanto odias. Aunque tú, ahora mismo, estás haciendo exactamente lo que harían en una de ellas. Llevarme por todo el mundo para contarme leyendas de amor. Para mostrarme, una vez más, que me amas. Sin palabras. Con hechos. Con ambas.

¡Que me voy por las ramas! Siguiendo con lo que te decía, esta vez tengo una versión distinta, y similar, de lo que es el amor. Si me preguntasen qué es el amor para mí, yo les diría que el amor es como saltar al vacío con Derek Wright. Frágil. Seguro. Dulce. Inminente. Cuyos brazos te envuelven el corazón mientras acarician y cuidan tu alma.

Te quiero, Derek. Y esta enfermedad no borrará huella alguna de nuestro amor, porque los recuerdos de mi cabeza sí son capaces de borrarlos, pero los que se graban a fuego en el alma son imposibles de olvidar.

Nunca te pedí que me bajaras la Luna y me bajaste el mundo entero. ¿Qué digo? Me regalaste el universo con sus estrellas, sus galaxias, los planetas e incluso el Sol. Jamás te reproches no haber hecho suficiente, porque hiciste más de lo que pudiste y te estoy eternamente agradecida.

Seguramente me he dejado en el tintero muchas más cosas que decirte. Es culpa de los olvidos... a alguien tenía que echarle la culpa, ¿verdad?

¡Aplausos!, esta vez no te la he echado a ti (sonrisa perversa, más guiño). Aun así, te he dicho

lo esencial. Y, para que te quede más claro, te lo digo en los idiomas que sé.

I love you.

T'estime.

Ti amo.

Je t'aime.

Ich liebe dich.

Eu te amo.

Te amo.

Y que te quiero, gilipollas.

Por siempre en mi corazón.

En mi alma.

*Vicky,
Tu jueves favorito*

Dejé caer la carta en la mesa de cristal y la miré desde la distancia, con la cara empapada y el corazón en un puño. Puse mi mano en él y cerré los ojos.

—Hasta la próxima vida, mi amor. Mi *jueves*.

—*Aaaa...* —La voz de Daryl me hizo abrir los ojos. Me limpié las lágrimas y fui a la habitación desde donde llamaba a su mamá—. *Aaaa...* —Se puso contento al verme.

—Hola, mi amor. —Lo cogí en brazos y vi un destello especial en sus ojos azulados. Un brillo lleno de felicidad y gratitud. La fuerza y la valentía que necesitaba la tenía sobre mí. Él, quien nos dio la vida. Mi razón de vivir. Mi vida—. Te quiero.

FIN

Agradecimientos

Cuando comencé a escribir *Recuérdame*, hace unos seis años, supe que sería la novela más especial de todas. Todas lo son; pero, esta en concreto, sabía que destacaría por encima de las demás. En ella hay una vivencia que viví hace años cuando le diagnosticaron Alzheimer a mi abuela Pepa. Comenzaron despistes tontos a los que no dabas importancia. Historias repetidas de su juventud, que te contaba una y otra vez. ¿Qué íbamos a saber nosotros que eso era una señal? Anécdotas que nos hacían reír y, en media hora, te las contaba cinco, seis y ocho veces como si para ella fuera la primera vez que las contaba. Yo solo tenía veintidós años, mi hermana quince. Había oído hablar muy poco sobre esta enfermedad y, a medida que pasaba el tiempo, veíamos que nos iba olvidando, que nos preguntaba quiénes éramos. Fue muy doloroso, pero le prestábamos toda nuestra atención. La cuidábamos, como siempre habíamos hecho. Queríamos pasar más tiempo con ella, pero los síntomas se agravaron. Mucho. Y, en muy poco tiempo, los recuerdos de mi abuela desaparecieron.

Ella estaba llena de luz. Siempre la había tenido. Era carismática, trabajadora, ayudaba a los demás. Siempre tenía una mano tendida para quien la necesitara. No se rendía. Nunca. Jamás. Siempre luchó por lo que quiso; aunque la vida, algunas veces, no la hubiera tratado bien.

Nos cuidó. Nos mimó. Nos enseñó muchísimas cosas; entre ellas, valores que, hoy en día, nos han hecho ser quienes somos. Pero, sobre todo, nos queríamos de un modo incondicional. Como se quieren las abuelas y las nietas.

Y ¿quién iba a pensar que la última visita que le hicimos sería la última? Nadie intuyó nada. Sabíamos que había días donde los recuerdos volvían. Podían ser fugaces, aun así, los había. Y ese día nos recordó a todos. A los cuatro. Recuerdo la alegría que sentimos, porque fue una visita donde entramos tristes y salimos contentos. ¡Nos había recordado! Aunque fuera tan solo un segundo. Tal vez, una inocente esperanza de que lo hiciera algún día más. Sin embargo, a los pocos días, nos llamaron de que la ingresaban en el hospital por una neumonía. Una que se la llevó al poco de estar allí.

No hacía un año de la muerte de mi abuela materna, Joaquina o la *Juaqui*, como yo la llamaba, que ahora también se marchaba la paterna. Solo nos quedaba mi abuelo Antonio, quien también voló hacia el cielo ese mismo año. En noviembre. *Sempre recordaré el teu “ieeeeeep” quan et deia “ueeeloo”*. Era nuestra frase. Solo suya y mía. En dos años, los tres dejaron de dar la vuelta al Sol para ser parte de las estrellas e iluminar un cachito de cielo, desde donde nos cuidan.

Por eso esta historia es especial, porque en ella quise plasmar un dolor que habitó en mí hacía mucho tiempo, porque quise homenajearlos con esta historia a través de la enfermedad que una de mis abuelas padeció. Porque, aunque ellos ya no estén, los recuerdos están. No solo en mi cabeza, sino también en mi corazón. Esta historia es para ellos. *Para ti, Juaqui. Para ti, Palmereta. Para ti, Uelo.*

Y ya no solo es especial para mí, sino que también se convirtió en la entrega favorita de todos y cada uno de los lectores que llegaron hasta ella en Wattpad. Gracias a esta historia, lectores que solo leían y no comentaban, lo hicieron. Sobre todo, recuerdo con añoranza a la creadora del hashtag *#odiolove*. El comentario con más posdata de la historia. Trece, ni más ni menos. En cada uno de ellos explicaba las razones por las que me odiaba y por las que me quería. También un poco más de súplica para que escribiera una historia, cuyo final feliz llegara para Derek.

Quién sabe, tendremos que leer la siguiente novela para saberlo. Así que, gracias. Gracias por tus palabras y tu amor por Derek.

A **papá** y a **mamá** por el apoyo incondicional. Por formar parte de mi sueño porque, aunque no seáis lectores, siempre estáis en mis caídas y subidas. En mis altos y en mis bajos. Porque siempre puedo contar con vosotros, en las buenas y en las no tan buenas. Porque sois fundamentales en mi vida y en mi mundo. Gracias por luchar conmigo a mi lado, y por alentarme a aventurarme en una publicación más. ¡Os quiero!

A **Maite**. Mi otra mitad. Mi amiga, mi hermana, mi confidente. Con quien puedo contar para todo. La que me anima. La que me ayuda a levantarme. La que siempre me recuerda cuán orgullosa está de todo lo que he logrado. De todo lo que he luchado por mejorar y conseguir mis objetivos. Gracias por acompañarme en cada uno de ellos. Gracias por cogerme de la mano cuando más lo necesitaba. Gracias por ser mi otra mitad. Juntas, unidas y revueltas. Seguiremos combatiendo batallas y ganando guerras. Porque somos la *resiliencia* personificada. ¡Te adoro! ¡Te quiero!

A **Leti**. Mejor amiga, una hermana para mí. También mi beta, aunque te guste que te llame alfa. Ella, quien siempre está dispuesta a recibir un capítulo entero a cualquier hora del día, incluso medio o un cacho aunque luego se lo mande completo, y volverlo a leer. Has estado desde el minuto uno en este sueño, desde mis inicios en Wattpad. Tú, que me has animado a seguir adelante hasta cuando yo dudaba en hacerlo. Tú, que confías en mí más que yo. Gracias. Gracias por abrirme los ojos más de una vez. Gracias por no soltar mi mano o caer conmigo para luego levantarnos juntas. Porque eso es lo que hacen las amigas. Estar en las buenas, en las menos buenas y en las malísimas. Gracias por ser la principal fan de Derek, aunque Erik fuera tu diamante en bruto. Tu papichulo. ¡Gracias! ¡Te quiero, amiga!

A **Sandra**. Ya no solo correctora, sino *yayi* y amiga. Quién nos hubiese dicho a nosotras que gracias a *No me olvides*, nuestra relación se expandiría no solo en el camino profesional sino también en la amistad. Sandra y yo no necesitamos hablar todos los días para saber que seguimos al lado. Podemos pasar sin conversar varios días para luego llamarnos *guarra* y *perraca* y que toda la conversación dé mil giros inesperados hablando de todo. Contigo, Sandra, he aprendido mucho. En cada manuscrito aprendo algo nuevo. Valoro tus consejos, tus cambios, tus opiniones y me encantan tus comentarios en cada situación que te haga reír, llorar o amar. Gracias por enseñarme tanto, y tan bien. Gracias por estar, *yayi*. ¡Te quiero!

A **mis lectoras beta**. **Indiramax**, gracias por ser el nuevo miembro de las lectoras beta. Nos conocemos desde hace años y siempre hemos compartido esta trayectoria desde Wattpad. Ambas escritoras, ambas amantes de la lectura. Siempre me han resultado extraordinarias y muy interesantes tus conjeturas, la manera de expresarte, de crear. Por Dios, ¡ya sabes que estoy enamorada de Roko! Y deseo que, algún día, te animes a publicar tus historias porque son increíbles. Gracias por acompañarme en esta aventura y darme tus impresiones. Gracias por compartir mi sueño y entrar en el mundo Wright. ¡Te quiero! ¡Y a ti también, Roko! **Mireia**, qué bonito haber coincidido contigo en los lares de Instagram. En haberte conocido, por primera vez, en el Market. Gracias por aceptar ser mi lectora beta y haberme dicho todo lo que piensas. Eres increíble. Un solazo. Siempre tienes buenas palabras y hablas con muchísima sinceridad. Tu pasión por la literatura se transmite y, en ella, se reflejan sus palabras. Gracias por formar parte de este nuevo sueño. Del sueño de *Recuérdame*. Gracias por darle una oportunidad. Gracias por haberlo sentido. **Cristina**. La locu. Mi Locu. ¿Qué puedo decir de ti? Tú, que me envías audios de diez minutos y ni siquiera pongo el x2. Tú, que disfrutas de un buen drama, de cada cachito que te mando o cuando te lo mando entero. Tú, que te quedaste en un parque con un beso que

casi nos quita el hipo. Tú, que me aguantas todos los *spoilers* que se me caen, pero así me quieres. Gracias por compartir esta nueva experiencia y darme tu opinión de la historia, aunque ya supieras el final. Gracias por aconsejarme y decirme cuán orgullosa estás de mis progresos, ya no solo a nivel escritora, sino también personal. Gracias por estar a mi lado, aunque los kilómetros sobrevuelen entre nosotras. Siempre nos quedarán los *podcasts* repentinos, los minutos de risas en los audios y la videollamada que sigue pendiente. Pero así somos nosotras, imprevisibles, dramas y muy locuelas. ¡Te *Iloveo*, locuela!

Estoy seguro de que incluso te sorprenderá ver tu nombre aquí, Isabel. Para mí, **Isa**. Mi psicóloga. Tú también has estado en este proceso y quería agradecerte que me hicieras ver en perspectiva que, el momento de bloqueo, desaparecería. Que no pasaba nada si no se publicaba cuando tenía pensado. Que no pasaba nada estar meses sin escribir. Llegaría tarde o temprano porque forma parte de mí. De mi vida. Porque, en esos escritos, hay parte de ella impregnada en las letras. Gracias, una vez más, por no dejar que mi autoexigencia y fustigación no me machacaran más de lo que ya lo hacían. Gracias por recordarme que debo aplaudirme más y no golpearme. Gracias por avanzar en el progreso conmigo y, aunque todavía me quede camino por recorrer, sé que lo conseguiré.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a **ti**. Sí, al que está leyendo estas palabras. Gracias por haber llegado hasta aquí. Por haberme acompañado en estos tres libros de la serie. Espero que hayas disfrutado mucho leyendo la historia de Derek y Vicky y, más espero, que tengas ganas de saber cómo continúa. Gracias por haberme dado la oportunidad de haberte arrancado una sonrisa, una lágrima, un sentimiento amargo o dulce. O, por el contrario, lamento que no te haya llegado nada de lo que pretendía. Entiendo que no siempre se puede escribir al gusto de todos. Gracias por confiar en mí una vez más. Por darme vuestra opinión. Por dejar las reseñas en Amazon, *Goodreads*, en Instagram o en cualquier red social. Os animo a hacerlo, ya que, gracias a ello, más gente puede conocer esta serie y disfrutarla como vosotros. Gracias por no dejar de vivir, locamente.

Biografía

Mi nombre es Pilar Cháfer Guillén, pero todos me suelen llamar Pili o Vivi, de Vivirlocamente —mi usuario en Wattpad—, el mundo naranja donde todo comenzó.

Soy de l'Olleria, un pueblo de la provincia de Valencia. Tengo 33 años, aunque debo decir que estoy llena de sueños y esperanzas, con una inmensa ilusión por conseguirlos. Soy Técnico en Educación Infantil, y también estoy graduada en Magisterio en Educación Infantil. Docente de vocación; los más pequeños nos llenan la vida de vitalidad, inocencia, sonrisas y amor.

En cuanto a la literatura, como he dicho antes, en Wattpad fue donde todo empezó. Allí pude juntar ser lectora y publicar mis propias historias. Ya lo dicen: «la unión hace la fuerza». Después de publicar mis primeras historias como *Mi sueño hecho realidad*, *Lucharé por ti y ¿Destino o casualidad?*, vino la serie que tantas alegrías me dio y me sigue dando. En total, son siete libros los que componen la serie «No me olvides»: *No me olvides*, *Encuéntrame*, *Sálvame*, *Recuérdame*, *La fuerza del hilo rojo*, *No tientes a la suerte* y *Fuiste tú, sábado*, esta última en proceso. Tras terminar *No tientes a la suerte*, parecía que no volvería a escribir, y después de meses y meses sin apenas escribir, apareció Richard para devolverme al mundo de la escritura para que naciera *Culpable*; mi ave fénix.

Después de siete años, llega el momento de la publicación en físico de *No me olvides* y no puedo estar más satisfecha y feliz por el resultado. Nos quedan años por delante con los protagonistas de la serie, así que os animo a disfrutar de ella tanto como lo hice yo al escribirla.

Para finalizar, tal y como se muestra en casi todos mis libros, la familia y los amigos son una de las cosas más importantes y que más valoro. Ellos están en las buenas y en las no tan buenas, de manera incondicional, infinitamente.

[1] *Montaña rusa* (Noan)

[2] *Superpoder* (Noan)

[3] Estar enfadado.

[4] *Me mata(s)* de Noan y Alex Well.

[5] Diminutivo de mafioso.

[6] La película favorita de Vicky es *P.D.: Te quiero*.

[7] Juego de palabras que Sophia utilizó en *No me olvides* para definir a William: romper y romance.

[8] Estar enfadada.

[9] El significado del nombre Daryl significa «Hecho con mucho amor»